

FRÉDÉRIC H. FAJARDIE

LA FRAGATA  
FANTASMA



Lectulandia

Esta es la historia de Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana, capitán de la Terpsichore, un buque que oficialmente no existe pero que la Marina francesa ha puesto al servicio de los independentistas americanos. Tras diversas acciones hostiles con los británicos se va forjando la leyenda de una invencible fragata roja. Esto obligará al rey Jorge III de Inglaterra a crear su propia flota no oficial y poner precio a la cabeza de Adana. Paralelamente se desarrolla la historia de Blacfort, amigo de infancia de Adana, cuya gran ambición es hacerse un lugar en la corte. Para conseguirlo cortejará a Victoire, la novia de Adana, de la que acabará consiguiendo un acuerdo de matrimonio de conveniencia y se convertirá en un antiamericano bajo la protección del duque de Orleans. Su odio creciente hacia Adana y su ambición le llevará a realizar acciones insospechadas. Pero sus acciones acabarán siendo descubiertas...

**Lectulandia**

Frédéric H. Fajardie

# **La fragata fantasma**

**Libertad, querida libertad - 1**

ePub r1.0

libra 28.05.15

Título original: *La tour des demoiselles*  
Frédéric H. Fajardie, 2005  
Traducción: Manuel Serrat Crespo

Editor digital: libra  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Francine  
A Thomas y Stéphan  
En memoria de mis padres*

## Octubre de 1780...

El viento que soplaba del norte aullaba en las chimeneas y maltrataba, como burlándose, los tejados. En los establos, los animales, inquietos, se apretujaban unos contra otros, presintiendo tal vez el drama que iba a desarrollarse allí.

Era el instante en que el día cae con rojeces malvas y fucsias, atravesadas por finas nubes violetas e hilillos de plata.

Una hora incierta. Ya no del todo de día y tampoco aún las tinieblas de la noche. Pero nada que no se hubiera visto ya, corriente, y no podía hallarse en ello materia para alimentar ninguna inquietud.

Y sin embargo...

En aquel pueblo de apenas ciento cincuenta almas donde se trabajaba todo el día y sólo se hablaba en las veladas, una sorda angustia empujaba a hombres y mujeres fuera de sus miserables casas mientras los niños cesaban en su habitual griterío.

Cerca del calvario, y todos lo oyeron y lo vieron, *Mata Sin Miedo* aullaba a la muerte. Era un gran perrazo negro, antiguo pastor de ovejas que no temía a nada ni a nadie, y había ahuyentado a varios lobos e incluso a un oso.

El que antaño había sido su dueño lo trataba de vos, primero jugando, luego por respeto. Sin embargo, al golpearlo un día con un gesto colérico porque el animal no quería seguirle, el hombre se había encontrado con la mirada de fuego del perrazo negro, y lo liberó al instante de cualquier obligación servil, tan grande fue su espanto.



Desde entonces, *Mata Sin Miedo* se sentía en su casa en todos los hogares donde le daban abundante alimento, durmiendo ante tal o cual chimenea que se acomodase a su capricho, de modo que se creía, y con razón, el jefe de aquella pobre manada de aldeanos. Y tan grande era su majestad natural que incluso el alcaide, anciano señor descendiente de Carlomagno que en otro tiempo había sido general de los dragones del rey, héroe de Fontenoy y cuyos antepasados habían hecho las lejanas cruzadas, incluso él, conde y príncipe a la vez, trataba al gran perrazo negro con frío respeto.

De modo que, al ver a *Mata Sin Miedo* aullando de esa manera a la muerte, con las fauces dirigidas al cielo llameante y ante la mirada resignada de Cristo en la cruz, aquello permitía augurar alguna gran desgracia.

Muy pronto se percibió el lejano ruido de una tropa de jinetes lanzados a todo galope.

Eran cinco y habían desenvainado la espada. Los cuatro primeros iban tocados con fieltros oscuros de anchas alas caídas sobre el rostro, del que sólo se distinguían las mandíbulas apretadas. Pero mucho más terrorífico parecía el quinto, pues, con cuerpo de hombre, ocultaba sus rasgos bajo la cabeza de un jabalí, y aquella máscara ancha y gruesa imitaba tan perfectamente al modelo que a primera vista ni siquiera podía pensarse que se trataba de un hábil efecto de artificio. Y eso no era todo, pues, multiplicando el estupor, el quinto jinete llevaba atravesada en su caballo a una muchacha con las muñecas y los tobillos atados, en la que algunos aldeanos reconocieron a la hermosa marquesa Pauline de La Chesnaie de Flers.

A la entrada del pueblo, la cuadrilla aplastó una gallina y todos retrocedieron, aunque no por mucho tiempo porque deseaban divisar, a través del polvo y la declinante claridad, lo que iba a ser de aquel grupo a la salida del pueblo, donde le aguardaba sin inmutarse el singularísimo dueño del lugar.

La cuadrilla, que se acercaba al calvario sin reducir el paso, no prestó atención alguna al perrazo negro encogido sobre sí mismo, pues ciertamente esta posición, aunque pueda revelar a la fiera que se dispone a saltar, también hace pensar en cierto repliegue del cuerpo debido al espanto y la sumisión.

Los jinetes se disponían a pasar sin prestarle atención: hicieron mal. De un brinco que superaba cuanto haya podido verse hacer jamás a un perro, *Mata Sin Miedo* hizo caer al primerjinete, rodó con él por el suelo y le arrancó la garganta entre chorros de sangre.

Los demás, tras refrenar sus monturas, regresaron al paso, y la sorpresa que devoraba su pobre entendimiento fue tan completa que no dejó espacio ninguno para el miedo o la prudencia.

De nuevo, hicieron mal, pues *Mata Sin Miedo*, sin tomar impulso, saltó sobre un segundo jinete, un hombre fuerte que, pese al choque, no perdió los estribos. Se vio entonces algo que sorprendió tanto como lo primero: de un modo que podía parecer un juego familiar, el perrazo negro puso sus pesadas patas delanteras sobre los hombros del jinete, clavando sus aceradas garras en la carne. Luego le arrancó la nariz, una mejilla y, por fin, la garganta, cubriendo de pronto su corto y reluciente pelaje negro de púrpura líquida.

Sólo reaccionó con rapidez el hombre de la cabeza de jabalí que llevaba a la hermosa marquesa atravesada en su caballo. Tras coger una pistola del cinto, apuntó con un gesto perfecto, sin que la mano temblase, y disparó luego.

Alcanzado en plena cabeza, fulminado, *Mata Sin Miedo* rodó por el polvo, seguido de inmediato por el cuerpo sin vida del jinete al que acababa de degollar.

El hombre de la cabeza de jabalí permaneció unos instantes pensativo y grave, luego lanzó una mirada al pueblo y dijo:

—Si estos cobardes tuvieran siquiera una ínfima parte del valor de este perro, nunca habríamos pasado.

Descubrió entonces, detrás del calvario, unos altos matorrales que se agitaban y

poco después divisó el rostro de un niño de apenas diez años que le miraba.

Singular, penetrante y osada era aquella mirada, tanto, incluso, que el gran señor que se ocultaba tras la máscara se sintió molesto y desnudo, con el rostro descubierto. Apuntó y disparó con rapidez, justo en el instante en el que el niño huía, de modo que no supo si le había alcanzado.

Pero, impaciente por terminar con su tarea próxima a la locura y que apenas se había iniciado, no perdió el tiempo asegurándose de ello. Hizo mal. Pues pasarán las lunas y los lluviosos días del otoño, pero el niño nunca olvidará esa voz, ni la curiosa espada que aquél a quien muy pronto llamarían «el Hombre Jabalí» llevaba al costado. Y aunque tuvo que callar, pues su padre lo golpeó en cuanto le reveló que sabía algunos secretos, no por ello dejó de recordarlos.

Mientras el niño huía enloquecido, perdiendo sus zuecos y lastimando sus pies con los abrojos, el Hombre Jabalí y sus dos compañeros llegaban a «la piedra del ogro», una piedra erecta de la altura de un hombre que desde la Edad Media tenía fama de poder expulsar los espíritus malignos.

Sin vacilar, tomaron la dirección del castillo.



El anciano levantó su mirada de ciego al cielo atormentado. Adivinó que iba a morir en manos de aquellos jinetes que llegaban a todo galope.

No pensó siquiera en todos los campos de batalla donde, general de dragones, había guerreado por el caprichoso gusto de los reyes de Francia.

A los sordos golpes dados en la puerta les sucedió el grito de Damien, su servidor, pasado por el filo de la espada.

Aquellas guerras sólo le habían proporcionado, a fin de cuentas, briznas de gloria sin aumentar su inmensa fortuna.

Oyó un disparo y adivinó que acababan de matar a *Espadachín*, su gran dogo.

El viejo general sólo pensó ya en su hijo, Joachim, que navegaba por mares lejanos. Le hubiera gustado verlo por última vez, y que le hablara por fin. ¿Qué estaba haciendo, en definitiva, en la marina real? Subía de grado con tanta rapidez que rara vez se había visto semejante ascenso, pero no daba razón alguna de ello, reconociendo con reticencia que estaba al mando de una fragata, *La Terpsichore*. Pero ninguno de los puertos de guerra del almirantazgo conocía aquel misterioso bajel fantasma ni la sombra, su hño, que estaba al mando.

Un estridente aullido terminado en un agudo estertor apenas le hizo inmutarse: supo que Mathurine, su cocinera, acababa de ser degollada y que la carnicería se acercaba a él Joachim, su querido hijo: ¿le había dicho alguna vez cuánto le amaba, cómo le maravillaba encontrar aquella mirada profunda, luminosa y melancólica? ¿Y



qué importaban sus tormentos ante aquel muchacho de veintiocho años que llevaba —era evidente— en su alma pesados secretos de Estado, los mismos tal vez que le valían la visita de aquella pandilla de asesinos que diezmaba a su gente? Inquieto y orgulloso a la vez, el padre olvidó la imagen actual de su hijo, tricornio negro, charreteras doradas y sable al costado, para pensar sólo en el muchachito huérfano de madre al que había intentado educar entre dos campañas militares. Un muchacho extraño aficionado a la espada y al caballo pero que se pasaba las noches ante pesados tratados de navegación, arquitectura de marina, ciencia de pólvora y de artillería...

Percibió unas risas y unos chillidos. Los asaltantes perseguían sin duda a Troll, un enano que se llamaba a sí mismo «Pomúnculo» y que antaño había estado vinculado a un oficial de Prusia. Recogido en muy mal estado en un campo de batalla, Troll alegraba la vida bastante apagada del anciano general. Un grito desgarrador le dijo que el hombrecillo no había salido victorioso en aquel asunto.

Por un instante, el general regresó al pensamiento de que el profundo misterio que rodeaba las actividades de su hijo, que sólo parecía dar cuentas de ellas al rey, tenía cierta relación con el exterminio de todos los que se encontraban en el castillo. Luego, la cuestión le pareció carente de importancia y se levantó del banco de piedra, único ornamento que nunca estuvo en lo alto de aquella torre almenada llamada «de las damiselas», desde la que sus ancestros, antaño, acechaban a los invasores.

Oyó el ruido de las botas golpeando los peldaños de piedra y muy pronto estuvieron allí, pero el anciano general sólo lo adivinó pues, ciego desde hacía casi un año, no podía verles.

Uno de ellos, el jefe sin duda, habló con una voz metálica que intentaba enmascarar:

—Donatien de Niel, general conde de Valencey, príncipe de Adana, héroe de Fontenoy y de cien batallas, tu pasado coraje y tu huido valor te dan, sin embargo, derecho a elegir tu muerte: espada o pistola.

—Asesino que tantas cosas pareces conocer, responde más bien a algo que me hará morir más sereno: ¿por qué nunca se ve la fragata *La Terpsichore* ni en Rochefort ni en ningún otro puerto militar? ¿De qué se ocupa mi hijo, con todas sus misiones secretas que enarbolan, sin embargo, el pabellón de las flores de lis?

—Eso, viejo, lo sabré algún día, pues sólo vivo para arrancarle su secreto y matarlo después.

El general sonrió.

—Conozco tu voz, asesino, y si tuviera tiempo, sabría quién eres.

—No tienes ya tiempo. ¡Vamos, elige tu muerte!

—No tengo por qué hacer tu trabajo. Mata y sin avisarme: puesto que soy ciego, mi mirada no puede turbarte.

El Hombre Jabalí vaciló, sintiéndose por un breve instante muy molesto. Aunque viejo, ciego y débil, se trataba de un Valencey de Adana, penúltimo representante de

la más alta nobleza: la de las cruzadas.

—¡Cobarde!

Bajo su máscara, el Hombre Jabalí palideció y con su puño enguantado en cuero negro rompió la nariz al anciano. Luego hizo un gesto hastiado a sus dos compañeros. Éstos tomaron el cuerpo sorprendentemente ligero y lo arrojaron, presto, al pie de la Torre de las Damiselas, treinta metros más abajo.

El Hombre Jabalí sabía que matando al padre heriría al hijo, al que alcanzaría de nuevo con la desaparición de su prometida, la hermosa marquesa de La Chesnaie de Flers, a quien reservaba la más atroz y refinada de las muertes que nunca se habían visto en toda la historia.

Miró al cielo, que, en una especie de hundimiento global, iba oscureciéndose, y luego murmuró para sí mismo:

—Ya está, ya sólo queda un Valencey de Adana en toda la tierra... —Se asomó, contempló el cuerpo desarticulado bajo la torre y añadió con voz preñada de odio—: ¡Y no por mucho tiempo!

## 2

El capitán William Lansbury, preocupado, intentaba controlar su enorme navío, el *Ajax*, un tres puentes de noventa cañones que sufría en la tempestad. Navegaba viento en popa, como es habitual con fuerte oleaje, tras haber hecho cargar las velas para mantener sólo las más bajas a fin de no quedar desarbolado.

La noche era iluminada por relámpagos a los que les pisaban los talones los rugidos del trueno. Lluvia, viento, oscuridad, tormenta: los elementos parecían haberse confabulado para exacerbar la inquietud del oficial, que murmuró:

—Ya sólo faltan los perros franceses...

Lansbury sabía comprometida su responsabilidad, pues había «perdido» el convoy al que debía escoltar y se preguntaba con angustia dónde podían encontrarse los bajeles mercantes, dispersos sin duda por el mar embravecido.

Atravesando la cubierta con paso inseguro, hizo encadenar a dos marinos que se habían protegido por un instante detrás de un mástil.

¡Nada funcionaba!

Y sin duda no iba a ser con hombres de tan escasas cualidades como Inglaterra prevalecería sobre aquellos malditos franceses, que, en aquella guerra y con su flota renovada, se batían excepcionalmente bien.

Cediendo por unos instantes la maniobra al segundo de a bordo, Lansbury bajó a su cabina, bebió, uno tras otro, dos vasitos de licor y regresó a cubierta maldiciendo el viento, la tormenta, la tempestad y a los franceses.

Especialmente a los franceses.

—¡Oh, los muy hipócritas!... —dijo en voz alta, sabiendo que el viento se llevaba sus palabras y deseando vagamente, como si aquello fuese posible, que llegaran hasta los oídos enemigos.

Como repetía machaconamente el capitán, Francia —señores, burgueses y pueblo unidos por una vez— nunca había ocultado su profunda simpatía por la causa de aquellos norteamericanos a quienes se denominaba los «insurrectos». Desde antes de la guerra franco-inglesa, los corsarios de América utilizaban ya los puertos franceses para avituallarse, mientras el gobierno real cerraba los ojos.

Con su apagada mirada clavada en cubierta, azotada de vez en cuando por enormes olas, el oficial inglés pensó en los navíos norteamericanos y, especialmente, en el del capitán John Paul Jones, que asolaba las costas inglesas a partir de su base en Brest mientras vendía el botín en Nantes, sirviendo los cargamentos para financiar el esfuerzo de guerra norteamericano. Así, decenas de navíos habían sido capturados por aquellos corsarios que, ayudados por corsarios franceses, la emprendían incluso contra los corsarios ingleses. Los norteamericanos, que en Francia se sentían en su casa pese a estar tan lejos de su país, se habían atrevido a medio destruir White Havent, capturando en el fondeadero el *Drake*, ¡un navío magnífico!

Aspirando con furia su apagada pipa, William Lansbury sintió ganas de llorar de

rabia pensando en la doblez francesa. Así, la marina de Luis XVI proporcionaba incluso navíos a los norteamericanos, como aquel *Bonhomme Richard*, que, tras un duelo de cuatro horas, había acabado con el bajel pesado *Serapis*, flor y nata de la Royal Navy... y victoria norteamericana.

Lansbury vociferó, indiferente a las temerosas miradas de los hombres a cargo del timón:

—¡Dios debió de vomitar a franceses y norteamericanos el mismo día! ¡A los mismos salvajes que combaten con hacha y ojos enloquecidos! ¡Son dedos de la misma mano, la del diablo!

Pese a las blandas consignas, ¿cuántos marinos franceses se enrolaban en los corsarios norteamericanos? En las Antillas y, especialmente en la Martinica, mientras Inglaterra y Francia no estaban todavía en guerra, incluso los oficiales franceses desertaban para enrolarse con los norteamericanos, donde se recibía con los brazos abiertos a aquellos excelentes profesionales de la guerra. Pero ay de ellos si caían vivos en manos inglesas: así, Lansbury había hecho colgar a un joven teniente francés herido, marqués de vieja nobleza por añadidura.

Lansbury, además, había interceptado un correo del gobernador general, el marqués de Bouillé, que explicaba a Versalles que incluso en la flota de guerra francesa, oficialmente neutral aún, había capitanes de la marina real que protegían de sus pesados bajeles «solapada pero, sin embargo, eficazmente» a navíos norteamericanos en dificultades.

Una formidable ola cayó sobre cubierta, arrastrando a varios marinos.

—¡Qué imbéciles! —soltó Lansbury, y regresó a sus meditaciones.

Lo que le fascinaba a él, un hijo de tendero que había tardado casi cincuenta años en obtener aquel mando, era la alianza entre los norteamericanos, todos plebeyos, y la flor y nata de la nobleza francesa, la más prestigiosa del mundo. Todos aquellos La Fayette, aquellos duques, aquellos marqueses y aquellos condes que abandonaban la corte de Versalles, los placeres, las hermosas mujeres y la vida fácil por la marina de guerra, las más penosas condiciones de vida en los navíos y el riesgo de dejarse matar a cada instante... Todo aquello por un pueblo de campesinos, de patanes sin modales y por la mera fascinación de la palabra más estúpida que haya existido nunca: «Libertad».

¡Qué bobada!

Alcanzando la única verdad que jamás iluminó el espíritu de William Lansbury, éste, pensativo, murmuró:

—Esta guerra arruinará a Francia e Inglaterra y los insurrectos, si vencen con la ayuda francesa, acabarán formando una gran nación.

El mar se alzaba más aún, llovía a cántaros, el trueno resonando por lo que parecía el infinito era una dura prueba para los nervios y, como todos los tres puentes, el navío reaccionaba mal.

Demasiado pesado.

Lansbury, aunque cruel y estúpido en la mayoría de las circunstancias de la vida, juzgaba con agudeza su imponente embarcación:

—Un pueblo flotante.

¡Noventa cañones, tres puentes, mil hombres de tripulación! Por sí sola, la artillería representaba el diez por ciento del tonelaje. Izar el ancla exigía los esfuerzos de ciento cuarenta hombres y se necesitaban doscientos setenta para un simple cambio de rumbo.

—¡Tiene todos los defectos! —murmuró Lansbury con amargura.

Ciertamente, en la línea de batalla, un tres puentes constituía la más temible de las embarcaciones existentes, y ay de la fragata que se encontrase al alcance de sus terribles cañones, pero fuera de la batalla los tres puentes no valían nada. Con aquellas tripulaciones pletóricas, siempre se acababa careciendo de agua y de víveres, lo que favorecía el escorbuto y las fiebres pútridas. Por no hablar de las tempestades...

Lansbury observó la proa que desaparecía, de vez en cuando, bajo el asalto del oleaje. En aquellos bajeles, la parte delantera era demasiado pesada y «hacía cuchara» en las olas.

La parte trasera, llena de ventanas, cristales trabajados y emplomados, de madera trabajada como encaje, era frágil y ardía numerosas veces. La obra viva, que ocupaba una superficie demasiado ancha, era presa fácil para la podredumbre, los gusanos, las tarazas y las hierbas marinas: a falta de un revestimiento de cobre, la velocidad se veía considerablemente reducida.

Sólo valía la artillería.

Lansbury, a quien su viejo instinto de marino incomodaba, supo que su pensamiento, por unos instantes, había alimentado su miedo. ¿En qué había estado pensando antes? Reflexionó y casi dio un respingo: «Ay de la fragata que se encontrara a su alcance...».

¡En ella!

Roja desde lo más alto del palo mayor hasta la línea de flotación, surgiendo a menudo de la noche, la bruma o la tempestad, poblada por sombras negras de gestos lentos, la fragata fantasma, llamada según decían *Terpsichore*, aparecía unos instantes, daba muerte y desaparecía danzando sobre las olas, tal vez el motivo por el que había recibido el nombre de la diosa de la danza.

—¡Embustes! —rugió volviéndose hacia Richard Macready, el segundo de a bordo.

Vaciló, temiendo el ridículo pues, aunque todos los marinos ingleses conocieran el nombre de *La Terpsichore*, los oficiales no hablaban de ella.

De todos modos, la leyenda decía que la fragata fantasma tenía como pez piloto una graciosa corbeta de guerra llamada *Betelgeuse*, tan rápida que ningún navío del mundo podía acercarse a ella. Se añadía también que la corbeta descubría la presa y...

Sin poder resistirlo más, Lansbury preguntó con rudeza a Macready.

—¿Con qué navío decíais que nos hemos cruzado mientras yo estudiaba las cartas?

—Con una corbeta, sin duda francesa, capitán.

Lansbury observó con irritación el súbito temblor de las manos del segundo de a bordo y decidió poner fin a aquel diálogo con alguna fórmula definitiva:

—Es natural que una corbeta huya a toda prisa ante un tres puentes.

—No, capitán.

Tras enmudecer unos segundos, Lansbury se sobrepuso, obligándose a la calma:

—¿Qué habéis osado decir: «No»?

—Perdón, capitán, he expresado con torpeza mi pensamiento. Es, en efecto, natural que una corbeta de veinte cañones huya a toda prisa ante nosotros, aunque no a esa velocidad.

—Las corbetas son rápidas.

—Volaba sobre las olas. En treinta años de navegación, nunca había visto nada semejante. O, en todo caso...

—¿En todo caso? —repitió el capitán, hastiado.

Sintiendo de pronto que entraba en terreno movedizo, el segundo eligió sus palabras con el mayor cuidado.

—Sólo la corbeta de aquella leyenda, la que al parecer acompaña a la fragata fantasma rojo sangre, tiene fama de ir tan deprisa, pero eso es una pura invención de la imaginación de marinos borrachos.

Furioso, Lansbury abrió la boca para poner al segundo en su lugar, pero de su garganta no brotó sonido alguno. Mudo de estupor, con los ojos muy abiertos, tuvo una visión en la que se mezclaban el horror con lo fantástico. Iluminada por el prolongado fulgor de un relámpago, una fragata se había acercado casi hasta su borda con todas las luces apagadas. Rojo verdugo, se distinguían en su cubierta algunas siluetas negras que, sin prisa ni emoción, velaban tranquilamente por el orden del velamen, ectoplasmas indiferentes a la tempestad y a la proximidad del enorme tres puentes.

—¡Todo era cierto!... —murmuró Lansbury mientras veía a la fragata en lo alto de la ola, ejecutando con una pasmosa mezcla de gracia, salvajismo y agilidad su danza de la muerte.

Súbitamente vacío de otros pensamientos, consagrado exclusivamente al extraordinario informe que dirigiría al Almirantazgo y sin ver ya el peligro, el capitán inglés memorizó las características de la fragata fantasma:

—Más larga pero más estrecha que las fragatas habituales... Más fina, con más clase, más elegante... Una línea forjada para la velocidad... Audaz: han debido lastrar mucho la quilla... Sumando ambas bordas, sesenta cañones: ¡es considerable! ... Y allí, en cubierta, esa cosa con la que se mantienen atareados a esos muertos vivientes...

—Vuestras órdenes, capitán: ¡pronto, las órdenes!... —repitió varias veces el segundo de a bordo sin obtener respuesta.

Los gritos de espanto de los oficiales y marinos de guardia no alcanzaron el espíritu de Lansbury:

—¡El «tiburón de pólvora»!... —aullaban los ingleses.

El bajel fantasma, aquel al que desde Liverpool hasta Jamaica llamaban también «La Muerte Roja», acababa de lanzar...

—¡De modo que eso es su jodido tiburón!... —advirtió fríamente el capitán.

La bestia avanzaba deprisa, nadando entre dos aguas, con su aleta dorsal hendiendo las olas. El metal de acero pulido parecía un milagro de atentos cuidados. Se dirigía directamente al tres puentes y Lansbury, fatalista de pronto, pensó que todo se consumaba como sin duda estaba previsto desde la noche de los tiempos.

La explosión sacudió el enorme y pesado bajel.

El inglés sabía que por la brecha de uno o dos metros de diámetro, situada bajo la línea de flotación, toneladas de agua se adentraban en las calas.

Advertido por los relatos de algunos supervivientes del modo de proceder de *La Terpsichore*, no debía ignorar que los treinta cañones de babor de la fragata fantasma iban a concentrar su tiro, de mortal precisión, sobre el puesto de mando, pues siempre, en sus planes de destrucción, los malditos que mandaban en las baterías de artillería intentaban matar a los oficiales para aumentar el desconcierto general.

El capitán inglés oyó el cañoneo, vio las llamas de los disparos, advirtió que la cabeza del segundo de a bordo acababa de ser arrancada y luego murió con el pecho destrozado por una bala.

Como si efectuase una maléfica cabriola, la fragata roja desapareció burlándose de la tempestad, cada vez más grácil sobre la furiosa espuma.

El conde de Vergennes, ministro de Asuntos Exteriores, observó con aire molesto al señor de Sartine, ministro de Marina, que evitó su mirada.

Entretanto, Luis XVI iba de un lado a otro de la habitación, con sus gordezuelos dedos jugando nerviosamente con un diamante en bruto del tamaño de un huevo de pichón.

—No me gusta en absoluto semejante asunto, señores. En mi reino, las guerras no se hacen así. Me habíais convencido, ahora ya no lo estoy.

—Pero es tanta la eficacia, majestad... —se arriesgó Sartine.

Mientras Luis XVI se encogía de hombros, Gabriel de Sartine se obligó a calmarse. Tenía el medio para igualar, e incluso mejorar, el juego de la marina inglesa y, en la historia de las guerras que desde hacía diez siglos oponían Francia a su detestable enemigo hereditario, aquello era nuevo. Arruinada y deshecha tras la desastrosa guerra de los Siete Años, la marina había cambiado de piel gracias a los esfuerzos del señor de Choiseul. Ministro desde hacía seis años, Sartine, su sucesor, proseguía aquel esfuerzo, creando magníficas escuadras. Los marinos y oficiales franceses dominaban a los ingleses por su inventiva, su valor, su audacia y su habilidad en la maniobra, aunque los ingleses, pueblo dócil, se mostraran más disciplinados. Los navíos franceses eran sólidos, estaban bien concebidos y eran más recientes. Pero puesto que los ingleses habían sido los primeros en recubrir de cobre sus cascos, iban más deprisa. La artillería francesa brillaba por su modernidad, pero con el invento de la «carronada», cañón corto que disparaba metralla, los ingleses causaban verdaderas carnicerías en las cubiertas de los navíos franceses y de sus aliados norteamericanos y españoles. Hubiera sido una locura, pues, pensaba el señor de Sartine, precisamente cuando las fuerzas se equilibraban, privarse de la ventaja de aquella «muerte de color rojo», aquella fragata francesa que sembraba el terror entre el enemigo.

Ésa era, también, la opinión del ministro de Asuntos Exteriores, el conde de Vergennes, que ocupaba asimismo el cargo desde 1774.

—Sire, en la medida en que nunca ha fondeado en puerto alguno, salvo Vuestra majestad, el señor de Sartine y yo mismo, nadie puede probar que *La Terpsichore* es una fragata francesa. Su pabellón de flores de lis podría ser usurpado de igual modo que los ingleses, con artería, se ocultan a veces tras los colores norteamericanos. Podemos negarlo: oficialmente, esta fragata no existe. Por lo que se refiere a los ingleses, ellos, aterrorizados, no presumen de la existencia de la fragata.

—¡Eso ya lo sé, y de pronto me resulta insoportable!... —interrumpió Luis XVI en un tono caprichoso, casi infantil.

«¡Ese gordo imbécil me desespera! En vez de ocuparse de la guerra y la marina, mejor haría vigilando a su mujer», pensó con amargura el ministro en un instante de cólera enseguida dominada.



Pues el conde de Vergennes, en ese asunto, estaba perfectamente de acuerdo con el ministro de Marina. Con fondos secretos, ambos ministros habían financiado la construcción de la fragata *La Terpsichore*, aprobando todas las innovaciones de su joven capitán. El arma secreta revelaba ser de una temible eficacia: ¿era realmente el momento de abandonada? ¡De ningún modo! ¡En ningún caso!

El ministro de Asuntos Exteriores se sentía engañado. Para no enojar al rey, había aceptado el principio de una alianza con España, sabiendo de antemano que ésta no le seguiría el juego, sin que, por lo demás, se cuestionase el valor de sus marinos. El rey, pues, debía soltar lastre en lo de «la fragata fantasma» y su armamento, que incluso le permitía afrontar esos monstruos de los mares que son los tres puentes.

Vergennes no se hacía ilusiones sobre el carácter del rey, en quien dominaba una evidente falta de firmeza. Luis XVI era ciertamente consciente de que debían neutralizar a Inglaterra, que desde siempre había pretendido arruinar a las potencias emergentes del continente y principalmente a Francia, pero todo debía arrancársele sin que por ello se lograra para siempre. En efecto, hubiera bastado que la reina María Antonieta emitiese una opinión contraria para que de inmediato el rey cambiara de camisa. Pero, por suerte, la soberana adoptaba la opinión de su queridísima señora de Polignac (que, según decían, compartía a menudo su lecho...), y ésta era favorable a la guerra, al igual que toda la pandilla de falsas pastoras.

El ministro de Asuntos Exteriores suspiró. A veces le extrañaba conseguir lo que le parecía justicia y buena política para Francia sin que pusieran ante él mil dificultades.

La ayuda de Francia a los insurrectos, secreta primero, databa de 1776. Un apoyo arrancado al rey después de que el partido favorable a Inglaterra hubiera hecho valer mil argumentos.

Finalmente, irreversible, el 6 de febrero de 1778 Luis XVI firmaba un tratado de alianza con la nación rebelde: para la historia y para siempre, Francia era el primer país del mundo que reconocía oficialmente a Estados Unidos. Un acto fundacional que una nación no debería olvidar nunca.

La causa figuraba entre las más populares, y la principal oposición procedía del primo del rey, el duque de Orleans, que había hecho del Palacio Real, su residencia, el centro de reunión de los escasos amigos de Inglaterra.

¿Qué importaba? Francia entera se inflamaba por los hombres del Nuevo Mundo.

Pensativo, Vergennes se dijo que el principal enemigo del rey, en ese asunto, era el propio rey. En efecto, Luis XVI detestaba cualquier forma de rebelión y, aunque no le gustara demasiado Inglaterra, no apreciaba a los rebeldes norteamericanos por la única razón de que éstos tomaban las armas contra la autoridad de hecho.

Hacía poco, el rey de Francia había hecho enviar a la señora de Polignac, que le molestaba mucho, un orinal de porcelana de Sèvres en cuyo fondo se veía un medallón engastado que representaba a Benjamin Franklin, delegado en Francia para defender a los insurrectos norteamericanos.

También trataba con frialdad a los francmasones, aquella orden del «Gran Oriente» fundada en 1773 por Montmorency-Luxembourg, que reunía en asambleas secretas a hombres que adoraban la libertad y la fraternidad.

—¿Para qué servís, Vergennes? —preguntó con rudeza el rey.

Aunque el rey hiciera mucho caso a su ministro, a quien concedía toda su confianza (y también al señor de Sartine), el personaje le causaba a veces cierto enojo. De hecho, éste no pretendía en absoluto complacer, pues creía en el espíritu, en el corazón, y no en la apariencia. Además, se trataba de un hombre gordo, desaliñado, que concedía poca importancia a su modo de vestir.

La corte despreciaba casi abiertamente a aquel ministro que se había casado con una europea de Turquía de la que algunos, prontos para la calumnia, aseguraban que en el pasado había sido judía y esclava, y un gran califa o un gran visir le había hecho sufrir todos los ultrajes que puedan imaginarse.

Agravando un caso que no era en absoluto salvable, el conde de Vergennes, de gran ingenuidad, no disimulaba que se trataba de un matrimonio por amor en unos tiempos en los que amar a su esposa, y que ésta tuviera semejantes disposiciones, parecía el colmo del mal gusto.

A Vergennes le importaba un pimiento, y trabajaba diez horas al día con su primer funcionario del ministerio, Conrad-Alexandre Gérard.

Tal vez, en efecto, se le había nombrado ministro ante la sorpresa general, pero Vergennes sabía, en cambio, que su nombre había sido sugerido al delfín por Luis XV y que el tal delfín, muerto antes de reinar, había dejado esa recomendación a su hijo, convertido en el decimosexto Luis.

Vergennes buscó una respuesta lo bastante halagadora como para complacer al soberano y llevarlo de nuevo al campo norteamericano:

—Creía, sire, que los ingleses, en efecto, no pueden atribuir *La Terpsichore* sino al genio francés, y a vos mismo, que suscitáis todas las manifestaciones de este genio. Los ingleses no tienen pruebas, nunca abordarán la fragata fantasma, pero, si eso ocurriera, sin duda no hay nada de qué ruborizarse en ser sospechoso de inteligencia.

El rey reflexionó sobre aquellas palabras, se aseguró de que no contuvieran diestra trampa ni sutil burla, convino interiormente en que no podía de ningún modo ir contra ellas y, por consiguiente, modificó la dirección de su ataque:

—No me gusta en absoluto el capitán de *La Terpsichore*, ni que fuera capitán de navío con sólo veintidós años, ni que me viera en la obligación moral de condecorarle tanto, ni sobre todo que no se haya presentado ante mí antes de su actual campaña, pese a haber expresado yo ese deseo.

Vergennes y Sartine intercambiaron una mirada. Hombres sutiles de prontas respuestas, se dividieron la tarea, atacando en primer lugar el ministro de Marina:

—Ardía en deseos de zarpar de nuevo para aterrorizar a los ingleses. Vuestra majestad sabe perfectamente que Joachim de Niel, conde de Valencey de Adana, aunque sea en efecto muy joven, es un marino excepcional, oficial valeroso,

arquitecto naval e ingeniero. Es un rarísimo caso de hombre de acción dotado de un sabio espíritu: la aterradora arma que inventó no tiene actualmente defensa alguna. Merece tanto su grado como sus altas condecoraciones. Majestad, habíamos llegado a un acuerdo: necesitaba ese importante grado de capitán de navío para que pudiese, como deseábamos, ignorar las órdenes del inspector general de costas, no atender las órdenes del jefe del Despacho de Puertos y Arsenales, avituallarse por la fuerza, a la cabeza de una compañía de élite armada de arriba a abajo, en casa del inspector de cartas y planos de la marina, no saludar a los almirantes y no sé cuántas cosas más...

Vergennes sonrió y luego, a su vez, dijo:

—Sire, esta actitud puede parecer insolente pero acredita sobre todo, viendo tan imposible desenvoltura, la idea de que *La Terpsichore* no existe y que ese capitán Valencey de Adana tal vez sólo sea, él mismo, un puro espíritu, de modo que aquí todos nos movemos en la inalcanzable transparencia del éter...

Sartine contuvo la risa. Tranquilizado, el rey no evitó una leve sonrisa. En el fondo, aquellos dos hombres le gustaban: inteligentes, trabajadores, eficaces, fieles y sencillos. Le complacía encontrarse en su compañía precisamente cuando los mejores ingenios de la corte le repelían secretamente.

Quería, sin embargo, conservar la última palabra:

—Un Valencey de Adana fue muerto por la guardia cuando salía por la ventana de los aposentos de la amante de Francisco I: no se le ponen los cuernos al rey. Otro Valencey de Adana, que tomó las armas contra Enrique III y le infligió revés tras revés, fue capturado, a traición es cierto, pero acabó ignominiosamente colgado, una muerte que sólo se le reserva a la chusma.

—Era un gran general, sire, y servía a vuestro antepasado Enrique IV, que lloró al conocer su muerte.

—¡No importa, hay demasiada rebelión en esa tumultuosa familia!

Vergennes respondió con excesiva vivacidad:

—Sire, estos condes de Valencey descienden de Carlomagno y fueron nombrados príncipes de Adana durante la tercera cruzada, pues su sangre corrió abundantemente en todas las batallas de Oriente mientras se mantenían a la izquierda de los reyes de Francia.

«Es cierto, a fin de cuentas», pensó el rey incomodado de todos modos por la idea de que los Valencey eran también, efectivamente, príncipes desde Felipe Augusto, aunque rara vez reivindicaran ese título que sin embargo era suyo. Pese a que la modestia conmovía al rey, esa suerte de desenvoltura le enojaba.

Intervino el señor de Sartine:

—Sire, Valencey de Adana no se ahorra penalidades. Ciertamente no le gusta la gente de la corte, pero no puede estar por todas partes: sirve mejor a la corona en los mares. En un mes ha capturado ocho navíos mercantes que, dotados de tripulación de presa, llegaron con sus riquezas a puertos franceses o norteamericanos. Además, hundió la fragata *Britania* y acaba de dañar muy gravemente el *Ajax*, un tres puentes

de noventa cañones.

Luis XVI reflexionó unos instantes, luego preguntó:

—¿Dónde están, él y su *Terpsichore*?

Sartine sonrió.

—¿Cómo saberlo, majestad, puesto que ésa es su fuerza? Señalan su presencia, al mismo tiempo, en María Galante, en Irlanda, en La Deseada, en Filadelfia, en la isla de las Tortugas y ante las costas de Escocia. No excluyo, en absoluto, que esté singlando hacia su base secreta.

El rey se encolerizó, o lo fingió.

—¡Su base secreta! Todo es secreto en este hombre, y eso le evita rendir demasiadas cuentas... ¡Su base secreta!... ¡Con sus indios salvajes y sus negros!... Está formalmente prohibido, tanto en las embarcaciones de la marina real como en nuestros corsarios, llevar negros a bordo. Y lo mismo ocurre con los indios. ¡Pero Valencey prescinde de ello!

El ministro de Asuntos Exteriores intervino con persuasiva dulzura:

—Majestad, en este asunto todo está prohibido, entonces, o nada lo está. Las libertades que nos tomamos con los códigos y reglamentos están al servicio de una superior forma de libertad que nos honra, y vuestra majestad lo sabe, tan popular es, por una vez, esta guerra.

—Tal vez sea así, en efecto, Vergennes, pero esta guerra terminará algún día. Quedará entonces un oficial superior al que ya nadie podrá dirigir nunca, tan independiente y rebelde se habrá vuelto a cualquier disciplina. ¿Por qué voy a correr semejantes riesgos?

—Porque él es, sire, el niño mimado de la Victoria, y porque todos los grandes reyes, en todos los tiempos, honran a semejantes capitanes que tan poco comunes son.

El rey, a quien tanto le habría gustado navegar y que sin duda lo hubiera hecho de no haber sido rey, repitió:

—El niño mimado de la Victoria... ¡Le deseo entonces que muera muy joven, pues la Victoria es caprichosa! ¡Incluso con sus niños mimados!

Estaba de pie en la toldilla, con el tricornio ligeramente inclinado hacia delante y el catalejo ante el ojo derecho. Su rigidez tranquilizaba a sus oficiales: sin duda había olfateado una presa.

El vigía lo confirmó:

—¡Navíos por la serviola de barlovento!

El capitán Valencey de Adana respondió con voz muy tranquila, grave, algo gangosa pero muy agradable al oído:

—¡Izad el pabellón!

La bandera subió por el mástil, los lises de oro del reino de Francia brillando sobre un fondo de un blanco inmaculado.

El capitán no había bajado el catalejo.

—Ordenad zafarrancho de combate. ¡Barra al viento! ¡Toda!

Los tambores redoblaron, ascendían pasos precipitados de las profundidades del navío, tintineaban las armas. Muy pronto, todas las miradas se clavaron en el comandante, que anunció sobriamente:

—Una fragata y dos mercantes van...

Extrañado hasta el punto de no concluir su frase, Valencey de Adana vio la fragata inglesa *Amazing Grace* saliendo literalmente a escape, abandonando a una suerte forzosamente funesta los dos mercantes a los que debía proteger.

—¡Costumbres nuevas!... Sacad algo de leña de la arboladura inglesa, rodead los navíos, una sola salva, que se arrepientan.

La batería de babor hizo fuego. De inmediato, en los navíos mercantes los ingleses arrojaron sus armas al mar y arriaron el pabellón: la fragata roja había helado su sangre, nadie deseaba combatir.

Un pesado bajel francés de sesenta cañones, *L'Argonaute*, se acercó a los ingleses a quienes las baterías de *La Terpsichore* mantenían a raya, mientras aparecía, a su vez, la corbeta *Betelgeuse*, encargada de prevenir cualquier intrusión enemiga. Los tres navíos actuaban juntos desde el inicio de la guerra, sin alejarse nunca demasiado los unos de los otros y navegando bajo el pabellón de las flores de lis.

Aunque el joven capitán conocía todas las fases de la maniobra, no por ello dejó de seguir atentamente su desarrollo. Y ésa era una de las cosas que aún asombraban a sus oficiales y marinos: aquel escrupuloso modo de observar el curso de operaciones tan a menudo, sin embargo, repetidas y ejecutadas.

Así ocurría con la corbeta de veinte cañones *Betelgeuse*, construida de acuerdo con los planos de Valencey de Adana y con fama de ser la más rápida del mundo. Su misión consistía en descubrir las presas. Llegaba luego la fragata *La Terpsichore*, que combatía a veces utilizando su arma secreta, pero a menudo limitándose a mostrar los colmillos. Finalmente, el bajel pesado *L'Argonaute*, una de cuyas múltiples tripulaciones de presa que se encontraban a bordo tomaba el control de los navíos

conquistados, poniendo a los ingleses en chalupas o encadenándolos cuando faltaban las primeras.

Los hombres que llegaban de las profundidades de la fragata no siempre tenían la ocasión de aparecer por cubierta, como los cocineros o marineros que servían en los distintos almacenes de cala. Aquéllos buscaron ávidamente el rostro de su capitán. Pero Valencey de Adana, como era habitual en él, se había colocado de espaldas al sol, de modo que a contraluz nadie distinguía con claridad sus rasgos.

Entretanto, en tierra de Charente interior podía evaluarse, con cierto asombro a veces, lo popular que era Donatien de Niel, conde de Valencey de Adana y ex general de dragones.

En la extensión de hierba cercana a la capilla del castillo, donde dormían su último sueño todos los Valencey de Adana de los tiempos de antaño, la gente se apretujaba. Excepto los La Chesnaie de Flers, una de cuyas dos hijas había sido raptada y que vivían inmersos en una profunda inquietud, estaba allí toda la nobleza local, así como los más notables burgueses de Confolens y Ruffec, acompañados por sus esposas. Al no ser admitidos en el modesto cementerio, los campesinos aguardaban bajo las murallas, sabiendo que llegaría su turno cuando los grandes se hubieran marchado.

En primera fila, un aristócrata, joven aún, no conseguía ocultar su pesadumbre mientras las últimas paladas de tierra colmaban la fosa. Empeñado en contener sus lágrimas, no se fijó en un hombre de unos treinta y cinco años, vestido de negro, que no apartaba de él los ojos y le siguió al salir del cementerio.

Apresurando el paso, el que iba vestido de negro abordó al joven aristócrata pálido y deshecho:

—¿Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort?

El joven conde, que era tuerto, le miró de arriba a abajo con su frío ojo, de un azul muy pálido.

—¿Quién sois?

—Pierre-François Gréville, policía del rey.

—La policía criminal: siempre después, siempre demasiado tarde.

—Os engañáis, señor: policía secreta.

Ésta tenía en el reino una reputación de temible eficacia pero, poco impresionado, Blacfort alzó el labio superior, como si de pronto se hubiera encontrado ante algún repugnante reptil. Respondió en un tono cortante:

—En la policía algo hay de la chusma a la que persigue.

—Y en la chusma algo hay de la policía que la persigue. Sin duda, ese vínculo de parentesco es lo que nos permite mandar a tantos al cadalso.

El tono del policía, por su frialdad, nada tenía que envidiar al del aristócrata, que recibió con mano vacilante el pliego que Gréville le tendía.

El sello real, unas líneas, la más prestigiosa firma de Francia: el joven conde de Blacfort rectificó de inmediato el tono:

—No podía saber, señor... ¿Señor?

—Pierre-François Gréville.

—Además, este dolor que me abrumba... Lo siento mucho.

—Queda olvidado. ¿Estabais allí cuando asesinaron al general príncipe de Adana?

—No, acabo de llegar de Angulema, donde me encontraba por asuntos privados.

—¿Qué significa esa perrería, esa estúpida historia del Hombre Jabalí?

El policía hablaba con una voz desagradable, bastante aguda aunque siempre en el mismo tono. Así, el «queda olvidado» que deseaba ser conciliador había sonado como una orden.

Molesto, el conde de Blacfort respondió:

—Es lo que dicen los aldeanos... ¿Pero no se han encontrado los cadáveres de dos de los asesinos muertos por el gran perrazo negro?

—En efecto, asesinos de altos vuelos, pero que sin duda no se conocían entre sí. Requeridos especialmente para ese trabajo sucio, supongo. Habladme del difunto general.

Algo aturdido, el joven conde de Blacfort ordenó sus ideas y luego dijo:

—Era un hombre muy bueno. No veo quién podría afirmar lo contrario. De acuerdo con su hijo Joachim, que resulta que es mi mejor..., en el fondo mi único amigo, había renunciado a sus derechos de alta y baja justicia, despedido el bailío, rechazado que le concedieran un lugarteniente, un procurador fiscal y demás oficiales necesarios para tan vasto dominio. Se negaba a utilizar su derecho de nombramiento en los curatos, prioratos y capillas, abría sus cazaderos y sus vedados a sus campesinos, deslumbrados por tanta generosidad, también había renunciado a sus derechos de destierro, vendimia, salitre, acecho, peaje y muchas cosas más.

—¿Justificaba él tan extraña actitud?

El joven conde sonrió, conmovido.

—Decía que unos campesinos que comen hasta saciar su hambre y viven casi libres no sienten deseos de destriparse entre sí, que de algo justo se desprenden otras muchas cosas buenas y que, a fin de cuentas, él poseía ya una inmensa fortuna. Los Valencey de Adana trajeron de Oriente, además de un glorioso título de príncipe, fabulosas joyas.

—¿Era, pues, profundamente amado y por todos?

El conde vaciló unos instantes, y aquello no escapó al policía.

—No. Ciertamente, nadie le odiaba pero le criticaban entre la nobleza, alegando que su ejemplo despertaba ciertas ideas en otros campesinos. Escandalizaba que recibiera tan a menudo y tan calurosamente a su amigo el señor D'Alembert, uno de los autores de la *Enciclopedia*. Se extrañaban que hubiese ofrecido una verdadera fortuna a los norteamericanos, cuya causa le entusiasmaba. Era...

—¿Era?... —repitió el policía.

—Y a os lo he dicho: un mal ejemplo.

—¿Y a vos qué os parece?

—Que era un magnífico ejemplo. Como prueba, yo compartía las ideas de los Valencey de Adana.

—Me han dicho que la pérdida de vuestro ojo se debió al hijo de la víctima, Joachim. ¿No albergasteis rencor por ello?

Blacfort sólo a medias contuvo un respingo.

—Apenas teníamos quince años y fue un accidente del que yo fui el único responsable, pues me adelanté en un contraataque. Nuestro viejo maestro de armas, vivo todavía, os lo confirmaría. Pero ya veis, Joachim no tiene rival con la espada o con el sable y sus movimientos son tan seguros que yo perdía toda prudencia. Yo...

—¿Sí?

Blacfort sonrió.

—Muy al contrario. Con Mahé, ambos... ¿Conocéis al barón?

—Mahé de Campagne-Ampillac, embarcado en la fragata del conde, lo sé.

—¿Cómo deciros esas cosas?... Los tres formábamos un trío inseparable, pero mis relaciones con Joachim son las más sólidas. Se cree responsable de este accidente y, sean cuales sean mis negativas, manifiesta hacia mí más cuidado y atención que un padre y un hermano juntos.

Unas carrozas bastante antiguas y algunos jinetes les adelantaron, los nobles regresaban a su casa. Gréville preguntó:

—Y de esa joven marquesa, Pauline de La Chesnaie de Flers, que era su prometida, ¿qué sabéis?

Angustiado, el conde esbozó el gesto de rechazar al policía.

—Señor, basta ya: me abrumáis con vuestras preguntas, son demasiadas y vais demasiado deprisa.

—Recuperad el aliento, señor, no tengo prisa.

Blacfort suspiró.

—El hombre del rostro de jabalí la raptó, eso es lo que dicen en el pueblo.

—Ya lo sé. ¿Se amaban o iba a ser un matrimonio de conveniencia?

El conde de Blacfort permaneció unos instantes perplejo y luego, con voz dulce, respondió:

—Ella parecía amarle. Él... es una mezcla muy extraña de timidez y rara audacia, de profunda soledad y atentos cuidados a los demás, por muy humildes que sean, de pudor en el sentimiento y violencia guerrera: todas las muchachas de la nobleza le aman. Pauline fue, sencillamente, la que más se obstinó en hacérselo sentir. Por lo que a él se refiere, cierto día me confesó estas pocas palabras: «Llega demasiado pronto a mi vida pero me ha distinguido entre todos: es un gran honor. Cometer la falta de no atender su muda plegaria no sería de gentilhomme».

—¡Ah, de modo que no la amaba!

—Juzgadlo vos mismo. Pero la habría tomado por esposa con el mero fin de no provocar pesadumbre.



—¡Eso es una locura, pura locura!

—¿Acaso os he dicho otra cosa, señor policía?

Pierre-François Gréville observó el cielo de un gris plomizo atravesado por algunas nubes aborregadas. En aquel extraño asunto no se lo decían todo, ni siquiera en el gabinete real donde le habían designado, contra todo lo que cabía esperar, para resolver aquel curioso enigma con órdenes de proteger a Joachim de Valencey de Adana como se haría con un príncipe heredero...

¿Por qué?

Fuese como fuese, pensó que le gustaría conocer a aquel curioso capitán designado con la fórmula «en alta mar» en los registros marítimos, ¡y desde hacía... siete años! En alta mar, en un barco... que nadie había visto nunca.

Un capitán que producía tan profunda impresión en sus amigos y conmovía el corazón de las jóvenes damiselas de la nobleza.

—¡Volveremos a vernos!... —le soltó con sequedad al conde de Blacfort.

—No lo deseo, señor policía.

Sin tomarlo a mal, Gréville observó a Blacfort con curiosidad y luego añadió:

—Y sin embargo, de todos modos volveremos a vernos.

El rey Jorge III de Inglaterra, que moriría loco, padecía ya algunos trastornos mentales durante la guerra de América.

No era nada popular, tanto chocaba su política con las libertades tradicionales. Además, había negociado con excesiva blandura el tratado de París que clausuraba la guerra de los Siete Años y había provocado la guerra de América sólo por su torpeza y su rudo comportamiento.

En la ayuda francesa a los insurrectos sólo veía odio contra Inglaterra, sin sospechar que para un gran número de franceses se trataba de un soberbio impulso hacia la libertad y de un profundo aborrecimiento de la tiranía. Para tener clara conciencia de estas cosas, a Jorge III le hubiera sido necesaria una sutileza que nunca poseyó. De modo que con gran ligereza había involucrado a su poderoso país en una guerra que iba a durar de 1778 a 1783 y a empobrecer grandemente el prestigio y el tesoro de Inglaterra.

La noticia de un tres puentes de noventa cañones atacado por «la fragata fantasma» había llegado a Londres mucho antes de que el *Ajax*, muy dañado, estuviese a la vista de las costas de Inglaterra.

El pesado bajel se arrastraba sobre los mares, remolcado nada menos que por dos fragatas de la Royal Navy, pero su velocidad, por lenta que fuese, resultaba bastante regular, de modo que no parecía nada difícil prever el día y casi el instante de su llegada.

Prudente, el nuevo capitán del *Ajax* no deseaba introducirse en La Mancha, por donde merodeaban corsarios franceses, de modo que eligió Plymouth.

Allí, a caballo, rodeado de almirantes y oficiales de la Royal Navy, Jorge III aguardaba con creciente impaciencia, pues había hecho saber al *Ajax* que le recibiría a su regreso.

Un oficial bajó el catalejo y, con voz alterada por la emoción, anunció:

—¡Ahí están, sire!

El espectáculo pareció patético.

De lejos, aunque la imagen iba precisándose instante tras instante, el *Ajax* parecía un toro herido. Muy hundido en las aguas, como medio paralizado, seguía pesadamente a las fragatas de velas hinchadas por un viento bastante favorable.

Un almirante observó:

—Sire, las cureñas están vacías. Para impedir el naufragio y traer el bajel, sin duda han arrojado toda su artillería al mar.

Un acceso de cólera dominó al rey de Inglaterra. «Los cañones son cosas costosas y escasas —pensó—, ¿cómo se atreve un capitán a cometer semejante sacrilegio?».

Jorge III se disponía a echar sapos y culebras cuando otro almirante, bajando el catalejo, soltó con voz satisfecha:

—No importa, el *Ajax* está de regreso a Inglaterra. No sería pues faltar a la verdad

afirmar que en este caso la victoria es inglesa, ya que esos perros franceses se ven una vez más derrotados en su ambición. Además, majestad, ésta es la afirmación de ese principio que no dejamos de defender ante vos: ninguna fragata, por muy fantasma que sea, por muy roja que sea, aunque sea la más rápida del mundo y esté superiormente armada, ninguna fragata puede hundir un tres puentes.

Sabiendo que llegaban por fin a las costas de Inglaterra, donde aguardaba el rey, ninguna autoridad pudo contener al millar de hombres que constituían la tripulación del bajel de línea, y que se abalanzaron hacia la cubierta. Y tras aquel interminable viaje de regreso, durante el cual el escorbuto había hecho su aparición, ¿quién habría podido condenar a los infelices que abandonaban su puesto para contemplar por fin las costas de su país y responder al favor de su soberano?

Desgraciadamente, a causa de esta euforia general, los equipos que se relevaban en las bombas de achique siguieron el mismo impulso. Al no estar ya vigilados con la constante atención que acarrea numerosas intervenciones, las reparaciones improvisadas y los apresurados calafateos cedieron, dejando que enormes chorros de agua entraran en la imponente embarcación.

En gran uniforme de gala, como clavado en su puesto, el nuevo capitán, Jack Clifford, en absoluto ignoraba todo aquello. Pero, del mismo modo, sabía perfectamente que entre aquel pequeño grupo de jinetes empenachados que observaban con el catalejo su navío se encontraba Jorge III, y no veía cómo dominar una situación que había alcanzado gran complejidad. Por un lado, en efecto, no podía pensarse en recuperar el control de la tripulación de modo expeditivo, haciendo disparar al aire, por ejemplo; y ante los ojos del monarca y de los lores del almirantazgo. Por otro lado, hundirse en aquel instante produciría, también, una deplorable impresión al rey.

Dividido entre esas dos calamidades, el capitán vacilaba. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más se le imponía lo que, de pronto, le pareció evidente: ¡el *Ajax* aguantaría!

Sus delgados labios esbozaron una fugaz sonrisa.

—¡Me juego la vida en esta certeza! —murmuró.

Nadie conocía los tres puentes mejor que él. Enviado en una fragata rápida para ponerse al mando del *Ajax*, tras la muerte de Lansbury, Clifford era un notable oficial de la Navy con una brillante hoja de servicios. Ciertamente, pensaba, el bajel de alta mar estaba muy dañado, pero por fin llegaban a puerto, era apenas cosa de minutos. Además, el capitán Clifford había puesto en las bombas a unos quince oficiales, para que, mal que bien, sustituyeran a los marinos que habían subido a cubierta.

De pronto, una algarabía procedente de los miembros de la tripulación le arrancó de sus pensamientos.

Siguiendo las miradas de sus hombres, se volvió y, sin que pudiera aportar remedio alguno a la cosa, por primera vez en su vida se echó a temblar.

De la cabeza a los pies.



Almirantes y oficiales superiores de la Royal Navy sabían que aquél, y ningún otro, era el momento de decir algo notable, unas palabras que el rey no olvidara nunca. Una fórmula guerrera, por ejemplo, que, lanzada frente al peligro, pusiera de relieve la gran sangre fría y la firmeza de carácter de su autor, o, mejor todavía, alguna sentencia sutil de aire gracioso que afirmara la tranquila bravura del oficial que la soltase, y que al mismo tiempo lograra dejar a los demás como otros tantos cobardes. Pero ninguno consiguió despegar los labios, tampoco el rey de Inglaterra.

Había aparecido con excepcional velocidad y nunca, que la memoria del hombre recordase, una fragata había producido la impresión de estar corriendo de ese modo sobre las olas.

Roja desde lo alto del mástil hasta la línea de flotación, no sorprendía sino que petrificaba de estupor, pues nadie, fuera o no marino, podría imaginar un navío de semejante rojo verdugo, con la sola excepción de las velas hinchadas por un viento que el capitán de aquel bajel de pesadilla había literalmente ido a buscar para domesticarlo en su beneficio.

Más inquietante aún, en cubierta sólo se veían algunas sombras de raros gestos cuya extremada lentitud en la maniobra hacía pensar que aquellas criaturas no tenían en las venas el hervor de la sangre humana que da vivacidad, sino algún humor pesado y deletéreo que sólo podía atribuirse a unos muertos vivientes.

La fragata viró y vieron su nombre, *La Terpsichore*. Luego, colocándose paralela al *Ajax*, lanzó hacia éste desde su cubierta un extraño objeto que parecía un largo tiburón nadando entre dos aguas y del que sólo sobresalía, con una estela de espuma, la aleta dorsal de un gris acerado.

Con el impacto el *Ajax* se estremeció, como un oso fulminado por una bala. Se bamboleó unos instantes, se estabilizó, como si se hubiera recuperado de aquella nueva y terrible herida; pero nadie se engañaba.

Ni el rey, que adivinaba la continuación, ni los marinos de las fragatas, que cortaban furiosamente con hachas los cabos y cables de remolque para no ser arrastrados en el naufragio, ni el capitán Jack Clifford, él menos que nadie.

Había abandonado la vida antes de estar muerto, contemplando los acontecimientos como espectador. Así, sintió, más que vio, cómo su barco se hundía. Contempló con triste mirada el millar de hombres que componían su tripulación y saltaban al mar. Dedicó un pensamiento a la quincena de oficiales a quienes había mandado a calafatear la primera brecha y que en aquel instante estarían muriendo ahogados, aplastados contra las paredes por el furioso torrente de agua que entraría por todas partes.

Lentamente, Clifford se llevó el cañón de la pistola a la sien y disparó; se mató en

el acto.

No pudo ver la batería de estribor de *La Terpsichore*, que con un inmisericorde tiro de precisión desarboló las dos fragatas inglesas, demasiado ocupadas en deshacerse del *Ajax* como para responder.

Como no distinguió, tampoco, el disparo dirigido a tierra, contra el grupo de oficiales empenachados, disparo que mató a dos almirantes y obligó al rey Jorge III y los suyos a descabalgarse y arrojarlos de bruces sobre el barro.

Irreconocible, manchado, con el rostro cubierto de tierra, el rey se puso de rodillas y vio cómo la fragata francesa viraba hacia alta mar. Ebrio de rabia, distinguió en el castillo de proa a un oficial que se quitó el tricornio con extremada gracia para saludar antes de volverse, como indiferente ya a la suerte del rey de Inglaterra.

Poniendo de relieve su impericia, las baterías costeras inglesas abrieron tardíamente fuego contra el navío francés, aunque estuviera fuera del alcance de sus cañones.

Jorge III olvidó el espectáculo del tres puentes hundido ante sus ojos en una inimaginable y humillante provocación. Olvidó las dos fragatas inglesas descabezadas, a los almirantes con los cuerpos desarticulados, la artillería de fortaleza tan lenta que rozaba el ridículo, el barro hediondo que le cubría de la cabeza a los pies.

Con esa súbita calma que engendra a veces el odio en estado puro y que sorprendió a su vapuleado estado mayor, soltó en voz algo baja:

—Reunid toda la Royal Navy si es necesario, pero hundidme esa fragata. — Luego, secándose el rostro con el dorso de la mano, añadió con mayor nerviosismo —: Y traedme la cabeza de su capitán.

Ni por un solo instante el poderoso soberano dudó de que sería rápidamente satisfecho por la buena ejecución de esas órdenes mientras su mirada, de pronto melancólica, se demoraba en lo alto de los mástiles del *Ajax*, que sobresalían de un mar gris, únicos vestigios de la poderosa embarcación de línea.

En el fondo, considerando su naturaleza compleja, como sucede a menudo con los locos, podríamos decir que el rey de Inglaterra era feliz: su camino acababa de cruzarse con el de aquel a quien siempre consideró su mayor enemigo en la tierra. Un odio hecho de un solo bloque, tan fuerte y macizo que iba a convertirse en obsesión.

Algunos, para vivir, necesitan odiar. Muy a pesar suyo, el príncipe de Adana iba a servir —también— para eso...

Tenía veintiocho años de edad, lo que es muy poco para llevar en el pecho la cruz de oro de caballero de la Orden real y militar de San Luis, la más alta distinción y la más prestigiosa condecoración del reino de Francia.

Iba impecablemente ceñido por su uniforme: guerrera azul, charreteras de oro, calzas blancas, zapatos con hebillas de plata, tricornio negro con galones dorados y plumero rojo y blanco, con la espada al costado.

Alto, con el rostro y las manos bronceados por el sol, parecía indiferente a las decenas de cortesanas que le miraban con estupor mientras, con la cabeza levantada, avanzaba por la gran sala siguiendo a un oficial de la Casa Real. Todo su ser desprendía una sensación de fuerza brutal, de determinación y frialdad.

No manifestaba sentimiento alguno. Se había presentado en Versalles a la hora exacta, ni un segundo más ni un segundo menos, y allí le aguardaban ante las rejas doradas. Ni una sola mirada a la sala de los Embajadores o, al fondo, al patio de mármol. Ni la sombra de un saludo a los oficiales superiores de los Guardias Franceses, con largos mantos azul celeste y guerreras rojas, ni a los de los Guardias Suizos, de largos mantos rojos y guerreras azules. Unos y otros le vieron pasar sin comprender. Diríase que ni siquiera veía todas aquellas espadas de empuñaduras ricamente ornamentadas ni aquellos sombreros de hermosas plumas blancas.

Un anciano duque se acercó y le cerró voluntariamente el paso.

—¿No... no seréis su hijo, Joachim?

Creyeron que el joven oficial de marina de modales gélidos iba a rodear al anciano pero, cortés, no lo hizo, limitándose en cambio a una simple inclinación de cabeza.

Satisfecho e incluso bastante orgulloso de haberse mostrado tan fisonomista, el anciano duque se volvió hacia los cortesanos devorados por la curiosidad y luego, con voz trémula, dijo:

—Joachim de Niel, conde de Valencey, príncipe de Adana.

Un «oh» de sorpresa atravesó como un estremecimiento las hileras de la gente de corte, pero el oficial de la Casa Real mostraba ya impaciencia:

—Señor duque, por favor: ¡el rey aguarda!

Sin añadir nada, seguido siempre por un silencioso Valencey de Adana, desapareció por un extremo de la galería, mientras por todas partes se sucedían las preguntas en un continuo cacareo:

—¿A ver al rey?... ¿Pero por qué a ver al rey?

—Los príncipes de Adana nunca vienen a Versalles: ¿qué significa eso?

—¿Cómo un simple comandante de navío, por mucho que sea de antigua nobleza, consigue ser recibido por el rey?

—¿No será un nuevo peón en el juego de Vergennes y Sartine? El ministro de Asuntos Exteriores y el de Marina llegaron a Versalles hace media hora.

El asombro se mezclaba con la inquietud, pues lo cierto es que en Versalles la gente que era bien recibida en la corte temía en todo momento dejar de serlo, y veían en cada nueva cabeza un intruso dispuesto a arruinar sus ambiciones.

En esta hipótesis, las hermosas damas pensaban con delicia que conquistar al príncipe de Adana reforzaría sus empresas, eso por lo que se refiere a los negocios, pero prometía también apasionados amores, y eso atraía al placer, pues todas habían quedado impresionadas por aquel joven capitán, tan seductor a pesar de su frialdad, tan distinto de los hombres que por allí se veían.

Sin embargo, los unos se habrían tranquilizado en cuanto a sus inquietudes y las otras se habrían decepcionado en sus esperanzas de un ascenso de posición gracias a una aventura amorosa si hubieran podido asistir a la entrevista entre el rey de Francia y el capitán de la «fragata fantasma».



Luis XVI, que hasta entonces sólo había hablado con Valencey de Adana unos pocos instantes para condecorarle con discreción, no se sentía cómodo. Aquel capitán era como temía: un hombre frío, poco hablador, que no intentaba seducir, aureolado ante algunos —lamentablemente cada vez más numerosos, pues el secreto se propagaba deprisa— por una gloria sin par.

El rey lanzó una mirada a sus dos ministros y luego contempló de nuevo a Valencey de Adana, sentado en el borde del sillón, como si estuviera dispuesto a brincar para huir con mayor rapidez de aquella entrevista.

—Os felicitamos por el conjunto de vuestra campaña, tan victoriosa y fructífera como las precedentes. Sin embargo..., ¿era necesario humillar hasta ese punto al rey Jorge?

—Sire, yo no le había invitado. Él estaba allí y, sea cual sea la situación, mi política no varía: matar prioritariamente a los oficiales para desorganizar la tropa y sembrar un desconcierto que nos sea provechoso.

Luis XVI, atónito, dio un respingo:

—¿Estabais dispuesto a matar al rey de Inglaterra?

—Lamento sinceramente, sire, que mis excelentes artilleros no alcanzaran, por tan poco, a esa chusma; en cuanto a ellos, están sumidos en una profunda aflicción.

—Pero bueno, príncipe, es un rey... ¿Qué buscáis, pues?

—¡La victoria!... Yo hago la guerra, sire, el rey de Inglaterra la hace también y, según creo, contra nosotros. Si una bala francesa lo hubiera decapitado, la guerra se habría abreviado y se habrían salvado miles de vidas.

Luis XVI movió la cabeza, fingiendo reír.

—Claro que no, príncipe, os fijasteis en un grupo de oficiales superiores y, de

acuerdo con vuestra teoría sobre la necesidad de matar a quienes ejercen la autoridad militar, ordenasteis el disparo. Pero no podíais saber que el rey de Inglaterra estaba entre ellos, ésa es la verdad, ¿no es cierto?

—De ningún modo, sire. Lo sabía perfectamente, pues había interceptado una corbeta inglesa que llevaba un correo confidencial. Pretendía, es cierto, acabar con el *Ajax*, pero acabar con aquella carroña que tanto mal nos desea constituía lo esencial de mis ambiciones.

El rey se levantó y dio, inquieto, la vuelta a la estancia. Sin duda, aquel Valencey de Adana estaba loco del todo. El monarca se sentó pesadamente y decidió poner fin al asunto con rapidez.

—¿Necesitáis dinero para vuestras nuevas campañas?

—Es innecesario, sire. Vuestra ordenanza del 28 de marzo de 1778 permite una amplísima financiación de mis empresas.

Inquieto, temiendo una nueva calamidad, el rey preguntó:

—Hum... Mi ordenanza... ¿Qué decía, a fin de cuentas?

—Estipula, sire, que durante esta guerra la corona renuncia a cualquier participación en los navíos capturados. Un artículo precisa que las embarcaciones apresadas por la marina real pertenecen, en sus dos tercios, a los oficiales y miembros de la tripulación, y el tercer tercio a la caja de los inválidos. Los ciento sesenta navíos corsarios armados en los puertos franceses gozan de otras ventajas.

Luis XVI inclinó la cabeza.

—¿Y eso os basta?

—Sire, el esfuerzo de guerra cuesta muy caro al país y considero un deber satisfacer sin la corona las necesidades y el avituallamiento de *La Terpsichore*, de la corbeta *Betelgeuse* y del bajel pesado *L'Argonaute*, así como el mantenimiento y el desarrollo de nuestra base secreta. Puesto que los oficiales no tienen cargas familiares, ceden la mitad, a veces la totalidad de sus fortunas, a los norteamericanos.

Luis XVI pensó: «Está menos loco de lo que parece, y éste, al menos, no nos cuesta nada».

Decidió quedarse con esta buena impresión poniendo fin a la entrevista.

—He tenido noticia, príncipe, del asesinato de vuestro padre. Los culpables serán encontrados y castigados.

—¡Eso no lo dudéis ni un solo instante, sire! —respondió Valencey de Adana levantándose a su vez.

Y el rey, tras haberse encontrado con la mirada del comandante de *La Terpsichore*, se estremeció.





La cocina elegida, por lo demás desierta, era vasta, y Valencey de Adana llegó del brazo del ministro de Marina. Al capitán de navío, ciertamente, no le volvían loco ese tipo de contactos físicos pero, como no tenía nada que reprocharle a Sartine, que le protegía en cualquier circunstancia, lo aceptó sin protestar.

Muy pronto, cuando ambos hombres se hubieron sentado, un criado les sirvió un gran bol humeante, que colocó ante el oficial.

Dos horas antes, tras el encuentro en la «mesa rosa» donde se extendían las cartas del almirantazgo situado en el Palacio de la Ciudad, Valencey de Adana había rechazado una primera colación, declinando el mismo ofrecimiento cuando los dos hombres pasaron por el «gabinete dorado» del secretario de Estado de Marina.

Pero éste no ignoraba que el capitán había llegado del puerto, en construcción, de Cherburgo, donde le había dejado la corbeta *Betelgeuse*, sin beber ni comer.

Valencey de Adana contempló el bol con desconfianza, pero el olor que desprendía le resultaba agradable y familiar.

—Vamos, probadlo; ciertamente no seré yo quien os envenene... —soltó el ministro.

El capitán acercó con prudencia el bol a sus labios, luego sonrió.

El ministro le observaba, pensativo: «Es extraño, cuando sonrío todo su rostro sonrío y diríase que es un niño».

—Ah, señor ministro, que el diablo me lleve: ¿quién os ha hablado de esta debilidad mía?

—Vuestro amigo de la infancia que aguardaba ante las rejas de Versalles. Me habló de vuestro padre, al que tanto quería... —Luego, agitándose y alzando la voz, añadió—: ¡Mostraos ya, señor de Campagne-Ampillac, vuestra víctima lo sabe todo!

La puerta se abrió ante un hombre rubio, alto y fuerte.

Espontáneamente, Valencey de Adana se levantó y lo estrechó en sus brazos.

—¡Mahé!... Ah caramba, señor hermano mío, no podía soportar saberte fuera con ese viento de mil diablos y ese frío de lobo.

—¡El señor ministro no lo ha querido así! —respondió Mahé, sonriendo.

Conmovido por la amabilidad del señor de Sartine, el capitán de *La Terpsichore*, incómodo, buscó las palabras:

—Pues bueno... Gracias, señor ministro, tanto por él como por mí.

Sartine, emocionado ante el afecto poco común que aquellos hombres sentían, respondió con cierta rudeza:

—¡Ah, príncipe, bebed mientras el brebaje esté caliente!

Miró con una satisfacción casi paternal a Valencey de Adana, que bebía a traguitos para mejor saborear el contenido del bol.

Luego, alzando la cabeza hacia su amigo de infancia, el capitán preguntó:

—¿También tú has disfrutado de esto?

Los risueños ojos azules del Mahé de Campagne-Ampillac no dejaban duda alguna al respecto:

—¡Más de lo razonable!

—Señor hermano mío, te lo he dicho ya mil veces: ¡sólo la muerte es razonable!

—respondió el príncipe.

El ministro, algo fascinado, observó a Valencey de Adana mientras pensaba: «Así son las cosas. Dibuja navíos que revolucionan la arquitectura naval, fabrica un arma tan terrible que aterroriza a la Royal Navy, manda su fragata con la audacia y el valor de un Jean Bart, hace que su artillería dispare a sangre fría contra el rey de Inglaterra, a quien trata de carroña ante el rey de Francia... ¡Pero no sabe resistirse al placer de un bol de chocolate con horchata y leche de cabra!... Con corazones tan jóvenes y puros, ganaremos esta guerra. Si no los matan antes...».

El poderoso señor no llevaba la máscara de jabalí que había ocultado sus rasgos cuando sembró el terror y luego la muerte en las tierras de los príncipes de Adana; la máscara arrugada había sido abandonada sobre un elegante mueblecito de madera de las islas, cerca de una curiosa espada. Negra, enteramente negra, su empuñadura evocaba una maraña de huesos y el extremo del mango concluía en un cráneo de órbitas vacías artísticamente forjado. Más allá, arrojado en un gesto de cólera, un rosario cuyas cuentas de marfil esculpidas estaban formadas por calaveras revelaba la presencia, en el alma del asesino, de un sentimiento religioso atormentado.

—¡Hubiera debido matarle con mis propias manos!... —soltó con rabia, pues con el paso de los días se agriaba en su corazón el recuerdo de aquella falta de decisión que a veces le asaltaba y que le hizo delegar la ejecución del crimen en su sicario. Luego, casi de inmediato, levantando la voz añadió—: ¿Y tú, maldito abate, has preparado la jaula?

Una sombra que vestía sotana se introdujo en la estancia. El sacerdote, Fhebus Monteroux, hombre corpulento de unos cuarenta años, llevaba sus escasos cabellos muy largos y parecía difícil no advertir, en su desagradable apariencia, su rostro vultuoso.

Hubiera sido falso afirmar que el abate Monteroux no creía ya en aquel Dios al que servía diciendo misa para mejor disimular, y eso en muy raras ocasiones, aunque con un talento de actor tan consumado que las almas crédulas quedaban maravilladas ante su fervor. Sí, no había perdido la fe, puesto que, sencillamente, nunca la había sentido. Siendo aún joven, había advertido que sólo el estado sacerdotal, en la situación de gran indigencia de su familia, le permitiría escapar de la miseria. Dado que el azar le puso en el camino de un gran señor, supo hacerse notar y no tardó en darse cuenta de que el alma de aquél a quien esperaba convertir en su protector, pues bien, que aquella alma se encontraba como resquebrajada entre la negrura de hollín de los más bajos instintos y una creencia supersticiosa en un dios terrible, cuya furia deseaba atenuar con manifestaciones de piedad demasiado ostentosas para ser sinceras.

Con el transcurso del tiempo, sin embargo, cada uno vio en el otro lo que realmente era, y Monteroux, aunque confesaba a su señor todos los días, se convirtió en el organizador tanto de sus abyectos placeres como de sus más sombríos designios. De modo que, en una paradoja que hubiera parecido lamentable o risible a cualquier hombre razonable, el cura confesaba al cristiano a quien él mismo había sumido en la perdición, el hombre de Dios absolvía al pecador de unos hechos cuyo principal instigador era él.

Pero, al igual que esas parejas unidas por el amor que se desgarran en violentas y estériles peleas sin que jamás decaiga —¡muy al contrario!— la pasión que los lanza el uno hacia el otro, el señor y el pequeño abate formaban un monstruo de dos

cabezas, una de las cuales, al parecer, no podía cortarse sin que cayera también la otra. El odio al mundo los unía. La afición al vicio era su cemento, su sed de destrucción sellaba su complicidad cuando el desprecio que el uno sentía por el otro les permitía, creyéndose menos vil y menos abyecto que su compañero, soportarse.

—Bueno, ¿y esa jaula?... —preguntó el aristócrata.

—Sólo os esperábamos a vos, monseñor.

Atravesaron sin decir palabra varias estancias bastante espaciosas, llegaron luego a uno de esos maravillosos jardines que ocultan muchas mansiones de la ciudad de París.

Ésta, en la calle de la Harpe, estaba atestada de riquezas artísticas. Cuadros italianos, muebles flamencos, vajilla de plata nada eran si se consideraba que la disposición de aquellos deliciosos jardines, donde el tiempo sustituye al oro, había exigido casi un siglo.

Tras los macizos de boj recortados se encontraba una amplia jaula, de más de dos metros de alto y otros tantos de ancho, que sorprendía por su muy denso enrejado. En el interior podían verse decenas de pequeños gorriones que revoloteaban, jugaban, se disputaban una semilla, pues el dueño del lugar, en este aspecto, no se mostraba nada avaro y alimentaba generosamente a sus queridos y pequeños pájaros.

Aquél que a veces ocultaba sus rasgos bajo la máscara de jabalí dirigió un gesto impaciente a un hombre que se mantenía muy erguido, con un halcón en el antebrazo, y que, de forma evidente, aguardaba órdenes.

El hombre, fino y de rostro arrugado, procedía de las orillas del Vлта, región de brumosas ciénagas en la lejana Bohemia. Azarosas guerras lo habían llevado hasta allí, donde, al no encontrar dónde enrolarse como mercenario, reanudó sus primeras actividades como adiestrador de halcones, oficio en el que ya sobresalían sus antepasados.

Obedeciendo al instante, abrió la puerta de la jaula y lanzó el halcón, cerró de nuevo con rapidez y luego observó el espectáculo con los brazos cruzados. Su rostro, impenetrable, no reflejaba pues el inmenso asco que sentía.

Era un hombre zafio, que ignoraba la lectura y la escritura, sin religión tampoco, pues a orillas de las ciénagas oscuras de Bohemia donde había crecido la superstición sustituía a la creencia en Dios. Sin embargo, fugazmente, juzgó que los crímenes acaban pagándose y que, en ese caso, los hombres a quienes estaba obligado a servir hoy conocerían, ambos, un final digno de su crueldad.

El abate no poseía aquella vena moral, y prefería abandonarse a los sentidos. Acercándose mucho a la reja, se dejó salpicar por la sangre como otros se hacen rociar de agua bendita. Sensación agradable que cosquilleaba su bajo vientre. Extendió las manos y, cuando estuvieron teñidas de líquido rojo, se embadurnó con él el rostro, cerrando los párpados, dejando escapar un gritito extasiado.

El gran señor, en cambio, palmeaba de tanto como le divertía el espectáculo. Todo eran plumas volando en todas direcciones, chillidos de terror, pequeños cuerpos

destripados o decapitados que cubrían, cada vez en mayor cantidad, el suelo de la jaula.

Maravillado ante aquella masacre, soltó:

—¡Qué embriagador es esto! Ah, aturdirse con plumas y sangre es como acolchar la muerte.

El abate aprobó la idea de su dueño:

—Es hacerle una hermosa ofrenda, monseñor. Ligera y delicada. La muerte estará por ello más dispuesta a no llevarse demasiado pronto a tan celosos servidores y suspenderá durante mucho tiempo, sobre nuestras nuca, su fatal golpe de guadaña.

—¡Deja de soltar semejantes absurdos! —respondió con sequedad el Hombre Jabalí.

Contrariado, con un gesto seco, ordenó al oriundo de Bohemia que recuperara el halcón.

«Siempre es así —pensó amargamente el aristócrata—, el maldito abate lanza frases de hermoso aspecto cuando no me sirven en absoluto y, cuando debiera callar, estropea mi placer con sus intempestivas sentencias».

«Celoso servidor», había dicho el abate. ¡Él no era el «celoso servidor» de nadie! Sombrío y, en el fondo, amedrentado, recordó el bajorrelieve que en la capilla de su castillo ancestral representaba a la muerte tal como acababa de describirla el abate: una silueta negra, un cráneo que se adivinaba bajo un capuchón de monje y, diestramente sostenida entre sus manos, una guadaña cuya erosión, al hilo de los siglos, no había embotado en absoluto el cortante filo.

Se estremeció mientras seguía con la mirada al hombre de Bohemia, que se alejaba, con el halcón en el antebrazo y la mano protegida por un guantelete de cuero y hierro.

No le gustó nada la breve mirada del halconero, sin saber muy bien qué debía leer en ella, pero sintiendo por instinto que no le era favorable.

Pensó que tendría que hacerlo matar muy pronto, pues la matanza de gorriones le divertía menos que antaño mientras se intensificaba su antipatía por aquel hombre que sabía ya demasiado.

Entretanto, una vez llegado a un patio más modesto contiguo al primero, el halconero abrió la jaula del ave de presa, pero, antes de colocarla allí, observó unos instantes al animal con el pico enrojecido por la sangre y de ojos crueles. Murmuró:

—También tú eres un asesino. ¡Eres igual que ellos!

Reflexionó, sin apartar la mirada del halcón que se sostenía con firmeza plantando las garras en el cuero y el acero del guantelete.

El hombre llegado de Bohemia sintió que le era necesario partir. No dentro de una semana, ni siquiera mañana, sino de inmediato. La rápida mirada intercambiada con el señor totalmente loco no le permitía hacerse ilusiones: él no había podido disimular su desprecio y el otro, a cambio y de inmediato, lo había condenado a muerte.

Reunir sus escasas monedas de oro y su pobre indumentaria sería cosa de diez

minutos. Una vez fuera, robar un caballo y, al cabo de una hora, cabalgar hacia Bohemia para no regresar jamás.

Pero antes...

Con un gesto rápido, su otra mano se cerró sobre el cuello del halcón y lo quebró con poderoso gesto, dejando caer a sus pies el ave de presa sin vida.

—¡Ya has pagado! —soltó con una sonrisa donde se leía una difusa tristeza.

—¡Y tú vas a pagar! —masculló tras él una voz algo aguda.

El halconero se volvió sin prisa y descubrió al dueño del lugar flanqueado por dos sicarios armados con pistolas.

No dudó ni un instante que iba a perder la vida y que nunca volvería a ver su brumosa Bohemia, pero estaba muy lejos de imaginar que primero iban a serrarle los miembros uno a uno, y una vez hecho eso, lo despedazarían. Para mayor placer de su antiguo dueño. Y del hombre de Dios...

Un cielo de un gris azulado, descolorido, hacía que las cosas palidieceran, confiriéndoles un extraño contorno duro y un aspecto metálico.

Los dos jinetes iban por las calles de la capital al paso lento de sus fatigados caballos.

Ante cada escena que les ofrecía la vida de los ciudadanos experimentaban sentimientos e impresiones bastante similares, y semejante armonía procedía, sin duda, del hecho de que los habían educado juntos, a él, el príncipe de antiquísima nobleza, y al otro, el niño abandonado y ennoblecido a petición del viejo general de Valencey de Adana.

Eso había decidido la providencia, a menos que fuese el corazón de un oficial superior de dragones que, lejos de endurecerse con el paso de los años, suerte común a muchos hombres, se enternecía y se hacía cada vez más vulnerable al espectáculo de los horrores de la guerra.

Su amistad se remontaba a mucho tiempo atrás, a la época en que Mahé de Campagne-Ampillac no era barón ni Campagne-Ampillac, sino sólo «Mahé», un niño entregado a una nodriza y abandonado por una madre que no quería volver a verlo.

Así eran aquellos tiempos crueles en los que él llegó a las tierras de los príncipes de Adana, a la choza de un «encargado de nodriza». El hombre al que llamaban así efectuaba a menudo largos y penosos viajes, llevando a la espalda un cuévano acolchado con tres bebés en su interior. Los bebés se mantenían de pie, apretados unos contra otros, sin posibilidad de tenderse ni siquiera de sentarse, vestidos con una simple camisa y respirando por la parte superior del cuévano, lo que les daba el aspecto de unos pajaritos esperando ser alimentados. ¿Y qué podían imaginar, en sus balbucientes espíritus, aquellos infelices bebés de pocos meses, que sufrían al albur de las estaciones el frío, la lluvia, la nieve o un sol de plomo, a lo cual se añadía el espanto nacido de una situación que no podían comprender?

Como miles de colegas, el «encargado de nodriza» dormía muy poco, apoyado contra un árbol y manteniendo el cuévano a la espalda. Comía de pie y humedecía de vez en cuando, con un poco de leche, los labios de los pequeñuelos. Al detenerse, a menudo encontraba a un bebé muerto, a veces dos, y en ese caso echaba los cuerpecitos a una fosa sin darles sepultura.

Entregado a una nodriza por entre uno y tres años, era frecuente que la madre cambiase de dirección y de vida, abandonando para siempre a su hijo, a quien de ese modo condenaba a la dura existencia de mozo de corral.

Único superviviente de uno de esos viajes, Mahé había llegado a la casa de una pareja de rudos campesinos, en las tierras de Valencey de Adana.

Al general, entre dos guerras, le gustaba visitar a sus granjeros y, muy pronto, para que éstos lo conocieran, empezó a llevar consigo a su único hijo, Joachim, que conocía la historia de estos bebés abandonados.

Así, a los tres años, el heredero de los príncipes de Adana se había encontrado ante Mahé, que tenía exactamente su misma edad. Joachim había contemplado largo rato a aquel niño sucio, mocososo y triste. ¿Qué se leyeron mutuamente en sus miradas? ¿Qué extraña promesa de una amistad que nada, nunca, en toda su vida, iba a alterar? Fuese como fuese, Joachim había tomado a Mahé de la mano para llevarlo a su padre, que quedó impresionado por semejante determinación. El general dudó unos instantes. Nada sabía de aquel niño terriblemente sucio aunque bien formado. Por otro lado, dado que su mujer había muerto al dar a luz a Joachim, no ignoraba que éste se aburría en el vasto castillo y que el tiempo no iba a arreglar las cosas, pues no veía a su hijo más de quince días al año. De modo que había cedido, llevando consigo al pequeño y pasmado Mahé.

Más tarde, cuando pensaba en ello, el viejo general se felicitaba por aquella decisión. Mahé era fuerte, recto y fiel. No compartía la afición de Joachim por el estudio pero mostraba también un ingenio bastante sutil, casi le igualaba con el sable y nunca habría permitido que alguien levantara la mano contra su indefectible amigo.

Poco después de la guerra de los Siete Años, durante la cual el general dio pruebas de un gran valor, Luis XV había hecho llamar al príncipe de Adana rogándole que le dijera sin vacilar qué servicio podía prestarle. El general le había contado entonces la historia de Mahé, había puesto de relieve sus cualidades, insistido en el hecho de que había recibido la misma educación de gentilhomme que su hijo e indicado que existía en las tierras de los Valencey de Adana una baronía de Campagne-Ampillac, sin ningún superviviente entonces, ni siquiera lejano. Conmovido por aquella historia, el rey había accedido al ruego de su general de dragones con tanto más entusiasmo cuanto que Luis XV no ignoraba que Valencey de Adana, ejemplar y lleno de méritos, se había distinguido de los cortesanos en no haberle hecho nunca la menor petición.

Tal vez se sepa ya que a menudo, entre los monarcas, el cálculo se superpone por completo a los impulsos del corazón, y el ennoblecimiento de aquel niño abandonado era un modo muy económico de saldar cuentas, es decir, la manifestación del agradecimiento del rey hacia Valencey de Adana.

Cuando el alto y rudo muchacho de dieciséis años oyó por boca de Joachim, a quien su padre le había hecho la confidencia, la revelación de su nuevo estado, tuvieron que recurrir a las sales, los licores fuertes y, finalmente, a un cubo de agua para despertarlo de una brusca indisposición.

En efecto, tras un pequeño signo del general, y en un tono muy ordinario, Joachim había soltado:

—Por cierto, Mahé, creo que nuestro padre ha olvidado decirte que de ahora en adelante todos deberán llamarte «señor barón de Campagne-Ampillac».

Mahé había sonreído ante lo que creyó una broma, pero al encontrarse con la mirada aprobadora del general comenzó a dudar:

—Pero los barones de Campagne-Ampillac están todos muertos y yo soy un niño



abandonado... ¡Lo sabéis muy bien, papá!

Imperturbable, el general había respondido:

—Sólo sé una cosa: he obtenido del rey que lleves el nombre y el título, y nadie en el mundo podrá discutirlo. Dicho eso..., barón, ¿crees que debes seguir llamándome «papá»? Pues aunque el nombre me encante, ya que me hace recordar cuando los dos erais unos pequeños y tiernos salvajes, ahora deberíais cuidaros, y esta vez me dirijo a ambos, de no decirlo en público.

Joachim había dado entonces un manotazo a aquel quién consideraba como un hermano.

—¡Estás muy pálido, Mahé! Me sorprende comprobar lo deprisa que aprendes: ya has adoptado el aire enfermizo y la tez pálida de tantos aristócratas... ¡Señor hermano mío!

Advirtiendo de pronto que todo aquello no era broma ni mentira, el que ahora resultaba ser barón pero había llegado casi desnudo a una mala choza para bebés se desvaneció por las buenas.



Valencey de Adana y Campagne-Ampillac atravesaban París de sur a norte, extrañados tanto por los ruidos, los gritos y los colores como por la actividad de lo que les parecía una multitud de gente que iba en todas direcciones. Y que, además, era muy ruidosa: jornaleros interpeándose, ropavejeros de voz quebrada, hermosas floristas, sacamuelas, porteadores de aristocráticas sillas de manos, verduleras, hombretones de mercado... En esas voces se reconocían los acentos del sur, los del este y, también, la gran variedad de jergas regionales.

Quizá más sorprendente aún, sobre todo para Mahé que conocía París menos que su amigo, resultaba la gran disparidad de fortuna entre los habitantes de la capital. Aquél, devorado por la mugre, tendía la mano a la salida de una iglesia mientras otro pasaba en un rico coche sin ni siquiera verle. Jinetes vestidos con ropas llenas de pedrería se cruzaban con una multitud de mendigos o de obreros reventados de fatiga, y en cuyos ojos se sorprendía a veces un brillo de odio...

Y lo mismo ocurría con las casas que parecían no pertenecer a la misma ciudad. A dos calles de distancia, edificios inclinados, que amenazaban ruina, con los cristales desaparecidos y el techo medio hundido, y más allá, orgullosas mansiones alzando fachadas de inmaculada blancura.

El capitán de navío estaba silencioso y triste, como abandonado a una profunda soledad interior. Y Mahé, que conocía la causa de ello, cuidaba de no hablarle demasiado para no interrumpir el hilo de sus reflexiones, aunque sí lo suficiente para que no se hundiera en la melancolía.

La noticia de la muerte del general había llegado en una corbeta, diez días antes, a *La Terpsichore*, cuando ésta, que la víspera se había hecho a la mar en Charleston, singlaba a toda vela hacia el reino de Francia.

En el fondo, aunque no se manifestara del mismo modo, la pesadumbre era algo igualmente compartido entre ambos hombres, hasta tal punto consideraba Mahé al general como su padre, a lo que se añadía un inconmensurable agradecimiento. Joachim, por la brutalidad de aquella muerte que lo convertía en un huérfano y en el nuevo dueño de las tierras y castillos de los Valencey de Adana, sentía sobre sí todo el peso de semejantes responsabilidades, que se sumaban a las de la guerra a ultranza librada contra los ingleses.

El barón, que intentaba distraer a Joachim de una profunda pesadumbre que él se guardaba mucho de mostrar, se había extrañado varias veces de ciertos nombres de calles de la capital, como la calle del Grand Huleu o la calle de la Tuerie. No obstante, otro lo dejó más estupefacto aún:

—¿Has visto, Joachim? Esta calle se llama «calle donde Dios fue hervido». ¿Pero de dónde habrán sacado algo así?

Aunque, a bordo, Valencey de Adana tendiera a encerrarse en sí mismo, hasta tal punto el mando aísla a bordo de un navío, pues no se comparte, en cuanto estaba en tierra firme el capitán procuraba siempre dar pruebas de una gran disponibilidad, sobre todo con su «señor hermano».

Una vaga sonrisa apareció en sus labios.

—Ah, sí: dicen que en tiempos remotos un hombre sin religión y que intentaba hacerlo saber hirvió en esta calle una hostia ante todo el pueblo, demasiado sorprendido para reaccionar.

—Bueno, pero hacer hervir una hostia no es hacer hervir a Dios.

—Tienes razón. Digamos, pues, que lo que aquel hombre hizo hervir fue la idea de Dios.

—¿De modo que puede hacerse?

—Tratándose del espíritu, todo puede hacerse, Mahé. Incluso puede pensarse que Dios no existe y que si algún día la felicidad inunda la tierra, se deberá a los hombres y a su modo de organizarse armoniosamente en sociedad.

—¡Ah!, ¡tú y tus filósofos!

Se separaron poco después. El barón iba a Charente para preparar el castillo mientras Valencey de Adana daba un rodeo por Arras, donde, según decían, un hombre de ciencia había puesto a punto una nueva aleación de metales. Aquel acontecimiento, al capitán de *La Terpsichore* le llevaba de inmediato a pensar en nuevos cañones y balas, por no hablar del «tiburón de pólvora».

Al menos, eso es lo que pretendía...

Pero Mahé no se engañaba, y era el único: mientras Joachim no hubiera visto la tumba de su padre, éste no estaría realmente muerto, y Arras era sólo un pretexto para diferir la horrible realidad. ¿Una pequeña cobardía en el hombre a quien todos

consideraban un héroe? Poco importaba. Joachim interponía tiempo entre la verdad y él, eso era todo, a fin de abordarla públicamente con frialdad. Y se diría también, injustamente, que tenía el corazón muy seco. Pero todos ignoraban, pues no ocupaban el camarote vecino de *La Terpsichore*, que durante noches y noches, procedentes de la camareta de Joachim, él pudo oír sollozos ahogados.

Por la mañana nada lo delataba pues, dado que nadie lo amaba como Mahé, nadie advertía los ojos levemente enrojecidos del capitán.

Y sin embargo, pensaba Mahé, poniendo los días uno junto a otro, apenas si habían visto seis meses a aquel padre tan adorado aunque siempre en la guerra... Y cuando, concluido para el general el tiempo de las campañas militares, se fue a vivir al castillo, entonces fue Joachim el que estuvo en la guerra.

¡Qué desastre! Pero nunca un lamento, y en eso el hijo era igual que el padre: aquella nobleza, tan dura consigo misma, no existía ya, Mahé estaba convencido de ello.

Valencey de Adana tomó pues el camino del norte; ignoraba que éste le deparaba un extraño encuentro que, doce años más tarde, se revelaría de gran importancia cuando el país, presa de las guerras civiles y asaltado en las fronteras, ni siquiera tuviera rey.

Llegó a Arras por la mañana, bajo un cielo negro, y quedó muy defraudado por haberse tomado todo aquel trabajo para tan lamentable resultado: la aleación que le ofrecieron con grandes alharacas resultó demasiado blanda para cualquier tipo de utilización militar.

Había pasado mala noche, puesto que sólo había encontrado como refugio los vetustos edificios de una antigua leprosería llamada de La Alta Cabalgata. Envuelto en su capa azul marino, con el tricornio sobre el rostro, incomodado por la lluvia que se deslizaba entre las descoyuntadas tejas, el frío y también el obsesivo recuerdo de su padre lo habían mantenido despierto largo rato. Y por la mañana, como para rematar semejante infortunio, su caballo cojeaba.

Se dirigió pues a la plaza mayor de Arras, a pie, llevando de las bridas un caballo que lo seguía cojeando mucho. Su uniforme todavía húmedo le molestaba y por añadidura atraía las miradas, dado que en tierras tan de interior es raro encontrarse con un oficial de la marina real de uniforme, sobre todo de tan alto grado.

Iba arrastrando un poco el paso a lo largo de las arcadas cuando vio que se le acercaba, a una veintena de metros, un joven extremadamente coqueto, que caminaba rápidamente por el borde de la acera.

Entonces un ruido sordo le hizo volver la cabeza y pasó rozándole un tiro de cuatro caballos con dos lacayos sentados detrás, en el exterior.

Con esa incomprensible y muy gratuita maldad que es la marca de ciertos hombres sin calidad, el cochero, divisando a la vez al joven elegante y un gran charco de agua grasienta estancada en el adoquinado desde la lluvia de la víspera, el cochero, pues, hizo que la carroza pasara pesadamente por el agua quieta. Levantando una gran salpicadura, dejó al elegante empapado de la cabeza a los pies.

El capitán de *La Terpsichore*, indignado, observó sucesivamente el desamparo del joven y la risa de los dos lacayos sentados en la trasera de la carroza, que tanto contrastaba con el grave semblante de la gente del pueblo, e incluso de los burgueses presentes.

Con una rapidez, una violencia y una cólera que nadie hubiese esperado de un hombre tan enclenque, el joven elegante cogió una piedra y la arrojó contra la carroza, alcanzando la parte trasera y rompiendo el cristal.

Ante los gritos de los lacayos, el hermoso tiro se detuvo muy pronto y el cochero se acercó, seguido por sus dos compadres, mientras un gordo aristócrata, con aire muy disgustado, ponía pie a tierra y gritaba:

—¡Que le den de bastonazos!

El cochero, peinado como una escudilla, parecía un perfecto idiota, lo que no le impedía, dados sus delgados labios levantados sobre unos dientes negros o inexistentes, una expresión cruel en la mirada. Llevaba el látigo en la mano mientras los lacayos, que se habían dirigido a la trasera de la carroza, regresaban provistos de

bastones.

Apoyado contra una columna de las arcadas, el joven con peluca empolvada pero húmeda aguardaba no sin valor el inminente desenfreno de violencia del que iba a ser víctima, y ello ante los ojos de un pueblo desaprobador pero silencioso y resignado.

Con maligna alegría, el cochero alzaba ya el brazo cuando le pareció que su muñeca quedaba atrapada por una tenaza. Un oficial de marina, tocado con un tricornio, con charreteras de oro en una guerrera azul, calzando botas y con el sable al costado, le estaba mirando, y aquel bruto vio en sus ojos verde gris la expresión de quien ha matado ya, y muchas veces.

El cochero balbuceó:

—Por favor, señor oficial, vais a romperme los huesos... e ignoráis a qué poderoso señor estáis atacando.

En el impresionante silencio que se había hecho en la plaza se escuchó muy claramente un atroz ruido de huesos rotos. Aquel bruto lanzó un aullido, pero Valencey de Adana, pues de él se trataba, le hizo callar con un rápido y violento rodillazo en las partes sensibles.

He aquí, se pensará tal vez, un modo de pelearse que ni siquiera se ve en los más infames tugurios. En los infames tugurios sin duda que no, pero sí en la marina real, donde los asaltos contra los ingleses son de una violencia inaudita.

Aquel bruto, desvanecido, se derrumbó en un ancho charco, y la decisión de ambos lacayos empezaba a ceder cuando la voz de su dueño, que había permanecido junto a la carroza, les llamó al orden:

—Bueno, terminad de una vez y dadles bastonazos tanto al elegante como al oficial.

Los dos lacayos, sujetando con firmeza el palo, se acercaron a Valencey de Adana, a quien el elegante joven gritó:

—¡Vuestro sable!... ¡Coged vuestro sable, estos dos tipos no dan cuartel!

—¡No será necesario! —respondió el capitán, que se mantenía con las rodillas algo dobladas, dispuesto a saltar. Y eso fue justo lo que hizo: como los lacayos se acercaban de través, él se agachó con agilidad para evitar un bastonazo, agarró al hombre de la cintura, lo levantó y lo lanzó contra el otro, de modo que ambos rodaron por el adoquinado.

Valencey de Adana recogió uno de los bastones y lo sostuvo a su espalda, como un maestro de esgrima, yendo y viniendo a pasos lentos, aguardando, paciente y disponible.

El lacayo desarmado se levantó y puso pies en polvorosa, pero el otro, con el palo en la mano, le plantó cara con maligno aspecto.

—Me complacerá mucho apalea a un apuesto oficial de marina, pues con el bastón soy el mejor y, con la protección de mi poderoso dueño, puedo romperte todos los huesos sin que eso me perjudique.

—¡Diablos, qué miedo tengo!... De todos modos, utilizas conmigo extrañas

maneras, malvado.

El duelo debería haber empezado en aquel instante, si hubiera habido duelo, pero la multitud se vio privada de él porque, con el virtuosismo de un hombre que maneja el bastón, la espada y el sable desde la edad de seis años, Valencey de Adana envolvió el antebrazo de su adversario, desarmándole al mismo tiempo, y de un terrible golpe le rompió el hombro.

El alegre rumor que rodeaba el acontecimiento cesó cuando comprendieron que el oficial de marina no quería quedarse allí y se dirigía a paso lento hacia la carroza.

Y el ruido de los tacones de sus altas botas negras al golpear el adoquinado parecía el único sonido que podía oírse en ese momento en la ciudad de Arras.

El aristócrata rollizo de blando rostro se llevó la mano a la empuñadura de su espada y dijo:

—Señor, ignoráis qué locura es la vuestra en estos instantes. Quedaos donde estáis y no alcéis ese bastón contra mí.

—Dejad ya vuestros arrumacos y vuestras molestas muecas. Sed, pues, un hombre, ya que no sois un gentilhombre.

—¡Yo no me bato contra un hombre que lleva un bastón!

Valencey de Adana sonrió.

—¡Heos aquí, señor, súbitamente apocado y cagón!... ¿Ha volado vuestra soberbia?... Y sólo soltáis bobadas. Si desenvaino mi sable, os parto en dos de través. Me habéis considerado digno de ser apaleado. Sea: me batiré con el palo pues en mi naturaleza no está en llevar inútilmente la contraria.

—¡Vais de cabeza a la muerte! Y si, por excesiva bondad, no os mato, vuestro almirante será informado de ello y os meterá en cintura. Muy pronto navegaréis en galeras, y a latigazos como la chusma.

—Mucho me complace, señor, ver que os preocupáis tanto de mi porvenir. Será lo que deba ser, pues hay un tiempo para vivir y otro para morir, pero sin duda no será lo que estáis imaginando. Pensad más bien en vuestro porvenir inmediato...

Mientras él desenvainaba la espada, había algo que contrariaba, de hecho desde hacía un rato, al hinchado aristócrata, quien de pronto advirtió la razón de aquel enojo. Allí, en el pecho de aquel capitán de navío, lucía sin duda alguna la cruz de oro de la Orden real y militar de San Luis, la más alta condecoración del reino. A la edad de aquel oficial, sólo podía recompensar actos de excepcional valor.

Palideció.

—Señor, tal vez ignoráis quién soy yo; sabedlo entonces: no se apalea al marqués Fervacq d'Habesca...

—¡Va a haber caca!... —aulló una voz entre la multitud, provocando la hilaridad general, ya que a veces hay nombres que se ajustan perfectamente a quienes los llevan.

Pero la multitud recuperó la compostura, pues el capitán parecía tomarse con gravedad la noticia. Luego, fingiéndose ingenuo, replicó:

—¿Que no se apalea a un marquesito Fervacq d’Habesca, pero puede apalearse al capitán de navío conde de Valencey y príncipe de Adana?... Me desconcertáis cada vez más, señor.

Y el comandante de *La Terpsichore* le dio al marqués un seco golpecito en sus regordetes muslos. Lo repitió, y de nuevo otra vez, hasta que el aristócrata mofletudo se puso por fin en guardia.

Fue una mala idea, ya que el maligno bastón acabó con la hermosa espada de empuñadura con esmeraldas incrustadas, y lo hizo al primer encuentro. Desarmado, el marqués retrocedió hacia su carroza, pero Valencey de Adana, habiéndole acorralado, anunció con una voz a la que dio adrede un acento de ultratumba:

—Si me plantáis cara os romperé el cráneo; la muerte es segura, pero recuperaréis parte de mi estima. Si os bajáis los calzones y os ponéis de espaldas a mí, sólo vuestra dignidad abandonará esta vida.

La elección fue rápida y poco después la multitud, sintiéndose en la gloria, contaba:

—Cinco..., y seis..., y siete..., y ocho...

Diez bastonazos en las bien rellenas nalgas de Fervacq d’Habesca sirvieron de castigo. Luego Valencey de Adana arrojó su improvisada arma al adoquinado y, ajustándose el tricornio con gesto elegante, respondió con un discreto saludo a las aclamaciones de la multitud.

El joven atildado se le acercó entonces y soltó, con su voz débil pero en un tono de admiración:

—Ah caramba, monseñor, a fin de cuentas le habéis tratado con una superioridad del todo feudal, a él que tan imbuido estaba de ella.

Valencey de Adana se encogió de hombros.

—Joven, cuando uno se encuentra en el mismo bando en una pelea, no se utiliza ya el «monseñor» sino el camarada. ¿Sois de la región?

—Nací en Arras.

—Pues bien, vos estáis empapado y yo húmedo aún de la lluvia de esta noche; indicadme una buena posada: sois, si lo deseáis, mi invitado.

El joven afirmó que, muy al contrario, él era moralmente el llamado a invitar, pero el oficial respondió que las cosas se habían invertido por el hecho de que gracias a él había pasado un buen rato. Se pusieron en marcha, y por el camino el joven elegante y empolvado precisó:

—Aunque soy abogado, dentro de unos meses, se entiende, he defendido mal mi caso al no presentarme:

Robespierre, Maximilien de Robespierre.

—De acuerdo, Robespierre. Encontradme esa posada con un buen fuego y nos igualaremos en agradecimiento.

Tenían que encontrarse en un lugar extrañamente llamado El Gato Arremangado, encrucijada de cuatro caminos donde se divisaban las ruinas de una casa. Se trataba de un lugar aislado, pues la casa antaño había pertenecido a una bruja que fue quemada. Desde entonces, los campesinos jamás pasaban por aquel lugar de noche y lo evitaban de día, ya que el espectáculo de aquellas ruinas calcinadas y de aquellas tierras que habían regresado al estado silvestre no incitaban en absoluto a mirar más allá, tal era la impresión de tristeza y de sombría melancolía que se desprendía de ellas.

Un tiempo espantoso presidía aquel encuentro entre el poderoso señor de la máscara de jabalí y sus dos matarifes, enviados al pueblo para observar y comunicarle lo que allí se decía.

El Hombre Jabalí, que había llegado el primero, saltaba de impaciencia, poco acostumbrado a esperar.

Por detrás de la máscara, dirigió una mirada abrumada al cielo ennegrecido y se estremeció bajo aquella violenta tempestad en la que se mezclaban el granizo, la lluvia, los relámpagos y el trueno. Los rayos caían sin cesar.

Finalmente, recostado sobre el cuello de su caballo, con el que no mostraba excesivos miramientos, se presentó un jinete chorreando lluvia.

—¿Dónde está el otro? —preguntó el Hombre Jabalí, que, ante los gestos de incompreensión del matarife, tuvo que repetir la pregunta levantando la voz.

—La policía real lo acorraló en Ruffec.

—¿Cómo? —preguntó el poderoso señor palideciendo bajo su máscara.

—Tranquilizaos, monseñor, ha muerto sin hablar... No obedeció vuestras órdenes, derrochó todo el oro que vos le entregasteis después de... la muerte del príncipe de Adana. La cosa llegó a oídos del oficial de la policía real Gréville, que es el zorro más astuto que nunca se haya visto. Rodeado, mi compañero se defendió, pero pereció a pesar del incendio que había prendido para intentar ocultar su fuga.

—¿Y tú, qué sabe de ti la policía?

Sintiendo la amenaza, el hombre soltó las riendas de su caballo y, muy erguido en la silla, alzó las manos hasta el pecho en un gesto que pretendía afirmar su inocencia.

—El teniente de policía Gréville no sabe nada de mí, monseñor. Yo veía poco a mi compañero, sólo para transmitirle vuestras órdenes y siempre lejos de Ruffec.

El hombre de la cabeza de jabalí asintió con satisfacción, luego lanzó una bolsa al matarife, que la agarró con destreza.

La cabeza de jabalí se elevó un instante hacia el cielo de hollín, iluminado por la deslumbrante luz de un relámpago, y aquel espectáculo inspiró verdadero terror al matarife, que bajó los ojos. Distinguió, al costado de su dueño, la extraña espada negra de la calavera, pero se alejó al galope en cuanto el Hombre Jabalí le hubo ordenado, en un tono seco:



—Vuelve dentro de tres días, a la misma hora.



Valencey de Adana y el joven Robespierre se habían aposentado en torno a una mesita de la posada El Zueco. Colgadas en dos sillas que se encontraban ante la chimenea, se secaban la guerrera azul de charreteras doradas y la levita gris perla del otro.

Cenaban espárragos y un faisán con guisantes, y bebían agua y un vino suave del Loira.

Robespierre se preguntaba por la naturaleza del hombre; por ejemplo, sobre la de aquel cochero animado por aquella maldad tan extrema:

—Tal vez me muestre en exceso vanidoso con mi atavío y mi aspecto haya molestado a ese hombre...

Valencey de Adana dejó el muslo de faisán que sujetaba por un extremo y buscó la mirada de su interlocutor.

Cuando la hubo encontrado, explicó con suavidad:

—Ésta no es una razón, apenas una explicación. Vuestro atavío sólo a vos os concierne. Recuerdo que mi padre, enojado a menudo por los atildados jóvenes de la corte, a quien por entonces se llamaba «muguets», nunca les hizo la menor observación. La libertad también es eso, o de lo contrario nuestros gustos pondrían nuestras vidas a merced de los homicidas o de los «asesinadores», como dicen en mi región.

Robespierre limpió los cristales de sus gafas con un pañuelo de un blanco inmaculado y respondió:

—Tenéis razón. Pero la causa de ese comportamiento agresivo, ¿no será que el tal cochero no recibió educación ni instrucción?

—¡Ése es un cuento como los que yo adoro!... No es falso, aunque sí demasiado corto. Veamos, Robespierre, todo hombre debe conocer los límites del bien y del mal, por su conciencia o por su razón. Entre la rudeza del pueblo, que a veces se muestra implacable a expensas de quienes lo constituyen, y los discursos remilgados de las bellas damas de la corte existe un terreno que hombres como vos y yo deben ocupar para plantar en él la bandera de la fraternidad. Estos tiempos son duros para los débiles y los desgraciados, demasiado suaves para los poderosos. Vamos a cambiarlo... Mirad este uniforme: ¿no comprendéis dónde sirvo y a quién sirvo?

El joven dejó transcurrir un tiempo anormalmente prolongado antes de responder. La causa era que sentía gran admiración por su interlocutor, pero le costaba comprenderlo bien. ¿Cómo un príncipe podía proferir palabras tan duras contra los suyos? Y, sin embargo, Robespierre sabía que la sinceridad de Valencey de Adana no

tenía fisuras: ¿acaso no acababa de corregir, al mismo tiempo, a unos lacayos y un aristócrata?... Además, le debía, si no la vida, al menos que no le hubieran roto los huesos a bastonazos, lo que le hubiese dejado tullido o desfigurado por el látigo del cochero.

Habiendo evaluado por fin la pregunta del oficial de marina, inquirió con curiosidad:

—Servís en los mares y para el rey, ¿no es cierto?

La mirada de Valencey de Adana brilló, de pronto, con más vivo fulgor, perdiendo sus ojos verde gris la expresión de lejanía que les era habitual.

—Sirvo a un pueblo que rompe sus cadenas y construye un mundo nuevo. Las inconstancias del carácter del rey pueden de vez en cuando hacerle creer que lucho como un perro para mayor gloria de las flores de lis; se engaña. Los pisaverdes y los mequetrefes de la corte pueden muy bien embriagarse pensando que combatimos sólo para humillar a los ingleses. Qué error: el pueblo inglés es tan infeliz como el nuestro. Lo que ninguno de ellos comprende ni comprenderá nunca es que somos cada vez más numerosos, en el cuerpo expedicionario francés, los que soñamos con implantar la república y la libertad en América, primero, y construir luego algo semejante aquí. ¿Y por qué no en el mundo entero una vez caídas las fronteras?

Robespierre, que también él soñaba sólo con eso, tuvo cierta dificultad para calmar una súbita excitación.

—¿Servís en la línea?

Valencey de Adana sonrió.

—Caramba, ¿conocéis las disposiciones de los cuerpos de batalla?

—Me apasiona todo lo que tiene que ver con la lucha de los insurrectos y pienso, al igual que vos, que algún día no lejano podríamos librar aquí esa misma lucha.

Valencey de Adana contempló por unos instantes las llamas, ahora moribundas, y luego, cortés, respondió sin revelar lo esencial:

—No sirvo en la línea. La línea es un conjunto de pesadísimos bajeles que me recuerdan la artillería flotante. Estoy al mando de una fragata que acosa a los ingleses, pues, aunque no discuto a la línea la gran habilidad de sus capitanes para hacer virar decenas de navíos al mismo tiempo, sólo creo en la velocidad, la precisión y la potencia de fuego.

Robespierre lamentó por unos instantes no ser marino, pero albergaba otros proyectos. Sin embargo, lo que decía el príncipe le planteaba un problema, y él se lo expuso con franqueza:

—Decís que servís al pueblo norteamericano en su deseo de instaurar la república. Decís que la deseáis también aquí. Sois implacable con la nobleza. Habláis del rey como yo no osaría hacerlo. Pero vos podríais perderlo todo si... las cosas cambiaran.

—¿Qué, unos privilegios que ya no reclamo desde hace mucho tiempo? ¡Qué me importa!... La felicidad... social... de un hombre obtiene su alimento de la sociedad

en la que vive: yo la deseo armoniosa y fraterna.

—Admiro vuestra fuerza, la claridad de vuestras ideas.

El oficial pareció vacilar de pronto, con gran sorpresa de Robespierre:

—¡Oh no, no, no digáis eso! El hecho de que seamos desconocidos el uno para el otro ha liberado mi palabra, pero si sirvierais en mi navío no os habría dicho ni una palabra. Todo me es tres veces más difícil que a los demás, pues nunca puedo hablar en situación de igualdad como con vos ahora. No quiero preocupar a aquél que es para mí como un hermano. Nada puedo ofrecer a la mujer que amo, a causa de esta guerra y de la trampa en la que he caído al aceptar casarme con su hermana. Mis oficiales, mi tripulación, si me vieran dudar, tendrían miedo. Mi soledad es definitiva, Robespierre, no soy fuerte, mis ideas son agitadas y están en perpetua evolución; heme aquí, sin duda, el más infeliz de los hombres.

Se rió, pero no engañó en absoluto a su interlocutor, más conmovido por aquel hombre que se ahogaba buscando la verdad que por el oficial que poco antes parecía dominar todos los actos de su vida.

—Pues bien... También yo soy infeliz, pues descubro con espanto que las cosas son menos sencillas de lo que imaginaba.

Discutieron aún una hora, pues el abogado siendo muy joven había hablado con Voltaire, mientras que Valencey de Adana había conocido íntimamente a D'Alembert, que estaba en su casa, en el castillo de los príncipes de Adana. Las luces del saber compartido les aureolaban a ambos y creaban un extraño cemento, esa amistad instantánea que nace de la complicidad.

La ropa estaba ahora seca y muy caliente. El cielo seguía oscuro, pero el viento secaba con rapidez la lluvia en los adoquines.

No creían que volvieran a verse algún día, pero se sentían felices de haberse encontrado y de compartir el mismo ideal. Se despidieron apesadumbrados, ignorando que doce años más tarde unas circunstancias más dramáticas los reunirían de nuevo.

El frío había sucedido a la lluvia. Un frío terrible, servido por un viento del nordeste que azotaba con tal fuerza que a algunos hasta les hacía caer del caballo. Se decía que en Lorena algunos jinetes aislados habían sido atacados por lobos, empujados a semejante audacia por el hambre.

Envuelto en su largo manto azul, con el tricornio encasquetado en su inclinada cabeza, Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana, apenas forzaba su caballo mientras penetraba en las tierras de Charente. No se le ocultaba: no estaba demasiado impaciente por ver la tumba de su padre ni por encontrar de nuevo el castillo y, sobre todo, su alta torre llamada la Torre de las Damiselas, donde cierto recuerdo, tierno y frágil, le rompía el corazón.

Prefirió pensar en su padre. Sin que lo formulase con tanta claridad, adivinaba que aquella tumba, de la que sólo tenía una representación bastante vaga, no le permitiría ya imaginar que la muerte de su padre era sólo un mal sueño. Por el contrario, la realidad de aquella tumba le haría caer en el mundo agridulce de los recuerdos y los paraísos perdidos...

Sin duda, el rey de Francia, los dignatarios del Almirantazgo e incluso los hombres de su tripulación, que le veneraban por su bravura, su inteligencia y su humanidad, sin duda todos ellos, y sobre todo sus infelices adversarios, se habrían quedado atónitos al ver la escena, pero el inaprensible capitán de *La Terpsichore* lloraba dulcemente por aquel padre asesinado. Se había pasado una página esencial de su vida, aquel luto seguiría siendo una cicatriz en su alma y, en aquel instante, en aquel mal camino azotado por un viento gélido, se sentía del todo perdido. Por primera vez en su vida.

Se llevó la mano enguantada de gris perla a la altura de los ojos, pero el viento había secado ya sus lágrimas. Otra cosa le vino entonces a la mente, y ese pensamiento, por el carácter enigmático que poseía, le desvió de su insoportable melancolía: ¿por qué habían raptado a la que debía convertirse en su esposa? Y una pregunta más: ¿por qué debía convertirse en su esposa?

Se incorporó sobre los estribos y se estiró; sus miembros estaban doloridos por la persistencia del frío y de la humedad de su uniforme. Luego refrenó aún más el paso de su caballo y pensó en Pauline con una frialdad que le sorprendió:

—Nunca la he amado y nunca la amaré, desgraciadamente.

Otros, sin duda, se habrían cubierto de reproches tras haber formulado semejante frase mientras buscaban por todas partes a la mujer raptada, pero Valencey de Adana ignoraba esa suerte de hipocresía. Le pareció que Pauline le había elegido hacía ya mucho tiempo y que ambas familias, muy unidas, alentaban aquello, aunque a nadie se le había ocurrido consultárselo nunca. Interpretaron su indiferencia como un consentimiento, su gran calma como las primicias de una felicidad interior y su desprendimiento como un sabio disimulo.

Todo se había dispuesto así, sin que él lo supiera, y sólo cuando se abordó sin maquillaje la cuestión de la boda comprendió la magnitud de la confusión, retrocediendo sin embargo ante la idea de sumir a todo el mundo en la pesadumbre, y en primer lugar a su padre.

Suspiró, resignándose a la idea de tomar como esposa a Pauline de La Chesnaie de Flers en cuanto la encontrara, algo de lo que no dudaba. Y peor para él si, desde siempre, amaba a la hermana menor, Victoire, sabiendo que esa inclinación era correspondida.

Sonrió sin darse cuenta.

En Victoire, todo le enternecía... Su sonrisa exquisita y algo canalla, su seductora elegancia, su gracia natural, sus andares, aquella mezcla de feminidad y de cierto aire de «muchacho», su evidente pureza, el hecho de que no fuera fútil y evitase la delicadeza de su hermana mayor, su sencillez y su constancia, sobre todo cuando amaba: a un solo hombre, evidentemente, y para siempre, ¡algo sabía de eso él!...

—Realmente lo perdí todo al no atreverme a nada... —murmuró, con la imagen de Victoire ocupando todo su espíritu.

Sí, ella era hermosa pero, a fin de cuentas, el mundo está lleno de bellas mujeres, tal vez incluso más bonitas que Victoire. Pero Victoire poseía, sin saberlo, esa pizca de más que no podía sino hacer zozobrar a un hombre como Valencey de Adana: ¡era conmovedora!

Ah, a una mujer no puede decirsele: «Os amo porque sois conmovedora». ¿Quién se atrevería a formular tan extraño cumplido? ¿Y quién lo experimenta cuando otros sólo se fijan en una hermosa sonrisa, una orgullosa mirada de española o unas formas favorecedoras?

Se sintió muy solo.

«Conmovedora»... Cómo adoraba lo que para tantos otros es sólo un defecto ridículo: Victoria ceceaba. A los veintitrés años, ceceaba aún como la niña que había sido.

Cuando le había dicho: «Oz amo, Joachim», él, el más joven oficial condecorado con la más alta distinción real, había estado a punto de arrojarse a sus pies y capitular sin condiciones.

Por ella, cinco años antes, y aunque él ignoraba si nunca lo había sabido —¡de hecho lo supo aquella misma noche!—, se había batido en duelo con un barón, viejo gallito que profetizaba en voz alta que en la cama Victoire sería gracia, voluptuosidad y delicia siempre que se callase, aunque para ello, aseguraba con una mirada procaz, él conocía un buen remedio.

Respecto a la cama, Valencey de Adana había respondido que todo estribaba sin embargo en meterla en ella, y con uno mismo, algo que, en caso de un puerco como el barón, parecía muy poco probable.

Un solo asalto había bastado para que el barón mordiera el polvo, con el muslo y el brazo atravesados. Pero curiosamente, y aunque se prohibiese pensar demasiado en

Victoire, después de aquel duelo miraba a la joven de otro modo. Aquello le parecía abusivo, indigno y odioso, pero habiéndose batido por ella con riesgo de su vida a veces creía tener derecho sobre Victoire. Y era una de las numerosas razones por las que la evitaba tanto como le era posible.

Por lo demás, pensó con alivio, Mahé, llegado al castillo cuatro días antes que él y el único que nada ignoraba de todo ello, había debido de preparar el terreno y allanar las dificultades.

Lo que Valencey de Adana ignoraba, como también Mahé, era que dentro de poco cierto gran señor iba a enfrentarlos a ambos ante el horror absoluto para mejor destruir al príncipe.

Lo hizo empleando un medio nunca visto hasta entonces, en ningún país del mundo, pero que pretendía, helándoles la sangre, hacerles vacilar y, luego, hacerles perder la razón.



El rey Jorge III de Inglaterra, que se hallaba en los grandes astilleros navales situados a orillas del Támesis, miró con satisfacción las tres unidades dispuestas para su primera campaña. Los navíos iban muy pronto a salir del Támesis para un primer viaje de prueba, o al menos así hubieran debido suceder las cosas.

Pero en absoluto sucedieron así.

El monarca, con aire repentinamente contrariado, observó una bandada de gaviotas y, luego, con voz cortante, ordenó:

—¡Que se desbautice a estos navíos, los nombres antiguos son ridículos!

A los almirantes, ingenieros y arquitectos navales les costó cierto esfuerzo no dar un respingo.

—¡Os digo que se les quiten esos nombres!... ¡Y que se haga de inmediato!

Un almirante, más valeroso que los demás, sugirió:

—Majestad, todo navío ha de llevar un nombre.

—Sois, según creo, el almirante Hood...

—Al servicio de vuestra majestad.

—Llamaremos al primero de estos navíos el *Hood*. Al segundo... El segundo será el *Hornet*. Y el tercero, bueno, el tercero será... el *Honey Bee*. Mirad cómo se parecen: esa «h» común estrechará los vínculos que deben unirlos, puesto que quiero que nunca, ¿me oís bien?, nunca naveguen por separado sino, por el contrario, agrupados en cualquier circunstancia.

—Pero... ¿Y la línea de batalla, sire?... —preguntó un viejo almirante.

—¡Me importa un comino todo eso, que es muy aburrido!... Haced saber, además, que la construcción de estos navíos se ha detenido, encontrad algún

argumento que sea creíble. ¡Esos tres navíos no existen!... Y si algún funesto día tuviera que perderlos, lo que parece imposible, evitaré al menos una nueva humillación pública.

Un tercer almirante aventuró:

—Pero, sire, aunque los oficiales puedan callar, los marinos que sirven en estos navíos hablarán.

—¿Y qué, señor?, ¿la palabra de unos marinos borrachos contra la del rey?... ¿De verdad contará?

Los hombres que constituían la flor y nata del estado mayor, no pudiendo actuar de otro modo, asintieron.

Satisfecho, el rey de Inglaterra prosiguió:

—También nosotros tendremos bajeles fantasmas...

Se rió, siendo muy pronto emulado por un auditorio aterrado pero cortesano.

Jorge III continuó:

—Estos navíos tienen sólo una misión: hundir la fragata francesa *La Terpsichore*, a la que con voces de vieja vosotros llamáis a veces «La Muerte Roja». ¿Me habéis comprendido bien?

Asintieron.

El rey se acercó a las lodosas riberas del Támesis y observó con radiante alegría los tres pesados bajeles, navíos de tres puentes. Luego, de pronto, preguntó:

—¿Cuántos cañones hay en *La Terpsichore*?

—Sesenta, majestad.

—¿Y en estos tres navíos en total?

—Más de trescientos veinte, majestad. Grandes piezas. Los tres juntos tienen una potencia de fuego irresistible.

—¿Cuántos hombres, oficiales y marinos, hay a bordo de *La Terpsichore*?

—Entre doscientos y doscientos veinte, majestad.

—¿Y en nuestros tres navíos?

—Casi cuatro mil, majestad.

El rey Jorge inclinó la cabeza con una sonrisita en la que no se leía bondad alguna.

—Cuatro mil hombres, trescientos veinte cañones, tres navíos de tres puentes...

Se volvió con rapidez hacia los oficiales superiores:

—Antes o después, conseguirán rodear a *La Terpsichore*, ellos y toda su artillería flotante. Ese perro francés nunca tendrá tiempo de plantar cara por tres lados a la vez y, aunque utilice su arma secreta, como máximo dañará a uno de nuestros navíos. Pero, bajo el fuego apocalíptico de las baterías de las tres naves, quedará pulverizado.

El viejo almirante fue, de nuevo esta vez, el único que se enardeció hasta el punto de sugerir:

—Sire, es mi deber decirle que en esta guerra, lamentablemente, estamos igualados con la marina francesa, cuando no nos aventaja... Esos tres magníficos y

poderosos navíos utilizados más... regularmente... debieran procurarnos una ventaja decisiva y adelantar nuestra victoria.

El rey se encolerizó:

—¡Lo harán más tarde! De momento, les doy una orden, sólo una: ¡hay que hundir *La Terpsichore*!

Nadie protestó ante aquella orden insensata y, aunque ninguno de los hombres presentes subestimaba la peligrosidad de la fragata francesa, aquello suponía hacer un desastroso uso de la flota inglesa.

El rey observó de nuevo sus enormes tres puentes que garraban suavemente. Repitió:

—El *Hood*, el *Honey Bee* y el *Hornet*: ¿habéis tomado buena nota, señores?



Tras el inevitable abrazo a su «señor hermano», Valencey de Adana, apenas llegado a su castillo, subió a lo alto de la Torre de las Damiselas, permaneció allí diez minutos en la más absoluta soledad, sin que nadie se atreviera a molestarlo, y luego se dirigió a su habitación y se cambió, poniéndose un uniforme nuevo.

La gente de la corte, presta a la exhibición, se habría asombrado de haber visto al joven príncipe bajar de la Torre de las Damiselas con los ojos secos y el rostro inexpresivo. Sin duda le habrían juzgado con dureza. Pero éstos habían cambiado ya de siglo, si no de época. Para un Valencey de Adana respetar a los demás era, en primer lugar, respetarse a sí mismo: estaba anulado, derrumbado, roto. Iba a pensar en su padre cien veces al día durante años... Razón de más para parecer inaprensible. Su padre, y del mismo modo Mahé y Victoire, le habría aprobado mil veces, y eso le bastaba. ¿Qué importancia tenía la mirada de los demás, esa mirada superficial que siempre juzga sin saber?

Mahé se reunió con él en la habitación. También de uniforme, le informó de que un teniente de la policía secreta aguardaba disimulando muy mal su impaciencia.

Aunque el príncipe de Adana se tomó aquello con desenvoltura, pues después de varios días bajo la lluvia y sufriendo frío era muy natural que se pusiera ropa seca, advirtió cómo le preocupaba a Mahé la espera del policía.

Mientras se calzaba unas botas nuevas, Valencey de Adana sonrió. Sabía que el temor en nada contribuía a la turbación de Mahé, que sin duda ni siquiera sopesaba la importancia de un oficial de la policía secreta y sólo consideraba en este asunto que un hombre aguardaba, algo que para todos resulta muy desagradable.

Observándose rápidamente con fría mirada en un espejo biselado, Valencey de Adana preguntó:

—¿Por qué la policía secreta?

—Es una orden conjunta de los ministros de Asuntos Exteriores y de la Marina. Creo que todo lo que te concierne se encuentra bajo el signo del secreto. Supongo que tiene relación con *La Terpsichore*...

—Supones bien. Háblame de ese policía.

—Pero... Te está esperando...

—Que espere. Todo buen policía debe ser paciente y a mí me gusta saber con quién me enfrento. Vamos, Mahé, ¿cómo es: alto, bajo, joven, de edad, ingenuo, retorcido...? ¿Qué ha encontrado? ¿Qué busca? ¿Qué espera de mí?

Por unos instantes Mahé pareció hundirse bajo el peso de tantas preguntas, pero no carecía de inteligencia ni de memoria. Reflexionó y respondió por fin:

—Es un hombre de talla modesta, flaco, bastante seco, que debe de tener unos treinta y cinco años y parece no poder estarse quieto. Tiene ese aspecto..., ya sabes, de quienes han visto muchas cosas y a quienes nada o casi nada asombra ni asombrará nunca. Se llama Pierre-François Gréville y ha recorrido la región en todas

direcciones, desde el pueblo hasta el castillo de los La Chesnaie de Flers, pasando por los vagabundos que hace detener en todas partes, los carboneros de los bosques e, incluso, los peregrinos. Tiene consigo seis hombres.

—¿Qué se sabe de Pauline?... ¿Cómo fue recibido en el castillo de los La Chesnaie de Flers?

—Es como para no comprender nada: ninguna noticia de Pauline, ni siquiera para pedir rescate. Gréville, como ya sospecharás, no fue muy bien recibido en el castillo, y tú sabes la razón.

Valencey de Adana se arregló el cuello y esbozó una fugaz sonrisa. El marqués de La Chesnaie de Flers, viejo compañero de armas de su padre desde Fontenoy y que habitaba en las tierras vecinas, había muerto de un ataque de apoplejía algunos años antes. Dejaba dos hijas, Pauline y Victoire, una esposa a quien el dolor había vuelto medio loca y una hermana mayor, que vivía en su casa. Esa tía de Pauline era una mujer temible que veía en cada hombre un posible seductor de sus sobrinas, de modo que todo el que llevaba calzones era recibido con las escasas consideraciones que se reservan a un dogo que entra en un precioso tocador.

—¿Acaso la tía Aglaé maltrató al hombre de la policía secreta?

—Al principio quiso ponerlo de patitas en la calle, y él, como un gallito luciendo sus espolones, con dedo amenazador, repetía: «¡Policía del rey: hay colonias para exiliar a la gente como vos, señora!». Pero juraría que no le llegaba la camisa al cuerpo.

Valencey de Adana imaginó la escena: el flaco policía autoritario por un lado y, por el otro, la tía Aglaé. La tía con sus mostachos, su rostro de viejo granadero y su vago olor a simio. La tía que amenazaba, a veces, con retirarse entre los muros del convento de Port-Royal, asombrándose de que muchos no se apresuraran a disuadirla de ello.

—¿Nada más? —preguntó Valencey de Adana.

—Sí, Victoire ha pasado hace un rato. Se siente muy inquieta por su hermana, quien sin embargo la detestaba, pero creo sobre todo que no puede estarse quieta desde que sabe que has regresado.

—No quiero verla. Arréglatelas como puedas, Mahé, pero no quiero encontrarme con ella.

—¡Mucho debes amarla para mostrarte tan cruel!

Valencey de Adana se puso el tricornio adornado de plumas blancas y rojas, y luego se acercó a «su hermano» y le puso la mano en el hombro mientras sus ojos verde gris parecían, de pronto, marcados por una profunda tristeza:

—Mahé, en este instante debemos pensar sólo en Pauline. Victoire... No quiero hablar de ella. Ni siquiera a ti que eres hoy, después de que nuestro padre haya muerto, el hombre al que más quiero en el mundo y mi única familia.

En un impulso conmovedor y espontáneo, cayeron el uno en brazos del otro.

A cualquiera que hubiera asistido a esta escena le habría parecido un espectáculo

muy singular el de dos hombres de casi treinta años, altísimos, uniformados de oficiales de la marina real, con el sable al costado, llorando dulcemente cada cual sobre el hombro del otro...

¿Y por qué lloraban, a fin de cuentas? ¿Por la infancia perdida, por aquel padre afectuoso con su hermoso uniforme de general de los dragones del rey, por las enloquecidas carreras a través de los bosques, por su llegada a Rochefort, a la escuela de guardiamarinas, cierta mañana gris y bajo un cielo sin alegría?... Eran muy jóvenes, estaban poco acostumbrados a la disciplina militar y a aquel encierro obligado entre los muros de edificios tristes y sombríos. Entre aquellos miles de recuerdos, estaba el de las clases del señor Gaspard Monge, el inventor de la geometría descriptiva y el más temido de los examinadores.

Y aquellas noches demasiado cortas en las que, a la pobre luz de una vela, Joachim, el alumno mejor dotado de la promoción, convertía a Mahé en un aspirante que salía de la escuela con un rango honorable para entrar en el Gran Cuerpo, como todos designaban a la marina real.

Pero sobre todo, vínculo indestructible, estaba el recuerdo de aquel día en que el pequeño Valencey de Adana había tomado de la mano a un niño sucio y mocos, como para arrastrarle hacia otra vida en la que quien debía zambullirse en una existencia miserable de mozo de cuadra se convertía en un apuesto oficial de marina y en un aristócrata. ¡Qué magia, a veces, la de la vida!

¿Eso era todo?

No, diablos, todavía no. Si Mahé pensaba poco en ello, Joachim seguía conmocionado por la evocación de la llegada de su «hermano» a una mala «choza de bebés», pobre criaturita inocente condenada a todas las crueldades de la vida por la mera injusticia del nacimiento. Eso tenía mucho peso, fuera o no consciente de ello, en las opciones políticas de Valencey de Adana, entusiasta y asiduo lector de los señores Voltaire, Rousseau y de los enciclopedistas, a la cabeza de los cuales situaba al amigo de su padre, d'Alembert.

—¡Caramba, estamos llorando como dos viejas!... —soltó Valencey de Adana, el más conmovido de los dos pero, exteriormente, el de mayor rigidez, como siempre.

—El hombro de un hermano es muy a menudo la última muralla cuando todo se derrumba a nuestro alrededor... —respondió Mahé con gravedad.

Valencey de Adana comprobó la sujeción de su sable mientras respondía:

—Una vez más tienes razón. Cuidado, Mahé, la cosa podría acabar cansándote.

Advirtió la mirada de Mahé.

—Bueno, ¿qué más hay?

—¿Por qué haces esperar a ese Gréville? Hacer esperar es algo que no va contigo, que tantos miramientos tienes con los demás.

El capitán abrió la puerta y luego se volvió para responder:

—Hay dos razones. La primera es que, si se impacienta, perderá su soberbia, algunos de sus medios y, por tanto, no resultará demasiado odioso. La segunda es

que, con mis preguntas, deseaba saber con quién iba a entrevistarme.

—¡Con un hombre temible!... —respondió Mahé en un tono que indicaba cierto respeto.

—Pues bueno, vayamos a enfrentarnos con ese dragón..., que, sin embargo, vacila ante la tía Aglaé.

El policía Pierre-François Gréville saltó literalmente de su asiento y, una vez de pie, contempló con avidez a Valencey de Adana, que demostraba la mayor tranquilidad.

—¡Príncipe, por fin!...

Con gesto calculado, Valencey de Adana le rodeó los hombros con un brazo y, mientras lo conducía hacia la chimenea, respondió:

—Para vos, señor Gréville, bastará con «conde».

«¡Hábil!», pensó Gréville, quien sin embargo no pudo evitar sentirse halagado por la distinción que se le hacía.

Gréville se acomodó en el sillón que Valencey de Adana le indicaba, mientras éste se apoyaba contra la chimenea, donde agonizaban algunos troncos.

El policía advirtió de inmediato su error pues, al estar él sentado y el otro de pie y con su uniforme, le dominaba por completo, acrecentando aún más el ascendiente que la naturaleza le había dado.

«¡Sutil!», pensó Gréville, que esbozó la sonrisa sin rencor de quien sabe inclinarse ante el talento.

Valencey de Adana lanzó una mirada a Mahé, de pie y apoyado en una pared, como si el hecho de que estuviera allí le molestara. Adelantándose, Gréville se dirigió a Mahé:

—Esta entrevista tiene carácter confidencial y vuestra presencia...

Con gracioso gesto, Valencey de Adana le interrumpió, revelando de inmediato una nueva trampa:

—Vamos, señor Gréville, el barón de Campagne-Ampillac es para mí como un hermano y su presencia no resulta una indiscreción, sino la ayuda que un amor atento manifiesta para con un pariente puesto a prueba.

«¡Diabólico!», pensó el policía, convencido —con razón— de que desde el comienzo Valencey de Adana lo llevaba adonde él quería, es decir, a la falta. Quedó impresionado por lo que de inmediato reconoció como una inteligencia superior, y durante toda su vida no cambió en absoluto de opinión, aunque un inaudito azar le llevara de nuevo a cruzarse en el camino del príncipe para verle cometer actos de los que se ignoraba si se debían a la pura locura o a un increíble valor.

Más tarde, mucho más tarde, y en una Francia que se había hecho irreconocible...

Cambiando de expresión, con el rostro casi risueño, Valencey de Adana aventuró:

—Señor Gréville, os conozco desde hace menos de un minuto, pero, a saber por qué, tengo la impresión de que nos comprenderemos bien dando por sentado que ni vos ni yo somos imbéciles. ¿Qué os parece?

La cosa había sido dicha con tal gracia y, en el fondo, con tanta amabilidad que el teniente de la policía secreta sonrió a su vez; algo que en él era tan raro como el sol mirando a la luna en un día de gran confusión astral.

Emitió una tosecilla de cortesía y respondió:

—Que ni usted ni yo somos unos imbéciles es, sin duda, una certeza. Por lo que a mí se refiere, el hecho está demostrado, sin presunción, puesto que me mantengo en un cargo delicado en el servicio secreto del rey. Por lo que se refiere a vos, señor conde, acabáis de hacerme, una tras otra, tres buenas demostraciones de ello.

—Veamos entonces el asunto...



Habían hablado durante dos horas y luego Valencey de Adana había ido a recogerse a la tumba de su padre.

Gréville, prodigiosamente interesado, le observaba con atención, pero en el rostro del capitán no se movió ni un solo músculo.

Gréville había interrogado a todos los habitantes del pueblo y un hombre, uno solo, le había dejado un desagradable recuerdo: el de alguien que miente. De modo que, tal como habían convenido, el policía, el príncipe y el barón se presentaron en el campo donde trabajaba ese hombre.

Éste, viendo al teniente de policía y a los dos aristócratas, no pudo evitar un fuerte temblor de manos, signo que confirmó a sus interlocutores en su sospecha de que el hombre no decía la verdad, o al menos no la decía por entero.

Sin aguardar más, Gréville le abofeteó secamente, aunque evitando que el golpe fuera demasiado fuerte. Entonces, Valencey de Adana se acercó para mirar al labrador directamente a los ojos, mientras el policía amenazaba:

—¡Las galeras!... Mentir en un caso criminal de esta importancia se castiga con las galeras. Espero, al menos, que hayan pagado generosamente tu silencio...

—¡No me han pagado!... —protestó el hombre, que al advertir su error se llevó la mano a la boca como imponiéndose, tardíamente, silencio.

Sin embargo, no carecía de carácter y su obstinación sin duda le habría permitido callar de no ser por la mirada profundamente desolada que Valencey de Adana clavaba en él. Estimaba al oficial de marina y a cada instante que pasaba la idea de decepcionarle le parecía más insoportable, sobre todo cuanto éste preguntó a media voz:

—Jean, sé que mi padre te tenía afecto y sé también que fue bueno contigo: ¿por qué aumentas mi pesadumbre protegiendo a los asesinos de tu benefactor?

Lo había dicho sencillamente, sin aspavientos, y todos quedaron conmovidos.

—¡No los protejo, monseñor! Vuestro señor padre, el príncipe...

—¡El príncipe soy yo!... —interrumpió el oficial de marina.

Recordar su título no casaba con el estilo de Valencey de Adana, pero pensaba, con agudeza, que hoy era el dueño de Valencey, un personaje a quien se hacía más difícil mentir.

—La razón de mi silencio es que yo salía de la casa de una mujer, ¡algo que la mía ignora!

—¿Qué mujer?... —preguntó Gréville con una voz a la que la excitación daba un leve temblor.

El otro respondió por fin, no sin reticencias:

—La viuda Braudel. Queda en mi camino de regreso de los campos... A veces me detengo allí, está tan sola...

—No entremos en estos detalles, pues a fin de cuentas se trata de vuestro secreto y vuestro amor. Pero dinos lo que deseamos oír... —propuso suavemente Valencey de Adana.

Por última vez, el hombre vaciló, con la mirada oscilando del príncipe al policía. Pero finalmente se decidió:

—A decir verdad, no vi a nadie, pero sí vi algo, algo muy extraño... Fue el mismo día del asesinato de vuestro padre. Caía la noche, se veía muy poco y algunas violentas borrascas barrían el camino. Pensé: «Jean, te has entretenido demasiado en casa de la viuda Braudel». Avanzaba con los hombros encogidos, aterido de frío, cuando creí oír un ruido del todo inesperado. Me volví y vi venir, a lo lejos, un carro tirado por cuatro caballos lanzados a todo galope...

Se interrumpió, pensativo. El oficial de marina soltó:

—Jean, aquí los carros van tirados por bueyes: ¿quién puede permitirse caballos?

—Bien observado, monseñor, y eso fue lo que pensé yo también. Gracias a Dios y a todos los santos...

—¡Deja tranquilos a esos «tipos»!... —interrumpió Gréville, que de inmediato se mordió los labios tras esa manifestación anticlerical. Con gesto enojado, como si el campesino fuera responsable de ello, le hizo una nerviosa señal para que siguiera.

—Yo me encontraba en un recodo del camino, de modo que a lo lejos debía de parecer un tocón. Ignoro por qué, pero me arrojé al foso.

Aprobó su propia actitud inclinando varias veces la cabeza, lo que molestó a Pierre-François Gréville.

—Bueno, ¿qué pasó finalmente con el carro?

—Cuatro hermosos caballos. Una sombra provista de un látigo que el que parecía un espectro hacía chasquear a intervalos regulares... Y el carro, en fin, estaba cubierto por una tela muy tensa y bien atada: ni una hormiga habría entrado o salido de él. Y entonces...

—¿Entonces qué?... —preguntó Mahé con vivacidad.

—Os costará creerme... Del carro surgían lamentos, centenares de gritos. Ah, parece imposible, pero conozco demasiado bien esos gritos y no puedo equivocarme: ¡ratas!... Centenares de ratas, y estaban hambrientas.

Tras unos instantes boquiabierto, el teniente de la policía secreta repitió:

—Ratas... Nadie transporta centenares de ratas hambrientas...

—Conozco a esta ralea. Eran ratas, y si no que Dios me condene hasta el fin de

los tiempos.

No pudieron sacarle nada más; por lo demás, todos estaban convencidos de que se había dicho ya todo, y los tres hombres, pensativos, montaron de nuevo con semblante algo perdido, el espíritu desconcertado ante tan increíble noticia. ¿Quién y por qué circularía, de noche, por unos caminos perdidos transportando con sumo secreto centenares de ratas hambrientas?

De pronto, el teniente de la policía secreta dio un respingo en su silla, permaneció unos instantes petrificado de estupor y, luego, súbitamente muy pálido, lanzó una pesada mirada a Valencey de Adana:

—Creo haberlo comprendido y, si se trata de eso, es terrible, ¡terrible!

—¿Qué queréis decir? —preguntó el oficial de marina.

Gréville bajó los ojos y, a media voz, añadió:

—Disponéos a contemplar algo que supera en horror a todo cuanto os haya sido dado ver hasta hoy...



No llevaba su cabeza de jabalí, ya que acababa de quitársela tras haber despedido secamente al asesino que había ido a informarle hasta el lugar llamado El Gato Arremangado.

¡De modo que Valencey de Adana estaba allí!... ¡Por fin!... Le tenía pues a su merced, o casi, pues había hecho traer de París una decena de asesinos a los que mantenía en Angulema. Una sola palabra y estarían allí. Siempre que atacasen en un momento en que el teniente de policía y sus hombres estuvieran ocupados en otra parte, Valencey de Adana y el bastardo de Campagne-Ampillac, por muy terribles que fueran, serían incapaces de plantar cara a diez espadachines, siendo algunos de ellos antiguos militares y habiendo hecho los otros de las armas su profesión.

Era cosa fácil. Una palabra, una orden, y todo estaría decidido. La turba humana que había reunido atravesaría por todas partes el cuerpo del último príncipe de Adana.

—Resulta tan fácil, ahora... De una tal sencillez... Y sin embargo...

Había algo que le molestaba. Nada podía hacer para evitarlo, aunque eso le irritara, pero la historia de aquella tumultuosa familia le fascinaba. Más aún, sin duda, que quienes llevaban aquel nombre. Así, estaba escrito en las crónicas y debidamente establecido que los Valencey de Adana descendían de Carlomagno. Y del mismo modo, en tiempos remotos, un tal Enguerrand de Niel, conde de Valencey, y su hermano menor Tancredo habían participado en 1189 junto al rey Felipe Augusto en la tercera cruzada, decidida tras la toma de Jerusalén por Saladino.

Una sucesión de acontecimientos trágicos había marcado aquella larga guerra. Entre los aliados cristianos, el emperador Federico Barbarroja se había ahogado en un río de Cilicia y su ejército enseguida se vio desmembrado. Poco afortunado, el rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León tuvo que batallar con su ejército dura, costosa y largamente para conquistar Chipre. Por lo que a los franceses se refiere, el implacable Felipe Augusto había tomado San Juan de Acre sin dar un solo golpe ni sufrir demasiado. Sin embargo, un poco antes, habiendo enviado al conde de Valencey a un reconocimiento, éste, engañado por un guía a sueldo de Saladino, se había perdido con los suyos en tierras de Armenia.

Sedientos, extenuados, Valencey y su pequeña tropa habían soportado, además, una tempestad de arena roja de excepcional violencia. Y así se habían presentado, con las primeras luces del alba, ante Adana; no eran más de treinta, pero su aspecto era terrible. La arena se les había pegado a los cascos, a los yelmos, a las armaduras y cotas de malla. Treinta caballeros rojos, con sus largas espadas empuñadas, silenciosos e inmóviles sobre sus enflaquecidos caballos. Eso fue lo que descubrieron los habitantes de Adana. Un terror sin nombre se apoderó de la ciudad, seguido por un pánico generalizado. Enguerrand de Niel, conde de Valencey, había sonreído agrietando la máscara de arena roja de su rostro. Luego había levantado su pesada

espada para dar la señal de avanzar hacia Adana, pero la ciudad casi se había entregado. Los cruzados sólo perdieron tres caballeros, entre ellos Tancredo de Valencey.

Al conocer la inesperada y feliz noticia, Felipe Augusto había nombrado de inmediato al primogénito de los Valencey primer príncipe de Adana, y éste, enseguida, en recuerdo de la providencial tempestad de arena, añadió el rojo a su blasón. Acentuando ese rasgo, sus descendientes rodearon con plumas rojas las plumas blancas —color real— de la monarquía.

«¡1189!... —pensó el hombre de la máscara de jabalí—. ¡1189, casi siete siglos ya!».

Siete siglos durante los cuales los hombres de aquella familia ampliaron sus tierras y su influencia, se casaron con los mejores partidos y, sobre todo, con las más hermosas mujeres.

Repitió:

—Las más hermosas mujeres, las más hermosas...

Un sollozo en el que se mezclaban la rabia y la amargura se llevó sus palabras.



Valencey de Adana había tomado la decisión de no mostrar su curiosidad. Consideraba esto como una falta de virtud pues si, como hemos visto, muy curiosamente, no hacía en absoluto ostentación de sus títulos de alta nobleza, mostrándose incluso bastante modesto en ese aspecto, en cambio había hecho suyos desde la infancia ciertos principios de la vieja aristocracia. Entre ellos el de no hacerse compadecer nunca, no ser una carga para los demás, evitar mostrarse curioso y, menos aún, indiscreto, así como muchos otros rasgos marcados por cierto rigor y que habían contribuido a moldear su carácter..., sin alterar, por desgracia, su fragilidad interior.

¿Prefería el teniente de policía no decir adónde le llevaba?... Maldita sea, que así fuera y Dios dispondría.

Cabalgaban al lado de Campagne-Ampillac, siguiéndoles los seis soldados de policía que escoltaban un carro con tres jornaleros con sus herramientas.

De vez en cuando el capitán lanzaba una breve mirada al policía, que parecía inquieto, o al menos preocupado, encerrado en sí mismo, y Valencey de Adana no se equivocaba al suponer que el otro, olisqueando una pista, temía sin embargo haberse equivocado, exponiéndose tal vez al ridículo. En todo caso, y el oficial de marina le estimó más por ello, Gréville llevaba hasta el fin lo que le inspiraba su instinto de policía.

Tras un cuarto de hora de camino, Gréville se detuvo ante una antigua

encomienda de templarios, descabalgando de inmediato. Más o menos sorprendidos, los demás le imitaron.

El edificio, con muros de un metro de grosor, había sufrido poco por los embates del tiempo y los elementos, e incluso el tejado había resistido en algunos puntos.

—¿Conocíais esta encomienda? —preguntó Gréville y, como le sucedía a menudo cuando preguntaba algo, recuperó, sin duda a su pesar, el desagradable tono del policía.

Valencey de Adana no se lo tuvo en cuenta, respondiendo incluso con buen humor:

—¿Cómo no voy a conocerla si se encuentra en mis tierras? —Sonrió y añadió—: Los templarios... Uno de mis ancestros, héroe de las cruzadas, les concedió la prerrogativa de este pedazo de tierra, donde levantaron la encomienda con sus propias manos. Cuando la orden fue disuelta y el gran maestro enviado a la hoguera, Felipe el Hermoso confiscó sus bienes, pero sus esbirros, al no encontrar aquí tesoro alguno, nos devolvieron las tierras y el edificio. —Se volvió hacia Mahé—. ¿Recuerdas nuestros juegos de antaño, aquí mismo, con Nicolas?

—¿Habláis del conde de Blacfort?... —preguntó el policía.

—Sí, nuestro amigo de la infancia.

Gréville inclinó la cabeza, dándose la importancia de quien ya está informado de todo. Luego, tras una mirada a ambos aristócratas, dijo:

—He descubierto aquí algo muy singular y sólo vuestra opinión podría desvanecer la seria duda que me asalta. —Luego, dirigiendo una señal autoritaria a sus hombres y a los obreros, ordenó—: ¡Vosotros, seguidme!

Aquella decena de hombres penetraron en la encomienda, atravesaron una sala grande y hermosa, cubierta de desechos y escombros, y llegaron a un corredor; luego Gréville se detuvo en seco ante un muro, señalando con autoritario dedo un lugar donde se veían claramente unos recientes trabajos de albañilería.

Al final, dirigiéndose a Valencey de Adana, preguntó:

—¿Habéis ordenado vos, señor conde, durante estos últimos tiempos, que se hicieran obras aquí?

Al oficial de marina le costó cierto trabajo ocultar su sorpresa. Dirigió una mirada a Campagne-Ampillac, quien, incrédulo, agitó negativamente la cabeza. Turbado aún, respondió sin embargo con voz tranquila:

—No he ordenado obra alguna aquí, y nadie la habría emprendido, creo, sin mi conformidad. Añado que este lugar nunca estuvo tapiado.

—¿Qué queréis decir?... —preguntó el teniente de la policía secreta, que obtenía ya un triunfo en la medida en que había descubierto un acontecimiento anormal.

Valencey de Adana se encogió de hombros con indiferencia.

—Era una abertura de forma rectangular por la que podía pasar un hombre. Se trataba, sin duda, de una puerta podrida por los siglos y que se había convertido en polvo, al menos yo siempre la vi así. Cuando se cruzaba el umbral, se penetraba en

una habitación bastante modesta, sin ventanas. El lugar no tenía interés alguno.

—No tenía interés alguno, ¿verdad? Y, sin embargo, alguien se ha tomado el trabajo de venir a esta encomienda de templarios, alejada del mundo y abandonada por todos para tapiar una habitación que vos mismo consideráis «bastante modesta y sin interés». He aquí algo que resulta singular...

Valencey de Adana suspiró:

—De acuerdo, señor Gréville, hay aquí un misterio que sin duda nos supera y que sólo vos habéis advertido. De modo que no demoréis más el motivo por el que habéis venido.

Con una breve inclinación de cabeza, el policía aceptó el gesto de deferencia, pues lo era, y luego, indicando a los obreros el muro reciente, gritó:

—¡Derribadlo!

Los jornaleros comenzaron por arriba, haciendo caer al interior voluminosas piedras. La escasa adherencia del mortero, apenas seco, que unía los bloques entre sí facilitaba la labor, aunque sin herramientas el muro hubiera resistido.

De pronto, haciendo dar un brinco a todos los presentes, una rata saltó al rostro de uno de los jornaleros y luego huyó.

—¿Decíais que la estancia era hermética, señor conde? —preguntó suspicaz el policía.

—¡Lo es! —respondió Valencey de Adana con el calmado tono que da la certeza absoluta.

Una segunda rata y luego otra más se asomaron con prudencia antes de huir con rapidez.

—Trabajad colocándoos a un lado, no os preocupéis de los bordes, alcanzad con rapidez el nivel más bajo: sin duda hay muchas más ratas, y es preciso facilitar su huida... —ordenó Gréville.

Los obreros siguieron las órdenes y cuanto más les acercaba al suelo su trabajo, más huían las ratas a decenas. Finalmente, la oleada de roedores cesó y Gréville, con una antorcha ardiente en la mano, penetró en la habitación.

Primero vio los cadáveres de decenas de ratas que, hambrientas, se habían devorado entre sí; y no pudo contener la náusea. Valencey de Adana se reunió con él y también se estremeció.

Silenciosos, se quedaron contemplando durante largo rato un esqueleto de huesos corroídos sobre el que ya ni siquiera quedaba algún nervio o filamento.

Gréville lo había comprendido ya, pero pensó que tal vez no sucediera lo mismo con Valencey de Adana, aunque se equivocaba, de modo que observó en voz alta pero con dulzura insólita en él:

—Esos huesos menudos y esa pelvis estrecha son los de una mujer.

Valencey de Adana, con el rostro endurecido, inclinó lentamente la cabeza al responder:

—No os toméis tantas molestias, señor Gréville, adivino ya de quién se trata: la

mujer a la que buscábamos por toda la región.

Gréville dudó antes de atormentar al oficial de marina; Pero su sentido del deber le empujó a ello. Señalando lo que parecían unas crines diseminadas alrededor del cráneo, preguntó:

—¿Era ése el color del cabello de la señorita Pauline de La Chesnaie de Flers?

—Sí.

El teniente de policía se inclinó y recogió, junto a los huesos de una de las manos, un anillo de oro, que se llevó a la altura de los ojos. Tenía una esmeralda rectangular con un gracioso cerco de rubíes. Se lo mostró a Valencey de Adana, quien, abrumado, inclinó la cabeza y dijo:

—Era, en efecto, uno de sus anillos. El preferido, creo.

Mahé de Campagne-Ampillac tomó a su amigo del hombro y se lo llevó afuera. Sabía que, bajo aquella apariencia de frialdad, el príncipe, trastornado, estaba aguantando. Pues antes morir que mostrar su dolor...

El aire fresco devolvió algo de color a las chupadas mejillas de Valencey de Adana; Gréville, algo turbado, sugirió:

—Habrà que avisar a la familia...

—Yo me ocuparé de eso.

—Bien, muy bien, señor conde. Yo, por mi parte, encargaré un ataúd provisional para que la devuelvan dignamente a los suyos.

Valencey de Adana no respondió. Tal vez no lo hubiera oído. De modo que Gréville se colocó ante él para que el oficial de marina escuchara con claridad sus palabras:

—Ha sido emparedada viva. Algo atroz.

—Lo sé.

—Seguramente la mantuvieron así algunas horas para trastornar su razón; luego, quitando una piedra de lo alto del muro, apenas terminado, introdujeron por esa abertura a las ratas hambrientas. Los asesinos no pueden haber procedido de otro modo, pues las ratas no se habrían quedado ahí si las hubieran metido antes de tapiar la parte de abajo. Había que odiar mucho a esa muchacha para mostrarse tan cruel.

—Sin duda... O a alguien más, a través de ella...

—Atacada por todos lados por centenares de roedores, su sufrimiento y su agonía fueron breves, no cabe duda.

Valencey de Adana se estremeció:

—Fueran cuales fuesen las circunstancias, señor Greville, eso no me consuela.

El policía se lo llevó aparte y, sabiendo incómoda su tarea, eligió cuidadosamente las palabras:

—Creo saber que debíais... que pensabais... Se hablaba de un matrimonio, o eso me parece.

—Algunos hablaban de eso, señor Gréville.

—Es lo que dicen... Y vos os resignabais a ello.

Valencey de Adana escudriñó atentamente a su interlocutor.

—Tal vez resignarse sea la palabra, en efecto.

Gréville, el policía más que el hombre, se preguntó hasta dónde podía llegar. Su deber era saberlo. Teniendo en cuenta las dolorosas circunstancias, ¿cómo reaccionaría su interlocutor ante el anuncio de una verdad molesta?

—Pauline de La Chesnaie de Flers era una persona terriblemente dura, ¿no es cierto? Por ejemplo, martirizaba a su hermana menor, Victoire.

—Hacéis las preguntas y os dais las respuestas, lo que hace que tratar con vos sea muy descansado. Pero, en fin, lo que decís es verdad.

Conocidos esos puntos, el teniente de la policía secreta, satisfecho, añadió:

—En primer lugar, vuestro padre. Luego, la que debía convertirse en vuestra esposa: intentan haceros daño, heriros.

—¿Realmente pensáis eso?... —preguntó Valencey de Adana con una especie de triste ironía.

Gréville percibió la intención sarcástica sin enojarse por ello; luego, lanzando una mirada a Mahé y a los soldados de la tropa de policía que estaban a poca distancia, prosiguió:

—Sabed, señor conde, que busco a los asesinos de vuestro padre y vuestra prometida no por esos casos en sí mismos, sino porque os conciernen a vos. Mi misión, ante todo, consiste en protegeros de un peligro que os amenaza, a vos, sólo a vos, únicamente a vos.

Al oficial de marina le costó un poco disimular su asombro.

—¿Tenéis algún superior?

—No. Yo mando la policía secreta.

—¿Vos?... ¿Un simple teniente?

Gréville sonrió:

—Teniente o general, ¿qué importa eso, señor conde?

—¿De quién emana la orden de protegerme?

—Lo siento, señor conde: secreto de Estado.

Se hizo el silencio. Gréville sabía que Valencey de Adana no insistiría, pero otra cosa le causaba asombro: su padre, su prometida y todo aquello recibido con una impenetrable frialdad... ¿Frialdad o capacidad de disimulo?... En este último caso, Valencey de Adana sería un hombre sensible y tal vez frágil. ¿Pero cómo saberlo? ¡Parecía una muralla!

Bajo aquella máscara de impasibilidad, el policía, pues ése era su oficio, observó de todos modos su aire tenso y obstinado, su tez pálida, sus mandíbulas prietas, y luego advirtió que las manos del apuesto oficial temblaban levemente.

«Caramba, caramba, ese príncipe de sorprendente fuerza moral es pues, sólo, un hombre. A fin de cuentas, un hombre con sus penas y sus pesadumbres», pensó.

Y sintió un profundo pero secreto alivio.

Se disponían a montar a caballo Valencey de Adana, imperturbable; Campagne-Ampillac, triste por su amigo, de quien no apartaba los ojos, y el jefe de la policía secreta, que observaba suspicaz los parajes como si un enemigo pudiera aparecer en cualquier momento.

Y fue él el primero que se llevó la mano a la empuñadura de la espada al ver llegar a un jinete a rienda suelta. Se tranquilizó, sin embargo, al reconocer a Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort.

Éste descabalgó ágilmente y se lanzó a los brazos de Valencey de Adana. Permanecieron así largo rato, abrazándose en señal de profundo afecto. Luego Blacfort le dio un abrazo más breve, aunque no falto de calidez, al barón de Campagne-Ampillac.

Finalmente, por iniciativa de Mahé, los tres se cogieron del cuello, formaron un círculo y esbozaron una especie de corro infantil que al principio dejó a Gréville estupefacto. Estupefacto pero..., poco a poco una ternura del todo inesperada fue dominando el corazón, bastante inaccesible sin embargo, del policía, quien desde hacía mucho tiempo intentaba ahogar sus emociones, que podían turbar, o eso suponía, su frío juicio e impedir así su acción.

Gréville, ascendiendo tras una infancia pobre, lo había sacrificado todo por su carrera, muy brillante por lo demás.

Había renunciado a todo, incluso al amor, que le pareció haber entrevisto dos o tres veces y que rehuyó de inmediato, y en el que ya no se atrevía a soñar a esa edad en que su vida se estabilizaba.

Perplejo por unos instantes, dirigió de nuevo su atención al trío y a aquel corro infantil donde, cabeza contra cabeza, todos se sujetaban por los hombros. Quedó profundamente conmovido. ¿De modo que un príncipe, un conde y un barón podían, sólo por la felicidad de volver a verse, entregarse a semejante chiquillada?... ¿De modo que, también, un capitán tan temible y tan útil a la corona que lo hacían proteger como si fuese un arma secreta, un teniente de marina que había destacado cien veces en combate y un conde que, aunque tuerto, pasaba por ser una de las más hábiles espadas de Francia, podían adoptar igualmente una actitud que sólo cabe esperar de unos chiquillos?

—Casi a los treinta años... —murmuró Gréville, escindido entre la emoción y la reprobación por puro formalismo.

Haciendo un signo discreto pero imperativo a sus hombres, montó a caballo y se alejó discretamente.

En ese mismo instante, como si la partida del policía lo alejase del afecto de sus amigos, Blacfort los miró con una leve sorpresa:

—Qué extraño encontraros aquí a ambos...

Valencey de Adana observó, a lo lejos, una bandada de cuervos que parecía una

ala negra sobrevolando un paisaje desolado por la grisalla:

—Pauline ha muerto, Nicolas.

—¿Cómo?

Mahé se lo confirmó, abrumado, con una señal de cabeza.

—¿Dónde está?... —preguntó Blacfort.

—Valdría más que no la vieses tal como la ha dejado la barbarie de una muerte horrenda... —respondió Valencey de Adana, seguro de antemano de la inutilidad de sus palabras.

Algo que se comprobó de inmediato, pues Blacfort esbozó una reacción que parecía de irritación:

—Pauline era mi queridísima amiga. Oh, Joachim, mientras vosotros navegabais y combatíais en los mares, desde hace años ya, ¡cuántas veladas he pasado con Pauline y Victoire hablando de ti!

Mahé, que por nada del mundo quería ver a su amigo contemplando de nuevo el terrible espectáculo, le hizo una señal a Blacfort:

—Ven, sígueme, voy a llevarte.

Al quedarse solo con los caballos, Valencey de Adana se puso a caminar de un lado a otro, sus botas crujiendo sobre la gravilla sembrada de charcos medio helados.

Extrañamente, se sentía ajeno a sí mismo, como si se tratara de la vida de otro, la magnitud de cuyo infortunio intentase evaluar. Su padre, tan amable y tolerante, abierto a las ideas de progreso, que le alentaba a hacerles, en los mares, la vida dura a unos ingleses que oprimían al pueblo norteamericano, que recibía con unos fastos y un calor a su amigo D'Alembert que no hubiera dedicado al rey de Francia...

Y ahora, Pauline. Una Pauline espantosa, es cierto, con su hermana menor Victoire, dura con su frágil madre y, sobre todo, fanática en su decisión de quererle a él, tan indeciso, por esposo: ¡pero no merecía aquel final!

Ciertamente, no quería a Pauline con amor, pues su corazón estaba por completo ocupado por Victoire. Pero con el tiempo había acabado conmoviéndose ante la constancia de los sentimientos que le dedicaba la mayor de las La Chesnaie de Flers. Se había conmovido y era asimismo algo cobarde —no lo ignoraba—, lo bastante, en cualquier caso, para llevar a Pauline hasta el altar si aquel espantoso asesinato no se hubiera producido.

Tropezaba obstinadamente con la idea de que pudieran amarle, sin encontrar en sí mismo cualidad alguna que pudiera hacerle seductor ante la exigente mirada de las mujeres. Cortés, incluso galante, acostumbrado a los graciosos usos de la antigua corte, la de Luis XV, no podía evitar manifestar cierta frialdad e interponer distancia entre él y las mujeres, sobre todo las aristócratas.

Se creía repulsivo cuando en realidad intrigaba. Se consideraba carente de interés cuando fascinaba. Advertía el vacío a su alrededor; pero aquel vacío era el que las mujeres, hábiles para sentir estas cosas, no colman cuando ven en un hombre el posible objeto de una pasión de la que pronto se convertirá en esclava... ¡infeliz!



Se negaba con obstinación a aprender a bailar, huía de la cháchara y la futilidad y, finalmente, al margen de su pasión por el mar y los libros, sólo había conocido la dicha amorosa escasas veces y siempre junto a mujeres de baja cuna que se entregaban a él con arrobamiento pero que no lloraban en absoluto cuando partía, pues ésa era la suerte común de todos los capitanes.

—¡Soy un cobarde, oh, sí: y qué cobarde!... —soltó en voz alta, como si intentara convencerse de ello.



La muerte de su padre y la de Pauline no podían haber sucedido en peor momento. La guerra se eternizaba y le agotaba. Las responsabilidades del mando y aquellas decenas de miles de ingleses que querían matarle estaban minando su sistema nervioso. No podía aguantar más aquella postura de «héroe» calmo y tranquilo que, según pensaba, debía a los demás. ¿Pero por qué iba a deber nada a los demás? ¿Quién lo había decretado? ¿Por qué no se rebelaba contra eso? Conocía la respuesta: en el fondo, era más cómodo. Se consideraba sacrificado a una gran causa y aquello canalizaba todos sus demás problemas, como su imposible amor por Victoire o aquella situación difícil, imposible incluso: con un pie en el mundo del mañana y otro en el de... anteaer. Una gran diferencia y muy delicada, ningún hombre puede vivir tan desequilibrado: era evidente.

Desde hacía algún tiempo, comprendía que convertirse, aun a pesar suyo, en un modelo suponía estar prisionero. Ya sólo actuaba en función de lo que cabía esperar de él teniendo en cuenta sus éxitos. Sus deseos, sus esperanzas, las locuras y las exuberancias que a veces lo dominaban, las lágrimas, las preguntas, las dudas, todo aquello se asfixiaba en su interior, pero al mismo tiempo le mataba. Estaba extinguiéndose, y estaba bien así. Se desecaba vivo, la vida huía de él para dejar sólo una momia, una apariencia. Como una encina erguida, robusta y vigorosa ante la mirada del viajero, pero hueca en su interior, corroída, vaciada.

En aquel momento regresaron Mahé y Nicolas, éste deshecho, con el cuerpo sacudido por grandes sollozos.

El príncipe se aproximó. Sintió que su corazón se encogía hasta el punto de que el dolor, físico, casi le impedía respirar. Lo que le conmovía tanto del espectáculo que involuntariamente se le ofrecía dependía menos de la pesadumbre de Blacfort que del hecho de que su único ojo, de repente velado, parecía enrojecer mientras de él brotaban las lágrimas.

Valencey de Adana sintió su alma como descuartizada por la visión de aquel ojo que lloraba. No había día en el que no se maldijera por haber lastimado así a su amigo, aunque todos, y en primer lugar Nicolas, le aseguraban en los más variados

tonos que él no era en absoluto responsable de ello.

Extrañamente, en la percepción que tenía de Nicolas, aunque a veces lo viera tal como se lo encontraba hoy, más a menudo lo imaginaba en su recuerdo como una imagen petrificada, la del joven y apuesto muchacho que no había perdido aún su ojo.

Pensó: «¡Pobre Nicolas!... Estropeé tu vida, y para siempre. Ojalá el cielo hubiera querido que eso me ocurriera a mí, mil veces...».

Como si adivinara sus pensamientos, Blacfort posó su mano en el antebrazo del comandante de *La Terpsichore* y dijo:

—Sé lo que piensas al verme llorar. Es ridículo, cuando el infortunio te abrumba por todas partes, entre tu querido padre asesinado y la pobre Pauline con esta muerte espantosa, como si intentaran matar a todos los que amas.

Valencey de Adana esbozó una sonrisa marcada por la amargura.

—Una desgracia no se sustrae a las demás, todas se suman para aniquilarte el alma, lo sé, y no es cosa de este día: los horrores de hoy no borran mi terrible falta de ayer.

Blacfort movió la cabeza, con aire desolado, y respondió:

—No te inflijas el dolor de anunciar esta catástrofe a la familia de Pauline. Por una vez, deja actuar a tus amigos: Mahé y yo sabremos encontrar las palabras necesarias.

Los ojos verde gris de Valencey de Adana reflejaron durante unos segundos una cólera terrible, pero no duró demasiado:

—¿Te he acostumbrado alguna vez a verme rehuir mis responsabilidades, a esquivarlas, a ocultarme, aunque sea tras un amigo?

—No, ciertamente. Sin embargo...

Sin esperar la continuación, Valencey de Adana montó a caballo y se alejó al paso lento de su montura ante la mirada de sus amigos.

Blacfort, que no ocultaba su pesadumbre, advirtió en un tono sorprendido:

—Es la primera vez que lo veo así, con los hombros caídos y presa de tan terrible angustia.

Igualmente consternado, Mahé respondió:

—Ponte en su lugar... Su padre arrojado desde lo alto de la Torre de las Damiselas, la joven que iba a casarse con él emparedada viva hasta ser devorada por una hormigueante bandada de ratas, los centenares de capitanes ingleses que sólo sueñan con hundir *La Terpsichore* tras haber fusilado a Joachim en el palo mayor, el rey que no le quiere demasiado... Todo se derrumba bajo sus pies pero él sigue luchando como si esas cosas no existieran. Y sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Nicolas, tú le has arrancado una sonrisa y su alegría al verte fue, sin duda, su primer momento de felicidad desde hace mucho tiempo.

—¡Dios omnipotente, no me digas eso!

—¿Por qué?

—Me detesto cuando pienso que soy el remordimiento constante que estropea su vida. ¿Por qué no quiere olvidar como yo mismo he hecho?

Mahé dirigió una mirada a la llanura bañada por una luz triste y grisácea.

—Porque si lo olvidara, no sería ya el hombre al que queremos más que cualquier otra cosa. Pero tranquilízate, tú no eres la única causa. Sigue sin conseguir hablar de sí mismo. Si supieras qué desgraciado es desde el comienzo de esta larga guerra. Matar, comparecer, no decir nada, no quejarse nunca, ni siquiera a mí, que le amo cada vez más viendo cómo se destruye así... Y él sabe que lo sé.

—¿Realmente Joachim está tan desesperado?... Pero ¿y la gloria?

Mahé se encogió de hombros:

—¡A la mierda, la gloria! Se la pasa por el culo: déjasela a los imbéciles. No a él, no a Joachim. La gloria la ganas en el mar y con el sable en la mano, pero sabes muy bien que sólo en París o en Versalles recibes sus efectos y explotas su filón de oro, pero él nunca pone los pies allí. Es una gloria estéril, blanca e inútil. Joachim es exactamente lo contrario del señor de La Fayette, que necesita miradas, sonrisas, honores, cumplidos y mujeres extasiadas.

Blacfort sonrió casi a su pesar.

—¡Eso es muy suyo!... Siempre atormentado, siempre dudando y... jamás una palabra, como si el sentido del deber, exacerbado incluso, fuera una de esas enfermedades galantes pero vergonzosas que conviene callar.

—Bonito, lo que acabas de decir. Bonito, pero cruel.

—Lo sé. Perdóname. ¡Dios, qué vulnerables somos!

En el claroscuro del crepúsculo, al paso lento de su caballo, Valencey de Adana seguía un camino húmedo y boscoso. Bajo el cielo negro, el jinete, envuelto en su larga capa de marino, vaciló unos momentos mientras llegaba a un oratorio situado en la encrucijada de dos carreteras que llevaban, ambas, al castillo de los La Chesnaie de Flers. Aunque su espíritu estuviera poblado por cosas trágicas, admiró la región de Charente que tanto le gustaba, con sus duros inviernos, sus primaveras luminosas, los ríos perezosos, el paisaje ondulado...

A la lluvia y al frío se les añadía ahora un violento viento. Los lobos, este año llegados muy pronto, aullaban en el lindero de los bosques, bajo las ramas desnudas y ennegrecidas por el crepúsculo.

Todo aquello, cuando ya no existe una madre o un padre que aguarden ante un buen fuego, resultaba lúgubre y hacía que su alma se estremeciera, pues hay momentos en los que cuando uno está solo ante un espectáculo de desolación todo parece abrumarte al mismo tiempo: el frío, la soledad, la insignificancia de tu vida, el gran agujero abierto de la muerte que precede a un vacío infinito...

Se sobrepuso y contempló los dos caminos. El primero, bastante ancho, tenía la ventaja de conducir directamente al castillo. El segundo, más accidentado y sinuoso, permitía un rodeo que el herido corazón del oficial no quería evitar: su padre y él tomaban siempre aquel sendero. Eligiendo aquel itinerario ciertamente no obtendría consuelo alguno, sino más bien un nuevo sufrimiento, pero así era su naturaleza que nada evitaba, como si el consuelo que tantos hombres buscan languideciera el alma cuando él pretendía confrontar la suya permanentemente a lo peor, para obtener lo mejor por un brutal efecto de reacción.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios mientras, regresando a sus pensamientos, reflexionaba: «¿Para qué?

¿Por qué y por quién debo intentar ser en todo momento el mejor?... Mi tiempo humano no por ello se prolongará y, haciendo las cosas con doble dureza que los demás, ¿no me veré algún día completamente invadido por un inmenso hastío cuando sólo aspiro a amar la vida y a los seres?».

Se encogió de hombros. El frío no hacía presa en él, que se mantenía muy erguido en la silla, con el ánimo por entero ocupado en cuestiones cuyas respuestas tanto tardaban en llegar.



El Hombre Jabalí no quería estar presente cuando se produjera la muerte de Valencey de Adana. Sabía que podría deleitarse con la visión de su cadáver, pero no deseaba

asistir a sus últimos instantes. Lúcido, sabía de antemano que hallaría belleza en el modo como el príncipe combatiría contra diez para finalmente morir con gran valor. Y quería evitar admirarle, pues bastante sufría ya su fascinación. Además, y aunque la cosa fuera en sí misma de lo más irritante, le dominaban sentimientos contradictorios, pues deseaba ardientemente ver cómo se extinguía aquella ilustre familia y al mismo tiempo era consciente del horrible y definitivo estropicio que sería aquello.

Pero el cinismo que dominaba su naturaleza no tardó en imponerse, y se preguntó si no experimentaría quizás un sentimiento amoroso respecto al capitán de navío. Divertido, pensó: «De ser así, adiós pues, hermoso amor mío, que nunca existió».

Luego, de pronto, esa idea le resultó odiosa:

—¡Le odio más que a nada en el mundo!...



Tomando el camino principal a rienda suelta, Campagne-Ampillac y el conde de Blacfort, tras una tormentosa discusión, habían montado a caballo para alcanzar a Valencey de Adana, sorprendiéndose cada vez más, a medida que avanzaban, por no verle en absoluto. Supusieron pues que también él iba a todo tren y forzaron aún más la marcha. Tanto y tan bien lo hicieron por ese erróneo camino que llegaron los primeros al castillo, encontrándose de inmediato ante un terrible caso de conciencia.

Como si se arrojara al agua pero también como si se sacrificara en nombre de la amistad, el conde de Blacfort anunció la terrible noticia de la muerte de Pauline con sequedad, con brutalidad incluso, considerando que así era como él, por su parte, desearía ser informado en semejante situación.

Las tres mujeres, estupefactas por un instante, reaccionaron de modo muy distinto. Así, la madre de Pauline, perdida su razón, sacudió gravemente la cabeza y luego, abriendo un armario de valiosas porcelanas, comenzó a permutar las raras piezas canturreando:

—Pauline ha muerto, pobre Pauline... Pauline se ha convertido en ángel, afortunada Pauline...

Por su parte, la tía Aglaé no dijo ni una palabra. Su rostro se endureció terriblemente y, pese a lo poco agraciado que resultaba en circunstancias ordinarias, adoptó tal gravedad que ello le confirió una cierta forma de belleza, como sucedería si se acepta que el dolor puede transfigurar a los seres.

Pasado el estupor y tras un gritito, Victoire no pudo impedir que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Así, al no desear mostrarse en aquel estado, abandonó la estancia y dirigió a Mahé, que intentaba acercarse a ella, una mirada en la que se revelaban un desgarró que imploraba gracia y una frialdad que no incitaba en

absoluto a seguir avanzando por la vía del consuelo.



En aquel mismo instante, el que guiaba a la decena de asesinos encargados de ejecutar a Valencey de Adana, que no era sino el segundo del Hombre Jabalí, a quien daba cuenta regularmente y que se llamaba Malvy, conocido como «Pequeño Sin Cuartel», ese hombre, pues, comprendió que su presa se le había escapado y llamó a sus hombres, agazapados tras un seto y los altos helechos, lugar elegido para la emboscada.

Los asesinos no parecieron demasiado decepcionados por aquella contraorden. «Al contrario», pensaron los más inteligentes, pues cuanto más durase su estancia en Angulema, donde el albergue y el cubierto los tenían asegurados, más se redondeaba el salario de su infamia.

Agazapados como estaban, se levantaron ruidosamente, increpándose y bromeando, cuando una voz que parecía proceder del otro lado del camino los dejó petrificados unos instantes:

—¡Policía del rey! ¡Rendíos y no seréis ahorcados!

Semejantes hombres no acostumbran a obedecer este tipo de órdenes; así pues, corrieron hacia sus caballos, ocultos en lo más profundo del bosque, cuando una salva mató a la mitad de ellos, pues apuntaban a las cabezas.

Corriendo hasta quedarse sin aliento, al montar a caballo Pequeño Sin Cuartel pensó sucesivamente en dos cosas. En primer lugar, había reconocido los fusiles, el modelo 1777, el más moderno y eficaz del mundo pero que hasta entonces no había sido reglamentario en ninguna unidad de la policía real... ¡Salvo en la policía secreta!

Pensó también que, para proceder a semejante ejecución, pues ésa era la suerte que se había reservado a sus compañeros, para que el trabajo fuera tan rápido, para que apuntaran a la cabeza e intentaran matar con tan decidida frialdad, pues bien, era preciso que el tal Valencey de Adana fuera un personaje muy importante.

Uno de los más importantes del reino.



El capitán de navío reconoció desde lo lejos a Victoire, que, volviéndole la espalda, se encontraba junto al estanque cercano al castillo.

A su pesar, el oficial se incorporó, manteniéndose muy erguido en la silla, pero vaciló un poco temiendo hacer el ridículo con aquella envarada postura.

Distinguió luego, en lo alto de la escalinata de aquel castillo de un solo piso,

reconstruido a comienzos de siglo, a sus amigos Mahé y Nicolas, adivinando enseguida que se le habían adelantado y habían comunicado la noticia de la muerte de Pauline.

Valencey de Adana descabalgó y, con el corazón palpitante, se acercó a la muchacha. Como si ella pudiese adivinarlo, se volvió con rapidez y ambos se quedaron quietos, petrificados.

Le pareció más bonita que en sus más hermosos recuerdos, por muy magnificados que estuvieran éstos por el alejamiento y las imaginaciones que sobrevienen en semejantes circunstancias.

En cuanto a ella, aunque su cuerpo temblara de la cabeza a los pies, la tranquila certidumbre de que sería él, y nadie más, él o el más frío de los conventos, esa certidumbre lo trascendía todo, incluso la pesadumbre de haber perdido a su hermana.

Lo encontró apuesto. Un viento insistente hacía ondear las plumas blancas —por el rey— y rojas —por las arenas de Adana— de su tricornio marinero bordeado por un galón de brillante oro. De oro eran también las charreteras con flecos y los botones de la guerrera azul marino. Con las altas botas negras y un sable al costado, era varios hombres a la vez. Un príncipe de alto linaje pero también un limpiador de cubiertas de navío que avanza sable en mano chapoteando en la sangre. Un aristócrata erudito y sutil, pero también un capitán que para ayudar a su tripulación no vacilaba ni un solo instante en dar de puñetazos en los barrios infames de los lejanos puertos. Un hombre que recogía a los perros vagabundos y curaba a los pájaros heridos, pero también un artillero genial que alcanzaba los navíos ingleses bajo la línea de flotación, sin dejarles ni la sombra de una oportunidad.

Quiso ella adoptar una actitud altiva; pero corrió hacia él. Pensó en detenerse a pocos pasos para marcar cierta distancia; pero se arrojó en sus brazos.

Muerto de miedo, él mantuvo unos instantes los brazos levantados, sin atreverse a cerrarlos sobre la espalda de la muchacha, pero su perfume, su cuerpo menudo contra el suyo, sus cabellos negros que tan deliciosamente cosquilleaban su rostro al rozarlo sin cesar...; al final depuso las armas y la abrazó hasta asfixiarla.

Permanecieron así un tiempo, que a continuación ni el uno ni el otro supieron evaluar. ¿Habían sido algunos evanescentes segundos o un fragmento de eternidad?

Él posó su fuerte mano, que se hizo ligera, sobre la nuca apoyada en su hombro y murmuró:

—No debemos, Victoire. Con la muerte de Pauline, hoy menos que nunca.

Él se soltó del abrazo y la muchacha tuvo la impresión física de un profundo dolor, como si le arrancaran con fuerza y violencia una parte de sí misma.

Con las manos en los hombros de Victoire pero dando un paso atrás, clavó en ella la mirada de sus ojos verde gris, cuyo fulgor, frío y a veces metálico, aparecía esta vez marcado por una infinita dulzura:

—No debemos... —repitió.

Ella contempló ávidamente, desesperadamente aquel rostro. Cómo le hubiera

gustado tomarlo entre sus manos en ese gesto que hace que se tiendan hacia el agua clara cuando se está sediento. En ese momento, ella lo poseía por completo, lo absorbía en una mirada apasionada que aún hacía más febril la idea de que muy pronto el vacío de la ausencia reemplazaría al hombre amado. Deseó ahogarse en la mirada de aquél al que amaba, esa mirada que siempre fue tierna y burlona. Vaciló ante la perspectiva de no volver a oír aquella voz algo grave que a veces se arrastraba perezosamente en las palabras para mejor azotarlas un instante después...

—¡Quédate, no me dejes, te lo ruego!

Aquel adorable ceceo estuvo a punto de retener al capitán, que lo sintió como una crucifixión. Todos los años de infancia y juventud regresaban a su alma perfumada de pronto por el azúcar moreno, la horchata y la vainilla, mientras el presente, cargado con la inevitable separación, sólo proporcionaba el sabor de la amargura.

Se habían conocido de niños, ella tenía sólo cinco años cuando él alcanzaba la decena, pero por muy lejos que se remontara en el tiempo y en sus recuerdos de niño, ella le amaba ya locamente cuando él la evitaba, asustado sin duda por la profundidad de sus propios sentimientos.

Sonrió.

—¿Quedarme?... Pero estoy haciendo la guerra: ¡la guerra!... Cuentan conmigo... Mi tripulación... Los norteamericanos... No puedo eludirlo: nadie, ni siquiera tú, ama a los cobardes. No deseo, algún lejano día, inspirarte asco.

Las palabras brotaban deprisa, repetidas demasiadas veces, pero el pensamiento estaba en otra parte. Lo sabía. Sabía lo que separa a un libertino de un enamorado. El primero va de una a otra, sin vincularse a ninguna. Goza de la felicidad de ser libre, pero paga el elevado precio de los amores superficiales. El otro, el enamorado, paga también el precio de sus sentimientos. Para Valencey, no había más amor que el amor pasión, el que se da y el que se sufre, dígame lo que se diga. Aceptaba pagar ese precio, pero lúcidamente, sin precipitación. Respetar a la mujer amada debería ser el primero de los actos amorosos. Siempre, a toda costa. ¿Cómo acabaría Victoire comprendiéndolo, salvo con el tiempo?

Era preciso partir, y sin tardanza. Por ellos, por su porvenir —si es que existía alguno—, y le costase lo que le costase.

Una fugaz inquietud le dominó. ¿Dejar a Victoire cuando el Hombre Jabalí merodeaba por allí? Pero éste ignoraba fatalmente la intensidad e incluso la existencia de sus sentimientos hacia la muchacha, pues sólo sus dos amigos, Mahé y Nicolas, conocían el secreto. La prueba irrefutable se manifestaba en esto: al matar a Pauline, el asesino mostraba una completa ignorancia de sus sentimientos reales y no corría el riesgo de conocerlos, pues todos estaban ya en guardia.

El Hombre Jabalí le había privado de aquellos que eran vulnerables a causa de su afecto, pero un afecto público: su padre y su prometida. Victoire, en cambio, estaba protegida por el secreto absoluto, y Nicolas era muy capaz de defenderse, pues era una de las mejores espadas del reino de los lises. Sí, con Mahé navegando a su lado,



siendo Nicolas un adversario demasiado temible, su padre y Pauline habían sido asesinados; pero Victoire no era para el asesino más que un personaje sin importancia, al igual que la madre y la tía de Pauline. ¿A quién dejaba pues a sus espaldas?... ¡A nadie!

¿Su maestro de armas? Vivía en Provenza. ¿El abate Brégère? Un viejo cura afectuoso pero a quien en los últimos años apenas había entrevistado. No, a nadie, no dejaba a nadie ni nada. ¿Su castillo? Ardía tan mal con sus gruesas murallas que los invasores de antaño renunciaron a incendiarlo. Al menos podía volver a zarpar sin cargar con esa amenaza en la espalda: el Hombre Jabalí había consumado su obra de muerte, nada podía ya hacer contra él salvo matarle, y eso era otra cosa. Además, estaba el tal Gréville, un duro adversario para el Hombre Jabalí, que probablemente actuaba —¿qué más podía ser?— por cuenta del rey de Inglaterra.

Se sentía tranquilizado, en la medida en que su ansiosa naturaleza se lo permitía. Montó a caballo y espoleó con rudeza su montura.

Sin volver a mirar nada ni a nadie, tomó el camino de Rochefort, donde le aguardaba la corbeta *Betelgeuse*, que lo conduciría a su fragata, al mar y a los horrores de la guerra...

El rey Jorge III de Inglaterra hubiera debido sentirse muy apesadumbrado de no estar presente cuando su flota secreta zarpó. Constituida por tres enormes unidades, el *Hood*, el *Honey Bee* y el *Hornet*, parecía invencible.

El monarca lamentó fugazmente que, por razones de seguridad, afectando el secreto hasta la propia existencia de esos navíos, se hubieran visto obligados a hacerse a la mar por la noche, a pesar de lo cual distinguió las macizas siluetas de las tres naves que desfilaron ante él.

—¡Qué fuerza!... ¡Son auténticas fortalezas flotantes!... —dijo con la voz preñada de orgullo.

Un cortesano asintió, no sin un servilismo que consideró, cometiendo un gran error, como un oportunismo de buen tono:

—Sire, La Muerte Roja no se les escapará y así acabaremos con el terror que siembra entre nuestras filas. ¡Esos tres bajeles sois vos, majestad!

El joven rey, cuya razón se extraviaba muy deprisa, y más aún si se le contrariaba, pataleó mientras soltaba pequeños gritos de rabia.

Almirantes y grandes señores se quedaron petrificados de inmediato, esperando cualquier cosa, pues el soberano poseía el detestable don de ver en unas palabras inocentes malicia que nunca había existido. Imprevisible y fantasioso, su trato resultaba de lo más difícil, pero era rey de Inglaterra y nada cabía objetar a eso.

Respirando a duras penas, Jorge III controló en parte su ataque de nervios, pese a lo cual se plantó ante el cortesano, de repente muy pálido, y con voz aguda dijo:

—Todo lo que decís, señor, me exaspera en alto grado pues es falso. Prohíbo... —Se interrumpió y señaló al conjunto del grupo con un gesto amplio y desenvuelto, antes de proseguir—: prohíbo, y eso vale para todos, que se llame al navío que todos sabéis «La Muerte Roja». Semejante expresión tiene como efecto alimentar la reputación de esa maldita fragata, que sin embargo tiene un nombre: *La Terpsichore*.

Los cortesanos tomaron buena nota de ello, mientras que los almirantes vieron en ello, excepcionalmente, un rastro de lucidez, pues ciertamente parece desastroso para la moral de las tripulaciones alimentar la idea de terror y la reputación de que el enemigo es invulnerable.

Por desgracia, fue sobre todo la palabra «terror» la que, en boca del cortesano, sin duda más había escandalizado al rey.

Éste prosiguió, con voz estridente:

—Habláis de terror, señor... Os atrevéis a hacerlo ante mí, vuestro rey. Jamás, nunca jamás mis tripulaciones ni ningún navío inglés sintieron el menor terror ante esos perros franceses. Habéis insultado gravemente a vuestro rey y a la marina inglesa. Ah, desapareced, señor, regresad a vuestras tierras para no salir nunca más de ellas: es una orden.

El cortesano, lívido, saludó y se retiró. Algo más había molestado también al rey,

pues en su extravío el cortesano había afirmado: «¡Esos tres bajeles sois vos, majestad!». ¡Un horror que helaba la sangre!... ¿Y si, por imposible que pareciese, acababan siendo hundidos? ¿Y si naufragaban a consecuencia de una terrible tempestad? ¿Qué iba a ser de él, el rey, asimilado a aquellos bajeles que se pudrían en el fondo de los océanos? ¿Dónde se pudriría él, sino en un ataúd, cuando la mera idea de enfermedad le aterrorizaba? Y esa frase maldita, ¿no sería un oráculo medio disfrazado, el anuncio de su próxima muerte? Se estremeció murmurando:

—¡El muy imbécil!...

A cierta distancia, descubrió a un hombrecillo bastante panzudo envuelto en una levita gris. Al menos éste, que se llamaba Francis William Dawson y dirigía a sus numerosos espías, nunca decía una palabra de más.

Con gesto hastiado, Jorge III indicó a quienes le acompañaban que debían alejarse y, al verlo, Dawson se acercó.

El rey se dirigió a él con rudeza:

—¿Y bien?

El hombre, con apenas la cincuentena, hablaba con una voz tranquila:

—Sire, el comandante de *La Terpsichore* se llama Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana. Por pergaminos y por la lectura de las antiguas tumbas, sabemos que desciende indiscutiblemente de Carlomagno. Capitán de fragata a los veinticinco años, de navío a los veintisiete y, lo que resulta bastante insólito, luce la más alta condecoración francesa.

—¿Qué aspecto tiene? —se impacientó el soberano.

—Alto, delgado, ancho de hombros y de estrechas caderas, con un cuerpo lleno de alargados músculos, sin redondeces. Un rostro huesudo, mejillas flacas, labios algo gruesos, pelo castaño claro peinado hacia atrás, en una cola atada con una cinta negra, nunca lleva peluca. Ojos de un verde gris, una mirada difícil de sostener, una voz grave, bastante baja aunque algo cantarina, extraña y que nunca se olvida. Gusta a las mujeres.

—¿Y qué más?

—Tan temible con el sable como con la espada. Excepcional tirador, tanto con la pistola como con el fusil. Consumado jinete: salta de un caballo a otro en pleno galope. Muy versado en los estudios: es también ingeniero y arquitecto de marina. Lee tratados de matemáticas, de navegación y de filosofía. Interesante carácter. Hombre muy tranquilo, decidido, recto e, incluso, riguroso, juzga con rapidez las situaciones y toma una decisión con presteza: siempre la adecuada. A menudo bastante distante, algo frío, melancólico a veces, alabado sin medida por su tripulación, oficiales y marinos. Valor excepcional, gran bravura en el combate, tiene el defecto de exponerse en demasía. Rehúye la corte de Francia, a los hombres y los palacios. Muy pocas mujeres en su vida, tres o cuatro tal vez, y eso es muy poco: incendios violentos y breves. Un amigo de la infancia embarcado con él y que además ha sido criado y formado a su lado: el temible barón de Campagne-Ampillac.

A mi entender, sin embargo...

—¿Qué?... —preguntó el rey, impaciente.

—Es una hipótesis...

—Hablad, Dawson, pero hablad deprisa.

—¡Demasiado perfecto!... Un hombre semejante no puede existir, creed en mi larga experiencia, sire. Este oficial se agota vigilándose, manteniendo en lo más alto el nombre de los príncipes de Adana. Algo le obsesiona, a mi juicio. Ah, no sería el primero... Por otra parte, le fascina el porvenir que simbolizan los norteamericanos, aunque esté vinculado para siempre a los valores de antaño. Mucho más frágil, pues, de lo que parece y, me atrevería a decir, inestable. Deberíamos hurgar por ese lado, alcanzarle en lo que parece su único punto vulnerable, derribar esa estatua de invencibilidad y sangre fría digna de una máquina que aterroriza a nuestras tripulaciones. Quién sabe si, con su orgullo de otro tiempo, podríamos llevarle directamente al suicidio. ¡La de tiempo y dinero que ganaríamos!

—¡Bobadas!... ¡Especulaciones!... Detesto que se hurgue en los espíritus. Hasta dónde, hasta quién llegaríamos, entonces: ¿hasta vuestro rey?... ¿Ignoráis que el interior de las cabezas está sucio?... Bueno, ¿y qué sabemos del navío?

Dawson no pudo contener una mueca que revelaba su impotencia:

—Lamentablemente, sire, no sabemos nada, o casi nada, y todo el oro del mundo no podría cambiar las cosas. *La Terpsichore* debe su nombre a su excepcional ligereza, a ese modo de danzar sobre las olas. Los planos, audaces, fueron concebidos por Valencey de Adana, que participó en su construcción y la bautizó así, eso es seguro. Sabemos, o creemos saber, que parece ser ligeramente más larga que las fragatas enemigas que conocemos, pero nunca ha fondeado en un puerto francés, pues no hay ni uno solo, sire, en el que no contemos con hombres a sueldo.

El rey frunció el ceño.

—¿Nada?... Eso es imposible, Dawson, no puede ser.

—Vuestra majestad tiene razón, de modo que contemplamos algunas hipótesis. Así, tal vez *La Terpsichore* fondee en puertos españoles, aliados de los franceses y los norteamericanos. Tal vez goce de la ayuda de un navío de avituallamiento, con algunos puntos de encuentro en el Atlántico Norte y el Atlántico Sur. Tal vez estas dos hipótesis no se excluyan entre sí. Tal vez, también...

—¡Ah, muchos «tal vez», Dawson! ¡Demasiados, sin duda!

Jorge III reflexionó unos instantes y luego prosiguió:

—Ese capitán cuyo nombre he olvidado ya...

—Valencey de Adana, sire.

—Muy bien, ¿se deja ver en Francia?

—Sí, sire, y eso es lo más extraño. ¿Cómo llega si no es por mar y, por tanto, a bordo de otro navío?... Estudiamos de cerca el problema.

—¿Y «La Lechuza» no os dice nada?

A su pesar, Dawson miró a su alrededor con miedo y desconfianza, luego,

bajando instintivamente la voz, respondió:

—«La Lechuza» es impotente en este caso, sire, Los norteamericanos de Francia no tienen acceso a los secretos de *La Terpsichore*.

Ambos hombres se zambulleron unos instantes en sus pensamientos. «La Lechuza»: una piedra angular de Inglaterra, un norteamericano perteneciente al entorno íntimo de Benjamin Franklin y que mantenía a sus dueños ingleses informados de todo cuanto se concebía, decía y hablaba en la representación norteamericana.

—Dawson, todo está ya escrito. *La Terpsichore* conocerá el infierno en todos los mares del mundo y, aunque la operación sea muy costosa, no cabe dudar del desenlace. Que eso, sin embargo, no os impida acosar a Valencey de Adana en cuanto ponga los pies en suelo francés.

—Se hará como deseáis, majestad. Pero tenemos un... competidor: acaba de matar al padre y a la prometida del príncipe.

El rey hizo un gesto de mal humor.

—¿De quién se trata, y por qué se mete, a fin de cuentas?

—Los propios franceses parecen ignorarlo. Pero los más inteligentes no tardarán en sospechar, muy injustamente, de nosotros...

—¡Quiero su cabeza, Dawson!

—¡Nunca he defraudado vuestras expectativas, sire!

El rey lo admitió interiormente, pero no se dignó contestar.



*La Terpsichore*, informada por la corbeta *Betelgeuse*, se acercó a cierta distancia del convoy de pesados bajeles británicos con las primeras luces del alba.

El *Honey Bee* iba a la cabeza, seguido por el *Hood*, mientras que el *Hornet* cerraba la marcha.

En el puente, Valencey de Adana permaneció largo rato inmóvil, impenetrable. Bajó luego el catalejo y dijo a sus oficiales, que aguardaban sus palabras:

—¡Impresionante! ¡Sumamente impresionante!...

Un alférez de navío, como hipnotizado por la potencia de fuego de los tres mastodontes, balbuceó en un murmullo:

—¡Van a crucificarnos!

Valencey de Adana, que tenía fino el oído, captó aquellas palabras dichas en un tono desesperado y respondió con suavidad:

—Esto no es «la vida de Jesús», alférez Linhardt, sino como mucho un combate naval.

Mahé de Campagne-Ampillac, que en público trataba siempre de vos a su amigo,

preguntó:

—¿Cuáles son vuestras órdenes, comandante?

—Los evitaremos.

Nunca antes la fragata ala que llamaban «La Muerte Roja» había rehuido el combate, y la impresión que produjo sobre los oficiales fue desastrosa.

Valencey de Adana los observó uno tras otro, con una sarcástica sonrisa en los labios, y añadió:

—Los evitaremos. Pero volveremos a encontrarlos, no lo dudéis ni un solo instante.

—¡Preparaos para izar las velas!

—¡Izad el gran foque!... ¡Fuera la vela de estay de sobremesana y la de perroquete! ¡Iza y caza, oé!, ¡iza!...

Las órdenes restallaban en la cubierta de *La Terpsichore*, que retomaba su rumbo. En efecto, en el mar en calma, en pleno Atlántico, Valencey de Adana había convocado una reunión de los tres navíos. Así, cambiando de embarcación, se vio primero subir a bordo de la fragata al barón Joseph de Taillebourg, de cuarenta y cinco años, comandante de la corbeta *Betelgeuse*. Era un gigante de dos metros, barbudo e hirsuto, con unos cabellos rizados saliendo por todos lados del tricornio marino con flecos de oro. Era batallador y francmasón, entusiasta partidario de los insurrectos. A veces se mostraba zafio. Como aquella vez en Brest, cuando tras haber fracasado en su empresa de seducir a una dama de gran delgadez, había firmado su derrota definitiva diciendo:

—¡Muy bien, peor para mí!... De todos modos, señora, me gustan vuestros muslos: ¿o debería decir vuestros huesos?

De lo más grosero.

Sin embargo, su popularidad era grande pues, aunque no tenía conciencia real de ello, su extravagancia natural hacía que todos los marinos de la pequeña flotilla de Valencey de Adana buscasen su compañía. Muchos eran los que recordaban una aventura acaecida dos años antes.

Habiendo bajado a la cala por una razón de servicio, el capitán Taillebourg fue mordido por una rata. Viendo en aquel incidente una cuestión personal y un conflicto de autoridad entre la rata y él, no cesó hasta atrapar al animal. Tras haber logrado sus fines, miró a la rata a los ojos y luego la mordió cruelmente en la parte carnosa, a la que él llamaba culo, antes de soltarla para que contase a las demás ratas su aventura y se supiera lo caro que salía atacar al capitán barón Joseph de Taillebourg, «el hombre que mordía a las ratas en el culo».

Aunque tuviera su misma edad y fuese capitán y francmasón también, muy distinto era Josselin de Keringan, comandante del transporte pesado y navío de guerra auxiliar *L'Argonaute*. Gentilhombre de tradición, reservado, excelente marino, era un astrónomo y matemático distinguido a quien interesaban también la física y la hidrografía. Era miembro de la Academia de marina.

Otros oficiales, aunque éstos de *La Terpsichore*, participaban también en la reunión. Así, además de Campagne-Ampillac, el teniente Guillaume de Lamorville, un barón que tenía treinta y cinco años de edad, francmasón y comandante de la artillería de a bordo. Era un hombre discreto, aficionado a las matemáticas y a la lectura de Voltaire, de quien recitaba de memoria páginas enteras, pero que perdía toda reserva y se mostraba fanático en cuanto se trataba de defender la causa de los insurrectos norteamericanos.

También habían sido invitados dos alféreces: Bernardin des Essarts, marqués de La Mellerie, y Florimond de Kergoat, vizconde de Passavent, ambos de veinticinco años y francmasones desde fecha reciente. Aunque fueran muy distintos, eran inseparables. De La Mellerie era un joven apuesto, más bien taciturno, pues padecía el «altomal<sup>[1]</sup>». Vivía con el temor de sus crisis convulsivas ante los ojos de la tripulación y, se hiciera lo que se hiciese, le dijeran lo que le dijeren, se consideraba desacreditado de antemano. De Passavent, inteligente y valeroso, padecía por su parte un leve estrabismo. La cosa era doblemente lamentable. En primer lugar, ese inconveniente alteraba la enorme belleza de aquel joven de rostro de extremada finura, enmarcado por largos cabellos rubios y naturalmente ondulados. Luego, a causa de aquel leve problema en los ojos, el vizconde era un artillero que apuntaba muy mal, él que estaba firmemente convencido de haber nacido para situarse tras un cañón; los marinos ingleses se alegraban de ello, los oficiales de *La Terpsichore* intentaban entretenerle en algo distinto en cuanto la «fragata fantasma» entablaba uno de esos combates breves y violentos que eran su marca.

Representaban a *La Terpsichore* otros amigos de Valencey de Adana, y ello sin que se tuviera en cuenta su rango en la jerarquía del navío. Por ejemplo, y aunque se mostrase siempre reservado en tales circunstancias, Jules Dumesnil, contraamaestre unánimemente respetado por marinos y oficiales. Francmasón, abierto a las nuevas ideas y a la lucha del pueblo norteamericano por su independencia, sabía dosificar perfectamente una agradable bonhomía en tiempos de navegación ordinaria y una firmeza ejemplar durante los combates, en los que exponía su vida sin el menor temblor. Nacido en París, poseía un notable conocimiento de esa ciudad y había hecho descubrir a Valencey de Adana, cierto día, por ejemplo, el subterráneo que por la calle de Hironnelle llevaba por la calle Gît-le-Coeur hasta el antiguo «Palacio de Amor» construido por Francisco I.

El último de los habituales de la extraña fragata, el barón Florent de Saint-Frégant, era el cirujano de a bordo. De unos cincuenta años de edad, tenía mucho encanto y sus maneras dejaban embelesadas a las norteamericanas y a las francesas de las islas. Francmasón, como la mayoría de los aristócratas comprometidos por aquel entonces con la lucha al lado de los insurrectos, cuidaba a los heridos bajo el fuego enemigo sin desfallecer nunca y, una vez concluido el combate, ponía su ciencia y su talento al servicio de los heridos ingleses llevados a bordo de *L'Argonaute*, pues ningún británico debía poner nunca un pie en la cubierta de la fragata. Valencey de Adana le dejaba hacer y disimulaba su impaciencia, pues en principio, y para su supervivencia, *La Terpsichore* debía golpear pronto y con fuerza y a continuación desaparecer con la misma rapidez. Pero, con su cachimba entre los dientes, Saint-Frégant tenía un tan conmovedor modo de decir: «Aún tengo trabajo, comandante; los ingleses también son hombres..., aunque estén locos como gaviotas», que su jefe no podía resistirse y gruñía un habitual:

—¡Sea, pero apresuraos, barón, tenemos poco tiempo!



Estimado en la Sociedad Real de Medicina, a la que comunicaba sus observaciones y sus trabajos, había cosechado un gran éxito ante la tripulación al explicar que, siendo el lis de los reyes de Francia símbolo de la fertilidad, su pistilo tenía indiscutiblemente la forma de una verga de asno...

Ésos eran los compañeros íntimos de Valencey de Adana, tanto en *La Terpsichore* como en los otros dos navíos de acompañamiento. Sin embargo, con la única excepción de Campagne-Ampillac, y teóricamente fuera de servicio, nadie le tuteaba y todos admitían la distancia que mantenía con ellos, y asimismo comprendían que, aunque compartiera sus ideales, el comandante, por su rango y sus responsabilidades, no siempre podía suscribirlos públicamente. Así ocurría con la masonería que abole los grados, algo que Valencey de Adana no podía permitirse sin perder su lugar, cuyo salario es la soledad y la práctica de un aislamiento definitivo.

Algunos, que callaban en este punto, sufrían cuando, al reunirse en los encuentros que exigían sus opciones filosóficas y políticas, descubrían en la mirada de su jefe y de Mahé, siempre solidario, una fugaz tristeza al no poder unirse a ellos.

Sin embargo, más allá de su caso personal, Valencey de Adana se alegraba al ver que los oficiales a los que amaba estaban unidos por la misma comunión en la masonería y la causa militar. Aquel cemento tan fuerte se sumaba en efecto, a la fraternidad de los hombres de la marina francesa, llamados a luchar y tal vez a morir codo con codo.

Sin que cupiera duda alguna sobre este punto, la cohesión de los hombres de *La Terpsichore* los convertía en una tripulación de élite, casi tan eficaz como el arma secreta que la fragata ocultaba en sus flancos.

Si hubiera conocido el porvenir, Valencey de Adana, sin duda, se habría alegrado todavía más.

El señor de Sartine, ministro de Marina, no tuvo que esperar a su visitante: éste se presentó a la hora en punto.

Era un hombre bastante alto, delgado, que llevaba una levita gris. A petición del ministro, algunos años antes, aquel oficial superior había abandonado el navío almirante en el que servía por una tarea más confidencial.

François-Joseph de Coëtquilem puso de inmediato manos a su nueva obra: crear un servicio secreto que sólo dependiese de la marina y sólo rindiera cuentas al ministro.

Sartine, que tenía el raro don de saber elegir bien a los hombres, difícilmente podía haber tomado una decisión mejor. En unos pocos años, Coëtquilem había instalado agentes en todos los puertos franceses, en los servicios de la marina e incluso a bordo de algunos navíos. Desde antes de la guerra, lograron identificar a la mayoría de agentes de Inglaterra en los puertos de guerra franceses, pero tuvo la gran habilidad de no ordenar que los detuvieran. Consideraba, en efecto, que aquellos hombres de gran venalidad serían sustituidos muy pronto y que sería preciso recomenzar de nuevo para desenmascarar a los sustitutos.

De modo que, pese a no poder impedir que los espías británicos comunicasen a la Royal Navy el nombre de tal o cual navío que zarpaba, conseguía por medio de falsos traidores inducirles a error, tanto sobre el cargamento como sobre la ruta y el destino.

Además, había instalado en los puertos ingleses a sus propios agentes. Desdeñando reclutar sobre el terreno a hombres dispuestos siempre a ofrecerse al mejor postor, evitando mandar a franceses, que de inmediato resultaban sospechosos, se había dedicado a reclutar extranjeros: polacos, rusos, italianos, prusianos... y con un solo criterio: su entusiasmo por la causa norteamericana, que recibieron la orden de ocultar para mejor servirla. Ahora bien, entre los europeos no beligerantes que vivían en Francia, eran numerosos los que querían contribuir a la victoria de una joven nación donde soplaban vientos de libertad.

No resultó nada difícil convencer a los de mayor talento.

Sartine estaba al tanto de todo aquello y sentía respeto por Coëtquilem, cuya sutil inteligencia le libraba de muchas preocupaciones.

Le recibió pues en una habitación semisecreta, le prodigó todas las atenciones, y luego le escuchó:

—Señor ministro, los tres navíos de tres puentes que nos están causando algunas molestias han sido de pronto rebautizados. Hoy se llaman el *Hood*, el *Honey Bee* y el *Hornet*. Más grave aún, han sido tachados de las listas de construcción de los astilleros, como si hubieran renunciado a ellos, algo que, claro está, es falso: acaban de zarpar.

—¿Tan pronto?

—En plena noche, señor ministro. Una hoja local, del todo afecta al rey de

Inglaterra, ha publicado enseguida una noticia según la cual los cascos inconclusos tenían defectos y vicios redhibitorios y, por ello, habrían sido llevados a mar abierto y hundidos.

Sartine se levantó, acercó sus manos manchadas de tinta a la chimenea y, luego, volviéndose de pronto hacia Coëtquilem, dijo:

—De modo que se trata de tres navíos fantasmas... He aquí, pues, que nos imitan en el asunto de *La Terpsichore*.

—Más de lo que imagináis, señor ministro: esos tres navíos tienen como misión exclusiva terminar con la fragata de Valencey de Adana. A toda costa.

—¡Es una catástrofe!... —dijo Sartine, desolado.

—Nada es menos seguro, señor ministro. He pensado mucho en ello. Una cosa, en efecto, es poseer tres temibles navíos pesados, y otra distinta es tener al alcance de los cañones a una fragata tan rápida como *La Terpsichore* y acorralar a un capitán de la habilidad de Valencey de Adana.

—Es cierto.

—Pero eso no es todo, si se me permite expresar por entero mi pensamiento, aunque sin duda os parecerá muy cruel.

—¡Os escucho!... —respondió el ministro, sorprendido.

—Señor ministro, el equilibrio de fuerzas navales con Inglaterra sigue siendo indeciso y precario. Si estos tres navíos se unieran a la escuadra inglesa, algo se rompería inclinando en nuestra contra uno de los platillos de la balanza. El hecho de que el rey de Inglaterra desee vengarse de *La Terpsichore* hasta el punto de comprometer una victoria marítima justifica, por sí solo, la existencia de nuestra fragata, y que sirva de cebo, y que sea sacrificada. Ésta tendría que ser, por lo demás, su principal misión: excitar al *Hornet*, al *Hood* y al *Honey Bee*.

—Sacrificar a Valencey de Adana, a su tripulación de élite y nuestra fragata, ¿es eso lo que sugerís?

—En interés del reino, sí, señor ministro.

—Con Valencey de Adana no es posible... No podemos hacerle eso, tiene plena confianza en nosotros. Sé que parece duro pero pensad en lo que realmente es, y que nosotros sabemos: nunca ha colgado a uno de sus marinos, jamás ha propinado un castigo corporal. La única pena que ha impuesto ha sido desembarcar al culpable, y no hay uno solo de éstos que luego no haya añorado amargamente a *La Terpsichore*.

—Pero debemos ganar esta guerra, incluso a ese precio.

Sartine, abrumado por un instante, preguntó en un tono seco:

—¿Cómo veis vos las cosas?

—La provocación. Como una hermosa muchacha contoneándose ante marinos ebrios... Dar sin cesar a los ingleses la impresión de que están a punto de hundir nuestra fragata.

Sartine reflexionó, luego comentó:

—Vuestro consejo es bueno, Coëtquilem. Pero enviar a *La Terpsichore* para que

provoque a esos navíos asesinos... Conozco muy bien el final, la imagino golpeada por todas partes, balanceándose bajo los cañonazos...

Sacudió la cabeza.

—¿Recordáis, a comienzos de la guerra?... Los ingleses la creían en Filadelfia, Norfolk o Boston, otros decían que estaba en Marblehead, en Massachusetts... ¡Y mientras, ella disparaba sin piedad sus cañones contra Rhode Island! ¡Qué maravilla!

Dominado a su vez por la melancolía del ministro, Coëtquilem prosiguió:

—Nos ha regalado tan hermosas victorias... La bandera de las flores de lis ondeando en Kingston, la Royal Navy en jaque por todas partes, De Guichen tomando el Caribe, las victorias de Suffren y La Motte-Picquet, nuestros primeros siete mil soldados de élite desembarcados en Newport, delante de las narices de los ingleses, Rochambeau tomando el mando, acompañado por Viomesnil y La Fayette, mientras Washington estaba ya sin aliento y casi derrotado...

Sartine se acercó a la ventana y dijo con voz triste:

—Coëtquilem, escuchad esto, que es algo absolutamente confidencial: el rey me lo ha dicho con extremada amabilidad, tomando muchas precauciones para no lastimarme, pero estoy despedido.

—¿Cómo?... ¡Pero si vais de victoria en victoria! ¿Por qué? ¿Por qué, señor ministro?

—Es obra del señor Necker.

—¿De ese gran cerdo? —no pudo evitar comentar Coëtquilem, por lo general tan reservado.

Ambos sabían que Necker, que reinaba en Hacienda, no dejaba de frenar la ayuda a Norteamérica. Aquel suizo abogaba sin descanso para que se abrieran negociaciones con Inglaterra, a expensas de los insurrectos... y de Francia. En efecto, los millones que costaba aquella guerra que arruinaba al país sólo podían justificarse con la victoria, con el acceso de Washington a la cabeza de una Norteamérica por fin libre e independiente. De lo contrario, ¿por qué tantos esfuerzos y tantos muertos?

Sartine esbozó una fugaz sonrisa.

—Me atribuyen la reputación de un temerario que se ha lanzado con los ojos cerrados a una aventura muy arriesgada... Otros legitiman la política de Necker por su deseo de preservar el tesoro...

—¡Tonterías!... Toda la corte sabe que Necker tiene enormes intereses en los bancos de Inglaterra... He aquí el reino de los mercaderes, los empresarios y los bandidos que sólo se preocupan de sus intereses mercantiles. Se han acabado los hombres de honor.

Sartine hubiera deseado corregir las palabras de Coëtquilem; le faltaron las fuerzas.

—Mi sucesor, el duque de Castries, es muy competente. Intentará continuar mi política. Conoce la existencia de *La Terpsichore* y la vuestra: de momento no estáis en absoluto amenazado. Pretendo que os pongáis en contacto con Pierre-François

Gréville, jefe de la policía secreta. Se presenta como un teniente, pero no lo creáis, es general. El mejor policía del reino. Y bien, ¿qué os ocurre?

—Vuestro despido no es acorde con la moral pública.

—La historia no siempre es moral, Coëtquilem, me extraña que parezcáis ignorarlo.

—La advertencia de una falta contra la moral, señor ministro, no significa que se ignore el principio aplicado a la historia.

El ministro se rió con franqueza.

—Leemos a los mismos filósofos, Coëtquilem, ni vos ni yo podremos prevalecer en este caso. Sin embargo, para seguir hablando de ello, ¿aceptaríais cenar hoy conmigo? Tengo además unos últimos consejos que daros...

—Será un honor, señor ministro.

Había transcurrido un mes de campaña desde que *La Terpsichore* había zarpado.

De acuerdo con las órdenes recibidas, y aunque éstas le hubieran sorprendido un poco, Valencey de Adana acosó durante un tiempo a los tres navíos pesados ingleses, pero éstos no reaccionaron y, en lo que parecía un crucero de prueba, apenas se alejaron de sus costas.

Entonces, Valencey de Adana se dirigió a alta mar.

De modo que *La Terpsichore* y los dos navíos que la flanqueaban surcaban el Atlántico, consagrándose a la tarea que tan a la perfección conocían: abordar —o hundir, en caso de fuerza mayor— los navíos ingleses, tanto si eran de guerra como mercantes.

Con un puntilloso sentido del deber y de la justicia, y aunque nadie le pidiera nada semejante, el comandante hacía entonces un escrupuloso balance y, según la geografía indicase que se encontraba más cerca de Francia o más cerca de América, dotaba al bajel capturado de una tripulación de presa reducida al mínimo y tomada de *L'Argonaute*, que servía a estos efectos. Luego deseaba buen viento a los marinos franceses en la dirección más adecuada.

Los navíos mercantes ingleses eran objeto de registros minuciosos pues todo se consideraba presa de guerra, de modo que en la flotilla de Valencey de Adana no faltaba ni agua ni comida, por lo que se refiere a lo esencial, y, en cuanto a lo superfluo, abarcaba una gama casi infinita, desde ropa de corte con pasamanería de plata hasta loros, maderas preciosas, jarrones chinos, ejes de diligencia y mil cosas más con las que no sabían qué hacer, e incluso, cierta vez, un lote de diez monos aulladores, uno de los cuales, víctima de la añoranza, se lanzó al mar para acabar de una vez con su vida. Quitándose el tricornio, sin pensárselo siquiera y pese a la presencia de tiburones, Joachim de Niel, conde de Valencey, príncipe de Adana y comandante de la fabulosa *La Terpsichore*, se había arrojado entonces al mar. La lucha fue severa porque el mono aullador no quería ser salvado pero, tras un buen intercambio de bofetones, que produjo relinchos de júbilo entre la tripulación, el oficial francés de antiquísima nobleza logró imponerse y fue izado hasta la mojada cubierta como un pato, pero con el mono bajo el brazo.

En su lenguaje, marcado a veces por algún arcaísmo y un manierismo muy involuntariamente mundano —¡pero muy del antiguo mundo!—, Valencey de Adana llamaba a aquello «un muy maravilloso y muy inolvidable recuerdo».

Pronto anunciaron unas velas bastante lejos, a estribor, pero la corbeta exploradora *Betelgeuse* ya había soltado una paloma, que se posó en cubierta de *La Terpsichore*. El mensaje, a la fuerza muy breve, advertía de un muy severo combate entre un dos puentes inglés y su equivalente español. Y como para mejor asegurar la simetría, cada uno de aquellos navíos de guerra acompañaba a un barco mercante.

Valencey de Adana no vaciló un solo instante sobre la decisión que tomar y,

comunicando mediante banderas sus órdenes a la *Betelgeuse* y a *L'Argonaute*, singló directamente hacia el lugar del enfrentamiento.

El inglés vio llegar al francés y también él tomó rápidamente una decisión.

No podía hacerlo todo, tanto menos cuando había reconocido La Muerte Roja. Sabía perfectamente que aun adoptando la decisión más cobarde, es decir la huida, *La Terpsichore* le alcanzaría antes de que anoheciera. Decidió pues abandonar el navío mercante español, que se disponía a hundir, y replegarse en una actitud belicosa escoltando su propio navío de comercio. En cuanto al bajel de guerra español, agonizante, se hundiría antes de dos horas.

Estaba perfectamente calculado y era, sin duda, la mejor decisión que se podía tomar, pues La Muerte Roja y el gran navío auxiliar que le flanqueaba se acercaban a sus aliados españoles, sin duda para averiguar si podían prestarles ayuda.

El inglés, y su adversario francés tomó buena nota de ello, no era un marino mediocre, ni mucho menos, pues en aquella compleja situación sabía optar por lo esencial.

Del lado francés, Valencey de Adana y Josselin de Keringan, que estaba al mando de *L'Argonaute*, se acercaron a los españoles. Keringan no comprendía adónde quería llegar su jefe, pero nunca había discutido una orden.

Poco antes, la paloma que *La Terpsichore* había enviado a la *Betelgeuse* le había parecido el signo de una misión particular, pero adivinó que no se trataba de permanecer a la vista de los ingleses para seguir su ruta. Por lo demás, en un impulso de mal humor, el dos puentes inglés podía muy bien volverse contra quienes le seguían, y Keringan pensó, fugaz pero angustiosamente, en su amigo Joseph de Taillebourg que mandaba la fina corbeta.

*La Terpsichore* se acercó mucho al dos puentes español, inclinado a casi cuarenta y cinco grados, lo que anunciaba un inminente final.

Valencey de Adana sintió una auténtica tristeza por sus aliados. Era difícil, en todo el mundo, encontrar marinos más valerosos que los españoles. Conocían perfectamente su duro oficio y lo ejercían con un coraje y una resistencia por encima de cualquier elogio, disciplinados y luchando hasta el final. Y sus oficiales tenían esas mismas cualidades, impasibles bajo los disparos ingleses, sin ni siquiera pensar en protegerse, bravos, temerarios, admirables y competentes.

Pero, en este caso, una mirada bastaba para comprender que todo había terminado.

Valencey de Adana explicó a Campagne-Ampillac y al teniente de navío Bernardin des Essarts, marqués de La Mellerie, que se encontraban a su lado:

—Observad, señores, estos aparejos de mala calidad. Fijaos en esos cañones mediocres. Comprobad lo que puede verse del casco medio volcado: podredumbre, gusanos y tarazas, numerosas algas. El navío, de todos modos, se dirigía a su fin.

Se volvió hacia sus dos oficiales, a quienes se había unido Guillaume de Lamorville, comandante de la artillería de *La Terpsichore*, y prosiguió con mayor

vehemencia:

—¿Comprendéis, señores, por qué España, que tiene tantos navíos pesados como Francia, sólo puede utilizar hoy cuarenta y ocho, y en muy mal estado?... Es una gran vergüenza enviar a la muerte de este modo a oficiales y marinos de tan excepcional calidad.

*La Terpsichore* pasó rápidamente y se detuvo a una cierta distancia, pues Valencey de Adana no deseaba ser visto demasiado de cerca, ni siquiera por unos aliados, fueran españoles o norteamericanos.

Sin embargo, hizo echar al mar un bote de salvamento y envió a su cirujano Florent de Saint-Frégant al navío mercante español, pues a su cubierta se izaban los escasísimos supervivientes de la embarcación de guerra.

Valencey de Adana había hecho cargar las velas y que *La Terpsichore* se situara ligeramente atravesada.

Nadie, salvo Mahé, se dio cuenta de ello, pues el capitán adoptaba ese aire lejano que era hasta cierto punto su estilo, pero interiormente no podía estar quieto. Detestaba verse inmovilizado así, sin velamen, cuando un inglés se hallaba por aquellos andurriales.

Su espera se hizo menos penosa gracias al regreso de la *Betelgeuse*, que le comunicó mediante banderas el pleno éxito de su misión.

Llevaban allí una hora cuando regresó el bote de *La Terpsichore*. Y de inmediato, Valencey de Adana dio un respingo: desobedeciendo las órdenes, el cirujano traía a un español, algo que nunca se había visto, ni siquiera imaginado.

Sin que ni un músculo de su rostro se le moviese, Valencey de Adana tomó nota de varias cosas. En primer lugar, el español era sin duda un gran señor, pues llevaba ropa cortada en los más hermosos paños. Debía de tener unos cincuenta años de edad y su rostro se mantenía altivo mientras su mano izquierda colgaba a lo largo del cuerpo absolutamente destrozada, pues apenas quedaban en ella dos dedos. Indiferente al parecer ante su herida, a la que fingía tratar como si no existiera, el herido se presentó hablando con una voz que no temblaba:

—Almirante de Montermoso, duque de Ávila y de Linares.

—Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana. Soy el capitán de este navío y el comandante de la flotilla que le acompaña. Sed bienvenido a bordo, señor duque.

Y, con un gesto que el protocolo no exigía, Valencey de Adana se quitó por unos instantes el tricornio a guisa de saludo.

El español había perdido el suyo pero, como un perfecto gentilhomme, se llevó la mano buena al corazón e inclinó unos instantes la cabeza, visiblemente conmovido por las elegantes y corteses maneras del aliado francés. Precisó:

—Iba a reunirme con la escuadra, para tomar el mando como segundo, cuando los ingleses, más rápidos y mejor armados, nos han atacado.

Saint-Frégant, el cirujano, intentó llamar la atención de Valencey de Adana, que



de inmediato le concedió la palabra.

—Debo amputar, y sin dilación.

El español permaneció impasible.

Valencey de Adana precisó:

—El señor barón de Saint-Frégant es un cirujano excepcional. Yo le confiaría mi vida sin vacilar, almirante.

El almirante se pasó la mano sana por la negra barba, donde se veían algunas hebras grises. Hubiera podido creerse, viéndole de aquel modo, que vacilaba en lo que se refería a la amputación, cuando en realidad la única preocupación de aquel hombre extraordinario atañía al hecho de que su interlocutor acabara de llamarle «almirante». ¿Qué hacer? Valencey de Adana era capitán de navío, un grado elevado pero inmediatamente por debajo del suyo. Era también «comandante», como jefe de *La Terpsichore*, pero las cuentas seguían sin salir. El almirante sabía que se encontraba en un navío legendario, mandado por un hombre al que admiraba.

Todos comprendieron el agudo cálculo que durante unos segundos ocupó su espíritu cuando, habiendo encontrado remedio a su problema, respondió:

—Príncipe, no puedo pues hacer menos que vos, de modo que ponga mi herida en manos de vuestro cirujano. Sin embargo, hay algo...

Valencey de Adana preguntó por aquel último deseo y quedó sorprendido, de todos modos, cuando el almirante español prosiguió:

—Me complacería, ¿sabéis?, ser amputado aquí mismo, en cubierta, pudiendo de ese modo seguir hablando tan agradablemente con vos y vuestros oficiales. No creo ocasionaros con ello una gran molestia y, lo confieso, perder la mano a bordo de *La Terpsichore* sería un rarísimo honor.

—Se hará como deseáis, almirante.

El cirujano abrió de inmediato su cofre, donde se veían excelentes instrumentos de plata; mientras, Valencey de Adana, tras haberse asegurado de que el otro navío español no había sufrido daño alguno, daba órdenes para que se iniciara enseguida la caza de los navíos ingleses.

Una mirada al sol le hacía temer, en efecto, que las embarcaciones enemigas escapasen al amparo la noche.

Aquello, no obstante, hubiera sido mil veces mejor...

Con noviembre, un frío precoz había caído sobre el reino de Francia, anunciando un durísimo invierno. Tanto en las modestas chozas como en los vastos castillos, la gente se acercaba cada vez más a las chimeneas. En aquellas circunstancias, los pobres que dormían junto a los animales sufrían a veces menos frío que los aristócratas en sus bellísimas y gélidas habitaciones.

No siempre puede ganarse...

Cuando eso sucedía, en todas partes se alegraban de la proximidad de los bosques, pero sobre todo en las tierras de los Valencey de Adana. No sólo espesuras y bosques eran vastos allí, y abundantes, sino que además el difunto general de dragones Valencey de Adana, al abolir los derechos y costumbres antiguos, había permitido que se recogiera leña para calentarse en invierno e incluso que se desbrozaran algunas parcelas para replantar. Generosa actitud que su hijo Joachim había retomado.

Algunos, sin embargo, habrían podido quejarse de la abundancia de los bosques en tierras de Charente si no hubieran encontrado, un poco por su culpa, una trágica muerte. Tal era el caso de dos mercaderes de electuario cuyos cuerpos descubrieron, en el lindero del bosque, devorados en sus tres cuartas partes por lobos hambrientos.

El asunto ofrecía materia de discusión en la región, creando una sorprendente diversión tras la trágica muerte del general y el horrible final de su futura nuera.

Por lo demás, la población estaba dividida en lo que a los mercaderes de electuario se refiere: algunos encontraban en sus remedios todas las cualidades surgidas de los beneficios de la naturaleza mientras los demás, más doctos, explicaban que el electuario era un falso remedio inventado por un impostor italiano en el siglo anterior, de modo que el polvo ofrecido por sus discípulos era insípido y no tenía efecto alguno sobre los males que supuestamente debía curar. Incluso hubo algunos que, ante los cadáveres despedazados de los dos infelices, llegaron a decir que «mercader de electuario» y «charlatán» venían a designar lo mismo.

Poco después de la partida, bastante brusca, de Valencey de Adana, y en cuanto hubo recibido la confirmación de que el capitán se había hecho a la mar, el teniente de la policía secreta Pierre-François Gréville había regresado a París, dejando allí sin embargo a un sargento y a un hombre que molestaban a la gente hurgando en todo, incluso en las cosas más inocentes. A pesar de este inconveniente, eran muchos los que se alegraban de la partida de Gréville, hasta tal punto había logrado éste, con su mera presencia, sus maneras cortantes y su suspicacia, que reinara en la región un pesado clima de tensión.

En las tierras de los Valencey de Adana, como en las de otros señores de las proximidades, se dejaba a los de los castillos la tarea de mantener mediante largas conversaciones el trágico recuerdo de los acontecimientos de octubre, mientras el pueblo se disponía a enfrentarse a los peligros y sufrimientos de un terrible invierno

que sucedía, de un modo inesperado, al hermoso estío de 1780.

Aquel día, mientras el viento frío, seco y punzante arrancaba lágrimas a los escasos jinetes, Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort, había acudido, como hacía tan a menudo, a visitar a la hermosa damisela Victoire de la Chesnaie de Flers, a la que encontró triste, presa de una creciente melancolía que la dureza del invierno en absoluto iba a atenuar.

Victoire, haciendo un gran esfuerzo, recibió al joven conde en el salón azul y ordenó que sirvieran dos tazas de chocolate.

De vez en cuando observaba a Blacfort a hurtadillas y se sentía muy conmovida, aunque no supiera si había ido a consolarla o como deber para con su gran amigo Joachim. En cualquier caso, la estima y la amistad que sentía por Blacfort se veían fortalecidas. Le gustaba que entre él y ella nunca hubiera existido nada ambiguo. Ni una palabra, ni un gesto, ni una actitud, ni una mirada: ¡nunca! Además, apreciaba especialmente comprobar con qué constancia hablaba Blacfort de aquél a quien ella amaba, sin ocultar la admiración que armaba y alimentaba su fiel amistad. Una amistad como no es posible encontrar a menudo.

Fuera, el viento había aumentado y, cuando la conversación decaía, se oía silbar algunas tejas de los establos. Entonces el silencio reinaba sin que ello causara incomodidad ninguna, aunque de todos modos se sobresaltaban cuando un tronco medio consumido se derrumbaba en la chimenea. Finalmente, por orden de tía Aglaé, nunca se hablaba de Pauline y nadie se atrevía a preguntar la razón de esa prohibición. Por asociación de pensamientos, el joven conde tuerto preguntó:

—¿Cómo se encuentra la tía Aglaé, tras ese frío que nos llegó anteayer?

Blacfort trataba de vos a la joven marquesa. Siendo niños, ella había tuteado a Valencey de Adana, que sin embargo tenía cinco años más, pero sólo a él. Turbado, éste acabó actuando del mismo modo. Pero ella había mantenido el «vos» tanto con Nicolas como con Mahé.

Más tarde, una vez adoptada la costumbre, no la cambiaron.

Victoire respondió:

—Zufre grandez fiebrez, ezcalofrioz, y no concigo que tome un remedio.

Aunque el corazón de Valencey de Adana siempre se estremecía ante lo que interiormente denominaba «el divino ceceo», Blacfort no le prestaba ya atención alguna, al menos en apariencia.

Pero, por otra parte, no puede dudarse de que, en su magia a veces inteligible para los pobres humanos, el amor pueda convertir un leve defecto en un irresistible encanto.

Hablaron pues de la tía Aglaé, cuyo estado tanto preocupaba a Victoire, y de ese lado irracional que le daba la certidumbre de que podía superar sin desfallecer todas las pruebas imaginables, incluida la de salir a los pastizales vestida como en primavera cuando en las casas incluso la tinta se helaba en la punta de la pluma.

Evitaron, por tácito acuerdo, hablar de la madre de Victoire, pues su locura se

acentuaba desde la muerte de Pauline, de la que sólo parecía ser consciente en breves y raros instantes que la sumían entonces en la más profunda desesperación.

Sin poder aguantarlo más, Victoire preguntó:

—¿Tenéiz noticiaz?

Blacfort no necesitaba que la joven le dijera en quién estaba pensando:

—No. Pero no me preocupo en absoluto, pues no creo que haya nacido todavía el inglés capaz de hundirle, ni que vea nunca la luz.

Victoire, advirtiéndole que estaba retorciéndose las manos, las puso muy planas sobre sus muslos, pero su voz revelaba su emoción:

—No zólo zon crueldad loz inglesez, también la mar lo ez.

Blacfort observó a la muchacha con una curiosidad que no intentó disimular, y luego dijo:

—¿De modo que amar es eso?

Ella le miró, pareciendo desesperada ante la idea de no poder hacer comprender nunca lo que sentía. Después se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Nicolaz, ¿cómo deciroz lo que ez amar, pazar de la cumbre de la felicidad a loz abizmoz de la decezperación?... Todo lo hermoso que puedo ver eztando lejoz de él ez una puñalada en pleno corazón, puez quiero compartir con él laz bellezaz del mundo, como deceo zólo para mí lo maz cruel que la vida depara. Zufro por no verlo y centiría menoz pena zabiéndolo con otra, pero aquí, ceguro, mi vida concizte en preguntarme a cada inztante: ¿tendrá frío?, ¿tendrá miedo?, ¿no eztará demaciado zolo en el mando que, como Mahé me dijo, le aízla de loz demaz?... Lo veo con zu hermoso uniforme, el tricornio y el zable al coztado, y muero por no cer el maz humilde de zuz marinoz, puez al menoz podría contemplarlo y podría, en fin, alejar eza trizteza que le acompaña cada vez maz a menudo.

Blacfort reflexionó sobre esas palabras y respondió:

—Victoire, vuestra imaginación multiplica los peligros. Por ejemplo, él no tiene miedo: el miedo es algo ajeno a Joachim.

Ella volvió a sentarse a su lado, le sonrió y, luego, tomando con afecto sus manos, replicó:

—Amigo mío, mi queridícimo Nicolaz, ¡cómo oz engañáiz! Vi eza lucecita en zuz ojoz verde griz: ¡el miedo ha anidado en eloz! Oh, no oz equivoquéiz, eztá lo baztante loco como para no preocuparce por cí mizmo, ¿no veiz acazo cómo vive?...

—Confieso que...

Ella no le dejó terminar.

—Tiene miedo por zuz marinoz, miedo de no dar la orden adecuada, miedo de llevar a uno zolo a la muerte, por negligencia. Vive con ece terror, y también por ezo lo amo, cada día maz, incluso cin ezperanza.

Incómodo, Blacfort buscó las palabras y luego dijo:

—Poned vuestro nombre entonces entre sus miedos, Victoire. —Ella casi dio un respingo, Blacfort prosiguió—: Algún día habrá que decir estas cosas, ¿por qué no

hoy, entonces, con este tiempo desesperante y esas desgracias que acechan al castillo? Él os ama, Victoire, os ama desde que erais niños, y éste es el único gran terror de su vida. Vuestra hermana Pauline, vuestra tía Aglaé, vuestra madre, Mahé y yo lo sabemos desde siempre.

—¿Pauline?... —preguntó Victoire poniéndose rígida.

Blacfort se encogió levemente de hombros.

—Pauline consideraba la pasión como algo diabólico y absolutamente ajeno a lo que ella entendía por la palabra «amor». Para protegeros decidió amar a Joachim, pero quedó atrapada en ese peligroso juego. Salvo en que, lo repito, la pasión siempre le fue ajena. —Se levantó suspirando y, luego, viendo que Victoire vacilaba entre la felicidad y las lágrimas, añadió—: Estuve dos veces en la corte, en seis meses, y ahora permaneceré en ella gracias a mi lejano primo Rohan. Allí sabré cosas que aquí nunca sabría. Partiré pues el fin de semana, pero regresaré regularmente.

—¡Me abandonáis!

—¿No deseáis saber algo más sobre Joachim? Aquí no os resulto demasiado útil en este ámbito.

Victoire se levantó a su vez.

—Quiero saber, Nicolaz. Hazta loz maz pequeñoz detallez de zu vida me cerán dulcícimoz.

—Muy bien: entonces partiré.



Aquella noche, al hombre de la cabeza de jabalí le costó mucho conciliar el sueño. La idea de que Valencey de Adana hubiera estado a su merced antes de aquella súbita partida le corroía y no le abandonaba ni un momento. No ignoraba que tan imprevista marcha era consecuencia del encuentro, muy breve, entre el apuesto oficial condecorado por las manos del rey y Victoire de la Chesnaie de Flers.

—¡Je, je, je!... —rechinó.

Se le ocurrió entonces la idea de que, mientras esperaba el próximo regreso de aquél que ni siquiera se sabía su enemigo, tal vez pudiera hacerle un daño atroz: desfigurando por completo a la hermosa Victoire, entregando aquel maravilloso rostro a los mordiscos del ácido de modo que la simple visión de la marquesa, atrozmente mutilada, provocara náuseas a los corazones más firmes.

—Después de las ratas, el ácido. Cada uno corroe a su modo...

Valencey de Adana había cerrado la trampa... al dejarla entreabierta. *La Terpsichore*, la *Betelgeuse* y *L'Argonaute* taponaban tres costados: por el que permanecía abierto podía huir, pues, el inglés, abandonando el gran navío mercante al que escoltaba.

Enviada, como tal vez se recuerde, a cumplir una misión especial, la *Betelgeuse* había de hecho desarbolado a la gran embarcación mercante inglesa, que ahora se arrastraba con unos pobres mástiles improvisados. En aquel asunto, Valencey de Adana había jugado sus cartas de un modo magistral, ya que la situación, por su complejidad, no le era demasiado ventajosa al principio.

Hombre de honor y de corazón, no podía lanzarse decentemente en persecución de dos navíos ingleses abandonando a los aliados españoles que se debatían en pleno drama. Resultaba pues muy natural en él pensar ante todo en tender la mano a sus camaradas de combate españoles, pero esa misma naturaleza no le incitaba, ciertamente, a dejar huir a los ingleses. Si enviaba a la *Betelgeuse*, verdadera gacela de los mares, no era para que combatiese con el dos puentes de setenta y cuatro cañones. En cambio, rápida y manejable, podía escapar a su gusto del navío de guerra, acercarse al barco de transporte y utilizar el cañón. Sin embargo, allí donde un imbécil no hubiera evitado herir de muerte al navío civil, provocando de inmediato la huida a todo trapo del bajel de guerra, liberado así de su misión de protección, las órdenes de Valencey de Adana consistían en desarbolar por completo al mercante inmovilizando, por consiguiente, la nave militar.

Joseph de Taillebourg, comandante de la corbeta *Betelgeuse*, conocía su profesión, y sus excelentes artilleros sólo necesitaron dos rápidas salvas para despachar la tarea.

Situación ideal, así pues, dado que *L'Argonaute*, gozando del apoyo de *La Terpsichore*, podía tomarse el tiempo de socorrer a los españoles. Una vez hecho esto, los tres navíos franceses ya sólo tenían que lanzarse sobre los ingleses, uno de los cuales se arrastraba mientras el otro no podía abandonarle.

Valencey de Adana bajó su catalejo y dio órdenes a De La Mellerie con una voz clara:

—Haced saber que el dos puentes se llama *Furious* y el navío de transporte *Sweet Princess*. Id a prepararos para el combate, marqués. —Se volvió hacia Mahé y, bajando la voz y con aire contrariado, preguntó—: ¿Has visto la cubierta de la *Sweet Princess*?

—Lamentablemente, sí.

Valencey de Adana inclinó la cabeza.

—Opino pues que ignoremos esa nave, como si no existiera. Tras el combate con el *Furious*, enviaremos *L'Argonaute* para proponer nuestra ayuda. Avisa a Lamorville de lo del *Furious*, que me parece muy retorcido: quiero un disparo bajo la línea de flotación y que se prepare el arma secreta.

Campagne-Ampillac transmitió de inmediato las órdenes de zafarrancho de combate, mientras en cubiertajules Dumesnil, el insustituible contraamaestre, parecía estar en todas partes a la vez.

Habían puesto pues rumbo hacia los ingleses, formando un triángulo con *La Terpsichore* como ángulo superior, el más avanzado.

Un marino vomitó, como suele suceder antes del combate, aunque también, a veces, después, pero por razones distintas. Otros, silenciosos, se encerraban en sí mismos. Pero muchos bromeaban, se interpelaban, ¡y qué elegancia había en desafiar de ese modo a la muerte, sentada en alguna parte, invisible, en la cubierta, con la guadaña en las rodillas pero preparada para brincar y pasar de uno a otro!

Valencey de Adana, perplejo, observaba la *Sweet Princess*. Un navío hospital que se dirigía a Inglaterra con sus heridos, sus enfermos, sus mujeres e hijos de oficiales a quienes el rumbo que había tomado la guerra de América incitaba a regresar prudentemente al reino.

Había ropa secándose en cubierta, niños excitados que escapaban de sus madres, corrían hacia la batayola e, inconscientes, hacían señas a los franceses, que, tras una breve vacilación, se las devolvieron, mientras los marinos ingleses, aterrorizados por la llegada de La Muerte Roja, intentaban apartar a aquella chiquillería.

El triángulo formado por los navíos franceses se abrió graciosamente, como una hermosa flor exótica. *L'Argonaute* giró hacia babor y la *Betelgeuse* a estribor, mientras *La Terpsichore*, implacable, avanzaba en línea recta a una velocidad que dejó pasmados a todos los ingleses.

Salvo a uno.



El capitán Dennis Milford era un hombre envejecido de rostro desagradable. La amargura estaba echando a perder el final de su vida. Excelente marino aunque de baja cuna, la guerra y la dramática carencia de oficiales en ambos bandos le habían permitido escapar del anonimato en el que se hundía.

Rápido e inteligente, previendo con mucho acierto las maniobras y reacciones del adversario, sus repetidas victorias comenzaban a encumbrarlo ante unos almirantes que dos o tres años antes ni siquiera le hubieran mirado.

Admiró sinceramente la maniobra del francés, su ejecución rápida y eficaz, su propia concepción, que sólo dejaba dos opciones: combatir por tres lados o huir por el lado que cortésmente le dejaban abierto.

Aunque la visión de la fragata roja le causó cierta aprensión, supo sin embargo superarlo. No creía en la invencibilidad de ningún navío, tampoco en la de éste.

Ciertamente, en toda su vida de marino nunca se le había ofrecido el espectáculo

de una fragata tan rápida ni el de su corbeta acompañante, que supuso fruto de la misma mano. Pero, en definitiva, ¿que los franceses se beneficiaban de los dones de un excepcional arquitecto de marina? ¡De acuerdo! ¿Y qué?

Sonrió, desconcertando a los oficiales que tenía a sus órdenes y a los que no se dignó dar las razones de tan inesperada alegría.

Sin embargo, algo inefable indicaba que el capitán francés, sin duda extremadamente brillante, tenía un talón de Aquiles.

Agitó la cabeza con satisfacción y masculló:

—¡Sus malditos filósofos!... Eso será lo que les pierda.

Sabía que, detrás de sus portas, sus artilleros aguardaban órdenes. Respiró a pleno pulmón, saboreando aquel instante como un cazador que participara en el acoso de una presa excepcional.

El francés acababa de cometer dos faltas. La primera la de no abandonar a sus aliados españoles. La segunda la de desdeñar, por humanidad, a la *Sweet Princess*, al que flanqueó sin rastro de espíritu belicoso.

—¡Fuego!... —ordenó.

El segundo de a bordo, aterrado, le miró con incredulidad. Disparar en aquel instante supondría, sin duda, alcanzar *La Terpsichore* pero, dadas las posiciones de los navíos, significaría también fulminar al navío hospital *Sweet Princess*. Un navío inglés, mujeres, niños, heridos...

El capitán Milford abofeteó a su segundo y repitió:

—¡Fuego!...

La orden se transmitió enseguida a las baterías y, después de que Milford se viese obligado a ir personalmente a repetirla, se desencadenó el infierno.



—¡Avante por babor!... ¡A la maniobra, pronto!... ¡Despejad la cubierta!... ¡Cortad los cabos con las hachas!...

Valencey de Adana daba fríamente sus órdenes, que por primera vez se ejecutaron con un pequeño retraso. La razón era sencilla: hasta entonces, ninguna bala inglesa había alcanzado *La Terpsichore*, pero ahora los marinos franceses descubrían que aquello era posible.

La gélida mirada del capitán advirtió los daños pero, aparte de un mástil alcanzado y, sobre todo, de varios marinos tendidos en la cubierta enrojecida por la sangre, las cosas se mantenían en el terreno de lo dominable.

—¡Preparad el arma secreta!

El arma en cuestión, llamada «tiburón de pólvora» por los ingleses, se había izado desde la cala sólo a media altura de la cubierta, ya que el sistema de cadenas y poleas



estaba bloqueado tras haber sufrido el mecanismo los disparos del *Furious*.

Valencey de Adana vio que el contramaestre ayudado por el vizconde de Passavent se encargaban de ello. Luego, por medio de banderas, ordenó a la *Betelgeuse* y a *L'Argonaute* que estrecharan el círculo para atrapar al inglés en una nasa.



El capitán Milford vio la trampa, pero se hallaba en un estado de plena incertidumbre, pues las cosas no se habían desarrollado enteramente como le convenían.

En efecto, la *Sweet Princess* había recibido la mayor parte de la andanada del *Furious*. Todo, sin embargo, parecía muy bien calculado: *La Terpsichore* flanqueó paralelamente la *Sweet Princess* y, luego, tras haberla superado, se encontró expuesta a los disparos del *Furious*. Pero el diabólico francés parecía haber adivinado en el último instante la maniobra, virando primero hacia babor. De modo que, en efecto, fue alcanzado, pero no mortalmente, mientras su esquivo exponía al navío hospital.

Milford vio que los tres navíos franceses se aproximaban, adivinando a los oficiales ebrios de rabia ante semejante conducta. A bordo de su propio navío las cosas parecían evolucionar de la indignación a la revuelta, incluso al motín.

Milford sintió clavada en él la despectiva mirada de sus oficiales y la de sus marinos, llena de odio. Combatir en semejantes condiciones suponía correr grandes riesgos.

*La Betelgeuse*, que volaba sobre el mar, era la que estaba más cerca y, cuando los tres navíos abrieron fuego, ella fue la que causó más estragos, pues sólo dos o tres balas de *L'Argonaute* alcanzaron al dos puentes inglés.

Más preocupante era que *La Terpsichore*, aunque hubiera perdido velocidad, se dirigiera directamente hacia el *Furious* y que dispararle de frente resultara muy aleatorio.

El rumor procedente de su propia tripulación llegó con más claridad a Milford, que pudo oír las palabras «criminal» y «asesino de mujeres y de niños». No, decididamente, combatir en aquellas condiciones no parecía aceptable. Y sin embargo...

Milford imaginó con amargura los honores que se le hubieran reservado de haber conseguido hundir La Muerte Roja. Perder la *Sweet Princess* le pareció justificado. Pensó incluso que, si se le presentase de nuevo semejante situación, volvería a hacerlo sin vacilar. Pero dio la orden de abandonar el combate y huir de los franceses, añadiendo la cobardía a la infamia.

No dirigió ni una sola mirada a los restos que flotaban en el mar helado. Como tampoco había visto cómo se hundían primero los niños, luego las mujeres y por fin

los marinos.

Sus oficiales, en cambio, observaron que *La Terpsichore*, la nave que se hallaba más cerca del lugar del naufragio, renunciaba a la persecución y cambiaba de rumbo para prestar, aunque en vano, ayuda a quienes hubieran sobrevivido.

Aquellos oficiales ingleses, sin excepción, comprendieron que nunca olvidarían el gesto caballeresco del comandante francés.

Pero otro sentimiento dominaba sus pobres almas atormentadas: fuera cual fuese su vergüenza, ¡y su pesadumbre!, les pareció que el comandante de *La Terpsichore* acababa de devolverles su honor de oficiales.

Y de marinos.

—Voy a morir. No es tan trágico, Victoire, y, si siento cierta tristeza, es la de partir en tan penoso período cuando todo, de pronto, parece derrumbarse a nuestro alrededor.

A través de unas lágrimas de las que ella creía no disponer ya, abrumada por tantos lutos y pesadumbres, Victoire rechazaba esa imagen de tía Aglaé tan en desacuerdo con lo que había visto siempre. Nada quedaba de la mujer enérgica que en todo momento, y sobre todo en los últimos años, llevaba con mano de hierro el castillo, sus tierras y sus dependencias. Sus habitantes incluso...

Lívida, con el rostro demacrado y los ojos apagados, la tía Aglaé parecía aguardar la muerte con esa resignación llena de nobleza que puede verse en los perros viejos. Hacía largos días que la agonía duraba.

Su hermana, la madre de Victoire, le había robado hasta su muerte. La joven rechazaba aquella idea, sabiendo sin embargo que no es posible luchar indefinidamente contra la verdad. En efecto, no había otras palabras: tras haberle robado a su enamorado —el padre de Victoire—, que le dio dos hijas, Pauline y Victoire, que ella no deseaba y que tanto hubieran colmado el corazón de Aglaé, la hermana de ésta había puesto fin a sus días cuarenta y ocho horas antes. Suicidio o accidente, nadie lo sabría nunca, pues lo único cierto era que habían encontrado su cuerpo por la mañana flotando en el estanque contiguo al castillo.

La vida de Victoire se derrumbaba. Todo lo que durante tanto tiempo había parecido inmutable se sumía bruscamente en la tormenta y en el mayor caos.

Así, al asesinato del general y al de Pauline había que añadir la muerte de su madre, la —inminente— de tía Aglaé y la ausencia de Nicolas, tan consolador siempre. Y pesando más que de costumbre dadas las circunstancias, el hecho de que Joachim estuviera entregado a los avatares y horrores de la guerra.

La respiración de la anciana cesó por unos instantes y se reanudó con un ruido como de fragua, ronco y sonoro.

—¡Te lo suplico, tía Aglaé, no me dejes zola!

La mano de la moribunda tanteó en el vacío antes de que la de Victoire la tomara con una violencia que no supo controlar. Tía Aglaé hizo una mueca, miró luego a su alrededor los muros recubiertos por una tela de un rosa ajado. Murmuró:

—Decir adiós a todo esto, a los inciertos amaneceres, a las noches perfumadas... —Permaneció silenciosa unos instantes, luego prosiguió—: El pecho me arde como el corazón de un volcán, cada respiración supone mil puñaladas...

—Tía Aglaé, te lo suplico, cúrate porque yo te quiero y, zola aquí, nunca lo conceguiré. ¡No quiero ser la que pierda nuestro castillo!

La anciana volvió lentamente la cabeza hacia su sobrina, como si la descubriera por primera vez.

—¡Victoire!... Cuando termine esta guerra, no dejes que Joachim vuelva a marcharse, consérvalo a tu lado. Te ama tanto como tú le amas a él, aunque dudo

mucho que se atreva algún día a declararse... Pero ten cuidado: tu héroe es también un niño, su mundo no existe, o ya no existe, y sus dragones son pura quimera. Encuentra su debilidad, halla su fragilidad, abre de par en par las ventanas para expulsar a los fantasmas, y seréis los seres más felices del mundo.

Buscó la mirada de Victoire que, a su pesar, la evitaba. No soportaba aquel velo que cubría unos ojos de un azul por lo general tan vivo y límpido. Veía en él como un sudario que precedía al otro, el que muy pronto envolvería el cuerpo de aquella tía tan dura y tan tierna, tan gruñona y sin embargo tan amorosa.

La tía Aglaé tosió y luego dijo:

—Pauline se portó muy mal contigo, y decírtelo no es ensuciar su memoria sino tranquilizar tu alma, pues es posible que tu dolor al perderla no fuese tan vivo como parecería decente en semejantes circunstancias. Es extraño...

Tosió con mayor violencia y Victoire acercó a los reseco labios de la moribunda un pañuelo de encaje que pronto se enrojeció de sangre.

Aglaé continuó:

—Sí, es muy extraño. Yo amaba a un hombre que me amaba y mi hermana, tu madre, me lo robó, robando con ello el propio sentido de mi vida al crear a dos hijas a las que, demasiado preocupada por sí misma, ella nunca amó... Y fuisteis dos hermanas, Pauline y tú, y volvió a empezar la misma historia: Pauline, más audaz y a la que nada detenía, robándote el hombre al que amas y que te ama... Siempre te preferí claramente a ti, Victoire. No siento vergüenza alguna sino un gran placer diciéndotelo por fin, aunque sin duda tú lo sospechabas. Cuando te vi, una niña de cinco años eligiendo por sí sola a aquel muchacho de diez, me sentí muy conmovida. Parecías tan convencida deno equivocarte. Tenías una seguridad tan tranquila...

—Era ya tan apueyto, tan orgullozo, tan generozo... como un caballero de antigüoz tiempos... —respondió Victoire con voz soñadora.

—Querida, debes terminar de una vez con ese ceceo.

—¡Te lo prometo, tía, lo concegiré!

La mano de tía Aglaé estrechó con fuerza la de la muchacha.

—Era, en efecto, todo lo que has dicho, no te equivocaste. Incluso a la edad de trece años, algunas mujeres le miraban ya con una curiosidad mezclada con turbación y deseo, porque llevaba ya en sí al hombre en el que se ha convertido. Pero Pauline, en cambio, no vio nada de eso, salvo tu pasión por él. Como tu madre, Pauline no soportaba la idea de que pudiera verse excluida de lo que parecía destinado a su hermana.

—Tía, oz equivocáiz zobre loz motivoz de Pauline. Nicolaz me hablaba de ello hace poco, me aceguraba que Pauline zólo deceaba apartarme de una pación que concideraba deztructora. ¡Pauline quería protegerme!

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de la moribunda y Victoire advirtió la tupida pelusilla sobre la boca de Aglaé. «Los mostachos», decía con Pauline. Se sintió muy conmovida, pues aquel detalle, recuerdo de tiempos felices, acentuaba su

pesadumbre.

Aglaé, jadeante, respondió:

—Nicolas no podía ir más allá en sus palabras pero, a su modo, intentaba explicarte lo que yo digo con mayor brutalidad... pues mi tiempo se agota. —Tosió una vez más y continuó—: Victoire, vas a quedarte sola aquí. A tus veintitrés años, este castillo y sus dominios serán una gran preocupación, eso te tendrá muy ocupada. Es necesario que a esa carga no se añadan mil arrepentimientos que no tienen motivo alguno. Ya no es nada fácil ser mujer, la melancolía no debe añadirse a los tormentos de la vida... Mira, yo amaba a mi hermana y amaba a Pauline, pero faltaría a todos mis deberes para contigo si no te dijera la verdad. Tu madre y Pauline se parecían mucho, en el egoísmo sobre todo. Tú has actuado siempre de acuerdo con tu corazón. He tenido mil pruebas de ello, mientras ellas utilizaban su cabeza. Tu madre perdió la razón cuando tu padre murió, es verdad, ¿pero sabes qué me decía, desde la mañana hasta la noche, durante los largos meses de su agonía?

Victoire vaciló, y después respondió:

—No, lo ignoro.

—Me decía: «¡Se me escapa!»... Al morir, tu padre escapó, en efecto, de tu madre, de querer ver las cosas como ella las veía; y esto es lo que le hizo perder una razón ya de por sí frágil, como suele serlo entre quienes se escuchan demasiado. —Recuperó el aliento y continuó—: Y tuve un sobresalto cuando, habiéndose Joachim hecho a la mar, Pauline me dijo cierto día: «El mar me lo roba, el mar me lo arrebató y le permite escapar de mí. Sí, ¡se me escapa!».

Se hizo un largo silencio, luego Victoire, con aire grave, respondió:

—Tía, no estoy cegura de que Joachim me ame, y ci, a veces, tengo la debilidad de pensarlo, muy a menudo lo dudo.

Tía Aglaé meneó la cabeza sonriendo y explicó:

—Niña mía... Voy a hacerte este regalo, y no lo olvides nunca. En este momento en que voy a comparecer ante Dios, yo te juro que él te ama, que todo lo que oculta lo está gritando, que todo lo que intenta disimular lo afirma. Te ama cuando adopta un aire lejano, te ama cuando evita sonreírte o mirarte. Cuando se marcha tan bruscamente, lo hace para no arrojarse a tus pies. Es inteligente, sabe que debe huir de ti para no traicionarse. Te ama, Victoire, y en este instante supremo, apuesto mi alma por esta certeza.

—¡Tía!

—Sí, la apuesto, ¡y que el diablo me lleve si me equivoco!...

—No digáis cemejantez coaz, oz lo ruego, tía.

—¡Escúchame, más bien!... Espérale, Victoire. Te lo ruego, espérale pues ha de ser él, y ningún otro hombre, nunca. Espérale un mes, un año o diez: te juro que vendrá para llevarte consigo, pues no podrá hacer otra cosa. ¿Le esperarás, niña mía?

—Oz lo juro, tía Aglaé.

—Rechaza a todos los demás. Eres una mujer y es difícil, pero eres libre. Ningún

padre, o madre, o hermano que quieran ofrecerte a un horrendo noblecillo que preguntaría por tu dote antes de mancillarte en su lecho. Niña mía, puesto que estos lutos te dejan libre, ten la vida que yo no he tenido, ¡promételo!

—Oz lo prometo, tía.

—Busca y encuentra, con Joachim, esa felicidad que yo sólo he divisado a lo lejos. ¡Júralo!

—¡Lo juro!

—No te avergüences de tu libertad ni de tu pasión: muy pocas mujeres tienen esos tesoros. ¡Prométemelo!

—¡Oz lo prometo!

Tía Aglaé, que se había agitado mucho, se relajó y, con los ojos entornados y su rostro de viejo granadero por fin apaciguado, esbozó una leve sonrisa.

—Una vez más, haz un esfuerzo para no seguir ceceando. Sé que para Joachim eso te confiere un encanto suplementario, lo conmueves con esta nadería, basta con mirarlo deshaciéndose de ternura para comprenderlo. Pero ahora eres una muchacha, ¿qué digo?: ¡eres una mujer!

Victoire sonrió a su vez.

—Me esforzaré, tía Aglaé.

—Estoy contenta de haber hablado contigo, partiré en paz. Ah, ahora que pienso en ello: no pierdas el tiempo poniendo flores en mi tumba, las flores no dan beneficio alguno: ¡preferiría que plantaras zanahorias!

—Ezo no oz lo prometo, puez no voy a obedeceroz.

Con los ojos cerrados, Aglaé sonrió murmurando:

—Estaba segura de ello.

Dos horas más tarde, cuando la nieve comenzaba a caer y las aves nocturnas lanzaban sus siniestros gritos, tía Aglaé entregó a Dios un alma cuya pureza, firmeza y discreta grandeza muchos podrían envidiar.

En el puente, junto al timonel, Valencey de Adana, silencioso y con el rostro impenetrable, estaba rodeado por Mahé, por el alférez de navío Florimond de Kergoat, vizconde de Passavent, y por el almirante español Juan de Montermoso, duque de Ávila y de Linares. Éste, bien porque fuera por naturaleza insensible al dolor o, mucho más probablemente, por ser en extremo valeroso, nunca se quejaba de la mano amputada dos días antes.

El excelente cirujano de *La Terpsichore*, el barón de Saint-Frégant, le cambiaba el vendaje cuatro veces al día y supervisaba la cicatrización. Al almirante se le había ocurrido la idea de que tantos cuidados se debían a una excesiva prudencia, pero su gran conocimiento de los hombres le convenció muy pronto de que el cirujano dominaba perfectamente el asunto. ¿Y cuántas amputaciones en exceso aproximadas, que terminaban con la gangrena y la muerte, no habría visto? El almirante prefería no pensar en ello, concentrando su atención en aquellos marinos y oficiales franceses que lo seducían con la elegancia de sus maneras y le impresionaban con su habilidad.

En su primera comida en la cámara de oficiales, el almirante español había sido presa del pánico unos instantes al ver en su plato un pedazo de buey cocido que no creía poder cortar con una sola mano. En ese momento, Valencey de Adana se había apoderado, presto, del plato y había dicho con voz suave pero firme:

—¿Me permitís, almirante?

Y sin aguardar respuesta, el comandante de *La Terpsichore* utilizó sus cubiertos de plata para cortar la carne. En la siguiente comida, cuando el duque de Ávila y Linares se disponía a rechazar la ayuda de Valencey de Adana, fue el teniente Guillaume de Lamorville, que estaba al mando de la artillería de a bordo, quien cogió el plato y dijo:

—Permitidme el honor, almirante.

Y cuando éste comprendió que todos los oficiales iban a actuar así, por turnos, encontró la mirada de Valencey de Adana, que le sonrió.

—Entre camaradas de combate es algo muy natural, almirante.

Conmovido ante esa fraternidad revestida con las galas de una suprema elegancia, el almirante estuvo unos instantes al borde de las lágrimas.

Decididamente, le gustaban esos franceses a los que había conocido poco antes de su trágico naufragio. Pero, por encima de todo, le fascinaba Valencey de Adana, el aislamiento que se imponía y el modo, casi siempre muy amable, como lo abandonaba con rapidez cuando alguien le dirigía la palabra.

«¿En qué pensará cuando está de ese modo?», se preguntó el duque de Ávila y Linares, perplejo, pensando sin embargo en la puesta a punto de técnicas de asalto y complicadas maniobras.

Le hubiera sorprendido mucho, pues, conocer los pensamientos que bullían bajo el tricornio de discreto plumero rojo y blanco del joven capitán. Pensamientos que no

variaban en absoluto por lo que se refiere a su objeto, pero que se dispersaban muy pronto en mil recuerdos que creía olvidados desde hacía mucho tiempo. ¿El objeto? Su padre y Victoire. ¿Los recuerdos? Cosas frágiles y tiernas, como flores apenas abiertas en el rocío matinal.

Ah, aquel padre, aquel general de dragones tan a menudo ausente y que regresaba de aquellas largas guerras en plena noche, acorazado, mugriento y lleno de barro por la turba de los malos caminos, con el chirriar y el tintineo de todas sus armas, que le arrancaba sueño para tomarlo entre sus brazos y estrecharlo con fuerza. Entonces ya no era el héroe de Fontenoy, de la interminable guerra de sucesión de Austria, el soldado de un cuerpo surcado por las cicatrices, sino que se convertía en un hombre bueno y sencillo con el corazón de una amable chiquilla.

—¡Pobre papá! —murmuró Valencey de Adana sonriendo con ternura mientras el viento se llevaba sus palabras hacia el país azul de las hermosas frases perdidas...

Pero no podía pensar en su infancia sin que apareciese la imagen de Victoire. ¡Ah, aquella niña era la peste!... A los cinco años, tomaba autoritariamente su mano. La suya, la de un «mayor» de diez años, y ante sus amigos Mahé y Nicolas por añadidura.

A decir verdad, aunque se fingiera turbado ante sus compañeros, le gustaba aquella manita en la suya, despellejada por los juegos de muchachos. ¿Amores infantiles? Tal vez, en efecto; ¿pero alguna vez había conocido otros? Sin madre ni tías, con un padre que, a excepción de los La Chesnaie de Flers, no trataba con la nobleza vecina. Rudas sirvientas que no incitaban, en absoluto, a los retozos. Regresara adonde regresara, sólo veía a Victoire empeñada en elegirlo a él y, sin embargo, tan discreta, desapareciendo de pronto cuando Pauline hizo saber, a los cuatro vientos y sin preguntar la opinión del interesado, que Joachim le estaba destinado. Hasta el punto de que Valencey de Adana se había preguntado si la larga pasión de Victoire no se habría extinguido sin que él lo advirtiera. Hasta el día de las setas mágicas y de la Torre de las Damiselas...

Aquello había sucedido hacía poco, un año tal vez, durante un regreso para una corta estancia en tierra y antes de volver a la guerra. Teniendo que dar un rodeo, primero, por el almirantazgo, Valencey de Adana, apenas llegado a su castillo, se sintió hastiado por las palabras de Pauline, quien le reprochaba «abandonarla» para «divertirse» en la guerra. Pálido, sin decir palabra, se había levantado entonces para dirigirse al parque.

«¡Divertirse en la guerra!»... Nada resultaba más injusto, y aquello reveló cuán ajena a él estaba la ligera Pauline. «Divertido», cuando la guerra le helaba de horror. Y aquello suponía, por lo demás, ignorar lo que esa guerra representaba para él de esperanza en un mundo mejor, en una república —por muy americana que fuese primero— basada en el derecho y la justicia. Resumiendo en pocas palabras, suponía reconocer que ella nada conocía de su vida y que tampoco intentaba conocerlo. Ante tan involuntaria crueldad y, tal vez, la perspectiva de pasar su existencia junto a una



mujer que nunca se interesaría por su mundo, las lágrimas acudieron a sus ojos.

Algo extraviado en su pesadumbre, se dirigió hacia el viejo pino de las setas mágicas. Un pino muy añejo que ni siquiera el propio general podía fechar y que tenía una particularidad: cuando caía la lluvia durante los calores del estío, al día siguiente podía verse ya un círculo absolutamente perfecto de setas que, como pequeños soldados, parecían montar guardia alrededor del venerable árbol. Un pino tanto más extraño cuanto que era doble, aunque a partir de un solo tronco.

Allí, de niños, acudían Victoire y Joachim para enterrar una mariquita o hablar de los misterios de la luna y las estrellas que formaban un brillante cortejo. Allí también, a los dieciséis años, Joachim le leía con exaltación a Voltaire y Rousseau. Y allí, asimismo, el día en que Pauline le había asqueado tanto con su incompreensión, el descubrimiento de Victoire en su santuario le resultó un evidente contraste. Ella se levantó y vio las lágrimas en los ojos de su apuesto oficial, su gran amor.

Estaba dispuesta a muchas cosas, a desaparecer, a sacrificar su propia felicidad por la de Joachim, pero verlo así, en plena desesperación, era más de lo que podía soportar. Le dijo:

—Éste es nuestro reino...

Luego se arrojó en sus brazos. Él movió la cabeza y se dirigió con lentos pasos hacia la Torre de las Damiselas, donde ella se reunió con él tras una breve vacilación. Parecía aguararla en lo alto. Le tendió sus brazos. Permanecieron así largo rato, el uno contra el otro.

Aquello había sido un año antes, sólo un año, un año ya. Todavía hoy creía sentir el olor de su pelo embriagándole, los brazos rodeándole mientras él la estrechaba con tanta fuerza.

La Torre de las Damiselas donde se mantenían abrazados dominaba toda la región. Nunca antes había alcanzado semejante felicidad, llamando en su ayuda al rayo para morir así, con Victoire, en el colmo de la felicidad y no bajo las balas inglesas.

Aunque la Torre de las Damiselas nunca hubiera sido tomada en el curso de los siglos, fue sin embargo allí donde el último de los príncipes de Adana capituló, cuando dijo:

—Victoire, no debemos...

—Lo cé. Pertenecez a Pauline, pero acá sabráz, al menoz, lo mucho que te amo y para ciempre.

Entonces, quitándose el tricornio, la había besado. Un solo beso, tierno y apasionado, que duró mucho tiempo aunque a ellos les pareció demasiado breve.

Era la segunda vez que la besaba. La primera eran muy jóvenes y...

No fue más allá en sus recuerdos, dando un brusco respingo: lejos, muy lejos por la popa, disparaban cañonazos. Seguramente *L'Argonaute* estaba siendo atacado.

El rostro de Valencey de Adana cambió en pocos segundos. Todo rastro de ternura desapareció para revelar unos rasgos duros, implacables.

—¡Zafarrancho de combate!... ¡Rumbo al sur!... ¡Izad el pabellón!... ¡Sí, así, timonel!...

Se oyó el enloquecido tañido de la campana, unos pasos precipitados, tintineo de armas, órdenes roncadas como si fueran ladradas, silbatos...

A lo lejos, imitando a *La Terpsichore*, la *Betelgeuse* viraba con gracia a su vez. Para tranquilizar su conciencia, Valencey de Adana lanzó una mirada al palo de mesana de su fragata. Las bolas del *Furious* le habían hendido en un tercio, pero el capitán había hecho que lo doblaran, añadiéndole un segundo mástil. Sabía que podía contar con el excelente trabajo de los maestros carpinteros de a bordo.

Redoblaban los tambores, sin cubrir no obstante la agridulce voz de los pífanos. Algunos hombres se estremecían a su pesar con una mezcla de miedo y excitación.

Junto a Valencey de Adana, el almirante duque de Ávila y de Linares había hecho poner una mesilla en la que descansaban tres pistolas que un grumete de trece años cargaba con destreza.

El duque encontró la mirada de Valencey de Adana.

—¡Vaya con Dios!

El grito de la tripulación, unánime, tapó la respuesta del capitán, y se oyó, atronador, brotando de ciento ochenta pechos, él gritó:

—¡Tres veces mierda para el rey de Inglaterra!

Valencey de Adana sonrió como un niño y aclaró:

—Es nuestra costumbre, y eso era lo que os decía.

—¿Eso?

—Eso mismo: ¡mierda para el rey de Inglaterra!

Conquistado por el ambiente, el grande de España lo dijo en su propia lengua, y nunca más levantaría su copa sin repetir aquellas extrañas palabras.

La proa de *La Terpsichore* hendía las olas. Por delante, los enormes maderos recibían el asalto de las aguas golpeadas por el tajamar en un festival de salpicaduras y espuma. Sobre el tajamar, esculpido en el roble, el mascarón de proa.

Éste no representaba las fuerzas agresivas que suelen verse en los navíos de guerra, como Proteo, Minerva, Neptuno o un caballo marino encabritado. Muy al contrario, jugando con el contraste que suscitaba La Muerte Roja, Valencey de Adana había elegido una graciosa bailarina que evocaba a la musa Terpsícore.

Con ambas manos crispadas sobre el barandal, el capitán observaba la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Las cosas iban muy mal.

Una fragata inglesa, la *Repulse*, se había lanzado al abordaje de *L'Argonaute*. En el ánimo del capitán inglés, aquel gran bajel mercante representaba sin duda un muy hermoso botín en perspectiva, fuera cual fuese su cargamento. De modo que, en vez de intentar hundirlo, había entrado en contacto con él para descubrir, en cambio, que *L'Argonaute* transportaba... ¡tripulaciones!... Las mismas que llevaban a Francia o a Estados Unidos las presas de *La Terpsichore*. Una verdadera mina de tripulaciones.

Comoquiera que fuese, lanzados ya los garfios, los navíos se encontraban borda con borda y se combatía en las cubiertas, armados los franceses con hachas, sables de abordaje y pistolas de sílex.

Mahé, que se había acercado, sugirió:

—¿Disparo a hundir por abajo?

El «disparo a hundir por abajo» consistía en alcanzar al navío bajo la línea de flotación. Para ello se necesitaba una rara y gran maestría, pero los artilleros de *La Terpsichore* lo hacían de modo excelente.

—No, los bajeles están demasiado juntos. Da las órdenes, ¡nos lanzaremos al abordaje!... —respondió Valencey de Adana, aún pensativo.

Hasta entonces *La Terpsichore* nunca había llegado al abordaje, por dos razones: su armamento secreto le dispensaba de ello, tenía que preservar su misterio permaneciendo lejana e intocable. Sin embargo, los acontecimientos mandaban, y el capitán se preguntó cómo iba a reaccionar su tripulación.

A lo lejos, la *Betelgeuse* marcaba el terreno para prevenir un eventual asalto. Tranquilizado sobre este punto, Valencey de Adana se volvió y... quedó impresionado.

La tripulación estaba lista. El filo de los sables y las hachas captaba los reflejos del sol. Las miradas, terribles, sólo revelaban un deseo, sólo imponían un deber: ¡matar!

A la izquierda, en cubierta, vestidos con el uniforme de la marina real, formaban, impecables, los quince esclavos negros a los que Valencey de Adana había liberado unilateralmente ante el gran pero silencioso disgusto de su dueño, un plantador de caña de azúcar que los trataba como no se trata ni siquiera a los perros. Profesaban

una fidelidad a toda prueba al capitán de navío que, contra todos los prejuicios, todos los códigos, reglamentos y tratados de la marina real francesa, les había devuelto su dignidad de hombres antes de convertirlos en soldados de la mejor marina del mundo. Su jefe directo, el sargento Hyppolite, levantó su machete hacia Valencey de Adana, y fue imitado de inmediato por el resto de su tropa. Con gesto lento pero grave, el capitán saludó a los soldados negros levantando una mano enguantada en gris perla hacia su tricornio negro con galones dorados y plumero rojo y blanco. Luego alzó la mirada. Hábiles marinos subían a decenas por los obenques con el mosquete en la mano: tenían órdenes de matar, en primer lugar, a los oficiales. Otros marinos, gavieros principalmente, se izaban del mismo modo llevando consigo cajas de granadas, mientras los cinco indios de a bordo trepaban, con más rapidez aún, armados con sus arcos y sus flechas envenenadas que nunca fallaban su blanco.

Abajo, impasibles, esperaban fusileros y granaderos.

Pífanos y tambores aumentaban su resonancia mientras los hombres aguardaban, observando a los diestros gavieros que sostenían entre sus manos los garfios ligeros; otros lanzarían garfios más pesados desde las vergas.

El capitán de armas había acabado de distribuir cuchillos, fusiles y mosquetes. Silenciosos, desde las cofas, hombres decididos se disponían a lanzar granadas.

En las baterías de artillería, donde reinaba el barón Guillaume de Lamorville ayudado por el maestro artillero, se habían tendido apresuradamente las redes para detener las mortíferas astillas de madera que provocaban las balas. Del mismo modo, se estaban disponiendo algunas picas para rechazar a los intrépidos ingleses dispuestos a probar suerte introduciéndose por las portas. No se preocupaban demasiado por los cañones a bordo de *La Terpsichore* habían sido arrimados con todo lujo de precauciones, se habían doblado los garfios y, finalmente, eran revisados e inspeccionados de forma constante, de modo que no corrían el riesgo de estallar.

Mientras los grumetes distribuían arena y serrín por la cubierta y las baterías para no resbalar con la sangre, más abajo, en las profundidades del navío, los calafates preparaban estopas, martillos, escoplos y placas de plomo para cegar las eventuales brechas causadas por las balas enemigas, mientras otro equipo, dirigido por un cadete ingeniero, comprobaba meticulosamente las bombas.

Valencey de Adana se entregó entonces a su pequeño ritual y, si no lo hubiera hecho, su tripulación se habría inquietado por ello. Su mano enguantada examinó, en su pecho, la principal condecoración, brillante cruz de oro sobre el azul marino de la guerrera. Luego, con gesto grave, se quitó el tricornio y saludó a su tripulación.

Le respondió una ovación.

Soltó entonces, como es costumbre:

—Señores, por el rey...

Y luego añadió, de cosecha propia:

—Pero, sobre todo, ¡por la libertad!

—¡Viva la libertad! —repitieron los ciento ochenta hombres, perdiendo al rey por

el camino, aunque lo cierto es que aquellos marinos no habían sido elegidos por azar.

Sólo entonces desenvainó Valencey de Adana el sable y armó su otra mano con una pistola: sería el primero en saltar a la cubierta del *Repulse*.



El capitán inglés del *Repulse* sabía que su situación era desesperada. *La Terpsichore* había llegado con tanta rapidez que abortaba incluso la idea de una maniobra como la de cortar los cabos de los garfios con el hacha e intentar huir. Ahora el *Repulse* se encontraba atrapado, cubierta contra cubierta, por *L'Argonaute* a babor y *La Terpsichore* a estribor.

Además, aunque la tripulación del *Repulse* hubiera puesto al principio los pies en la cubierta de *L'Argonaute*, los marinos de éste se encontraban ya en plena tarea de acompañar a los ingleses hacia su propio navío cuando *La Terpsichore* llegó bruscamente. Desde ese momento, el porvenir parecía muy negro: de las cubiertas de *L'Argonaute* salía una inverosímil cantidad de marinos. La Muerte Roja paralizaba a los más valientes sólo con su reputación y, desde lo alto de la fragata francesa, caían balas, granadas... ¡y flechas!

El capitán inglés, que contaba aproximadamente con unos sesenta de sus hombres en condiciones de seguir luchando, pensó en rendirse, pero no antes de haber matado a su homólogo francés, que había sido el primero en lanzarse a la cubierta del *Repulse* al grito de:

—¡Echadlos a patadas de su navío, diantre!

Levantó su pistola y apuntó a aquel elegante capitán que llevaba guantes gris perla y un tricornio marino con galones dorados y plumero rojo y blanco.



En la cubierta de *La Terpsichore*, las balas silbaban por todos lados, cercando peligrosamente al almirante de Montermoso, duque de Ávila y de Linares, aunque éste no les prestaba la menor atención. Disparaba sin cesar, haciendo blanco en cada tiro. En una postura arrogante, algo académica, levemente de perfil pero con una extrema elegancia y un no sé qué que únicamente se ve en los grandes de España. El vendaje de la mano izquierda amputada se enrojecía, pero el almirante no lo tenía en cuenta, pues siempre había estimado que quejarse es de muy mal gusto, opinión que compartía con Valencey de Adana.

En cambio, sentía asombro ante la destreza del grumete francés para cargar las tres pistolas que utilizaba sucesivamente. Pero aún le maravillaba más el valor de

aquel hombrecito.

Mientras derribaba a un oficial inglés de rojos cabellos, le preguntó:

—¿Qué edad tienes?

—Pronto cumpliré los trece, monseñor. Soy bastante joven como para morir por la libertad.

—¿Y por tu rey?

En el estruendo del combate, el almirante no oyó la respuesta. A breves intervalos, lanzaba miradas de asombro al niño que, con las manos negras de pólvora, recargaba las pistolas con la velocidad y la habilidad de un soldado veterano.

Pensó en su único hijo, al que la enfermedad se lo había arrebatado poco antes, y se convenció de que el azar que le ofrecía tan joven y conmovedor compañero de armas tal vez no fuese en absoluto un azar, sino un signo divino.

El almirante apuntó a la cabeza de un oficial inglés y lo dejó seco: ignoraba que se trataba del capitán del *Repulse* y que, al hacerlo, había salvado al propio Valencey de Adana, amenazado por el disparo de aquel oficial.

El niño, pasmado, soltó:

—¡Caramba, monseñor, sois un buen tirador!

El duque de Ávila y Linares sonrió.

—¡Y tú tienes mucho valor!

Tomó la decisión de forma repentina.

—¿Quieres venir a España?... A los veinte años serás oficial.

—Bien lo quisiera, monseñor, pero no puedo, ya que no soy español.

—Se es español en la medida en que se tiene valor: te hago pues español y, digamos..., sobrino mío. —Una salva de artillería hizo que alzara los ojos—. Eso si salimos vivos de aquí, lo que desde luego no es seguro.

Bastante lejos, a estribor, la *Betelgeuse* acababa de hacer fuego por ambas bordas. No esperaba, ciertamente, tocar nada, sino que advertía de la llegada de una fragata inglesa que parecía muy presurosa.

El almirante español, astuto estratega, comprendió el peligro: *L'Argonaute*, el *Repulse* y *La Terpsichore* formaban ahora un montón de navíos unidos entre sí por innumerables garfios. Al llegar en aquel instante, la fragata inglesa *Duke of York* podía hacer una carnicería hundiendo sin miramientos a las tres embarcaciones, que no podían maniobrar. Su tarea podía verse facilitada por el hecho de que las llamas comenzaban a brotar del *Repulse*.

Aunque se estuviese dirigiendo al matadero, la fina y elegante corbeta *Betelgeuse*, del barón Joseph de Taillebourg, se lanzó a cortar el camino al *Duke of York*.

—¡Una muerte hermosísima!... —comentó con admiración el almirante español.

Aquél a quien el rey de Inglaterra Jorge III, pero también Francis Dawson, jefe de los espías ingleses, y dos o tres más conocían con el nombre de «La Lechuza» se llamaba Edward Bancrof<sup>[2]</sup>.

El doctor Bancrof pertenecía a la delegación norteamericana en Francia. Gran patriota muy admirado, Benjamin Franklin lo apreciaba mucho..., pero más aún sus emprendedores dueños ingleses.

El sobrenombre de «La Lechuza» procedía del hecho de que, durante cinco años, cada martes hacia las nueve de la noche había depositado en un árbol hueco sus informes en el interior de una botella sellada. Ésta, que recogía casi de inmediato un agente inglés, era llevada entonces a lord Stormont, embajador de Inglaterra en París.

A medida que iba conociéndolos, el traidor Bancrof comunicaba a Londres los nombres de los bajeles franceses que partían hacia América, a lo cual añadía la identidad de los capitanes, la fecha y el lugar de partida y la naturaleza de la carga.

Burlando a los, sin embargo, muy eficaces servicios secretos franceses, Bancrof, gran especialista en los temblores de voz cuando hablaba de «la sagrada causa de los insurrectos», tenía mano izquierda: no puede negarse que aquel traidor fue de una gran eficacia. Así, envió a la muerte a miles de oficiales y marinos franceses, que fueron a reunirse en el fondo de los mares con los miles de toneladas del avituallamiento francés: cañones, armas, uniformes, productos manufacturados y vituallas diversas destinadas a los norteamericanos, que tenían una vital necesidad de ellos.

Esta vez la cosecha era modesta, pero no desdeñable: la botella sellada contenía el nombre del navío de transporte pesado *L'Ours* mandado por el capitán Adrien Dalaudière, que zarpaba de Brest llevando seis cañones, trescientos mosquetes, doscientos fusiles, cuatrocientos sables y espadas, ochocientas pistolas, treinta toneladas de pólvora, trescientos uniformes, bombas, utillajes, piezas de recambio para la marina norteamericana, cuatro forjas de campaña y gran variedad de material pequeño.

Dalaudière estaba al mando de veinticinco oficiales, doscientos ochenta marinos, setenta y cinco soldados de marina, cuarenta grumetes y unos treinta empleados de a bordo, como carniceros, panaderos y otros muchos. Ninguno de esos cuatrocientos cincuenta marinos volvería a ver Francia ni llegaría al país donde el general Washington se batía entre la espada y la pared.

La cosa era tanto más desoladora cuanto que, al doblar la isla de Ouessant, el capitán Dalaudière celebraba ya, por adelantado, el recibimiento siempre cálido que los norteamericanos reservaban a los navíos franceses que rompían el bloqueo. Aquellos navíos, desafiando los peores peligros, proporcionaban a una pequeña nación menesterosa toda la insustituible ayuda del poderosísimo aliado francés.

Aquella noche, tras haber consumado su obra de muerte, el doctor Edward Bancrof brilló en los salones por su buen ingenio y sus inflamadas declaraciones a favor de los insurrectos. No encontró palabras lo bastante duras para estigmatizar a los «cruels y viles» ingleses.

Aquella doblez colmaba su naturaleza perversa, pero en todo aquel asunto, que además le permitía enriquecerse, un fondo de sinceridad animaba también a Bancrof.

En efecto, el amable doctor estaba totalmente fascinado por la aristocracia. La de Inglaterra, claro, pues se trataba de sus dueños, a los que durante mucho tiempo tuvo ante los ojos, aunque veneraba del mismo modo a la nobleza francesa, mucho más refinada y cuyas maneras, desde hacía siglos, eran la máxima autoridad en todas las cortes del mundo.

Bancrof se sentía omnipotente cuando hacía reír a una hermosa marquesa francesa o captaba con su discurso el interés de un duque o de un príncipe de sangre. En cambio, en el mundo secreto de su corazón y de su espíritu, despreciaba profundamente a sus compatriotas norteamericanos.

Había estado pensando en ello aquella misma mañana, solo, mientras se afeitaba, y se había cortado en un gesto de cólera provocado por su propio discurso, de gran vehemencia:

—¡Atreverse a levantarse contra nuestro rey Jorge III!... ¡Atreverse a eso!... ¿Y quiénes son esos norteamericanos? Campesinos mugrientos, obtusos, hediondos, que no saben leer ni escribir, insensibles a las buenas maneras... Unos patanes, unos zafios, unos cernícalos. ¡Y esa vieja ruina de Franklin, medio enloquecido por su pasión por su puta francesa!... Y el tal Washington, un curda que en otros tiempos había sido oficialucho subalterno en el ejército inglés, un fracasado al que apenas saludaban y que se proclamaba «general», creyéndose el equivalente a un Rochambeau... Ah, desde luego no desentona en su lamentable ejército, que sufre derrota tras derrota. ¡Dios mío, que revienten todos como ratas malolientes!



Dos días más tarde, el capitán Adrien Dalaudière comprendió de pronto que todo estaba perdido. Su navío, *L'Ours*, se revelaba lento de maniobra y además sólo podía alinear veintiocho cañones, frente a los trescientos veinte cañones de los navíos pesados *Hood*, *Hornet* y *Honey Bee*.

Dalaudière no había hecho carrera militar como los guardiamarinas, esos cadetes nacidos en familias nobles que proporcionaban, hasta un pasado reciente, todos los oficiales de la marina de guerra.

Plebeyo, él procedía de la marina mercante y, aunque vistiera un uniforme, se debía a la desastrosa penuria de oficiales del «gran cuerpo». Sin embargo, la idea de



acabar pudriéndose en un pontón inglés le daba náuseas: era sabido con qué crueldad trataban los carceleros a las órdenes de Jorge III a los marinos de la coalición, ya fueran franceses, españoles o norteamericanos.

Del mismo modo, la perspectiva de arriar el pabellón de las flores de lis hacía que las lágrimas acudieran a sus ojos: habían confiado en él, hombre de modestísima cuna. Se imaginó por unos instantes ante las miradas del pueblo francés y del pueblo norteamericano, y sintió que traicionar a aquellos millones de hombres y mujeres era superior a sus fuerzas. Por otra parte, no pensaba entregar su espada a un oficial inglés despectivo y lleno de altivez.

Contempló los tres bajeles pesados ingleses, emplazados de tal modo que toda escapatoria parecía imposible; luego su mirada se dirigió a los cuatrocientos cincuenta oficiales y marinos franceses que aguardaban su decisión.

Tomó con rápido gesto el «chillón» de cobre y, con una voz fuerte, aboliendo de pronto los grados, dijo:

—¡Camaradas!... Nosotros hemos creído en la libertad para los insurrectos, nos hemos sentido orgullosos de la confianza que nos han demostrado. Ellos... —Con gesto voluntariamente desenvuelto señaló a los tres mastodontes ingleses y prosiguió —: Ellos imaginan que vamos a doblegarnos, a renunciar a nuestra dignidad, a mancillar la idea a la que servimos: la de la libertad para los insurrectos hoy, y para todos los pueblos mañana... En lo que a mí respecta, creo que se equivocan, pues no voy a rendirme.

Un gran silencio siguió a estas palabras; luego, un gigante bretón de tupida cabellera rubia abandonó la asamblea cantando:

*El treinta y uno del mes de agosto  
vimos acercarse a nosotros por sotavento  
una fragata de Inglaterra  
que hendía el aire y las aguas luego  
navegando para ir a Burdeos...  
Algunos hombres se sumaron a la canción:  
La abordamos por la proa  
con las hachas de abordaje,  
con picas, sables, mosquetes  
y en un santiamén fue nuestra...  
Toda la tripulación prosiguió:  
¡Y mierda para el rey de Inglaterra  
que nos ha declarado la guerra!*

Entretanto, el gigante bretón de espesa cabellera rubia, maestro artillero de profesión, se había colocado detrás de su pieza, ayudado por tres camaradas. Sabía que sólo tendría derecho a un disparo y que no podría permitirse un error.

Hizo fuego y la bala, suprema humillación, seccionó limpiamente el pabellón del navío pesado *Hornet*.

De inmediato se desencadenó el infierno. Los mástiles se derrumbaban, las cubiertas quedaron devastadas y *L'Ours* parecía danzar bajo los golpes, pues jamás

hasta entonces, en toda la historia de la marina, un solo navío había recibido al mismo tiempo semejante diluvio de balas.

El infeliz *L'Ours* y su carga, tan esperada por los insurrectos norteamericanos, se hundieron en menos de cinco minutos.

Por privilegio, para «borrar la humillación» y entrenar a sus artilleros, el comandante del *Hornet* obtuvo del almirante que estaba al mando del *Hood*, bastante reticente, el derecho a cañonear a los cincuenta oficiales y marinos franceses que, habiendo sobrevivido al naufragio, nadaban o se agarraban a los restos del naufragio.

Aquella noche, en una mansión del barrio de Saint-Germain, el buen doctor Bancroft daba una conferencia ante una platea de aristócratas franceses. La conferencia llevaba como título: «Verdad, Honor y Fidelidad: un triple grito para la más noble de las causas».

¿Quién da más?...

Adormecida en un sillón, Victoire despertó bruscamente, aterrorizada. No habría podido decir si acababa de tener una pesadilla, pero el miedo aún le oprimía el pecho y ese miedo tenía que ver con Joachim.

Durante unos instantes contempló con incredulidad el ajado tejido rosa de la habitación, luego se incorporó de un brinco.

Todo volvió a su memoria: el discreto entierro de tía Aglaé, el regreso del cementerio y aquella idea de sentarse en aquel sillón, de contemplar los muebles, las cortinas, la gran cama que la difunta nunca compartió con un hombre, ¡pobre vida robada como tantas otras!

Las velas agonizaban, también ellas, proyectando sobre los muros unos fulgores temblequeantes. En la chimenea sólo quedaban, del gran tronco difícilmente colocado, unas pocas brasas rojizas. Victoire temblaba de frío pero seguía inmóvil, como si un gesto, un paso, pudiera producir un nuevo drama en su vida ya devastada.

Siguió observando, con sus grandes ojos tristes, la habitación de tía Aglaé y decidió instalarse allí aquella misma noche.

Tomaba esa extraña decisión tras sutiles rodeos, como una precaución para sí misma, un modo de protegerse. En el fondo, compartía muchas cosas con su difunta tía, comenzando por el amor desgraciado que se entrega a un único hombre que tanto tarda en responder a él.

Murmuró:

—¡Él! ¡Él o nadie!... ¡Jamáz!...

Inmóvil aún, pensó que su vida sin duda iba a parecerse ala de su tía y que acabaría siendo «una solterona», como suele decirse con crueldad, sin el menor eufemismo, de aquellas que nunca hallaron esposo.

Así pues, al instalarse en la habitación y en el lecho de la muerta, se preparaba, protegiéndose, para aquella vida, una vida para nada: demasiado corta para encontrar en ella la felicidad, demasiado larga para hilvanar días y días sin alegría.

Se dejó caer en el sillón y ya sólo pensó en Joachim, convencida de que estaba corriendo un gran peligro.



De un magnífico salto, Valencey de Adana fue uno de los últimos en abandonar la cubierta del *Repulse* y alcanzar la de *La Terpsichore*. Su tripulación de élite, sin esperar órdenes, estaba cortando los garfios con hachas, mientras los marinos de *L'Argonaute* hacían lo mismo en la otra borda.

No quedaban ya ingleses vivos en la cubierta del *Repulse*, cuyas calas ardían. El

último equipo de *La Terpsichore* que permanecía aún en la cubierta del navío de la marina de Jorge III, llamado «sección de destrucción», se afanaba en poner al pie de los mástiles unas camisas azufradas que acabarían con el pecio. Aquellos hombres, dirigidos por el alférez de navío Florimond de Kergoat, vizconde de Passavent, actuaban con mucha tranquilidad y sangre fría. Fueron los últimos en abandonar el agonizante *Repulse*.

Feliz al verlos sanos y salvos, Valencey de Adana retiró el mando a Mahé, que no había perdido el tiempo y había hecho izar las velas y activado a los artilleros.

Cuando *La Terpsichore* viró graciosamente, Valencey de Adana comprendió por fin las razones del risueño brillo en los ojos de Mahé.

El teatro de operaciones acababa de cambiar radicalmente, hasta el punto de que el *Duke of York*, que parecía tener sólo a la corbeta *Betelgeuse* entre él y un revoltijo de navíos vulnerables, entre ellos la legendaria *Terpsichore*, el *Duke of York*, pues, se convertía de cazador en cazado.

Valencey de Adana imaginó, casi con tristeza, la horrible decepción del capitán inglés. Poco antes, por un extraordinario azar, la gloria le rizaba los mostachos cuando, tras haber descartado a la *Betelgeuse*, se disponía a ofrecer La Muerte Roja a su rey. Pocos minutos más tarde no se hacía ya ilusión alguna, e incluso sabía que iba a morir: la llegada de tres navíos de guerra norteamericanos le cerraba el horizonte.

Se encontraba así en el centro de un círculo cerrado y sin salida. Al sur, *L'Argonaute*. Al norte, una fragata norteamericana. Al este, la *Betelgeuse*. Al oeste, dos corbetas norteamericanas. Y yendo y viniendo como una gran fiera, dos veces más rápida que el *Duke of York*, *La Terpsichore*.

Contra todo lo esperado, el comandante del *Duke of York* no ordenó zafarrancho de combate ni arrió su pabellón, sino que envió una chalupa hacia la fragata de Valencey de Adana.

Éste, aunque impaciente por acabar de una vez, se dedicó a enviar mediante banderas señales de amistad a los norteamericanos. En primer lugar, a la fragata *Ask For The Moon*, cuyo nombre le divirtió, luego a las dos corbetas, la *Young Tiger* y la *Not Alone*.

Finalmente, un capitán inglés muy digno y de una cierta edad se presentó con gran sobriedad:

—Capitán Peter Nolan, comandante de la fragata *Duke of York*.

Reservado, su homólogo francés respondió:

—Capitán de navío Joachim de Niel, conde de Valencey, príncipe de Adana, comandante de *La Terpsichore*.

El inglés, un plebeyo, vaciló un poco ante la enumeración de los títulos de nobleza. Sin embargo, ésa era la costumbre y Valencey de Adana no hacía más que seguir la tradición al no omitir ninguno de sus títulos.

No obstante, Nolan venía en calidad de solicitante y ese desequilibrio en las cunas en absoluto mejoraba las cosas.

Prosiguió, sin embargo, con bastante valor:

—Príncipe, yo...

—Aquí no hay príncipes, señor, estamos entre marinos, dos capitanes, cada uno de ellos al mando de una fragata, y que lamentablemente se hacen la guerra.

—Me facilitáis las cosas, señor, y os lo agradezco. —Vaciló y prosiguió—: Ni mi tripulación ni yo mismo nos hacemos ilusiones, sabemos que nuestro fin está próximo. Pero ese fin no es necesariamente una matanza.

Valencey de Adana adoptó un tono más vivo:

—No son pocos los bajeles franceses aniquilados así por los vuestros. Pero sea, lo comprendo, aunque por mi parte yo espere acabar así.

El capitán Nolan observó con más atención *La Terpsichore* y pensó que, en efecto, acabaría fatalmente de ese modo, golpeada por todas partes, aniquilada por una flota inglesa que, antes o después, la haría caer en la trampa. Envidió el valor del francés, pero continuó:

—Será mucho pedir por parte de un hombre ya vencido por su posición desfavorable, pero solicito de vuestra generosidad la posibilidad de un duelo.

Valencey de Adana quedó agradablemente sorprendido, aunque intrigado:

—Sin el concurso de mi arma secreta, supongo... —justamente.

Valencey de Adana sonrió.

—Ciertamente, no os falta audacia, señor.

Peter Nolan no respondió; dejó que su interlocutor reflexionara antes de que por fin se decidiese:

—Estoy de acuerdo en lo que a mí concierne, pero infringiría las reglas de honor de la alianza si no pidiese su aprobación a mis amigos españoles y yanquis.

—¡Ah, los yanquis!... —soltó Nolan, divertido.

Desde hacía unos veinte años, llamaban así a los habitantes de las colonias que formarían algún día los Estados Unidos. La palabra, divertida, hacía furor en Europa.

La barca, manejada aún por marinos ingleses pero que esta vez transportaba a Campagne-Ampillac, se dirigió hacia los norteamericanos. Desdeñando las corbetas *Not Alone* y *Young Tiger*, el segundo de *La Terpsichore* fue directamente al encuentro del capitán de fragata que mandaba el *Ask For The Moon*. Por su parte, el almirante español, encantado, dio de inmediato su conformidad.

La espera del regreso de la barca se prolongó un poco, de modo que Nolan comenzó a conversar con Valencey de Adana:

—Sabed, señor, que Francia y los franceses me gustan. Incluso llegué a estar muy enamorado de una actriz, la señorita Bertho, que actuó en Londres durante toda una temporada hace... veinticinco años.

Valencey de Adana se sobresaltó:

—¿La señorita Bertho?... Mi padre fue su amante hace... veinticinco años.

—¿Y fue feliz, él, porque yo sólo la amé desde la distancia?

—Ella hizo que se volviera muy sombrío, y aquel amor nos costó nuestras tierras

en los alrededores de Rochefort.

—¡Una vibrante amazona!... —comentó Nolan.

—Una cortesana lasciva y metida en carnes.

—Hice por aquel entonces, en vano, muchas tonterías para llamar su atención.

—Plugo a Dios, señor, y a vuestra bolsa, que ella no os hiciera ningún caso. Mi padre tuvo grandes dificultades para deshacerse de ella.

—¿Acaso no decís, en Francia, de ese tipo de criaturas: «No es nada recomendable la mujer que va siempre con el culo levantado»?

Bastante molesto por semejante expresión, Valencey de Adana contemporizó:

—Eso creo, en efecto. Pero aún se dice más a menudo que es muy peligroso confiar en este tipo de vestal.

Ambos sonrieron. Luego, de pronto, Valencey de Adana tomó conciencia de lo extraño de la situación: ¿no estaba hablando de mujeres con aquel hombre que habría podido ser su padre, y con simpatía además, cuando al cabo de unos minutos, por ambas partes, se deslomarían a cañonazos?

La respuesta llegó muy pronto: John O'Shea, comandante de la fragata *Ask For The Moon* y oficial de la marina de Estados Unidos, aprobaba por completo la idea de un duelo que reequilibrara las fuerzas, felicitaba al príncipe de Adana y añadía: «Las guerras se ganan también con la moral».

El capitán inglés Nolan vaciló, luego tendió la mano a Valencey de Adana. Éste se quitó uno de sus guantes gris perla y estrechó la mano del inglés, quien conmovido, le dijo:

—Tal como vos y yo hacemos esta guerra, señor, no habrá vencedor ni vencido, sino sólo valientes.

—Sin embargo, la historia debe escribirse, señor. Ha sido un honor conocerlos.

Apenas Nolan hubo abandonado *La Terpsichore*, Valencey de Adana ordenó con aire sombrío:

—Que se funda la vajilla de plata recogida en los navíos ingleses. Y también la mía, marcada con las armas de los príncipes de Adana.

Muy sorprendidos, los oficiales de la fragata francesa se miraron. Pero Valencey de Adana les daba ya la espalda.

Como sabemos, Pierre-François Gréville no había llegado a ocupar el más alto cargo en la policía secreta a causa de su cuna. Del mismo modo, semejante ascenso nada debía a la suerte ni al azar.

Policía sutil, retorcido y obstinado, llamó la atención ante todo por el número y la rapidez de sus éxitos. Su método consistía, salvo necesidad dictada por acción del adversario, en no precipitarse, sobre todo en lo concerniente al análisis y al razonamiento. Así, se complacía en ponerse, sucesivamente, en la piel de la víctima, tanto si ya lo era como si estaba a punto de serlo, así como en la identidad de quien intentaba capturarlo.

Respecto al caso que ahora le ocupaba por completo, su modo de llevar las cosas se adecuaba perfectamente a sus principios. ¿A quién buscaba? A aquél que, disimulando sus rasgos bajo una cabeza de jabalí, ambicionaba matar a Valencey de Adana tras haberle hecho sufrir, golpe tras golpe, dos crueles lutos para afligirle profundamente antes de destruirlo.

¡De acuerdo!

¿A quién utilizaba el Hombre Jabalí para conseguir sus fines? Respuesta sin sorpresa alguna: a asesinos, truhanes y espadachines, como suele hacerse en semejantes casos. Prueba de ello era a la identidad de la chusma de toda suerte que había ido perdiendo en sus operaciones.

Y ahí era donde el jefe de la policía secreta esperaba marcar un punto importante. Hacía, pues, el siguiente cálculo: habiéndose hecho a la mar Valencey de Adana para combatir a los ingleses, el Hombre Jabalí podía quedarse allí, ciertamente, o también regresar a la corte si, tal como era su convicción, se trataba de un gran señor.

En cambio, tenía la total seguridad de que, en ausencia de Valencey de Adana, el susodicho Hombre Jabalí no tenía razón alguna para mantener a sus matones allí, donde, muy al contrario, podrían hacer que alguien se fijara en ellos, pues esa gente suele comportarse mal, mostrando una desoladora exuberancia y buscándole a todo el mundo las cosquillas.

Tras esbozar esta conjetura que no descansaba en hecho concreto alguno, el «teniente» de policía había puesto en marcha un dispositivo pesado y costoso, puesto que era doble, como las pinzas o las tenazas, tal como conviene a una trampa que pretende ser eficaz.

Así, en cada puerta de París que constituía un camino natural para las carreteras del sur del reino, vigilaba permanentemente uno de sus hombres con un perfecto conocimiento de los rostros de la truhanería.

Simultáneamente, en Charente, mientras dos de sus policías llamaban la atención ostentosamente haciendo que la población se fijara en ellos, otros, mucho más discretos, se mantenían emboscados en las tabernas y postas que llevaban de Ruffec a París. También aquellos profesionales conocían al dedillo la fisonomía de los

asesinos de cierta envergadura y no corrían el riesgo de ser reconocidos bajo su apariencia de mozo de posada, ayudante de herrero, mozo de cuerda o mendigo. Cualquiera truhán que llegara a París desde Ruffec y hubiera sido identificado en aquellos dos lugares se convertía de inmediato en presa escogida para Gréville, que de algo estaba seguro: el más paciente, el más metódico acabaría venciendo. Y en este capítulo, el policía había hecho suyo un viejo proverbio árabe: «"Soy duro", dice el hueso; "¡soy paciente!", responde el perro».



Los cinco navíos francoamericanos se mantenían a cierta distancia del lugar del duelo elegantemente aceptado por Valencey de Adana.

Las modalidades convenidas eran las siguientes: un primer paso a cierta distancia, aunque al alcance de los cañones, siguiendo cada una de las dos fragatas rutas paralelas. Eso haría inevitable el combate cuando ambos navíos se encontraran.

Por si fuese necesario, se había previsto un segundo paso, mucho más cerca esta vez, con las bordas casi rozándose.

Las dos fragatas parecían pues correr la una hacia la otra, aunque su estilo y su velocidad en nada eran comparables. El *Duke of York*, que había salido del lugar donde acababa de hundirse el *Repulse*, lo que no estimuló precisamente la moral de la tripulación, iba bastante bien, es cierto, aunque le costara, sin embargo, navegar por un mar bastante agitado.

Por su parte, *La Terpsichore* volaba sobre las olas, dando la impresión de que apenas las rozaba, ligera danzarina con vestido de espuma a la transparente luz que la magnificaba.

Con ambas manos en la batayola, el tricornio impecablemente recto sobre la cabeza, sin que pareciera conmovido por las balas que sin demasiada tardanza iban a alcanzar su navío, Valencey de Adana contemplaba el *Duke of York* con una especie de gélida indiferencia: sabía que sus artilleros estaban en sus puestos, y eran los mejores del mundo, pues el teniente Guillaume de Lamorville velaba por cada detalle.

El tiro de *La Terpsichore* precedió en algunos segundos al del *Duke of York*, cuyos artilleros, completamente desestabilizados por los numerosos impactos, no pudieron ajustar su tiro, que desde entonces resultó muy aproximativo, azaroso incluso.

Sin poder ocultar por completo su inquietud, Valencey de Adana se volvió hacia la cubierta de su navío. Tres marinos yacían, ensangrentados, entre los restos de madera y de cabos, pero al alzar los ojos hacia las velas el capitán francés advirtió que nada esencial parecía afectado.



En cambio, el *Duke of York* se escoraba ya, pues todas las balas francesas, en un espléndido «disparo a hundir por abajo» habían alcanzado a la fragata por debajo de la línea de flotación.

Todos, entonces, lo comprendieron: los ingleses agachando la cabeza, los norteamericanos exultantes, los franceses sin auténtica sorpresa.

A bordo de *La Terpsichore*, la tripulación aguardaba órdenes con curiosidad.

Un barco escorado ya no puede utilizar su artillería, pues los cañones de una borda apuntan a los peces y los de la otra se dirigen al sol.

—¡Segundo paso!... —ordenó Valencey de Adana con una voz súbitamente rabiosa, viendo que el inglés viraba trabajosamente con la manifiesta intención de proseguir la lucha.

Esperaba ver al *Duke of York* alejándose para dejar el combate, lo que en absoluto le hubiera deshonrado tras tan severo cañoneo. Por otra parte, no podía condenar al capitán inglés: en idénticas circunstancias, él habría actuado del mismo modo.

—¿Vas a rematarlo?... —preguntó ansiosamente Mahé.

—¡De ningún modo! —respondió Valencey de Adana.

—¿Pero qué puedes hacer? Él nunca va a rendirse.

Con el rostro impenetrable, Valencey de Adana se volvió hacia su amigo.

—Le estimas, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Tú no?

Como solía hacer cuando sentía un breve acceso de buen humor, Valencey de Adana dirigió un guiño a Mahé:

—Me gusta bastante ese *dear old* Nolan. Lo bastante como para intentar salvarle muy a su pesar, siempre que los yanquis lo acepten... Haz que venga Lamorville a toda prisa y manda a nuestros más destacados tiradores a los obenques, con la consigna número cuatro.

Mahé pareció sorprendido, luego sonrió antes de transmitir las órdenes.

Poco después, el comandante de la artillería de a bordo llegó corriendo. Valencey de Adana le dio órdenes en voz baja, y los casi doscientos hombres de tripulación, más o menos picados de curiosidad, vieron a Lamorville inclinar la cabeza, sonreír y regresar a toda prisa hacia las baterías.

Las tripulaciones de los navíos *L'Argonaute*, *Betelgeuse*, *Not Alone*, *Young Tiger* y *Ask For The Moon* contemplaban los preparativos del segundo combate con fascinación y, muy a menudo, con gran compasión.

Como dos caballeros de la Edad Media hundiendo sus espuelas en los flancos de su montura, los capitanes Valencey de Adana y Peter Nolan, apelando a todas sus energías, se lanzaban el uno hacia el otro en trayectorias tan próximas que muy pronto los marinos de ambas fragatas podrían mirarse a los ojos.

Pero los estilos de ambos navíos en nada eran comparables. El *Duke of York* se escoraba veinte grados, su velocidad se había reducido en dos tercios e incluso a los fusileros británicos enviados a los obenques les costaba encontrar una posición

adecuada. El navío parecía enfermo, febril, sin duda no agonizante, pues las brechas habían sido tapadas superficialmente, pero del todo incapaz, sin embargo, para enfrentarse en un duelo a muerte con un navío muy bien armado, de la frescura y la velocidad de *La Terpsichore*.

Peter Nolan, rodeado de sus oficiales, observaba con admiración la roda de la fragata francesa acercándose a todo trapo hacia él. Se mantenía muy erguido, esperando ser uno de los primeros en morir, fulminado antes de haber visto como su navío desaparecía en las oscuras y heladas profundidades del Atlántico.

Pero lo que sucedió entonces sorprendió a todos cuantos observaban el combate.

Evidentemente, los tiradores de élite de *La Terpsichore* se impusieron de inmediato sobre los soldados ingleses, que cayeron sobre la cubierta o, cuando ya estaban en ésta, giraron sobre sí mismos. Ninguno de los fusileros negros del sargento Hyppolite, de los mayas y los indios bravos, de los hombres duramente formados en Rochefort, Brest o Toulon, ni uno solo de ellos conocía el disparo inseguro.

Pero, primera anomalía, ninguno de los ingleses recibió heridas mortales...

Segunda anomalía: los oficiales fueron excepcionalmente respetados.

Tercera anomalía: la artillería de *La Terpsichore* sólo utilizó cuatro piezas, que acabaron con el palo mayor, mientras las demás se ensañaban malvadamente con el gobernalle, que fue literalmente pulverizado. Ingovernable y muy a pesar suyo, el *Duke of York* abandonó el combate, derivando como un insecto al que se hubieran arrancado las antenas. Resultado de aquel curiosísimo tiro: el navío inglés abandonaba el combate a regañadientes, obligado y forzado, pero con el honor intacto.

La cuarta anomalía escapó a algunos, pero no a Nolan, que se sintió muy conmovido cuando *La Terpsichore* volvió a pasar por última vez a estribor: la tripulación, de impecable uniforme, en posición de firmes y en una alineación perfecta, y más allá Valencey de Adana quitándose el tricornio para saludar al adversario con una gracia, una elegancia y una majestad que conquistaron todos los corazones ingleses.

La quinta anomalía se dio poco después, cuando, por iniciativa del navío *Ask For The Moon* del capitán O'Shea, los norteamericanos se alejaron rindiendo sobriamente honores al valeroso vencido.

La sexta y última anomalía se produjo algunas horas más tarde, cuando el cirujano del *Duke of York* arrojó sobre la mesa del capitán un cubo de balas y puntas de flecha.

Todavía sangrientas, a menudo deformadas por el contacto con los huesos, no por ello dejaban de brillar extrañamente.

Peter Nolan levantó una sorprendida mirada hacia el cirujano.

—¿Qué significa eso?

—Plata, capitán. Plata maciza. La hay por todas partes, tanto en los cuerpos como en la madera de los mástiles.

—¿Queréis decir que...?

—Eso es, capitán. Han intentado respetar nuestras vidas y, además, nos han disparado con balas de plata. Es...

—¡Proseguid, señor, proseguid de una vez!... —ordenó Nolan con voz ahogada por la emoción.

El cirujano, viendo a su capitán presa de tales sentimientos, dejó correr las lágrimas por sus mejillas hundidas de fatiga. Tuvo que hacer un esfuerzo para formular su pensamiento:

—Capitán, estos franceses acaban de hacer el gesto más hermoso, el más noble que se haya visto jamás en toda la historia de la marina de todos los tiempos. Este hombre es..., es...

El viejo capitán inglés consiguió dominar la emoción que por unos instantes paralizó su garganta:

—Creíamos enfrentarnos con un gran príncipe: nos hemos batido contra una leyenda. Y nada puede decirse contra las leyendas.

Otros ingleses, mucho menos caballerosos que Nolan, muy pronto demostrarían lo contrario.

La carroza entró discretamente en el Palais Royal, morada del duque de Orleans, primo del rey. Aquél era el punto de reunión de los que se oponían a los insurrectos norteamericanos. Por otra parte, algunos, con espíritu malicioso, llamaban al lugar «la embajada de Inglaterra bis».

Tras haber llevado a cabo su transformación habitual, según el lugar y sus interlocutores, el poderoso señor que bajó de aquel hermoso tiro no llevaba su máscara de jabalí, sino una muy elegante levita, oculta en parte por un bonito manto beige con forro de seda color cereza.

Antes de cerrar la puerta de la carroza, se volvió hacia el interior donde su sicario, el cura Phébus Monteroux, que vestía sotana negra, sólo esperaba una palabra para seguirle, con el corazón henchido de esperanza.

Pero el Hombre Jabalí, disimulando mal su desprecio, se limitó a mirar un instante, con desdén, el gordo rostro rojizo del eclesiástico antes de soltar:

—Quédate en el establo; apenas es ése tu lugar, si es que los caballos te aceptan.

Cerró la puerta de golpe e hizo una señal al cochero, que arreó a los caballos con estridentes gritos y latigazos.

El Hombre Jabalí dio unos pasos por el patio, luego sacó de uno de sus bolsillos una petaca de oro adornada con piedras preciosas y perlas finas. Dudó, cambió de opinión, se quitó el sombrero y comprobó con mano prudente el estado de su peinado.

El peinado acababa en una pequeña cola sujeta por un anillo de diamantes. Así pues, nada de peluca, pues en París esa moda había pasado desde hacía algunos años.

En la aristocracia en particular y en la buena sociedad en general, se preferían ahora los atentos cuidados de los peluqueros, de los que, según decían, había entre seis mil y nueve mil en la ciudad de París. Cada mañana, un pequeño ejército masculino y chismorreador recorría las calles, cada uno con su valiosa caja y todos ellos inflados de vanidad por su importancia como artistas de las tenazas para rizar. A los clientes, de una muy sorprendente paciencia y docilidad, les lavaban la cabeza para quitarles la pomada y el polvo de la víspera, luego se las untaban de nuevo, y les rizaban y empolvaban el pelo.

A quien deseara hacer correr un rumor por la capital, le bastaba con decirle a su peluquero que iba a hacerle una revelación que no admitía ni el menor quebrantamiento a la discreción: tres días más tarde, toda la ciudad hablaba de ello.

Hombres más rudos, como el Hombre Jabalí, imponían un completo silencio a su peluquero y se enojaban interiormente ante los pequeños gestos delicados de aquellos hombres cuyo aliento parecía a veces muy desagradable.

No por ello dejaban de someterse a la moda y el nuevo estilo. Así, desde hacía poco, era costumbre entre la gente de buena cuna afirmar, de una vez por todas, que sólo las lavanderas inglesas sabían lavar la ropa.

De vez en cuando, el Hombre Jabalí envidiaba al objeto de su atento odio, Valencey de Adana, quien ignoraba a peluqueros y lavanderas con una soberana indiferencia.

El Hombre Jabalí subió las escaleras del Palais Royal recordando lo que debía decirle al duque de Orleans para satisfacerle. Una tarea bastante sencilla: hablar mal de todo «el partido norteamericano», de los Lauzun, Noailles, Custine, La Fayette, Segur, Polignac, del almirante d'Estaing, del general Rochambeau... y añadir a ellos, pérfidamente, el nombre de Valencey de Adana, presentándolo como el más temible de todos.

Sembrar, sembrar siempre: ya llegará el tiempo de la cosecha...



El capitán del navío *Ask For The Moon* y el del *Not Alone* se maravillaban por todo.

Mientras el *Young Tiger* ponía rumbo a Charleston, en Carolina del Sur, Valencey de Adana había invitado a los dos norteamericanos a cenar en *La Terpsichore*. Aquel tipo de gestos formaba parte, ciertamente, de las maneras corteses del capitán francés, pero también de los usos no escritos de la marina de guerra.

Por lo demás, el secreto de *La Terpsichore* se había desvelado parcialmente. Para el almirante de Montermoso, duque de Avila y Linares, el oficial de enlace del *Duke of York* y el capitán Peter Nolan, había quedado claro ya que *La Terpsichore* no era un barco fantasma. ¿Qué importaban, entonces, aquellos dos norteamericanos?

El final de aquel secreto no preocupaba demasiado a Valencey de Adana, que se había guardado mucho de mostrar su arma secreta y no pensaba hacer excepciones, por mucho que se tratara de los aliados norteamericanos, los capitanes John O'Shea del *Ask For The Moon* y Austin Edward Lee del *Not Alone*.

Sólo echaba de menos la parte teatral del difunto «barco fantasma». A sus hombres, bastante niños en este aspecto, les gustaba mucho simular que eran muertos vivientes entregándose en cubierta a ocupaciones sin importancia con una lentitud que sólo se atribuye a los cadáveres salidos de la tumba, sabiendo muy bien que, para gran vergüenza de su almirantazgo, los ingleses, absolutamente asustados, lanzaban entonces gritos de vieja y corrían en todas direcciones por las cubiertas de sus navíos.

Cierto día, en cubierta, mientras por su mero aspecto los de *La Terpsichore* hacían huir a todo un convoy inglés compuesto por dos fragatas, una bricbarca, dos urcas, una gabarra, un bergantín de dieciséis cañones y dieciocho pedreros, una extraña barca de desembarco, un sloop, un cúter con gavia de dieciocho piezas del seis e, incluso, un dos puentes que escoltaban a diez transportes pesados, Valencey de Adana había sorprendido la conversación de dos de sus marinos representando el papel de muertos vivientes.

Habiendo el uno empujado al otro mientras, con aterradoramente lentitud, ambos «cadáveres» limpiaban la cubierta, el empujado se había dirigido al empujador:

—Eh, saco de huesos, respeta mi espectro o te devuelvo al sepulcro a patadas en el culo.

—Estaría bien poder ver eso, pues de aparecidos de tu estilo cago yo uno cada mañana.

—Te veo echar sapos y culebras por una sombra: aprovéchalo, viejo cadáver, porque puedes estar seguro de que vas a morir.

—Mientras tanto, desenterrado de una fosa común, te pones nervioso cuando el capitán ha ordenado que barriéramos la cubierta con «desesperante lentitud».

—Tú, al menos, no debes fingir: muerto o vivo, siempre limpias como un don nadie.

Y durante ese diálogo, de pocas consecuencias, toda una flota inglesa cambiaba de rumbo a toda prisa y, de común acuerdo, lanzaba aullidos de terror y oraciones a los muertos.

Agitándose, Valencey de Adana reanudó sus explicaciones:

—*La Terpsichore* se construyó en los astilleros de Paimboeuf, que se encuentran en la orilla izquierda del Loira, cerca de Saint-Nazaire. Su casco está recubierto de cobre, la madera de los mástiles procede excepcionalmente de Riga y el velamen es un encargo especial a la manufactura real de Nantes.

O'Shea pareció muy impresionado.

—Maravillosos materiales. ¿Pero quién diseñó con tanta finura esa fragata?

—¡Eso no tiene importancia!... —respondió Valencey de Adana, que consideraba haber recibido ya una muy generosa ración de cumplidos y no deseaba aumentarla.

Austin Lee, que estaba al mando de una corbeta pero soñaba con una fragata, tomó la palabra:

—¡No le falta nada!... Y vos le hacéis cambiar de especie, como un gato convertido en tigre. —Ante la cara de incompreensión de los demás, Lee explicó—: Conocida por su velocidad, la fragata es un navío de enlace ideal entre escuadras, una mensajera repetidora de señales, un bajel de exploración a la vanguardia, un perro pastor para los lentos convoyes, pero con la velocidad y el armamento que vos le habéis dado, la habéis transformado en un temible navío de combate. Y con su movilidad, siempre podréis escapar de los bajeles de alta borda, tan poco manejables e incapaces de remontar el viento.

Valencey de Adana asintió:

—Comparto por entero vuestro modo de ver las cosas, salvo en una cosa: rodeada, la fragata sigue siendo una fragata.

O'Shea respiró a pleno pulmón.

—Cómo me gusta el olor a alquitrán de vuestros cabos, vuestras velas nuevas de rígida tela que con tanta fuerza restallan al viento, todos esos cobres bruñidos y brillantes.

Valencey de Adana esbozó un gesto turbado.

—Las manufacturas reales, teniendo en cuenta el poco ordinario papel de *La Terpsichore*, nos reserva la mejor calidad en cantidades ilimitadas.

—¡Qué gran país es Francia!... —soltó O'Shea, entusiasta.

Valencey de Adana no respondió, limitándose a una breve sonrisa.

Los dos oficiales norteamericanos no le decepcionaban, muy al contrario. Relajados en cualquier circunstancia, a mil leguas de la rigidez inglesa, los norteamericanos gozaban, sobre todos los demás pueblos, de una ventaja que, de conservarla, algún día los convertiría en el pueblo más poderoso del mundo: se adaptaban. Y muy deprisa.

Se adaptaban a la gente, a las circunstancias, a las catástrofes. Curiosos ante todo y por todo, aprendían a una velocidad increíble: Austin Edward Lee, cinco años antes, era granjero y John O'Shea pasante: ni el uno ni el otro habían puesto nunca los pies en un navío, ni siquiera en una barca, y sin embargo..., en unos pocos años se habían convertido en oficiales excepcionales que envidiarían la mayor parte de los almirantazgos del mundo.

Si a todas las cualidades de los norteamericanos se hubiese añadido la bravura, la experiencia y el progreso científico de Francia, la superioridad inglesa en los mares habría concluido, Valencey hubiera apostado la vida por ello.

En tono de amistosa camaradería, anunció:

—Señores yanquis, mis oficiales tienen hambre y mi cocinero debe de estar desesperado.

Cayendo de pronto en la cuenta de que también ellos estaban hambrientos, los norteamericanos no se lo hicieron repetir.

La policía secreta de Pierre-François de Gréville se tomaba su tiempo, todo el tiempo del mundo.

Descubierto en una puerta de París, seguido con rara habilidad hasta una pequeña habitación de la barriada de Saint-Victor, ruidosa y popular, Malvy, a quien llamaban «Pequeño Sin Cuartel», volvía a sus costumbres.

Hacía las comidas en La Pequeña Polonia y frecuentaba los burdeles de la calle Saint-Éloi. En aquel lugar al que todos llamaban de perdición, tal vez porque se perdían a menudo por allí, las casas lucían grandes números, los cristales estaban extrañamente deslucidos, mientras que el rótulo mostraba unos ramilletes de rosas rojas o blancas. Nadie podía equivocarse, ni siquiera un joven doncel de buena familia que llegara a hurtadillas desde su colegio de oratorianos.

El resto de su tiempo lo ocupaba Malvy en jugar a los dados en inenarrables tugurios, en verse con una chusma semejante a él, en beber, también, solo o con sus congéneres, en pasearse por los bulevares en busca de un burgués a quien despojar de su bolsa, más por costumbre que por necesidad. Aquellos lugares le gustaban especialmente, el cúmulo de coches y peatones, el espectáculo de quienes colocaban su silla en la acera para ver pasar a los demás, los cafés hermosamente decorados donde tocaban pequeñas orquestas, las tiendas de pastelería y comida preparada, los restaurantes y sus incitadores aromas.

En aquellos lugares, donde siempre era noche de fiesta propicia para que la cabeza te diera vueltas, el pueblo y los burgueses, así como algunos aristócratas en busca de muslos ligeros y populares, se apretujaban ante el espectáculo de los volatineros o las marionetas, o bien atestaban las cabañas donde se anunciaban monstruos, enanos, figuras de cera, autómatas, ventrílocuos o leedoras de la buena ventura.

En París, Malvy, apodado Pequeño Sin Cuartel, podía gastar el dinero del Hombre Jabalí, pues estaba convencido de que no lo descubrirían como hubiera sucedido en Ruffec o en Angulema.

Por lo demás, París era su ciudad natal, donde, niño abandonado, creció a trancas y barrancas pero sin que aquel nacimiento oscuro le supusiera ningún perjuicio, pues se trataba de algo corriente y no le molestaba para sus negros designios. Aquellos últimos cuatro años se habían registrado en París treinta y dos mil niños abandonados. Y en dieciséis años, ciento un mil, de los que sólo quince mil consiguieron sobrevivir. Tal era la costumbre: las muchachas campesinas iban a parir en París y volvían a marcharse tras abandonar al recién nacido, a menudo bajo el porche de una iglesia.

Aquella noche, Malvy había llevado hasta su hedionda habitación a una moza poco exigente llamada Sylvie Belaire, pero apodada «Sylvie para todo el mundo».

¿Le incitaba a ello el lacerante frío?... En cualquier caso, hicieron varias veces el



amor, de modo que al alba, abrumado de fatiga, Malvy no tuvo tiempo de coger su pistola cuando la puerta fue derribada por cinco hombres vestidos de negro cuyo jefe, un gigante de mirada insostenible y una fría crueldad, le ordenó:

—¡Policía secreta!... ¡Vístete!

—Ah, ¿pero adónde me lleváis?

Los cinco hombres se rieron sarcásticos, sin calidez alguna; luego, el que parecía el jefe respondió:

—Vas a conocer al teniente Gréville. Yo en tu lugar me tiraría por la ventana.

Malvy no lo hizo, aunque se sintió aterrorizado. Pero, a pesar de los pesares, creía en su buena estrella...



—¡Sesenta cañones en *La Terpsichore*, los he contado! Algo digno de mención, aunque otra fragata, *Le Solitaire*, al mando del duque de Chartres, llevaba sesenta y cuatro... —afirmó Austin Lee, seguro de lo que decía.

—¡Estáis muy bien informado!... —respondió Josselin de Kéringan, comandante de *L'Argonaute*, que había sido invitado a cenar, al igual que Joseph de Taillebourg, que gobernaba la corbeta *Betelgeuse*.

Entretanto, los alféreces de navío Bernardin de Essarts, marqués de La Mellerie, y Florimond de Kergoat, vizconde de Passavent, discutían sobre si había sido ante las costas de Batavia donde el dos puentes inglés *Fast and Cruel* había sido hundido por la marina francesa.

Fiel a su costumbre, Valencey de Adana participaba muy poco en la conversación, limitándose a escuchar. Y no porque demostrase el menor desdén hacia sus subalternos o sus invitados norteamericanos, pero era así: al margen de las relaciones de mando, y con la sola excepción de Mahé, no sabía cómo dirigirse a sus oficiales. De ahí su discreción en aquella situación, muy bien admitida y comprendida por todos.

Por todos salvo por los norteamericanos.

John O'Shea, su vecino en la mesa, le dijo a media voz:

—Parecéis muy pensativo, príncipe.

—Oh no, os lo ruego, ni príncipe ni conde, somos dos capitanes que hacemos la guerra codo con codo, contra el mismo enemigo. ¡Y qué enemigo!

—¿Debo entonces llamaros Joachim?

Valencey de Adana casi vaciló de sorpresa. Nunca todavía, nadie, tan rápidamente... Y, por otro lado, no eran más de tres en todo el mundo quienes le llamaban por su nombre.

Miró al norteamericano rubio, que no parecía advertir nada y, luego, puesto que

aquella relación del todo nueva no le disgustaba, se enardeció hasta lo que le pareció el límite extremo de la audacia.

—Como quieras, John.

El norteamericano quedó a su vez estupefacto y luego, sonriendo, dijo:

—¡Dios mío! ¿Conseguiré alguna vez tutear a un príncipe francés?

—La cosa me parece posible. Yo no olvidaré, John, tu impulso natural de acercarte a mí cuando mi posición era muy delicada: me las estaba viendo con el *Repulse* y el *Duke of York* se acercaba por el flanco.

—Tú lo has hecho cien veces con los navíos norteamericanos y, además, te has defendido muy bien solo. Luego... Ah, demoro el momento de decírtelo de tan divertida como es la cosa, pero, ya ves, mi navío se llama *Ask For The Moon*: ¿no te recuerda eso nada?

Valencey de Adana reflexionó.

—Personalmente considero que dais a vuestros navíos unos nombres muy singulares... pero encantadores. Es una hermosa fragata, aunque no conservo recuerdo alguno de tu *Ask For The Moon*. ¿Me he encontrado alguna vez con él?

—Y el *Warwick*, ¿tampoco te recuerda nada?

Valencey de Adana reflexionó con gran seriedad, y luego, de pronto, respondió:

—¡Por supuesto!... El año pasado capturé una fragata inglesa con ese nombre. La doné, además, a las autoridades de tu país. ¿Acaso quieres decir...?

—¡Eso es!... Mi *Ask For The Moon* se llamaba *Warwick* cuando iba con malas compañías, es decir, con una tripulación inglesa.

El norteamericano sonrió y tomó su copa vacía. De inmediato, Valencey de Adana hizo una señal al que servía, un gesto que no escapó a John O'Shea:

—¿Cómo llamas a este delicioso vino?

—¡Ah!... Es vino de Champagne, mi favorito.

—Se trata de un brebaje fabuloso, lástima que sea del todo desconocido fuera de Francia.

Los dos capitanes siguieron conversando así durante más de una hora, antes de proseguir la charla en la cubierta de *La Terpsichore*.

O'Shea hacía mil preguntas a las que el aristócrata francés respondía con lentitud y aplicación. Pero, curiosamente, cuantas más cosas sabía, más desesperado parecía el norteamericano, quien finalmente reveló las razones de su angustia:

—¿Cuánto tiempo?... ¿Cuántas decenas y decenas de años se necesitarán para igualar por fin a Francia e Inglaterra? Nos vemos desbordados por todas partes y maltratados por los ingleses, espiamos el pabellón francés como un hermano menor mira al mayor. Nos desplazamos en grupo para dar una falsa impresión de potencia, pero la marina de guerra norteamericana es muy débil.

Valencey de Adana, midiendo la tristeza de O'Shea, le propinó una amistosa palmada, algo que sorprendió mucho a la tripulación francesa: el capitán, tan reservado, pocas veces hacía ese tipo de gesto. Los norteamericanos tenían realmente

la manera...

Sin embargo, Valencey de Adana no deseaba quedarse ahí:

—Tu punto de vista es totalmente erróneo. Vosotros tenéis la bravura. Dominaréis rápidamente la técnica. Sólo os falta la experiencia y la costumbre.

—Lo que me falta es servir algún tiempo en tu navío.

—¿No estarás hablando en serio?

—Joachim, ¿qué objeción puedes ponerme?

—Más de un centenar.

—¿Pero cuál?

—Bueno... *La Terpsichore* es un arma secreta. No puedo tomar semejante decisión, depende de la corona. Yo la mando, yo dibujé los planos, pero esta fragata...

—¡Estaba convencido de ello! —interrumpió el norteamericano.

—¿Qué importa eso?

—¿Pondrías alguna objeción a que mi gobierno dirigiese una petición oficial al gobierno real?

Valencey de Adana reflexionó.

—Hablemos con franqueza, John. La marina de guerra norteamericana no puede prescindir de ti, eres uno de sus mejores oficiales, y aquí sólo serías un excelente oficial más. En cambio...

—¿En cambio?

—Creo que vamos a ganar, John. El ejército francés tiene los mejores fusiles, los mejores cañones, y los regimientos que enviamos a tu país pertenecen a la élite del ejército francés. Con gran sorpresa por su parte, los ingleses también son vencidos en el mar por nuestra marina. Yo creo que, después de la guerra, vuestro país tendrá que crear academias militares y navales, que necesitará hombres como tú. Pero, antes de que transmitas tu saber, podrías servir en *La Terpsichore* y, no sujeto ya al secreto militar, te lo revelaría todo, absolutamente todo.

O'Shea aceptó presuroso el ofrecimiento.

Luego llegó el momento de separarse. Austin Lee tenía lágrimas en los ojos por el afecto con el que le habían tratado los oficiales franceses. O'Shea, por su parte, dio un abrazo a Valencey de Adana, lo que dejó petrificado al príncipe durante unos instantes, hasta que se resignó con una sonrisa en los labios y pensando: «Los norteamericanos son así...».

—Dime, ¿todos los príncipes franceses se parecen a ti? —preguntó O'Shea.

—¿Qué quieres decir?

—Tan sencillos y fraternales.

—Pocos príncipes son marinos... Creo, incluso, que soy el único.

—¡Ah!... Y el príncipe va a regresar a su base secreta, sin duda en alguna parte de las costas frente a mi país, más al sur...

—¿Qué te hace pensar eso?

El norteamericano le guiñó un ojo.

—Tus indios. No proceden de Italia ni de Suecia, ¿verdad?

Habían llegado a la escalerilla. Valencey de Adana, divertido, movió la cabeza:

—Piensas demasiado y demasiado bien. ¡Que te lleve el diablo, yanqui!

—¡Que Dios te guarde, milord!

Ante sus jueces, a Milford no le llegaba la camisa al cuerpo, y no dejaba de minimizar su responsabilidad en el drama de la *Sweet Princess*. Los hechos le abrumaban, y también los testimonios de los miembros de su tripulación, incluidos los oficiales, excesivamente asqueados para que funcionase el habitual espíritu corporativo. Ni siquiera el almirante presidente del tribunal militar, así como tampoco sus asesores, dejaban de sentir un profundo desprecio por aquel hombrecillo que se defendía con uñas y dientes, aunque con gran torpeza.

Los cargos habían sido claramente establecidos y el eje de la defensa giraba en torno al principio de la importancia del adversario, del carácter excepcional de la ocasión que súbitamente se había presentado y otras razones del mismo género.

Pero los jueces se negaban a entrar en esta lógica. Argumentos numerosos pero discutibles, una presentación de los hechos en el reflejo de un espejo deformado por la pasión: la justicia no veía las cosas claras.

Por lo demás, molesto, el almirante había recordado que, aunque *La Terpsichore* hubiera aparecido del modo más favorable, nada justificaba que Milford hubiese corrido con toda conciencia el riesgo de hundir un navío hospital inglés cargado, además, de mujeres y niños repatriados de América.

Así estaban las cosas, en una evolución muy desfavorable para el capitán del *Furious*, cuando el fiscal, al que un ujier se le había acercado, hizo llegar un mensaje al almirante que presidía el tribunal.

El hombre palideció, miró a Milford con suspicacia y luego suspendió la sesión sin dar explicaciones.

Dos oficiales de la Casa del Rey se hicieron cargo inmediatamente de la persona de Milford. Sin embargo, primer signo favorable, trataron al capitán con una curiosa mezcla de cortés indiferencia y respeto minimalista.

Sin comprender nada del desarrollo de la situación, pero adivinando instintivamente que no le era ya tan desastroso, Milford, flanqueado por los dos oficiales, subió a un coche cerrado cuyo cochero azuzó con rapidez a sus caballos.

Los dos jóvenes oficiales no le prestaron atención en aquel espacio, sin embargo cerrado y bastante oscuro, mientras el coche acusaba los baches y las roderas del camino.

El más joven, sacando a colación el tema de las mujeres, soltó:

—Habría que tenerlas a todas para no amar a ninguna.

El de más edad sonrió.

—En realidad, barón, las cosas son justo al revés, en un orden inverso pero tal vez complementario: no habría que tener ninguna para amarlas a todas.

Milford renunció a comprender, aferrándose con esperanza a esta certeza: dos jóvenes tenientes conduciendo a un viejo capitán hasta el verdugo, o incluso a prisión, manifestarían algún sentimiento, ya fuera hostil o de compasión.

Algo había sucedido, pues.

Había decidido no pensar más en ello y no perder los nervios cuando, poco antes de que la carroza se detuviese, le vendaron los ojos. Caminó así durante algún tiempo, pues los dos oficiales habían confiado su prisionero a un hombre de más edad que, justo antes de llamar a una puerta, le aconsejó:

—Procure comportarse bien. Hable sólo si le invitan a ello.

—¡A vuestras órdenes, señoría! —respondió Milford, que se quedaba corto cuando se trataba de dar muestras de pusilanimidad y deferencia.

Ya sin la venda, un criado le abrió la puerta y se apartó, el coronel de caballería que le había escoltado le empujó suavemente hacia el interior de la habitación sin entrar con él y, entonces...

Primero vio, sin detenerse, a un hombrecillo metido en carnes de unos cincuenta años, con levita gris, al que no le prestó demasiada atención.

Luego reconoció al rey...

Se estaba deshaciendo ya en dolorosas reverencias cuando Jorge III, con voz juguetona aunque algo falsa, le dijo:

—He aquí, pues, al capitán Milford, valeroso adversario de *La Terpsichore* a la que alcanzó en el velamen... Y horrorizado testigo de la barbarie francesa.

Atónito, Milford se volvió hacia Dawson, puesto que él era, pero al no recibir socorro alguno, su mirada resbaló por aquella apagada silueta y aquella mirada inexpresiva.

En un tono compasivo, Jorge III prosiguió:

—Capitán, me resulta fácil imaginar cómo os cuesta evocar el trágico final de la *Sweet Princess*, de modo que yo mismo lo haré, y no dudéis en indicarme si me han contado los hechos de modo erróneo. ¿Me explico debidamente?

—Del todo, majestad.

—El mar estaba embravecido, lo que hacía vuestra intervención muy delicada, casi imposible.

Milford sabía que el mar estaba aquel día muy poco agitado. Respondió:

—Una verdadera tormenta, majestad.

El rey, satisfecho, inclinó la cabeza y continuó:

—Con esa velocidad que no tendré la mala fe de negar, *La Terpsichore* se deslizó hábilmente entre la *Sweet Princess* y vuestro *Furious*.

—Muy hábilmente, majestad.

—Fiel a las tradiciones de valor de nuestra marina, vos ordenasteis sin embargo zafarrancho de combate.

—Sin la menor vacilación, majestad.

—Y entonces, ante vuestra gran sorpresa, *La Terpsichore*, que tenía en una borda a vuestro navío de guerra y en la otra aquel navío hospital, se ensañó cobardemente con el más débil, en el que sin embargo se veían niños corriendo.

—¿Cómo puede uno ser tan cobarde, majestad?

—Sin embargo, vos entablasteis valerosamente combate y, ante vuestra determinación, la fragata francesa, aprovechando su velocidad, emprendió la fuga después de que vos la hubieseis tocado... ¿Es ésta la realidad de la historia, capitán Milford?

—¡Ah!, ¿por qué no conseguí alcanzar a esos perros franceses para castigarlos con dureza, sire?

Jorge III lanzó una triunfante mirada a Dawson y luego tiró de un cordón. De inmediato se presentó un oficial, al que el rey le dijo:

—Cuidad del capitán Milford, que quede a disposición.

Cuando estuvieron solos, el rey observó a Dawson con aire preocupado y preguntó con cierta sequedad:

—¿Bueno?

—Sire, no puedo sino manifestar respetuosamente mi desacuerdo.

Ocultando a duras penas su irritación, Jorge III respondió:

—¡Hablad, Dawson, hablad!

—Sire, antes de ese relato del todo inesperado y con aires de fábula, lo que se nos había contado de Valencey de Adana establecía el perfil de un hombre valiente, inteligente y que nunca había faltado al honor.

—¡Proseguid!

—Sire, la guerra justifica, evidentemente, que debemos matarlo, pues es peligroso. Que para ello debemos recurrir a todos los medios, es algo que puedo entender. ¿Pero deshonrarlo?... ¿De verdad?...

—Ése sin embargo es mi deseo, Dawson. Y en interés del trono, no veo qué podéis oponer vos contra eso.

—Una sola cosa más, majestad. La calumnia es un arma peligrosa. Creemos dominarla, domesticarla, y a veces se vuelve contra nosotros con una velocidad a la que nada puede oponerse. El inocente a quien se quería deshonrar sale siempre engrandecido de ello, el calumniador sufre la infamia. Supone correr un gran riesgo, majestad.

El rey se plantó ante Dawson y le miró con interés.

—Lo que decís es inteligente y halaga al sentido común. Pero cuando las raíces de la calumnia están tan profundamente hundidas que se ignora su origen, ¿qué sucede, Dawson?

—Reconozco que no lo comprendo, sire.

El rey rodeó la mesa y esbozó una vaga sonrisa.

—Si vos mismo no lo veis, ¿entonces quién va a verlo? —Dawson permaneció evidentemente perplejo, y el rey añadió—: Muy pronto admiraréis la calidad de la maniobra. Valencey de Adana no existe ya.

Los tres pesados bajeles de alta mar, los tres puentes *Hood*, *Hornet* y *Honey Bee* surcaban el Atlántico. Florones de la Royal Navy izaban con arrogancia el pabellón de Inglaterra, mostraban la insolencia de los poderosos.

De hecho, incluso una escuadra francesa hubiera vacilado antes de entablar combate con semejantes fuerzas: cuatro mil hombres, trescientos veinte cañones pesados, navíos nuevos que nunca habían debido sufrir vicisitudes del mar como el desgaste, los daños en combate, las reparaciones más o menos acertadas. Inspirándose en el método de Valencey de Adana, los comandantes de los tres mastodontes se habían hecho con los servicios de una corbeta extremadamente rápida, la *Morning Star*. Ésta, nave de exploración ante todo, tenía la misión de descubrir las presas, pero también la de informar sobre la presencia de navíos de guerra enemigos, proporcionando al mismo tiempo una descripción muy detallada de su armamento y su velocidad.

Los franceses, suspicaces, no habían tardado en comprender la función de la *Morning Star*; cuya presencia anunciaba la proximidad de los tres navíos pesados ingleses. Habían intentado, pues, hundirla varias veces, pero su velocidad le permitía dejar atrás sin esfuerzo a sus perseguidores. Si se cambiaba entonces de rumbo, la *Morning Star*, que permanecía en la línea del horizonte, tomaba buena nota de ello para correr a informar a quienes los marinos ingleses denominaban «los ogros».

En el almirantazgo francés, se habían enviado, pues, a los habituales puntos de cita algunas fragatas rápidas para informar a Valencey de Adana de la situación, haciéndole dar marcha atrás cuando él singlaba hacia su base secreta.

Valencey de Adana detestaba que le dictaran desde París las directrices de la guerra en el mar, tan cambiante era la situación. Por otra parte, le sorprendió saber que se enfrentaban sin demora a los bajeles pesados ingleses y que lo hacían tan cerca de América. Finalmente, se sentía muy insatisfecho de tener que enfrentarse a los ingleses precisamente cuando *La Terpsichore* y *L'Argonaute*, que habían sufrido daños en combate, no habían recuperado la totalidad de su capacidad ofensiva.

Sin embargo, los términos del despacho resultaban muy alarmantes. Se hablaba de «carnicerías», se llamaba «los ogros» a los bajeles pesados ingleses, y Valencey de Adana, que conocía el efecto devastador de las leyendas, temía un pánico general.

Así pues, no vaciló y ordenó que sus navíos dieran media vuelta. En cuanto a las posibilidades de victoria frente a tales adversarios, prefería no pensar en ello.

Salvo si encontraba una idea deslumbradora. Encerrándose en su cabina, se puso de inmediato manos a la obra.





El almirante Neville Stillwood, que iba a bordo del navío almirante *Hood*, era el comandante en jefe de la flota «fantasma» inglesa, es decir, de los tres puentes y la corbeta *Morning Star*, rebautizada para la ocasión cuando se la daba oficialmente por perdida en el mar de las Indias, sustituyendo su nombre de origen a fin de enmarañar las pistas.

Neville Stillwood era un hombre de sesenta años, hábil y tenaz marino que aún había sido vencido nunca.

El almirantazgo inglés, apostando por la experiencia, había sabido convencer a Jorge III, que inicialmente pensaba más bien en un hombre de corte que le fuera conocido.

Perfectamente informado sobre el dispositivo de su adversario, Stillwood juzgaba desdeñables la *Betelgeuse* y *L'Argonaute*, sabiendo que estos navíos ni siquiera se acercarían a sus tres puentes y que, de hacerlo, se verían devastados enseguida.

Respecto a *La Terpsichore*, sólo podía tomar en consideración un método para hundirla. Ciertamente, el barco se acercaría. Con gran rapidez, desde luego. Pero el almirante Stillwood, que había hecho trabajar a sus capitanes, no dudaba de que las cosas ocurrirían así: en cuanto *La Terpsichore* revelara sus intenciones hostiles, el *Hood*, el *Hornet* y el *Honey Bee* se abrirían en tres direcciones distintas, como pétalos de una flor que se abre... para cerrar luego el círculo sobre Valencey de Adana.

Entonces, metro a metro, estrecharían el cerco. Cautiva, *La Terpsichore* sería destruida sin compasión.

El almirante Stillwood sabía que tenía razón; tras horas de reflexión y cálculos sobre las cartas de navegación, Valencey de Adana, conteniendo una mueca de despecho, apartó el compás: pensaba exactamente lo mismo que su adversario inglés.

Dos días más tarde, Stillwood recibió una agradabilísima noticia: la *Morning Star* señalaba la presencia de un interminable convoy inglés a media jornada de navegación...



¡Un cobarde!

Con este título, varios librereros editores de Inglaterra imprimieron a espaldas un libelo firmado por el «Capitán Dennis Milford, testigo del horror sin nombre».

Tras una aburrida rememoración de la supuesta barbarie francesa a través de los tiempos, el autor, un oscuro chupatintas del almirantazgo que se hacía pasar por Milford, daba de la tragedia de la *Sweet Princess* una versión que en nada correspondía a la realidad. Al leer aquel texto, la fábula sugerida por Jorge III quedaba aún más mejorada y Valencey de Adana aparecía como el ángel de la muerte, ajeno a todas las leyes humanas, encarnando todo lo que separa la fiera del

hombre.

Los editores, poco puntillosos, generosamente pagados y actuando con la benevolencia de la censura, no hicieron pregunta alguna, aunque para la mayoría de ellos tampoco cabía duda: se trataba de un encargo del Estado.

Por último, un detalle importante: la gente se arrancaba el librito de las manos. En efecto, a la francofobia tradicional y enfermiza de los ingleses, se le sumaba la guerra con Francia.

Cuando la impostura alimenta el odio, los negocios ganan lo que la verdad pierde...



—¡Dispersión!... ¡Dad la orden de dispersarse!...

El capitán Del Monthet-Salbris, por medio de banderas, ordenó pues la dispersión en trescientos sesenta grados. Sabía que era la única posibilidad de salvar algunos de los navíos que debía proteger.

Aquel hombre, procedente de la marina mercante, no se hacía ilusión alguna sobre sus propias posibilidades de salir vivo. Apenas hubo zarpado de Brest tuvo el presentimiento de su próxima muerte.

Sintió el corazón en un puño al ver los navíos desparramándose en todas direcciones, con la loca esperanza de escapar a «los ogros».

Jean del Monthet-Salbris mandaba veintiséis navíos mercantes y de tropas franceses, escoltados por dos fragatas y una corbeta. Como siempre con los convoyes, había que adecuar la velocidad a la de los más lentos, lo que retrasaba considerablemente a los demás.

El capitán francés era un buen marino. Tras entrar en la flota real, deseaba honrarla. Siempre por medio de banderas, llamó a la otra fragata y a la corbeta para que se reunieran con él y se lanzaran al combate.

Su segundo, un oficial bastante joven, se había acercado en silencio y contemplaba con resignación los tres monstruos ingleses. Con voz apagada, preguntó:

—¿Cómo vamos a morir, capitán?

—Con estilo, al menos eso espero. —Bajó el catalejo y observó a su joven segundo—. Concentraremos todos nuestros esfuerzos en el navío de la derecha, el *Honey Bee*. Es el único medio de dar pruebas de una cierta eficacia.

—*Honey Bee*... ¡Hermoso nombre!... —observó el joven oficial, favorablemente impresionado por la tranquilidad de su capitán.

Se animó y preguntó:

—¿Qué sucederá?

—Nuestros tres bajeles, ayudados por este viento favorable, virarán juntos y en el

último instante para acercarse lo bastante y disparar una andanada, una sola.

—¿Contra sus baterías?

—No, contra el velamen. Retrasado por inevitables reparaciones, el *Honey Bee* no participará en la caza y la masacre de nuestros navíos mercantes. Así, salvaremos alguno.

—¿Y... luego, capitán?

—Nuestros tres navíos serán fulminados. No habrá supervivientes ni ningún prisionero. Ya lo sabéis: los ingleses se entrenan con el cañón apuntando contra las cabezas de los infelices que nadan o se agarran a los restos.

—¿Nos sacrificamos, capitán?

—Por el honor.

—¿Y... los navíos del convoy?

El capitán Jean del Monthet-Salbris pensó en una escena que había visto, antaño, en África: la de una pareja de leones arrojándose en medio de un rebaño de cebras.

La suerte favorecía a unos, la velocidad salvaba a otros, el azar presidía muy a menudo estas tragedias.

—Después... Será lo que Dios quiera. Los rezagados, los más lentos, los más viejos, iba a decir los enfermos, serán exterminados sin piedad por esa chusma con el uniforme del rey de Inglaterra. Así es.

—Es una lástima: estaba tan cerca América... De modo que nunca la veré...

Del Monthet-Salbris miró a su joven segundo con curiosidad:

—¿Tanto os interesa el lugar de vuestra muerte?

El joven reflexionó.

—Supongo que no me es indiferente morir a pocos días de navegación de América, puesto que combatimos por los insurrectos.

La respuesta gustó al capitán, que posó unos instantes su mano en el antebrazo del segundo:

—Permaneced a mi lado, dispararán primero sobre nosotros. La muerte será rápida.

Diez minutos más tarde, tras haber adoptado una formación en triángulo, los tres bajeles partían valerosamente a librar su último combate...

Se sentía como clavado a la pared. Unas anillas de metal unidas a unas cadenas, clavadas a su vez en el muro, le sujetaban por las muñecas y los tobillos sin que llegara a tocar el suelo. El peso de su cuerpo, totalmente desnudo, se veía atraído por el vacío, lo que provocaba que los brazaletes de metal penetraran profundamente en sus carnes.

El hombre que estaba frente a él, el «teniente» de la policía secreta Pierre-François Gréville, le abofeteó cuatro veces, repitiendo su pregunta:

—¿El príncipe de Adana y quién más?

Malvy, alias Pequeño Sin Cuartel, negó con la cabeza.

Gréville se estaba impacientando, aunque no lo demostrase en absoluto. Por lo general, los hombres que resistían aquel tipo de trato le interesaban mucho, pero no esta vez, pues el tiempo apremiaba.

Gréville se jugaba el porvenir, y todos sus pasados esfuerzos de ascenso social, en aquel extraño caso.

Se decidió pues, sin la menor alegría, a subir un grado más, para lo cual hizo una señal de cabeza a un hombre macizo, de origen turco, con el cráneo enteramente afeitado y la parte baja del rostro devorada por una muy tupida barba negra.

El turco se acercó y miró a Malvy directamente a los ojos. Éste, incómodo, tuvo la sensación de que el turco le observaba como un chalán a un caballo, pero no se engañó: lo que el verdugo evaluaba no era más que su voluntad y su capacidad de resistencia.

Con lento gesto, pasó una navaja por debajo de la nariz de Malvy, mascullando algo en una lengua extranjera.

Gréville tradujo con una vaga sonrisa en los labios:

—Te está diciendo que va a cortarte la nariz, luego vendrán tus orejas. Tras ello, te sacará primero uno y después el otro los ojos de sus cavidades y te cortará los labios. A continuación, te cortará las mejillas con refinamiento, siguiendo el recorrido de los huesos que de paso rascaré, pues el sufrimiento de los prisioneros es para él una fuente de inenarrable goce, ¡tan podrido está ese hombre!: mucho más de lo que tú mismo lo estuviste o lo estarás nunca en tu brevísimo porvenir. Pero todo eso es sólo el comienzo.

—¡No sé nada!... —respondió ferozmente Malvy, intentando sin embargo contener su inquietud bajo la doble mirada de sus torturadores: los gélidos ojos del jefe de la policía secreta, la mirada golosa y medio loca de aquella bestia turca.

Gréville no pareció enojarse en absoluto ante aquella respuesta, y explicó:

—Tu miserable oficio sin duda no te ha dispuesto favorablemente para el ensueño y la imaginación. De modo que, antes de permitir que te corten en finas rodajas, voy a mostrarte a un hombre que ha pasado por las manos de nuestro simpático amigo procedente de Turquía. Entonces te será fácil sacar tus propias conclusiones, y has de

saber que la ruina que va a hacer aquí una entrada que nunca olvidarás, pues bien, esa ruina humana acabó hablando de todos modos y, por tanto, el muy imbécil perdió su rostro para nada.

Hizo un pequeño signo a un hombre vestido de negro y colocado junto a la puerta, que se abrió de inmediato.

Apareció una silueta, con los pies encadenados y el rostro oculto por un capuchón. Empujado por un guardia, el hombre del rostro enmascarado se detuvo justo frente a Malvy, que veía cómo la seda negra se hinchaba ante la corta y sibilante respiración del cautivo.

Gréville juntó las manos en un gesto untuoso de abate de corte y, en un tono donde se adivinaba la ironía, exclamó:

—¡Jesús bendito, cuánto tiempo perdido!

Rápidamente, le quitó la capucha y Malvy, con los ojos desorbitados por el terror, vomitó de inmediato bilis mientras «la cosa» permanecía ante él.

Así pues, no le habían mentido, todo había desaparecido: ojos, orejas, mejillas, nariz... y lo que seguía allí no eran más que cicatrices y horrendas hinchazones, desde el mentón hasta lo alto del cráneo, donde faltaban unos puñados de cabellos.

Malvy, loco de terror, no pudo evitar que sus órganos subalternos se liberaran: orines y excrementos corrieron por sus muslos. Buscó su propia voz, aterrado ante la idea de que el miedo que dominaba por completo su ser le privara de ella. Al final dijo:

—Juro por Cristo que nunca he visto los rasgos del Hombre Jabalí, aunque he adivinado en sus maneras las de un gran señor. Por orden suya estoy en París y, dentro de poco, debía regresar a Charente. El hombre al que sirvo nunca me habla salvo de las cosas que emprende contra el príncipe de Adana.

Gréville soltó un ruidoso suspiro.

—No me ayudas mucho, Pequeño Sin Cuartel, lo que sería muy lamentable si no viese en ello, sin embargo, una ventaja.

Con las manos a la espalda, pensativo, el policía de la secreta dio la vuelta a la celda y, luego, empujando con rudeza a «la cosa», pobre criatura que soltó un estertor, se plantó ante Malvy:

—Sí, de todos modos vas a serme útil. Oh, muy a tu pesar, ya lo sé, ya lo sé... Así, cuando la fiera turca haya acabado contigo, los dos tendréis el mismo horrible aspecto, y al veros, a pares esta vez, tal vez otros prisioneros que se encuentren en tu actual situación no se sientan ya tentados a escuchar su razón, evitando de esta manera convertirse en el último miembro de lo que ya contemplo como un espantoso trío...

—¡Hay una cosa!... ¡Sé una cosa!...

El «teniente» de la policía secreta hizo un gesto hastiado, como si, teniendo ya sus proyectos, no quisiera volver atrás. Esbozó un gesto cansado, explicando:

—Mucho me temo, Pequeño Sin Cuartel, que sea demasiado tarde para confesar,

porque ¿sabes?, me digas lo que me digas ahora, y aunque sea el secreto de la muerte de Enrique IV, me va a importar menos que esa nueva idea que vibra en mi espíritu: presentar a los prisioneros recalcitrantes un dúo de monstruos labrado por las manos expertas, aunque turcas, de nuestro virtuoso aquí presente.

El turco se rió de buena gana, pasando una lengua violácea por la hoja de su navaja y observando a Malvy con apetito.

—Escuchadme de todos modos, pues mi revelación os hará saber una debilidad, la única, del hombre de la máscara de jabalí.

Gréville vaciló un largo minuto, dando la impresión de que sopesaba con cuidado —con demasiado cuidado, para Malvy— los pros y los contras. Luego, con bastante viveza, dijo:

—Tengo fama de ser duro pero de cumplir mi palabra, de modo que adelante: sorpréndeme y escaparás a la navaja.

Malvy, pobre araña cuya tela era el muro, se agitó sin sentir plenamente los dolores que aquel movimiento ocasionaba en sus tobillos y muñecas.

—La joven y hermosa marquesa Victoire de La Chesnaie de Flers, ¡ésa es su debilidad!

—¿Tú crees...? —preguntó Gréville con voz gangosa.

—Cierta día me dijo que le cortara la cabeza y se la llevase, luego me alcanzó a todo galope, me insultó, me golpeó y me dijo que, si tocaba un solo cabello de la cabeza de la marquesa, me mataría... En otra ocasión, pensando en voz alta aunque sin mirarme..., por otra parte, nunca me ha mirado a los ojos..., dijo algo así como: «Victoire, arrebatándole la vida, reduciré a la nada la de Valencey». Pero cuando dio las órdenes, ninguna se refería a la marquesa. Yo diría que...

Vaciló.

—¿Qué dirías?... —dijo Gréville, disimulando adrede un gran interés para que Malvy advirtiese que, diciendo toda la verdad, podía escapar del terrible turco.

Malvy se apresuró:

—Yo diría que el Hombre Jabalí ama a la marquesa, como debe amarla, si he comprendido bien, el príncipe de Adana. Ésa es su debilidad y, sin embargo, es un hombre sin compasión.

Gréville reflexionó un breve instante, luego, lanzando una fría mirada a Malvy, le dijo:

—Has salvado tu rostro pero no escaparás a otro castigo. Que lo encierren.

Cuando se hubieron llevado a Malvy, el jefe de la policía secreta se volvió hacia «la cosa» diciendo:

—Gracias. Y perdonadme por el empujón, pero daba veracidad a la escena. Os acompañarán.

Luego se dirigió al fornido bruto turco:

—Mehmed, has estado mejor que nunca.

Gréville abandonó el lugar de buen humor y muy satisfecho de sí mismo. Su

método resultaba excelente. En el fondo, salvo sus escasos hombres de confianza, nadie sabía que «la cosa», bastante bien pagada, era sólo un pobre mozo de cuerda desfigurado por los lobos a quien había descubierto en el hospital general, sospechando de inmediato el partido que podía sacar de él. Del mismo modo, nadie sabía que Mehmed, el «bruto», era sólo un hércules de feria turco, encontrado por azar en el Palais Royal.

Gréville acababa de marcar un punto importante contra el Hombre Jabalí.

Para festejarlo, decidió cenar en La posada del Vivarais y eligió de antemano su menú: jamón con mantequilla de Rennes, cordero en su jugo con ajo de Roscoff, tarta de manzana y vino de Turena.

Ignorando a los policías que le saludaban con deferencia y balbuceaban «mi general», pasando sin pensar en devolverles el saludo, se divirtió meditando en la inteligencia, la astucia y la comedia que se necesitaban para doblegar a hombres endurecidos por una vida de crímenes.

Amaba profundamente su oficio y no lo hubiera cambiado por nada del mundo.

Los acontecimientos se precipitaban: mientras Valencey de Adana ponía rumbo sin vacilar hacia los tres bajeles pesados ingleses, mientras Victoire de La Chesnaie de Flers intentaba valientemente afrontar sola el mantenimiento del castillo y mientras el policía Gréville marcaba un punto en su lucha a muerte contra el Hombre Jabalí, éste no permanecía inactivo.

En efecto, sentado sobre unas resmas de papel virgen en una imprenta de la barriada de Saint-Jacques, el alto señor leía, en su traducción francesa, la última página de un libelo titulado *Valencey de Adana, criminal contra el honor, cuyo subtítulo era Historia verídica de la matanza en el navío hospital «Sweet Princess», relato de un testigo horrorizado*. El autor revelaba en la cubierta su nombre y su condición: «Capitán de fragata Dennis Milford, Royal Navy».

Finalmente, en un prefacio de unas pocas líneas de una perfidia inaudita, el almirantazgo inglés pretendía dirigirse a los franceses, «por encima de la guerra» y en nombre de «la moral universal», para que, cualquiera que fuese la situación militar de los protagonistas, en adelante no se toleraran ya «actos de barbarie» de aquella naturaleza.

Pensativo, el Hombre Jabalí, que esta vez no llevaba máscara, contempló a los obreros que trabajaban. En aquel preciso instante, cinco imprentas parisinas estaban elaborando el mismo libro, trabajando día y noche por cuenta, aunque a través de algunos intermediarios, del duque de Orleans y del pequeño partido antinorteamericano.

El gran señor se levantó y esbozó una sonrisa; luego, dirigiéndose a Phébus Monteroux, que cepillaba su sotana, empolvada en aquellos lugares de labor, soltó:

—¡Nunca volverá a levantar cabeza!

—¡Es otro modo de matar, monseñor! —respondió el cura de rostro congestionado.

Ésa era, en efecto, la opinión del poderoso señor, que sin embargo consideró prudente no aparecer durante algún tiempo por Versalles, pues era excelente en la tarea de enmarañar las pistas.

Tomó tres ejemplares del panfleto y dijo con voz pensativa:

—Cómo me hubiera gustado ver la cara desconsolada de quienes levantaban a Valencey de Adana por encima de las nubes y de todos los del partido norteamericano...

El cura se acercó y le dijo a media voz:

—Él, que sólo citaba a Voltaire, Rousseau y D'Alembert... Él, que predicaba la libertad y la fraternidad entre los hombres... Él, que defendía la virtud contra el cinismo... He aquí que muy pronto será símbolo del crimen con uniforme de oficial, del asesino militar, del soldado sin principios, del sayón cubierto de la sangre de mujeres y niños... ¡Ah, monseñor, hermoso crimen el vuestro!...



El Hombre Jabalí recibió el homenaje tal como le era ofrecido, pues conociendo mejor que nadie al descarriado hombre de Dios, sabía reconocer perfectamente su sinceridad las pocas veces en las que ésta se manifestaba.

No obstante, como solía suceder, el cura exageró:

—Ese perro de Valencey de Adana, esa gloriosa podredumbre...

Ebrio de rabia, de repente el Hombre Jabalí abofeteó al sacerdote y, con una voz más que aguda, le dijo:

—¡Te prohíbo que le insultes!... A su lado tú eres sólo un vil insecto reptando por la mierda... Es noble, valiente, íntegro... Yo sí tengo derecho a odiarle. En todo el mundo, sólo yo.

Sin poder contener un sollozo, salió corriendo de la imprenta.

«Está totalmente loco: resulta que, además, lo aprecia... ¡Loco y mil veces loco!», pensó el mal sacerdote.



Valencey de Adana seguía la pista con instinto certero, que le llevó rápidamente a los que habían escapado del ataque de «los ogros».

Bajo la enérgica dirección de un capitán de Saint-Malo, Paul Clément, el convoy, o al menos lo que de él quedaba, se había reconstituido. De los veintiséis navíos mercantes que zarparon de Brest, siete habían sido hundidos. Sólo una buena noticia: en su prisa por diezmar el convoy francés pasando rápidamente de una presa a otra, esta vez los ingleses no se habían divertido disparando contra los supervivientes, de modo que pudo rescatarse un gran número de marinos y soldados.

En cuanto a los tres navíos de escolta, dos fragatas y una corbeta, poco se sabía de ellos, salvo que se habían lanzado al combate con el objetivo de servir de pantalla entre «los ogros» y las naves francesas que huían. Según el capitán Paul Clément, el enfrentamiento se había producido más al norte, en una ruta cuyas coordenadas dio el hombre de Saint-Malo.

Valencey de Adana acudió sin tardanza pero, a pesar de haber peinado minuciosamente los lugares donde flotaban restos y cadáveres, los marinos de *La Terpsichore*, *L'Argonaute* y la *Betelgeuse* sólo recuperaron a seis hombres, uno de ellos un oficial. Valencey de Adana hizo que le trasladaran de inmediato de la *Betelgeuse*, que lo había rescatado mientras se agarraba a un fragmento de mástil, a *La Terpsichore*, donde le dio ropa seca y un cuenco de chocolate.

Luego, rodeado de sus principales oficiales, recibió al superviviente en la sala del consejo.

El hombre, de unos cuarenta años, era el segundo de a bordo de la corbeta *Bleu de France*, hundida pocas horas antes. Testigo privilegiado, iba directamente a los

hechos, sobrio y preciso en su relato:

—Sabíamos que no teníamos posibilidad alguna de vencer, pero esperábamos permitir a los demás ganar tiempo con sus lentos navíos de transporte, entonces en plena dispersión. El capitán Del Monthet-Salbris tomó una decisión juiciosa. En vez de malgastar nuestras escasas fuerzas atacando cada uno a uno de los tres «ogros», dio la orden de realizar una audaz maniobra y concentrar todas nuestras andanadas en el tres puentes *Honey Bee*. Muy pronto, comprendimos la breve superioridad que nos daban nuestra velocidad y nuestra agilidad. Habíamos previsto una andanada, tuvimos tiempo de efectuar dos cada uno de nosotros. ¡Inesperado! —Permaneció pensativo unos instantes, pues sin duda revivía las peripecias del combate. Luego tomó conciencia de las miradas de los oficiales, en él, advirtiendo con agradecimiento su paciencia. Prosiguió—: Las órdenes especificaban que ignoráramos las terribles baterías del *Honey Bee*, a las que de todos modos no estábamos en condiciones de silenciar. Tampoco debíamos barrerlas cubiertas con nuestros disparos, algo sin embargo muy tentador, pues se veía allí a mucha gente. Todas nuestras piezas, sin excepción, dirigieron sus disparos contra los mástiles y el velamen. Tras la primera salva, mientras nuestros artilleros volvían a cargar febrilmente sus piezas, quedamos sorprendidos al comprobar cómo había sufrido la arboladura del *Honey Bee* estábamos muy lejos de haber infligido a los ingleses una simple picadura de mosquito en el lomo de un elefante. Había que actuar deprisa, pues, cambiando de rumbo, el *Hornet* y el *Hood* viraban para venir hacia nosotros. La segunda andanada confirmó la primera, ya que los objetivos habían sido bien fijados, al menos tuve esa fugaz impresión porque todas las piezas de estribor del *Honey Bee* hicieron fuego entonces y aquello fue nuestro final.

—¿Cuáles fueron los resultados de la andanada del *Honey Bee*?

—La más afectada, la fragata del capitán Del Monthet-Salbris, se hundió en pocos instantes. La otra fragata, la *Connétable du Guesclin*, quedó por entero desarbolada, con la cubierta destrozada y un importante incendio en las calas. Respecto a la corbeta en la que me encontraba yo, duramente tocada, se escoró con rapidez, aumentando la inclinación hasta los cuarenta o cuarenta y cinco grados. Con ese escoramiento tan grande, el agua entraba a chorros por las portas abiertas.

—¿Y vos?

—Me agarré a la batayola, bueno, a lo que quedaba de ella, en compañía del capitán de nuestra corbeta *Bleu de France*, el barón de Merville, cuando éste, viendo que algunos de nuestros hombres caían, dio la orden de abandono y me indicó por signos que me lanzara al mar. Así lo hice, pero, una vez en el agua, advertí que el capitán permanecía en cubierta, esbozando un pequeño signo de adiós: era un oficial de gran valor. La corbeta *Bleu de France* era su primer mando, no quería sobrevivirle.

Valencey de Adana no hizo comentario alguno, y continuó con sus preguntas:

—¿Procedió el *Honey Bee* a una segunda andanada?

El oficial pensó unos instantes y, luego, respondió:

—Sí... y no.

—¿Qué queréis decir?

—Bueno... Ya os he dicho que la fragata *Connétable du Guesclin* ardía, y tengo la certeza de que el fuego acabó llegando al polvorín, pues la fragata estalló. Se partió literalmente en dos, como una cáscara de nuez. Creo que eso ocurrió justo cuando los ingleses disparaban. El terrible espectáculo de la explosión debió de sorprender a los artilleros del *Honey Bee*, pues la andanada fue débil. Algunos, fascinados por la explosión, no dispararon.

—¿Estáis seguro de eso?

—Del todo.

—¿Cuál era vuestra situación personal?

—Nadaba con rapidez, sabiendo que nuestra corbeta *Bleu de France* iba a hundirse, y, como todos, temía el efecto de aspiración que produce un navío al hundirse en las aguas, pero, a mi pesar, me volvía continuamente.

Valencey de Adana mantenía el rostro inexpresivo, aunque sus oficiales, que le conocían, le adivinaban muy interesado. Sin embargo, su voz era neutra cuando preguntó:

—¿Cómo reaccionaron esos artilleros ingleses que, «fascinados por la explosión», según vuestras propias palabras, no habían disparado?

El segundo oficial del *Bleu de France* no vaciló:

—Ésa fue nuestra suerte, capitán. Los oficiales del *Honey Bee*, estoy seguro de eso, hicieron que se recargaran las piezas de quienes habían disparado, pues la tercera andanada fue masiva y la corbeta se desmembró en pocos segundos.

—¿Habéis tenido la oportunidad de evaluar los daños sufridos por la arboladura del *Honey Bee*?

—Importantes. Todos los mástiles principales se vieron afectados y muchos de los pequeños, las velas desgarradas... Me resulta difícil ser más preciso con aquel gran desorden de velas y obenques, pues yo mismo me hallaba en una situación de gran peligro.

—Hubo tres andanadas, teniente, la segunda de las cuales, como sabemos, fue parcial. ¿Cuál fue, y pensadlo bien, la cadencia entre cada disparo?

—Ya está pensado, capitán: el tiempo entre cada disparo fue el mismo. Eran artilleros entrenados para disparar al unísono, pues cargaban las piezas con la misma cadencia.

—Muy bien, teniente: ¿qué sucedió luego?

El oficial agachó la cabeza.

—Éramos unos cincuenta supervivientes, todos de la corbeta *Bleu de France*, pues las fragatas tuvieron muertes más rápidas. Los artilleros ingleses se ejercitaron contra nosotros, contra las cabezas que sobresalían de las aguas... Es una gran vergüenza, capitán, no se dispara sobre los supervivientes y, sobre todo, no a cañonazos.

Valencey de Adana quiso ignorar aquella última frase. No porque fuera insensible a semejante horror, sino porque deseaba a toda costa no dejar que la emoción alterase la opinión que estaba haciéndose del adversario desde el punto de vista estrictamente técnico.

Con voz más fría de lo que hubiera deseado, preguntó:

—¿Duró eso mucho tiempo?

El segundo de la corbeta *Bleu de France* se sorprendió ante la pregunta, pero tuvo la inteligencia de pensar que ésta, formulada por el capitán de la legendaria fragata *La Terpsichore*, tal vez tuviera un sentido que se le escapaba.

Respondió, vacilante:

—Es decir..., para quienes sufríamos los disparos de aquellos asesinos, fue muy largo, demasiado... Desde el punto de vista militar, sí: duró bastante.

—Olvidad el carácter frío de mis preguntas, teniente: me obligo a ver sólo lo que vos llamáis «el punto de vista militar». Justamente, ¿diríais vos que aquellos disparos carecían de precisión?

—Lo diría, capitán, aunque de otro modo: algunos eran muy diestros, otros en absoluto. Se buscaban, todavía no han adquirido esa experiencia y ese hábito de grupo que unen a los artilleros de una batería acostumbrados desde mucho tiempo atrás a combatir codo con codo. En verdad debo añadir que las condiciones eran difíciles para juzgar bien todo aquello: había que sumergirse bajo el agua, ocultarse, hacerse el muerto... Cuando se marcharon, éramos diez pero cuatro de los nuestros han desaparecido. Por fortuna, las costas norteamericanas están cerca, en pleno Atlántico norte habríamos muerto de frío.

Valencey de Adana, terminado ya el aspecto técnico, preguntó con voz más dulce:

—¿Deseáis descansar entre los insurrectos o preferís ser enviado a Francia lo antes posible?

—Quiero volver a Francia, capitán: la creí perdida para siempre.

—De acuerdo. Haremos una presa y la enviaremos con vos a nuestro país. A menos que nos crucemos con una fragata francesa, lo que sería más rápido aún.

Se levantó, abandonó la habitación y se dirigió a cubierta. Dio inmediatamente orden para poner rumbo al sur-sureste.

Campagne-Ampillac, que se había reunido con él, preguntó:

—Te lanzas tras ellos, ¿no es cierto?

Valencey de Adana inclinó la cabeza. Su amigo comprendió que aún no estaba dispuesto a hablar de aquello. Eso vendría más tarde, cuando hubiera analizado cada una de las palabras del oficial del *Bleu de France*.

Cambiando deliberadamente de tema, Valencey de Adana preguntó a Mahé:

—¿Qué te parecería una taza de chocolate con horchata y leche de cabra, señor hermano mío?

—Nuestra cabra está mareada...

—Tráela a cubierta. Además, ¡verá tierra!

La inmensa alegría de Victoire cedió de pronto el paso a una viva inquietud. Ella, que se había sentido henchida de felicidad al ver llegar a su amigo Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort, palideció súbitamente cuando éste, tomándole las manos, dijo con gravedad:

—No traigo buenas noticias, Victoire.

Ella apenas consiguió articular:

—¿Ha... ha...?

Blacfort la tranquilizó enseguida:

—No, tranquilizaos. Está vivo, y ni siquiera está herido. Al menos que yo sepa. Pero un... rumor..., calumnioso sin duda...

Daba pena ver a Blacfort buscando las palabras que menos hirieran a la muchacha.

Victoire, que se había sobrepuesto, preguntó con voz bastante fría:

—¿De qué ce trata, Nicolaz?

Él le tendió un libro de pequeño formato, muy delgado, pero cambió de idea inmediatamente.

—Victoire, he venido desde París, con toda celeridad para ser el primero en hablaros del caso y en entregaros este libro que manos menos atentas, y tal vez llenas de odio, os hubiesen entregado de todos modos.

—No lo aplacéiz maz, Nicolaz: ¿de qué ce trata?

—De una calumnia. Firmada, proveniente de Inglaterra y que ni siquiera oculta este hecho, que sin embargo la descalifica. En este libro, lo juraría, nada tiene la menor relación con Joachim. Sin embargo, en Versalles y en París se lo arrancan de las manos. Los amigos de Inglaterra están exultantes, el partido norteamericano de pronto finge no conocer a Joachim. En cuanto a los que, como siempre, nada han hecho en esta larga guerra y se mueren de envidia, ven en ello una buena ocasión para, con la caída de un héroe, reponerse de esa bajeza que les es natural.

—Dadme ece libro, Nicolaz.

El conde de Blacfort siguió dudando unos instantes y luego se lo tendió, incitándola de nuevo a no creer nada de todo aquello. Pero Victoire no le escuchaba ya.

Se acercó a una ventana y se leyó el corto libro de un tirón, de pie, sin decir palabra, sin interrumpir un solo instante la lectura.

Luego, habiéndolo terminado, devolvió el libro a Blacfort con una leve sonrisa.

—Nada de ezo ez cierto. ¿Que ha hundido un navío hozpital lleno, ademaz, de mujerez y de niños? Cemejante coza no ez ni ciquiera imaginable.

Blacfort admiró la tranquila seguridad de Victoire y pensó que la fe que alimenta el amor es comparable, por su fuerza y su fervor, a la que lleva a Dios.

Invirtiendo la situación, fue Victoire quien tranquilizó a Blacfort:

—Nicolaz, voz y yo lo zabemos.

—Pero ¿y los demás?... —preguntó el conde, cuya voz revelaba cierta angustia.

—¿Loz demaz?... ¿Pero acazo no eztamoz en el reino de Francia?... La mala fe de loz inglecez eztalla en cada línea, el deceo de dezhonrar a un valerozo adverzario ez manifiezto. Un documento tan grocero zólo convencerá a loz convencidoz.

—¡Dios os oiga!... —respondió Blacfort, que sin embargo parecía dudar de ello.



Era una noche sin luna ni estrellas.

Empujada por un viento endiablado, la fragata *La Terpsichore* navegaba con todas las luces apagadas. Ni siquiera se veían, como es habitual por la noche, algunas linternas sordas en las baterías donde dormían los hombres. En cubierta, oficiales y marinos habían recibido la prohibición formal de fumar.

Única fuente de luz, y disimulada también con gran cuidado por unas cortinas negras, un fulgor rojo, el de una mecha vigilada por un artillero que soplabla en ella a intervalos regulares para, en caso de urgencia, utilizarla para encender los botafuegos.

Habiendo abandonado, excepcionalmente, su lugar en la popa del navío, junto al timonel, Valencey de Adana estaba ahora cerca de la proa mientras el barón Guillaume de Lamorville se encontraba de guardia. Al extremo de la proa, indiferente a las salpicaduras que azotaban su rostro, «Diego», el indio maya, escrutaba la noche con sus extraños ojos de un negro carbón abiertos de par en par.

Mahé, que no había dicho ni una sola palabra desde hacía diez minutos, respetando el silencio de su amigo, se decidió de pronto a hacer la pregunta que le quemaba en los labios:

—¿Ha llegado por fin el momento?

—¿De qué momento me habláis, señor hermano mío? —respondió Joachim en un tono en el que se advertía cierta diversión.

Mahé se quedó tranquilo. Lo sabía. Ahora, su amigo había debido de pensar en todos los riesgos y evaluar todas las informaciones obtenidas del segundo oficial en la corbeta *Bleu de France*. Sin embargo, tanteando al porvenir y de acuerdo con un ceremonial establecido entre ellos desde hacía mucho tiempo, fingió inocencia para obtener algunas certidumbres:

—La presencia en la proa de Diego, los mejores ojos del mundo... *La Terpsichore* corriendo el riesgo loco de navegar con todas las luces apagadas... Los hombres enviados a dormir tras una comida muy ligera... El equipo de guardia reducido al mínimo... ¡Vas a atacar esta noche!

—¡Diablos! ¿Ya quién voy a atacar yo de noche? ¿A Poseidón o a otro dios cualquiera?

—Tal vez no a un dios, Joachim, pero si a un semidiós, ciertamente: al *Honey Bee*.

—¿Un tres puentes de tal importancia, de esa promoción de tres que son los mejores del mundo? ¿Y en la oscuridad de la noche?... ¿Con este viento que se desencadena con una violencia inaudita?

—Precisamente, hay en todo ello lo necesario para seducirte.

—Si ésta es tu idea, ¡que sea un ataque nocturno! ¿Acaso no debo complacer de vez en cuando a mi hermano? Pero, entre nosotros, Mahé: ¡corres un gran riesgo!

Sin aliento unos segundos, Campagne-Ampillac se divirtió con la respuesta.

—¡Qué caradura!... Pero bueno, admitámoslo y dime por qué atacas... por qué atacamos.

Valencey de Adana esbozó un gesto vago.

—Esta noche sin luna ni estrellas. La fuerza del viento. La debilidad del *Honey Bee*, que, ciertamente, ha quedado rezagado de los demás.

—¿En qué debilidad piensas: en su arboladura dañada?

—No exclusivamente. Hay varias cosas. Por ejemplo, durante la explosión de una de las fragatas, la mitad de los artilleros, sorprendidos, no dispararon. En la siguiente andanada, el oficial responsable de la artillería hizo recargar las piezas de los que habían disparado. En semejantes circunstancias, nosotros habríamos hecho disparar la mitad de la batería restante. Son muy disciplinados, o muy estúpidos, o ambas cosas a la vez, incapaces de enfrentarse con situaciones imprevistas... y eso no es todo, la regularidad del tiro, el tiempo que dan al menos rápido para que se alinee con los demás. Añade a ello el ajuste de este tiro considerado «lento» por el segundo oficial del *Bleu de France*... ¿Y qué revela esa crueldad consistente en disparar a cañonazos contra los marinos que nadan? Artilleros poco dotados, laboriosos, poco homogéneos para un disparo difuso, incierto. Advierte también que son incapaces de contener su emoción, como demuestra que la mitad de los artilleros ingleses no dispararan al ver estallar la fragata. Finalmente, son muy imprudentes: dejar al *Honey Bee* solo, medio desarbolado, constituye una pura aberración, pues su fuerza sólo es máxima cuando van unidos como los dedos de la mano. —Miró a Campagne-Ampillac y añadió—: ¡No se conocen entre sí! Óyeme bien: son extraños los unos a los otros.

—Pero...

Valencey de Adana le interrumpió de inmediato:

—Salen de escuelas navales de prestigio, de la élite de los puertos de guerra. Han reunido a la flor y nata de las mejores tripulaciones inglesas, pero no se conocen, no pueden contar los unos con los otros y se contradicen en pleno combate, yendo en direcciones contrarias. Si tenemos alguna posibilidad, Mahé, está ahí.

Calló mientras observaba a Diego, el indio maya. Su inmovilidad de estatua había terminado: el hombre se balanceaba de un pie a otro como en una danza cada vez más rápida.

—Siente algo... —murmuró Mahé.

Prodigiosamente interesado por el espectáculo que ofrecía el indio, Valencey de Adana no respondió.

Pese a conocerlos muy bien, los mayas le apasionaban. Su tez cobriza, sus cabellos largos y negros, sus pómulos salientes. Eran sumamente limpios, y se lavaban por la mañana y por la noche, algo que no ocurría, ni mucho menos, con todos los marinos franceses. No temían a la muerte, lo que les convertía en terribles guerreros adornados con extrañas joyas, como cuentas de jade grabadas, collares de turquesas o de coral. Diego y sus compañeros llevaban anillos que representaban un jaguar.

Había sido un capitán español, leal aliado, quien había indicado a Valencey de Adana la existencia de un río cuya embocadura quedaba oculta desde el mar por la configuración en perfil de una abertura natural en unas altas paredes rocosas.

Le había sorprendido el recibimiento de los mayas, y sólo más tarde comprendió la razón. En efecto, desde la línea de flotación hasta lo alto del palo mayor, *La Terpsichore* era roja. El rojo era, para los indios, el color del «dios del este», también llamado «portador del cielo», y que era asimismo dios de la lluvia y de las abejas.

Deseó conocer a aquel pueblo que conservaba a sus sumos sacerdotes, astrónomos, matemáticos extraordinarios, pero que utilizaba cuchillos de sílex. Saint-Frégant, el cirujano de a bordo, aprendió de ellos el uso de un narcótico a base de cal y plantas que aplacaba el dolor: lo utilizó con éxito en algunas amputaciones.

Entre ellos, los indios hablaban yacateca pero muy pronto aprendieron el español y el francés.

Se ignoraba el nombre indio de Diego, llamado también Quetzalcoatl, donde figura la palabra mexicana quetzal, que designa un pájaro de soberbias plumas. Aprendió rápidamente física y química, pero conservaba una pequeña hacha de piedra cuyo mango de madera acababa en una cabeza de serpiente. Y todo era así en ellos, mezcla de ciencia y magia, de razón y superstición.

Eran los más extraordinarios exploradores del mundo. Cuando patrullaban, observaban el cielo y el vuelo de los pájaros, se detenían en cada encrucijada para vigilar el comportamiento de los animales, seguían el curso de los peces de río, cuyos movimientos de cuerpo les indicaba algo y, en efecto, centenares de ingleses habían perdido así la cabeza. Los franceses, ni siquiera los más zafios, no se reían cuando un indio hablaba con un ciervo, con un quetzal de largas plumas caudales, con un tapir, un jaguar, un jabalí o un pavo de verdes plumas. Entre ellos, el verbo era magia. En esto se distinguían del grupo de indios bravos llegados a la base a consecuencia de un error de navegación pero que se quedaron allí. Carecían del refinamiento de los mayas, pero su loca audacia y, había que reconocerlo, su implacable crueldad hacían de ellos guerreros excepcionales.

La voz de Diego sobresaltó a Valencey de Adana:

—Ahí está el navío inglés. Tres puentes, un mástil roto.

—¿Dónde?



El maya señaló al oeste, con un gesto preciso que el capitán francés tradujo de inmediato en medidas marítimas.

Mahé podía presumir de tener una excelente vista, la de Valencey de Adana era legendaria, pero ninguno de los dos penetraba la oscuridad de la noche.

Molesto, Mahé preguntó a Diego:

—¿Lo ves o lo adivinas?

El indio se encogió de hombros.

—Lo veo. Está en mal estado. Un tres puentes. Con este viento, las reparaciones ceden. El palo mayor está roto a la altura del perroquete. Ya está, también el palo de mesana se rompe. Los marinos corren en todas direcciones. Por delante, muy lejos, dos navíos. Dos tres puentes y una corbeta, ésta regresa hacia el herido.

Valencey de Adana procuró calmarse:

—¿Cómo se llama?... Diego, ¿ves el nombre del tres puentes desarbolado?

—*Honey Bee*.

—¿Y los otros dos no han visto nada?

—A las tripulaciones les cuesta mucho reducir el velamen. Pero la corbeta se acerca al herido.

A pesar de las circunstancias, Valencey de Adana admiró al indio que veía en plena noche igual que en pleno día, pero se volvió hacia Mahé.

—Ordena que ocupen los puestos de combate, de boca a oído. Nada de campanas, ni pífanos, ni tambores. Los hombres descalzos. Ni una palabra. Haz que icen un tiburón de pólvora y que preparen otro. Todos los artilleros de las baterías detrás de sus piezas. ¡Adelante!

Mahé vaciló.

—Es un tres puentes que tiene fama de no hundirse, Joachim.

—Mahe, transmite mis órdenes, ¿quieres?

Luego, con lentas zancadas, el capitán se dirigió a la popa del navío pensando que su destino le aguardaba allí.

Los puertos de guerra de Inglaterra y, más especialmente, sus tabernas eran desde hacía algún tiempo el escenario de violentas peleas entre marinos. Pues no es falso afirmar que, sea cual sea su país, los marinos tienen en común algunos valores que no se discuten, salvo si están mal informados.

Así pues, aunque muchos marinos de la Royal Navy se indignaban ruidosamente, entre cerveza y cerveza, por el comportamiento de Valencey de Adana, cuyos detalles conocían por el libro del capitán del *Furious* Dennis Milford, otros no toleraban que se dijeran esas cosas.

Comenzando por los marineros y los soldados del *Furious*, testigos directos, cuya honestidad se enardecía viendo atribuir así los vicios de Milford a un capitán francés que, por el contrario, se había comportado dignamente, respetando el navío hospital *Sweet Princess* y sin mancillar su honor.

Un capitán conocido por miles de marinos cuyos bajeles, en efecto, había hundido, aunque siempre había hecho rescatar a los supervivientes por su navío auxiliar, *L'Argonaute*.

Y eso suponía mucha gente...

Por lo demás, en lugares más encopetados los oficiales del *Furious*, hartos de su jefe, no dejaban de restablecer la verdad.

Poco después del inicio de tan tumultuosos acontecimientos, los del *Furious* recibieron una ayuda vigorosa aunque muy inesperada. Efectivamente, tras largas reparaciones improvisadas en alta mar, el *Duke of York* del capitán Peter Nolan acababa de llegar a Inglaterra, donde su tripulación contaba una historia muy distinta. Y al oírle, aunque la gente se extrañara de que *La Terpsichore*, con el apoyo de los navíos francoamericanos *L'Argonaute*, *Betelgeuse*, *Not Alone*, *Young Tiger* y *Ask For The Moon*, hubiera aceptado un singular combate con el *Duke of York* cuando nada la obligaba a ello y cuando muchos otros lo hubieran evitado, la gente se maravillaba de que el capitán francés, dado el valor de Nolan, no hubiera acabado con él tras haberle vencido, y que se hubiese limitado a paralizarlo provisionalmente averiando su timón.

Muy pronto, una fuerte emoción sucedía al asombro y a menudo corrían las lágrimas cuando se sabía que, por elegancia, Valencey de Adana había hecho fundir su valiosa vajilla grabada con sus armas mientras sus tiradores de élite sólo disparaban para herir con balas de... ¡plata!

Semejante espíritu caballeresco conmovía a aquellos hombres, sin embargo rudos, ajenos hasta entonces a semejantes consideraciones, y todos ellos sin excepción creyeron con firmeza que un capitán capaz de semejante delicadeza con el *Duke of York* no podía ser el asesino de la *Sweet Princess*.

Entretanto, los oficiales del *Duke of York* contaban en los círculos de la pequeña nobleza su singular aventura con los franceses de *La Terpsichore*.

Desde los puertos, las noticias iban llegando a las ciudades, transportadas por los

viajeros como hacen las abejas con el polen, formando, de paso, enjambres en las campiñas.

Los ingleses, aunque muchas veces son duros con los continentales, tienen también excepcionales cualidades, y entre ellas ésta, muy rara: la de saber reconocer el talento en el adversario. Y admirarle.

Al acecho, los espías del almirantazgo previnieron a las autoridades superiores y su conocimiento del asunto precedió, por poco, al que de él tuvieron los círculos liberales, la propia corte y, por fin, el rey.

Éste reaccionó con extremada violencia, y sin tener en cuenta de ningún modo las incitaciones a la prudencia de su principal espía, Dawson, ordenó de inmediato varias medidas radicales.

En primer lugar, los tres periódicos que se habían hecho eco del asunto fueron secuestrados. No podía hacerse nada mejor para dar crédito a esas noticias...

Además, el informe del capitán Peter Nolan fue destruido y éste encerrado sin juicio en una ciudadela del norte de Londres.

Por último, disolvieron las tripulaciones de los bajeles *Furious* y *Duke of York*, separaron a los oficiales y los marinos, dispersados en distintos navíos... Pero eso suponía multiplicar mucho más los focos de infección, pues, en las decenas de navíos a los que llegaron los oficiales y marinos de ambas tripulaciones dispersas, la verdad se conoció muy pronto.

Todas estas acciones, emprendidas urgentemente, sólo tuvieron un efecto: dar pábulo a la idea de una conspiración.

De fuego de paja que desprendía más humo que llamas, el asunto pasó a ser incendio de bosque, y muy pronto toda la marina rugió con una sola voz, como si la Royal Navy estuviera al borde del motín.

Resignado, Francis William Dawson se dijo que llegaría el momento en que tendría que intervenir para salvar lo que todavía pudiera ser salvado.

Por ejemplo, la corona de Inglaterra...



En Francia, la situación era muy distinta. El propio rey, tras haber leído el escandaloso libro, montó en cólera.

¿Era del todo sincera aquella gran rabia?

Nada es menos seguro. Como es sabido, a Luis XVI no le gustaba Valencey de Adana, ni su prestigioso linaje, ni su desenvoltura con respecto al poder real, ni su desinterés que le hacía —¡y por tres veces, ay!— incorruptible. Su temeridad, su insolencia al desafiar a la suerte, el hecho de que tras todas aquellas batallas siguiera invicto, su tripulación de negros, francmasones y demás indios, su modo de esquivar

órdenes y reglamentos, todo aquello enojaba profundamente al rey, quien, por un curioso vericuetto del pensamiento, veía en ello un desafío a su autoridad y un ataque contra su propia persona.

En fin, de haberse esforzado en admitir sinceramente la verdad, Luis XVI hubiera añadido a tan larga lista razones más personales. Aunque menos confesables.

Por ejemplo, la silueta del príncipe, aquel cuerpo fino, ágil y algo felino, aquel rostro iluminado por tan conmovedora sonrisa y, sobre todo, aquellos fascinantes ojos verde gris. El aspecto y la elegancia son cosas que no se compran —las hay en el pueblo—, y el monarca lo deploraba, avergonzado por su gordo cuerpo sin gracia que utilizaba del peor modo desplazándose con pesadez. Se imaginó por unos instantes parecido a Valencey de Adana con su hermoso uniforme, el sable al costado, las charreteras de oro, el tricornio negro, o azul marino, no sabía ya...

Suspiró. Mimado así por la naturaleza, ¿no habría obtenido con mayor seguridad el afecto de la reina y su fidelidad?

Entonces hicieron entrar al duque de Castries, ministro de Marina, a quien el rey había ordenado llamar.

Castries saludó y luego sonrió, pero muy pronto la gélida actitud del soberano le inquietó. Por lo demás, quedó muy sorprendido ante lo que oía:

—¿Lo habéis leído, señor?... ¿Sabéis leer, al menos?... —preguntó el rey lanzando a los pies del duque la traducción francesa del libro de Milford.

Sorprendido por la violencia del gesto y de las palabras, el duque recogió el panfleto y respondió:

—Claro que sí, majestad. Y no le confiero el menor crédito.

El rey resopló de cólera por la nariz, lo que, según pensó el duque de Castries, le daba el aspecto de un buey enojado.

—Señor, yo creo que todo eso es cierto pues es muy del estilo de Valencey de Adana, quien, despreocupándose de las reglas del decoro y del respeto debido a su rey, puede también desentenderse de esa humanidad que debe manifestarse incluso en la guerra.

El soberano hizo una pausa, luego prosiguió:

—¿En qué lugar de Francia habrá apostado? ¿En qué puerto?...

—¿Cómo saberlo, majestad? A menudo lo hace en Brest, pero otras veces ha sido sorprendido en la bahía de Quiberon, donde espera el viento para subir hasta Nantes a bordo de la *Betelgeuse*. Cuando no indican su presencia en la isla de Aix, que le gusta mucho...

—¡Qué hipócrita!... —gritó el rey.

Castries se rebeló:

—Majestad, actúa así con el fin de despistar a los ingleses, que están dispuestos a mandar toda una escuadra para hundirle.

Luis XVI movió negativamente la cabeza, demostrando así que su ministro de Marina no le convencía en absoluto. Luego, con una voz que intentaba ser neutra:

—En otro tiempo, y por un asunto menos grave, os habría dicho: «Castries, que le ahorquen o le hagan almirante».

El duque sonrió, convencido de que las cosas iban arreglándose, de que la cólera del rey cedía y que sólo la segunda solución parecía imaginable: no se ahorca a un príncipe de Adana por algunas ruines calumnias.

Pero el ministro se desilusionó rápidamente, ya que el rey prosiguió con voz sibilante, cuyo tono iba hinchándose y cuyo ritmo se aceleraba por efecto de un odio casi palpable:

—Será algo ejemplar. Todos esos La Fayette, Noailles, Lauzun y sus amigos tendrán motivos para reflexionar sobre el hecho de que el reino de Francia nada tiene en común con su América, ese «nuevo mundo» donde nada se respeta.

El duque de Castries, aunque asustado, luchó, pero con las armas de la diplomacia:

—Majestad, los norteamericanos no lo comprenderían. Los insurrectos, los que saben que Valencey de Adana está al mando de *La Terpsichore*, y hoy casi todo el mundo está informado de ello, todos éstos, sire, veneran a Valencey de Adana. Lo mismo ocurre entre nuestros aliados españoles, su marina estará siempre a su lado: ¿cuántos navíos españoles a punto de ser hundidos debieron su salvación exclusivamente a la aparición de la fragata roja donde ondean las flores de lis?... Majestad, este panfleto es una maniobra de Inglaterra para acabar por medio de la calumnia con un hombre al que no saben vencer en el mar. En fin, majestad, teniendo en cuenta la abnegación del príncipe, las decenas de victorias puestas a vuestros pies, no se puede condenar a Valencey de Adana sin escucharle. Es un hombre caballeresco...

El rey le interrumpió:

—¡Caballeresco!... ¿Acaso sois un imbécil? ¡Pues yo no, digan lo que digan!... Su modo de hacer la guerra es, exactamente, la descripción del mundo que él desearía ver mañana. Él querría que el señor tratase al campesino, el comerciante a su empleado y el hombre a su mujer como él trata a los ingleses. Es evidente, es como un lenguaje, ¡y un lenguaje del todo claro!... Valencey de Adana lleva en sí la revolución como la tempestad lleva el rayo. Oh, tal vez él mismo no lo sepa, pero en su mundo yo ya no tengo cabida. Abrid los ojos de una vez: sus combates y el modo de librarlos son el espejo del mundo al que aspira. Es la peligrosa filosofía de la *Enciclopedia* al servicio del arte militar. Sí, es peligroso, muy peligroso. Y además, molesto: me molesta, molesta a nuestros enemigos, molesta... ¡Molesta en general!

La cólera cedía y Luis XVI se encogió de hombros.

—Ordeno que, a su llegada a Francia, Valencey de Adana sea detenido y llevado a la Bastilla, donde permanecerá absolutamente aislado. Ordeno que se envíen correos para que ese capitán indigno regrese de inmediato a Francia. Exijo que sea totalmente rascada y eliminada la pintura roja de *La Terpsichore*, y que se haga de inmediato, esté donde esté. Finalmente, que se diga una misa en Notre-Dame por las

víctimas de esa *Sweet Princess*, todas esas mujeres y niños heridos y enfermos. ¡He dicho!...

El viento embestía contra los bajeles con largos aullidos y éstos, bajo un cielo tan negro como el hollín, luchaban por la supervivencia.

Así ocurría con el *Hood* y el *Hornet*, ahora separados el uno del otro y demasiado maltratados para prestarse asistencia. *A fortiori*, como es natural, los dos bajeles pesados habían perdido todo contacto con el *Honey Bee*, presa de las mayores dificultades desde la desesperada carga de las dos fragatas y la corbeta francesa, que, dejándose en ello la vida, habían causado graves desperfectos en la arboladura del «ogro».

Sólo la corbeta *Morning Star*, y semejante acción no dejaba de tener mucho mérito, intentaba con peligrosas idas y venidas mantener el contacto entre los tres mastodontes.

Pero si aquellos cuatro bajeles ingleses ignoraban por completo la presencia francesa, inimaginable por lo demás dado aquel detestable tiempo, no se daba la situación inversa. Sin embargo, la suerte no sonreía a los franceses y, aunque las distancias entre ellos no fueran en absoluto considerables, una primera paloma mensajera se había perdido, lanzada a un mar del que el infeliz animal no había podido liberarse.

Valencey de Adana ordenó que preparasen otra paloma mensajera especializada también en distancias cortas, pues si algunas palomas habían sido adiestradas para encontrar la tierra de Francia, otras, que carecían de la fortaleza de las primeras, se limitaban a llevar mensajes de *La Terpsichore* a la *Betelgeuse* o *L'Argonaute*.

Esta vez la misión tuvo éxito, y Valencey de Adana inició la ejecución de su plan. Se trataba de algo muy ambicioso, pues el viento aumentaba su violencia, el cielo parecía un agujero oscuro y el mar, de arbolada, estaba adoptando ese estado que precede al más furioso desencadenamiento.

Todo dependía de la sorpresa... Y la primera víctima fue la corbeta inglesa *Morning Star*. Ante la sorpresa de su capitán, muy pronto se vio perseguida por una corbeta francesa, la *Betelgeuse*, cuyo mordiente puso en estado de inferioridad, de entrada, a los oficiales y marinos ingleses.

El capitán del *Morning Star*, sabiamente, apostó por la bien conocida velocidad de su navío, pues, escapando, pensaba poder tener tiempo para reflexionar sobre la conducta que seguir. Pero, con gran sorpresa por su parte y aunque utilizara hábilmente su velamen, la *Betelgeuse* se reveló infinitamente más rápida, aproximándose tanto que casi le dictaba su ruta, la única que podía evitar la colisión.

Luego, de pronto, corriendo el riesgo de romper sus mástiles, la *Betelgeuse* viró de modo muy cerrado mientras, asustado, el capitán inglés descubría ante su proa un verdadero muro, nada menos que una fragata y un gran navío auxiliar.

Adoptó entonces la única conducta que parecía posible, pero de este modo firmó su sentencia de muerte: temiendo chocar, cambió de rumbo. Al hacerlo, si hasta

entonces sólo había mostrado la proa, ofreció sus flancos. Las decenas de cañones de *La Terpsichore* y de *L'Argonaute* hicieron fuego al mismo tiempo y el tiro fue tan preciso que la corbeta inglesa pareció titubear durante unos treinta segundos, para luego hundirse por la proa y desaparecer para siempre.

Los tres «ogros», que lo ignoraban, acababan de perder su guía, sus ojos y su pez piloto.

Sin dedicar ni una palabra al *Morning Star*, sin que un solo rasgo de su rostro expresara su profunda emoción, Valencey de Adana ordenó un nuevo rumbo.

Mahé, que estaba a su lado, y Guillaume de Lamorville, que acababa de ordenar el victorioso tiro de los artilleros, intercambiaron una mirada; luego, el amigo de siempre se exaltó.

—¿De modo que se trataba de eso?

—Sólo de eso, Mahé.

Lamorville, más lento en comprender, por fin lo hizo:

—Tenéis razón, capitán, primero había que hundir al *Morning Star*.

—Eso es, teniente. Y supongo que sabéis por qué...

—El *Morning Star* era el eslabón que conectaba el *Hood* y el *Hornet* con el *Honey Bee* en dificultades. Ahora, el *Honey Bee* está solo. Y vamos a atacarlo.

—Sois un excelente oficial, Lamorville. Pero el *Honey Bee* sigue siendo un tres puentes de ciento diez cañones y mil doscientos hombres de tripulación. Regresad a vuestras baterías, teniente, y que Dios nos guarde. Dios o el diablo.

Aunque fuese francmasón, Lamorville se persignó antes de regresar a las profundidades de *La Terpsichore*.



El comandante del *Honey Bee*, con un largo camisón, contemplaba despreciativo al oficial de guardia empapado que se había atrevido a despertarlo. Muy satisfecho de sí mismo, tenía sobre la gente y las cosas unas ideas definitivamente fijas.

—¡Divagáis, mi pobre amigo!... ¿Queréis repetírmelo?

—Fulgores de artillería, señoría. Lejanos, pero varios hombres de guardia los han percibido.

—¿Entre ellos vos mismo?

—Yo no, señoría. El ataque habría sido breve, una sola andanada. Varios hombres así lo han jurado.

—¡Jurado! ¡Jurado! ¡Juran demasiado!... ¿Y la salva habría sido dirigida contra nosotros?

—No, señoría.

Sorprendido, el comandante del *Honey Bee* miró al oficial de los pies a la cabeza.



—¿De modo que los franceses, con este viento desenfrenado y la tormenta que se avecina, están disparando contra los peces?

—Lo ignoramos, Señoría. Pero el *Morning Star* no ha reaparecido.

El aristócrata inglés reflexionó un instante. Era bastante buen marino y en su larga —tal vez demasiado larga...— carrera había visto muchas cosas extrañas. ¡Pero de todos modos, aquello!... Vaciló. El mando del *Honey Bee*, uno de los tres florones de la Royal Navy, constituía un grandísimo honor y, aunque la existencia de los tres bajeles se mantenía en secreto, no sucedería lo mismo tras la victoria sobre los franco-hispano-americanos. Entonces se produciría una lluvia de honores y de recompensas.

«No —se dijo—, eso es imposible».

Los franceses acababan de recibir una paliza, ya que habían perdido dos fragatas y una corbeta así como varios navíos mercantes o de transporte, de modo que estarían más bien lamiéndose las heridas.

Movió negativamente la cabeza y, en un tono cortante, dijo:

—Encadenad a esos hombres: han bebido. Que los sustituyan. Comprobad que la tripulación de guardia esté en condiciones de asumir correctamente sus servicios. Y dejadme dormir. Eso es todo.

Volvió a acostarse de muy mal humor. Los graves problemas con los mástiles ya le contrariaban lo suficiente: sólo le faltaba evocar algún barco fantasma...

Cuando estuvo solo, repitió:

—Un barco fantasma...

Durante unos segundos pensó en *La Terpsichore*... Luego se encogió de hombros.



Escortado por hombres armados, el oficial de guardia ordenó que formaran ante él los seis marinos que afirmaban haber visto los fulgores de una andanada artillera. Por desgracia, los conocía a todos y conocía, pues, su seriedad. Uno de ellos, originario de Sunderland, era famoso por ser un inveterado bebedor de agua, incluso en tierra.

Pacientemente, les pidió que repitieran su relato, y ellos lo hicieron de buena gana. Sólo variaba, según las versiones, el número de cañones estimados, que oscilaba entre treinta y sesenta. Pero, por lo demás, la concordancia era perfecta.

Entonces el oficial les pidió a todos que le echaran el aliento a la cara, pero no encontró en él el menor rastro de alcohol.

Bastante molesto, ordenó que fueran encadenados de inmediato, pero las protestas y la afirmación de la buena fe de los marinos gravitaron pesadamente sobre su corazón, presa de dudas. Su instinto le indicaba que aquellos hombres decían la verdad, su sentido de la jerarquía y la estima que sentía, pese a todo, por el

comandante le incitaban a no creerlo.

Desgarrada, su pobre alma vacilaba.

¿Qué conducta seguir? ¿Correr todos los riesgos y ordenar que despertaran a los artilleros y doblasen los hombres de guardia? Eso significaba acabar con su carrera, pues cuando el comandante lo supiese a la mañana siguiente interpretaría aquella actitud como una desautorización.

Suspiró. Tomó su decisión: el *Honey Bee*, sucediera lo que sucediese, estaba capacitado para defenderse. En cuanto a él, no podrían reprocharle nada.

Además, ¿quién sabía si aquel fugaz fulgor no era un relámpago aislado? Con aquel viento que aullaba...

Se quedaba sola, una vez más.

Su amigo Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort, había regresado a París, donde ella le había asignado la imperiosa misión de contrarrestar en todas partes los deletéreos efectos del panfleto inglés. Por otra parte, Nicolas parecía no pedir sino eso, tras haberle asegurado que ni por un solo instante pensó que Valencey de Adana hubiera faltado al honor, pero que vacilaba ante la monstruosidad de la difamación, tan irrisoria parece a veces, en su sencillez, la mera verdad.

Tras haberle hecho jurar, aunque él se resistiese, que no se batiría en duelo por el honor de Joachim, ella lo vio partir y se despidió la mano cuando él se volvió a medias sobre su montura; luego ella regresó al castillo, tan desesperadamente vacío.

Sentía una especie de alegría al luchar de ese modo por un hombre que no podía aceptar su amor, como si su desinterés diera a su pasión un carácter aún más profundo.

Acarició maquinalmente la canosa cabeza del viejo perro de tía Aglaé, que se había acercado para frotarse contra sus piernas.

Luego, segura de sus sentimientos, reafirmó aquella esperanza suya que tantas veces le parecía pura locura, la convicción de que el amor es algo mágico que se alimenta de flujos secretos, uno de los cuales, por lo menos, es lo que con generosidad se emprende por el otro... sin esperanza de reciprocidad.

Pero el efecto duró poco y se desvaneció al llegar la caída de la tarde, ese angustioso instante en que la noche toma posesión de la campiña y, en el lindero de los bosques, los lobos comienzan a aullar.

Insensiblemente, fue cayendo en la melancolía, deseando que pasaran pronto los años, arrebatándole la juventud. Y que, envejecida y más sola que nunca, sanara por fin de ese mal que le corroía el alma y el corazón: la esperanza.



El *Honey Bee*, sin desconfianza, seguro de ser invencible, brillaba en plena noche sobre las oscuras olas.

A fuerza de trabajo e ingenio, pero a costa de algunas caídas mortales, los ingleses habían conseguido consolidar parte de la destrozada arboladura. Además, con sensatez, habían disminuido mucho el velamen. Así, aunque la velocidad se viera considerablemente reducida, los ingleses tenían al menos la seguridad de no «romper madera» una vez más bajo las ráfagas de un viento demente.

Tras todos los esfuerzos realizados, era hora de relajarse, y los marinos, sin inquietud alguna, no evitaban las linternas, de modo que en la negrura del cielo y del

mar el *Honey Bee* parecía una araña de cristal encendida durante una gran fiesta en Versalles.

El ataque relámpago de los franceses había sido cuidadosamente preparado por Valencey de Adana, y su brillante estado mayor, al ser consultado, había aprobado aquel plan audaz proponiendo algunas sugerencias de detalle.

Una vez más, el comandante de *La Terpsichore* insistía en la esencia de la operación: era preciso apostar sobre todo por la velocidad y la sorpresa conjugadas con la violencia de un ataque combinado de los tres navíos del reino de los lises.

La noche estaba muy avanzada. Hasta el punto de que Valencey de Adana incluso estuvo a punto de aplazar el ataque veinticuatro horas, pues temía que les sorprendiera el alba. Sin embargo, todos los hombres mostraban tanta decisión que pronto advirtió que hubiera sido desastroso para la moral de los suyos aplazar el combate con «el ogro».

*La Terpsichore* fue la primera en atacar. Corriendo grandes riesgos, la fragata flanqueó por babor el tres puentes, avanzando tan deprisa y tan cerca, mientras el *Honey Bee* se arrastraba, que los ingleses de guardia se sobresaltaron: podían mirar a los ojos a los franceses.

Atemorizados, paralizados, pero en su mayoría clarividentes, vieron avanzar hacia ellos un «tiburón de pólvora», una terrible silueta gris con aleta dorsal navegando entre dos aguas...

Un contramaestre iba a tocar la campana de alarma cuando el pesado bajel sufrió una especie de hipo, como si por unos instantes se encabritara tras el golpe de un ariete. Una potente explosión sacudió poderosamente el estremecido navío, pero su tripulación no tuvo tiempo para reaccionar: *La Terpsichore* disparaba todos sus cañones de estribor, apuntando a las baterías inglesas, el timón, las cámaras de oficiales, en resumen, a todos los órganos vitales del «ogro».

Menos de un minuto más tarde, un segundo navío francés que parecía un navío de guerra auxiliar procedente del transporte hizo fuego a su vez con sus treinta cañones contra los mismos blancos.

Finalmente, casi al mismo tiempo, una corbeta francesa inició también el tiro de una decena de piezas, ensañándose contra la artillería del *Honey Bee*.

Algunos artilleros ingleses, apenas despiertos aún, ocuparon sus puestos para comprobar que los tres navíos franceses habían desaparecido, evaporándose en la oscuridad de la noche.

De las calas subían aullidos de dolor y vociferaciones, órdenes y contraórdenes se aniquilaban. El barco, que aún se había vuelto más pesado debido a la enorme vía de agua, no respondía al timón, pero la formidable máquina de guerra inglesa parecía estar en condiciones de soportar el golpe.

El comandante, a medio vestir, había subido a cubierta mientras sus oficiales iban a reunirse con él corriendo, con cierto terror, saltando por encima de los restos y los muertos.

Colérico, el hombre que presidía los destinos de casi mil doscientos hombres soltó secamente sus órdenes:

—Informe inmediato y preciso sobre... la avería. Que vuelvan a ponerse en condiciones las baterías de babor, trasladad cañones de una borda a otra si es necesario. Apagad las linternas inútiles, cubrid las otras. ¡Doblad los equipos de las bombas! Que no se pierda tiempo con los heridos. Todos los fusileros a cubierta, que algunos equipos arrojen los restos al mar y que se disponga la artillería ligera. ¡Quiero un informe cada diez minutos! Vamos, señores, sobrepónganse: las pulgas nada pueden contra los elefantes.

—¡Qué imbécil!... —masculló un oficial entre el desorden de la dispersión.



La apuesta era arriesgada, el blanco estrecho: nunca aún la infernal máquina de *La Terpsichore* había tenido que apuntar a una superficie tan pequeña. En efecto, perpendicular a la ruta de la fragata francesa, la popa del *Honey Bee*, aunque panzuda, sólo se mostraría durante unos pocos segundos ante quienes apuntaban desde el «tiburón de pólvora»: la fragata pasaría deprisa, tendrían sólo un instante para disparar contra la parte trasera del «ogro».

—¡Disparad!... —aulló Valencey de Adana cuando la tripulación, casi unánime, habría aguardado aún unos segundos. Era un disparo muy personal, sólo el responsable de semejante operación podía apreciar sus riesgos, como parecía evidente que tendría que asumir a solas la responsabilidad del resultado.

A los conocimientos científicos de Valencey de Adana se les sumaban el instinto y, por descontado, la experiencia de disparos precedentes. En estas circunstancias, lo que era verdad en un instante no lo era un segundo más tarde, y aquello generaba cierta tensión, pues la orden del capitán debía ser ejecutada de inmediato.

En su soledad, Valencey de Adana mantenía una profunda convicción forjada a partir del estado del mar, la velocidad del «tiburón de pólvora», la de los vientos y, finalmente, el rumbo y la velocidad del *Honey Bee*.

La popa del enorme tres puentes pareció levantarse unos instantes, luego los artilleros de *La Terpsichore* abrieron fuego. Muy pronto, los otros dos navíos franceses hicieron lo mismo. Los excelentes artilleros de *L'Argonaute* y la *Betelgeuse* se ensañaron contra aquella popa ricamente decorada con dorados, aunque muy vulnerable.

Semejante concentración de balas contra tan pequeña superficie, tratándose además de un cañoneo casi a quemarropa, produjo un resultado devastador: la popa del *Honey Bee*, destrozada, ya sólo era un montón de madera astillada y carne humana desparramada.

Además, como es lógico, el centro del navío había sido gravemente dañado y también allí el «tiburón de pólvora» acababa de abrir bajo la línea de flotación un agujero de casi un metro cincuenta de diámetro.

El gobernalle, que había constituido el primer objetivo, no existía ya. Asimismo, el comandante del *Honey Bee* había resultado muerto, junto con la mayor parte de su estado mayor.

Ignorando las aclamaciones y los gritos de victoria de sus casi doscientos oficiales, marinos y soldados, Valencey de Adana, con el rostro impenetrable, ordenó con voz neutra:

—Rumbo al este. Nos alejamos pero permaneceremos a la vista. *L'Argonaute* se mantendrá más rezagado.

El alférez de navío Bernardin des Essarts, marqués de La Mellerie, se apresuró a transmitir las órdenes; mientras tanto, Campagne-Ampillac se acercaba a su amigo y, al darse cuenta de ello, los demás oficiales se alejaron discretamente.

—¿Crees que el *Honey Bee* puede soportar semejantes golpes?

—Es un tres puentes magnífico, muy resistente.

Mahé concretó más:

—Joachim, te pregunto tu opinión.

—¿Cómo voy a saberlo?

Mahé sonrió.

—Porque eres nuestro mejor capitán y, además, ingeniero y arquitecto naval. Tú sabes si «el ogro» puede sobrevivir a dos «tiburones de pólvora», como dicen los ingleses.

—Dime primero qué piensas tú, para que yo lo sepa.

—Joachim, va a sobrevivir. Los tres puentes pocas veces se hunden. ¿Tengo razón?

—No, te equivocas. Va a hundirse. Yo concebí el «tiburón de pólvora», que además fue mejorado por los señores Ly y Gunnar Nordgren, para que su herida fuese fatal: el *Honey Bee* ha recibido una en el centro y otra en la popa. Ya está muerto.

—¿Ba... bastará lo que hemos hecho ya?

—Los impactos, piensa en los impactos. Nadie puede tapar semejantes agujeros en la línea de flotación. ¿Puedes imaginar la cantidad de agua por minuto, la has calculado?... ¡Es vertiginoso!... Y toda esa agua llena las calas, va ascendiendo cada vez más, invadirá la cubierta más inferior y, una vez inundada ésta, les tocará a las otras... hasta el final. —Reflexionó y añadió—: Teniendo en cuenta el tamaño de este navío, su volumen y su resistencia, durará más que de costumbre. Una interminable agonía a la que preferiría no asistir.

—Pero Joachim, debemos saber, tenemos que rendir cuentas...

Una arruga de contrariedad contrajo la boca del comandante de *La Terpsichore*.

—¿Rendir cuentas?... ¿A quién? ¿Al rey? ¿A esa reina frívola? ¿A la corte, donde hablarán de ello medio día antes de pasar a otra cosa y olvidarlo? —Una cierta

vehemencia sucedió a la amargura—: Mahé, no tienen ninguna imaginación, no saben nada de los sufrimientos de los hombres, de esos que acaban ahogados como ratas en las calas, de los heridos que aúllan sin que nadie tenga tiempo para ocuparse de ellos. ¿Decírselo, a ellos?

Mahé buscaba qué responder cuando, siguiendo la mirada de su amigo, vio un resplandor blanqueando en el horizonte: el alba llegaba...

El duque de Castries comprendió que esta vez Valencey de Adana no saldría bien librado.

No se trataba de uno de aquellos caprichos reales que los soberanos olvidan en cuanto se presenta un asunto más serio. Era una verdadera obsesión y Luis XVI quería que las cosas concluyeran enseguida, es decir, en otras palabras, que el capitán de *La Terpsichore* se convirtiera rápidamente en huésped de la celda que tenían dispuesta para él en la Bastilla. Modo de detención: incomunicado. Tratamiento: régimen duro, es decir, cadenas en las muñecas y los tobillos.

Al principio Luis XVI se había enfurecido por el tiempo que tardaban en localizar *La Terpsichore*. Conocía todas las conexiones en el Atlántico entre fragatas rápidas y palomas mensajeras que iban de una a otra: intentar engañarlo en este punto hubiera sido tan inútil como peligroso.

Luego advirtió:

—Que no exista malentendido alguno, Castries: si Valencey de Adana tarda en presentarse, el veredicto será más duro aún. Si huye, se confiscarán todos sus bienes mientras se dicta la pena de muerte.

Fue más o menos en ese momento cuando el ministro de Marina comprendió realmente que la cólera del rey tenía motivos ajenos al asunto de la *Sweet Princess*, sobre todo considerando que, respecto a éste, sólo se disponía aún de la versión inglesa, es decir, de la del enemigo. El rey ni siquiera hablaba de escuchar, a su regreso, a los oficiales de *La Terpsichore*, la *Betelgeuse* y *L'Argonaute*.

Pensativo, el duque de Castries imaginó que se trataba, entonces, de castigar a un gran aristócrata bastante desenvuelto en sus maneras, ¿pero no habían actuado siempre así los Valencey de Adana?... ¿Y desde antes de los Borbones, incluso con los Valois? ¿Y no habían soportado hasta entonces los reyes de Francia esa pequeña molestia valorando el hecho de que los príncipes de Adana eran siempre oficiales ejemplares? A lo que se añadía que, aunque se mostraran sombríos, aquello ofrecía la contrapartida y la ventaja de que nunca molestaban en la corte, donde ya había demasiada gente, ni asediaban al rey con solicitudes de privilegios e incesantes súplicas para aumentar sus beneficios.

¿Por qué no aceptar a Valencey de Adana con sus pequeños defectos y sus inmensas cualidades?... De acuerdo, no se parecía a nadie, era insolente con los poderosos y atento con los débiles: ¿tan grave era eso?

El duque de Castries recordó la última visita de Valencey de Adana a Versalles... Aquel modo tan suyo de atravesar la gran galería con su elegante uniforme, mirando sólo la nuca del oficial de la casa del rey que le guiaba... ¡Qué extraño comportamiento el suyo, aquella indiferencia ante los admirados ojos de los hombres y los turbados ojos de las mujeres!

El ministro tuvo una súbita revelación: «Olvidemos que tú eres rey y yo duque; y,



de hombre a hombre, Luis, ¡sencillamente estás celoso!... ¡Y eso es indigno de un soberano!».

En cambio, dando aquello por sentado, el rey le había preocupado con lo de la «guerra revolucionaria» del príncipe, escaparate de un nuevo mundo.

Sumido en sus pensamientos, Castries no se había fijado en la intensidad con que lo miraba el rey, como si hubiera oído aquellos pensamientos secretos.

Luis XVI añadió con sequedad:

—Necesitamos dar un ejemplo con el partido de los insurrectos. Lo haremos con Valencey de Adana. Eso es todo, Castries.



Muy lejos de allí, entre América y las Antillas, demasiado ocupado con el fin del *Honey Bee*, Valencey de Adana ignoraba que querían encerrarle en prisión.

Era el último instante.

Con la proa levantada, el pesado bajel se hundía lentamente por la popa. Por medio de banderas, se había indicado a *L'Argonaute* que se acercara lo más posible a *La Terpsichore* y a la *Betelgeuse*. Ahora las tripulaciones de los tres navíos franceses se disponían a recoger a los supervivientes.

Valencey de Adana observó a los marinos ingleses que, a centenares, saltaban al mar y nadaban con frenesí para no ser aspirados por el enorme navío que se hundía hacia el fondo.

El capitán francés se veía confrontado a un doble problema.

En primer lugar, entre los muy escasos que habían podido instalarse en alguna chalupa y los que nadaban, estimaba en casi un millar el número de supervivientes: ¿dónde iba a meterlos? ¿Y a costa de qué peligros? Había más prisioneros que hombres tenían las tripulaciones juntas de los tres navíos franceses que los capturaban.

Otro asunto que le inquietaba: la súbita presencia de un navío de guerra francés, el *Phénicien*. Se trataba de una hermosa fragata de modelo muy reciente.

Por señales, Valencey de Adana le había pedido que se acercara pero, curiosamente, el avance del *Phénicien* fue leve, como si el capitán de aquel navío sólo quisiera asistir a las operaciones de salvamento sin participar personalmente en ello.

Decepcionado, e intentando contener la cólera que lo dominaba ante un comportamiento tan poco compatible con las tradiciones caballerescas de la marina francesa, Valencey de Adana decidió ignorar a la extraña fragata, que había puesto inútilmente en marcha el zafarrancho de combate, cuando sus artilleros no tenían bajel alguno contra el que abrir fuego ya que el *Honey Bee* agonizaba.

Mahé tomó del brazo a Joachim.

—¡Esta vez, es la buena!... —dijo con voz angustiada.

—¡No es esto lo que más me enorgullece en un combate!... —respondió Valencey de Adana, en voz tan baja que su amigo ni siquiera le oyó.

Como si intentara tranquilizarse, Campagne-Ampillac añadió:

—En estos mares cálidos, los ingleses pueden sobrevivir más tiempo y nosotros...

La proa del pesado tres puentes se irguió de pronto, enseñando una parte del casco, luego se hundió con rapidez, arrastrando con él a un centenar de hombres, que fueron literalmente aspirados.

Pero los oficiales y marinos de *La Terpsichore* no tuvieron tiempo de seguir contemplando el fascinante espectáculo de los terribles remolinos, pues Valencey de Adana aulló:

—¡A las armas! ¡Los fusileros de marina a cubierta, armad los fusiles! ¡Botad las chalupas! ¡Comunicad estas órdenes a la *Betelgeuse* y a *L'Argonaute*! ¡Hacedlo, de prisa!

Campagne-Ampillac, estupefacto y sin saber adónde quería llegar su amigo, murmuró:

—¡Allí!... ¿Comprendes, ahora? —interrumpió Valencey de Adana.

Con gesto imperioso, señaló dos aletas de tiburón.

Muy pronto fueron cinco, diez, cincuenta...

El propio *Phénicien* se había acercado para participar en aquella lucha inesperada donde cada segundo valía una vida. De todas las cubiertas de los navíos franceses brotó un fuego a discreción contra los tiburones, con la esperanza de salvar vidas inglesas. Se disparaba desde los obenques, mayas y bravos lanzaban flecha tras flecha, el mar estaba rojo. Se lanzaban decenas de cabos, cuerdas y escalas a los ingleses, se vaciaban las chalupas llenas de supervivientes para devolverlas al mar enseguida, sin pensar en encerrar a los «prisioneros» ingleses en la cala. Más grave aún, impensable, contrario a todas las leyes de la guerra, Valencey de Adana hacía entregar armas a los empapados ingleses para que colaborasen, con sus disparos, al lado de sus «enemigos» y «carceleros» franceses, en el gran salvamento de los hombres de la Royal Navy...

Los tiburones eran cada vez más numerosos, llegaban a centenares en aquellos mares cálidos pero, por fortuna, los franceses disparaban bien y trescientos ingleses les apoyaban ya. Los tiburones, poco remilgados, devoraban también a aquellos de los suyos que estaban muertos o heridos, siempre que sangraran.

La situación cambiaba. Tras haber llegado a los obenques superiores, los tiradores de élite y los soldados negros del sargento Hyppolite hacían blanco a cada disparo. En los cuatro navíos, centenares de brazos franceses e ingleses izaban a los supervivientes: algunos habían perdido un pie, un brazo, una pierna, arrancados por las extraordinarias mandíbulas de los escualos.

Ante la general sorpresa, se oyeron entonces dos formidables salvas: el *Hood* y el *Hornet* llegaban con todas las velas desplegadas y decididos a mandar al fondo del mar a aquella reunión de navíos franceses.

Era preciso huir, abandonar a los infelices que imploraban...

Oficiales, marinos e ingleses se inmovilizaron muy pronto, mirando cómo Valencey de Adana levantaba hasta cubierta, tirando del cuello de su guerrera, a un jovencísimo teniente británico.

El muchacho cayó a cuatro patas sobre la cubierta, chorreando agua; luego, de rodillas, alzó la mirada hacia el comandante de *La Terpsichore* y dijo en un mal francés:

—¡Dios os guarde, sir!

Inquieto ante el brusco silencio, Valencey de Adana se fijó en todos aquellos hombres inmóviles y comprendió su muda pregunta. Su mirada descubrió al *Hood* y al *Hornet*, pero no vaciló:

—¡Peor para nosotros, prosigamos!

Aunque estuvieran aún fuera de alcance, el *Hood* y el *Hornet* lanzaron dos nuevas y triunfantes andanadas.

Un oficial superior inglés susurró a Lamorville:

—Es imposible, el *Hood* y el *Hornet* no pueden hacer algo así...

Guillaume de Lamorville que, con una mano en la cadera, disparaba su pistola con habilidad y elegancia contra los tiburones, respondió:

—¿Realmente lo creéis así, *dear old friend*?

El inglés agachó la cabeza.

Enero de 1781...

El abate de Bérégère, pensativo, contemplaba las brasas en la chimenea. Se levantó suspirando, arrojó al hogar una brazada de leña pequeña seca y, más grande, un oloroso tronco de madera de manzano.

Quinto hijo de un barón de Charente, había elegido las órdenes con mitigada fe, pero con el paso de los años, ejerciendo su ministerio en una aldea muy pobre próxima a Ruffec, su creencia en Dios se había fortalecido.

Hoy tenía la sensación de que todos esos años transcurridos habían pasado en un soplo, apenas en un suspiro: misas, nacimientos, entierros...

Se sentía abandonado, sobre todo desde la muerte del general Valencey de Adana, el único amigo que había tenido nunca.

—Sin embargo, no era un cristiano ejemplar, ni mucho menos... —dijo para sí con una media sonrisa.

De todos modos, como el amor, la amistad recorre a veces tortuosos senderos.

Ciertamente, sus feligreses le querían y le respetaban pero ninguno de ellos, infelices campesinos sin educación, era capaz de sostener una conversación como el difunto general.

—¡Y con qué mala fe, muy a menudo!... —añadió con una voz en la que se percibían una gran indulgencia y una pizca de nostalgia.

El abate se estremeció. La noche era fría y húmeda. No se sentía bien, presa de una indefinible sensación en la que se mezclaban el tedio, la aprensión y el cansancio.

Sin embargo, había comido muy poco y no sufría malas digestiones. Una cena muy sencilla, como la de los campesinos en sus chozas: una sopa de patatas y puerros en la que flotaban unos escasos pedazos de tocino, pan de centeno y algunas castañas. Había regado la cena con agua del pozo.

Se estremeció.

—¡Ah, qué tiempo más desagradable!

El mes de enero de 1781 ofrecía unos contrastes muy poco placenteros, pues se pasaba de un frío seco y helado a unos interminables días de lluvia que empapaban los caminos.

El abate de Bérégère quiso retomar el hilo de sus pensamientos pero le faltaban ánimos y el recuerdo del general se difuminaba. Quedaba el hijo, Joachim...

—¡Qué muchacho tan maravilloso! ¡Pero tan complicado!

En su reciente y demasiado breve visita, el capitán de navío Valencey de Adana, a quien había bautizado al nacer, no había tenido tiempo de ir a darle un abrazo, aunque en cambio le había hecho llegar por su sirviente doce botellas de vino de Champagne y unos extraños zapatos de indio, de un material muy flexible que no era el cuero habitual pero se adaptaba muy bien a los pies, que descansaban confortablemente.

Además de que el abate adoraba el vino de Champagne, que estaba muy por

encima de sus posibilidades, la intención le conmovió.

—Sin embargo, cree menos en Dios que su difunto padre y, aún más que él, sólo piensa en esos D'Alembert, Rousseau, Voltaire y compañía. ¡Así es como al final se encuentra uno haciendo esa loca guerra de América!

Le hubiera gustado poner cierta convicción en sus palabras, pero no se sentía con ánimo. En el fondo, estaba orgulloso de Joachim porque nunca había traicionado nada. Ya de niño, y mucho más que sus inseparables amigos Mahé y Nicolas, llevaba en sus ojos verde gris la aventura y los lejanos viajes.

¡Una vida, al fin una, que tenía sentido!... ¿Pero cuál?... Sin Dios, sin rey, era demasiado para un Valencey de Adana y el muchacho se había encontrado del todo trastornado, sin que él pudiera ayudarle.

A lo cual se añadía...

El anciano movió la cabeza. Pensó en Victoire tan sola en su castillo, y sin embargo... Aunque prometido, o comprometido, con Pauline, era al lado de Victoire, las tres o cuatro veces que los había visto juntos, cuando el muchacho parecía florecer, al igual que ella. ¡Ciego o loco quien no viera cómo se amaban aquellos dos!

Fuera, el viento multiplicaba su fuerza. Los árboles crujían. Aquel tiempo lluvioso duraba desde hacía tres días, exactamente desde la Epifanía. La vieja lechuza que se alojaba en el hueco de un roble cercano lanzó un grito que indicaba su mal humor ante aquel tiempo desapacible.

La cabeza del abate se inclinaba de vez en cuando hacia el fuego, y cuando por fin decidió ir a acostarse la puerta de entrada del presbiterio rechinó con violencia.

Perplejo, el viejo eclesiástico se levantó girándose y estuvo a punto de desvanecerse de sorpresa y de terror.

Un hombre ricamente vestido estaba ante él. Pero varias cosas parecían extraordinarias en su aspecto. Así, el visitante nocturno tenía cabeza de jabalí. Además, sujetaba firmemente un hacha con ambas manos, como si quisiera pelear con alguien. Enrollado en su muñeca, llevaba un rosario cuyas cuentas de marfil esculpido formaban unas calaveras. Al costado, una espada negra cuya empuñadura evocaba una maraña de huesos y el extremo de cuyo pomo terminaba en una calavera de vacías órbitas.

Incluso su voz parecía irreal:

—He aquí que la trágica farsa de la existencia concluye y tu dios te está aguardando en este instante. Te llevabas muy bien con los príncipes de Adana, tanto con el padre como con el hijo. Aprenderás pues, aunque demasiado tarde, lo que cuesta mantener tan peligrosas amistades.

Levantó el hacha precisamente cuando la lechuza lanzaba un nuevo grito, más largo que de costumbre, como si dijera adiós a su antiquísimo vecino...



Aunque resultara evidente el sentido de la presencia francesa en un lugar donde centenares de hombres, en el mar, eran devorados por los tiburones, a muchos les pareció que el almirante Neville Stillwood decidía deliberadamente no tenerlo en cuenta.

En efecto, el *Hood* y el *Hornet* se dirigían directamente al lugar del naufragio y, para demostrar a las claras sus belicosas intenciones, sus artilleros disparaban a intervalos regulares.

Sin embargo, lo que al principio parecían simples cañonazos de intimidación se estaban convirtiendo en un peligro real. Así lo demostraban las salpicaduras de espuma que levantaban las balas, cada vez más cercanas.

El navío *Phénicien*, en el que ondeaban las flores de lis, se disponía ya a huir...

Evaluando la situación y deseando conservar el control, Valencey de Adana daba órdenes mediante la bocina y las banderas. Las consignas se dirigían al *Phénicien* y a *L'Argonaute*, que, menos rápido, no podía correr el riesgo de demorarse más:

—¡Replegaos!... ¡Dejad para los náufragos todos los botes vacíos! ¡Arrojad por la borda las tablas y todos los objetos que floten o donde puedan agarrarse!

Así se hizo y muy pronto sólo la fragata *La Terpsichore* y la fina corbeta *Betelgeuse* permanecían en el lugar de la carnicería.

Anticipándose al inevitable momento en que los dos bajeles franceses tendrían que alejarse a su vez, desde ambas embarcaciones arrojaban todo lo que pudiera constituir un frágil esquiife, y los especialistas en cuerdas y sus ayudantes incluso llegaban a atar las tablas para que los supervivientes pudieran trepar a aquellas balsas improvisadas y escapar de los escualos.

Entretanto, los marinos y soldados ingleses, agotados y con las pesadas ropas empapadas, seguían subiendo a los navíos franceses. Independientemente de ello, los tiradores de élite seguían con sus disparos diabólicamente precisos contra los depredadores, entre los cuales estaban haciendo una carnicería, aunque éstos, embriagados por la sangre de los hombres y los animales, parecían enloquecidos. Los tiradores de élite ingleses, que se habían dado a conocer, se habían unido a los franceses sin que aquello provocara el menor debate: con una mirada, Valencey de Adana lo había aprobado.

Llegó luego el instante en que las primeras balas inglesas, escasas, eso sí, alcanzaron a *La Terpsichore* sin que ésta, ocupada en su misión de salvamento, estuviera en condiciones de responder. Velas y obenques cayeron sobre cubierta, así como los cuerpos sin vida de varios fusileros y tiradores de élite.

Los centenares de marinos y soldados ingleses a quienes los franceses habían salvado y que estaban a bordo de sus navíos lanzaron entonces, espontáneamente, un

aullido tan indignado que pareció rodar por el mar. Y aquellos centenares de uniformes rojos que levantaban un puño colérico hacia los suyos constituían un espectáculo conmovedor.

Entonces, de pronto, el cañoneo de los bajeles pesados de Jorge III cesó por completo.

Desde la pasarela del *Hood*, la orden de alto el fuego se comunicó al *Hornet*: el almirante Stillwood acababa de comprender toda la complejidad de la situación.

Con el rostro deshecho, pálido, bajó el catalejo y dijo a sus oficiales:

—Dios mío, ¿qué he hecho?

Pero se sobrepuso enseguida, hizo botar todas las chalupas y ordenó:

—Comunicad a los franceses: «Detenemos el fuego. Tomamos el relevo. Podéis abandonar el lugar con plena seguridad. Almirante Stillwood a comandante de *La Terpsichore*: ¡comandante, nunca olvidaré esto!».

Muy pronto pudo verse un espectáculo que ni el rey de Inglaterra ni el rey de Francia habrían soportado, pero que a todos los marinos les pareció natural: *La Terpsichore* y la *Betelgeuse* se retiraron unos instantes antes de que los bajeles pesados *Hood* y *Hornet* ocuparan exactamente su lugar.

Stillwood miró largo rato a los dos navíos franceses que ceñían con el viento y, luego, volviéndose hacia sus oficiales, dijo:

—Señores, hay veces, en la guerra, en que el adversario os enaltece.

Habían transcurrido varias horas desde el naufragio de *Honey Bee* y, sin tomar contacto en ningún momento ni responder a las señales, el *Phénicien*, ostensiblemente ojo avizor, permanecía en las proximidades de los navíos de Valencey de Adana.

Éste, cansándose por fin, llevó a cabo una brillante maniobra a cuyo término el *Phénicien* se encontró atrapado entre *La Terpsichore* y la *Betelgeuse*, con la infantería de asalto desplegada en cubierta.

A bordo de la extraña fragata francesa, el comandante del *Phénicien* decidió negociar...



Tras haber solicitado la mayor confidencialidad, el capitán del *Phénicien* se encontraba ahora en la cabina de Valencey de Adana.

De unos cincuenta años de edad, con la tez roja como un ladrillo, el hombre se llamaba Ravanel y, al igual que un creciente número de capitanes de la marina de guerra, procedía de la flota mercante.

Agachando la cabeza, evitando cuidadosamente cruzar su mirada con los ojos verde gris de su interlocutor, expuso las razones de su presencia allí, y decir que inspiraba una gran compasión sería poco, tan infeliz parecía llevando a cabo semejante misión.

Valencey de Adana le escuchó sin interrumpirle; luego, con gran sorpresa de Ravanel, sonrió y dijo:

—Si os he comprendido bien, señor, debería acudir a bordo de vuestro barco como prisionero, hacer que rascaran de inmediato la pintura y abandonarlo todo a mis espaldas.

—En efecto, más o menos eso, príncipe.

Por una vez, Valencey de Adana no creyó conveniente dispensar a Ravanel de utilizar el tratamiento de «príncipe».

Dejó que se instalara un pesado silencio, divirtiéndose interiormente al ver como el capitán Ravanel se removía en su asiento, como si estuviera sentado sobre un lecho de brasas.

Eligiendo cuidadosamente las palabras, Valencey de Adana respondió:

—No podrá hacerse lo que decís, señor.

—Pero, príncipe...

Éste le interrumpió con un gesto:

—Eso sería desafiar todo lo razonable. Puedo, sin embargo, proponeros otra cosa,



y doy por sentado que en el almirantazgo vos alegraréis que no os lo he propuesto sino impuesto.

Satisfecho al entrever una salida a una situación que le parecía atrocemente molesta y delicada, Raveland respondió:

—Siempre me encontraréis dispuesto a llegar a un acuerdo, príncipe, siempre que no perjudique mis intereses en el almirantazgo.

—Vuestras palabras tienen el mérito de ser claras... Pues bien, he aquí lo que vamos a hacer. A dos días de navegación de aquí se halla un convoy inglés bastante modesto, cuatro navíos mercantes escoltados por un bajel auxiliar apresuradamente armado. Apresaremos el convoy sin ni un solo disparo y, tras apropiarnos de parte de los víveres y del agua, transbordaremos los centenares de prisioneros ingleses a estos navíos, que vos llevaréis a Rochefort. Obtendréis un triunfo, señor.

—Pero... debo deteneros a vos, príncipe.

—¡No creo que eso sea posible!... —dijo Valencey de Adana levantándose, con la mano en la empuñadura de su temible sable.

Raveland no creyó necesario seguir por aquel camino:

—En efecto, la cosa parece descartada, príncipe.

Valencey de Adana volvió a sentarse y explicó con toda tranquilidad:

—Mis hombres y mis navíos están fatigados. Tal vez no se os haya escapado el detalle de que, tras una campaña muy dura, acabamos de hundir al *Honey Bee*; y es la primera vez en la historia de la marina que una fragata hunde un tres puentes.

—Es una hazaña magnífica...

Valencey de Adana le interrumpió de nuevo:

—No es ésta la cuestión, pues resulta que estoy muy cerca del lugar que los ingleses llaman mi «guarida». Voy a dirigirme allí, pues, para reparar mis navíos y ponerlos en condiciones, y para satisfacer en parte vuestra misión haciendo que rasquen hasta el último rastro de rojo de *La Terpsichore* y, dentro de tres semanas, llegaré a Brest, donde la gente del rey podrá detenerme.

Raveland, que creía salir bien librado, respondió:

—Se lo comunicaré al almirantazgo, príncipe.

—Entonces, comunicadle también lo siguiente: el arma que garantiza el éxito de *La Terpsichore* habrá sido desmontada y depositada en mi base del nuevo mundo. Añadid que me presentaré tras haber roto mi sable: nadie, jamás, se apoderó de la espada de un Valencey de Adana.

Impresionado, Raveland agachó la cabeza.

El comandante de *La Terpsichore* sentía que su interlocutor vacilaba. Éste finalmente se decidió, y depositando un libro sobre la mesa, precisó:

—No lo mencionéis, príncipe, pero..., ya veis, contáis con muchos amigos en el almirantazgo y, a fin de que os preparéis mejor para aquello de lo que os acusan, me han encargado que os entregue este libro que os difama.

—¡Os lo agradezco, señor! —respondió Valencey de Adana intentando poner algo

de calidez en su voz.



A falta de hechos abrumadores, habían tenido que soltar, con extremada discreción, a Peter Nolan, el antiguo capitán del *Duke of York*. Sin embargo, le habían expulsado vergonzosamente de la Royal Navy, prohibiéndole que se acercara a cualquier puerto militar o civil, e incluso al litoral. Además, puesto en arresto domiciliario, habían destinado al oficial a una pequeña granja bastante destartada en los Highlands donde se aburría profundamente, mientras la policía real ejercía sobre él una constante vigilancia.

Nolan no era estúpido y, tras haberle dado vueltas a su problema en todas direcciones, adquirió muy pronto una certeza: Valencey de Adana era hasta tal punto odiado y envidiado que no se trataba de reconocerle una acción cualquiera, por muy real que ésta fuese, que pudiera realzar su prestigio.

Además, y aunque Nolan estuviera estrechamente vigilado, un misterioso oficial de marina, que parecía más bien un policía o un espía disfrazado, había conseguido hablarle del asunto de la *Sweet Princess* y del infecto procedimiento que se utilizaba, una vez más, para desacreditar a Valencey de Adana.

Nolan, aunque muy pronto tuvo la convicción de que su extraño interlocutor nunca había servido en la marina, ni tan sólo una hora, había aguzado sin embargo el oído...

Resultó que conocía la existencia del navío hospital *Sweet Princess*, habiéndose cruzado con él en el Atlántico norte. Además, conocía asimismo, aunque le estimara muy poco, al capitán Dennis Milford, y sabía que estaba al mando del *Furious*.

El extraño «oficial de marina» se marchó tras entregarle un libro; comenzó entonces a leer el acusador texto de Milford.

Ya en la primera página, dudó. A la segunda, se encogió de hombros. A la tercera, estaba completamente seguro de que se trataba de una falsificación, de una monstruosa mentira que pertenecía a la más baja propaganda de guerra.

Estuvo meditando sobre ello durante todo un día y toda una noche en la que no pudo conciliar el sueño, sufriendo su espíritu una extraña deriva.

Así, aunque tuviera en gran estima a Valencey de Adana, pensaba de sí mismo que era un buen marino, generoso con el adversario y hombre de honor. Pero lo más curioso, precisamente, radicaba en la similitud entre sus dos destinos, el suyo y el del príncipe francés. Como si en alguna parte, y esa «alguna parte» sólo podía ser el almirantazgo, unos hombrecillos mezquinos y malevolentes intrigasen para deshonar o privar de mando en el mar justamente a quienes rendían honor a la marina.

En el alba gris y lluviosa, el capitán Peter Nolan, adormilado, se hizo un té

mientras mordisqueaba una galleta marinera.

Bebía de pie, detrás de la ventana de la cocina, cuando:

—¡Dios del cielo!...

El policía que desde hacía días y días permanecía bajo el cobertizo había desaparecido. Dejó su taza, tomó el tricornio y salió: ¡todos los policías se habían esfumado! Turbado, sin saber qué pensar, regresó a la cocina y quedó pasmado al descubrir a un hombre sentado que dejaba una taza de té y decía:

—Vuestro té es absolutamente execrable, capitán Nolan. Si es el único del que dispone la Royal Navy, es probable que perdamos esta guerra.

Desconfiado, Nolan no respondió, examinando detalladamente al intruso. Era un hombre que estaba en la cincuentena, de baja estatura, bastante gordo, vestido con una levita gris y de aspecto inofensivo. Al menos eso podía pensarse hasta que uno se encontraba con su mirada: algo que recordaba a los hielos eternos.

Francis Dawson, puesto que de él se trataba, no consideró oportuno revelar su calidad de jefe de los servicios de información de Jorge III, prefiriendo permanecer bastante evasivo.

—No importa quién soy yo, capitán, pues lo fundamental es, con mucho, lo que espero.

Intrigado, Nolan tomó una silla y se sentó frente a Dawson, respondiendo:

—Todos esperamos muchas cosas, señor desconocido, y la mayor parte del tiempo nos vemos igualmente decepcionados. ¿Qué esperáis vos, por vuestra parte?

—Para mí, absolutamente nada. Para la justicia, dos cosas. La primera, que os devuelvan vuestro *Duke of York* y su tripulación, destinándoos a las Indias, donde cruzaréis vuestra espada con la del temible señor de Suffren, lo que os liberará del no menos temible príncipe de Adana... La segunda atañe, precisamente, a este príncipe, y a lograr que le restituyan su honor antes de matarle... lealmente.

A Nolan le costó un poco ocultar su entusiasmo:

—¡Ah, señor misterioso!, se diría que es cosa de magia: esas dos cosas son, justamente, las que más deseo en el mundo... ¿Pero cómo hacerlo?

—¿Tenéis un amigo en Holanda, capitán?

—No, a fe mía...

—Pues bien, ya lo tenéis... ¿Os gusta escribir largas cartas a vuestros amigos?

—No, a fe mía...

—Pues bien, acabáis de cambiar bruscamente de gusto.

—Pero bueno, señor extraño visitante, ¿adónde diablos queréis llegar?

Dawson terminó su taza de té haciendo una mueca y respondió:

—No podéis desafiar abiertamente la censura..., pero nada os impide escribir vuestra historia a un amigo holandés. Y nada impide a este amigo holandés traicionar vuestra amistad publicando en Amsterdam vuestro relato en inglés. Nada impide tampoco que ese relato invada muy pronto Inglaterra. Así habréis dicho la verdad, a vuestro pesar.

—Es muy hábil, señor, ¿pero quién financiará semejante proyecto?

—Eso no es ya cosa vuestra. Se trata de iluminar al rey, de mostrarle que intentan engañarle.

Ferviente monárquico, Peter Nolan inclinó la cabeza.

—Todo ello es bueno y justo, ¿pero cuál es mi papel?

Dawson sonrió, abrió una bolsa de cuero y sacó de ella un manojo de papeles, precisando:

—Ésta es vuestra historia, vuestros oficiales han trabajado en ello. La verdad saldría ganando si pudierais añadir algunos detalles o anécdotas, las reflexiones de un capitán, en resumen, esas pequeñas naderías que dan un aire de autenticidad a esta clase de relato.

Nolan tendió la mano hacia las hojas diciendo:

—Si es por el rey...

—¡Estará absolutamente encantado! ¡Encantado, ésta es la palabra! —aseguró Dawson esbozando la sombra de una sonrisa.

Valencey de Adana no había creído oportuno advertir a sus oficiales, ni siquiera a su amigo Mahé, de la índole de su conversación con el representante del almirantazgo, que, aunque demostrara buenas maneras y diera muestras de flexibilidad, de todos modos le había comunicado que estaba detenido.

Interrogado por Mahé, se había limitado a un muy lacónico y muy extraño:

—¡Es para morir de risa!

Luego había ordenado una generosa distribución de ron entre sus marinos y había ofrecido champán a sus oficiales, aunque todos advirtieron que su comandante, preocupado, no estaba para fiestas.

Por otra parte, nadie lo estaba y, aunque era una tradición a bordo de *La Terpsichore* y de sus navíos de acompañamiento festejar dignamente sus hazañas militares, la horrenda muerte de muchos marinos del *Honey Bee* daba a todo aquello un triste sabor de amargura.

Durante dos días habían navegado sur-sureste, con el *Phénicien* siguiéndoles a una respetuosa distancia; luego, tal como Valencey de Adana había anunciado, dieron con el convoy inglés.

Considerando los objetivos que perseguía, el comandante de *La Terpsichore* no deseaba dañar los cuatro navíos mercantes ingleses ni el navío auxiliar, armado, que los escoltaba. De modo que renunció a emplear su temible artillería.

Con empecinadas y agresivas maniobras, logró aislar el navío auxiliar de los barcos mercantes, sobre los que se arrojaron *L'Argonaute*, la *Betelgeuse* e incluso el *Phénicien* sin encontrar la menor resistencia.

Luego, rompiendo bruscamente una maniobra de rodeo que sin embargo parecía bien iniciada, *La Terpsichore*, con una habilidad diabólica, flanqueó, borda contra borda, el navío inglés, sobre el que cayó una lluvia de garfios.

Aunque sus fuerzas estuvieran tan disminuidas, los súbditos de Jorge III dieron pruebas de cierto temperamento antes de deponer las armas. En la fragata francesa se contaron dos muertos y cuatro heridos.

Luego vino la lenta operación de transbordo de los «prisioneros-supervivientes» del *Honey Bee*, distribuidos en los cinco navíos ingleses que, bajo la amenazadora dirección del *Phénicien* con todos los cañones apuntados, pusieron rumbo a Francia sin que fuera necesario dotarlos de tripulaciones de presa.

Con aire fatigado, Valencey de Adana ordenó entonces poner rumbo a su guarida.



Los funerales del abate Bérégère fueron de gran sencillez. El eclesiástico era amado y

estimado por sus campesinos, aunque mucho menos por los aristócratas de la provincia, ya que, de todos ellos, sólo se desplazaron la marquesa Victoire de La Chesnaie de Flers y, viajando a toda prisa desde París en cuanto recibió el mensaje, Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort.

El sacerdote fue enterrado por cuatro jóvenes de la aldea, mientras los demás se quitaban sus miserables sombreros de fieltro.

Victoire había encargado una cruz de hierro y bronce en la que estuvo trabajando durante dos días y dos noches un equipo de herreros, artesanos de Ruffec.

Aunque no le dijeran ni una sola palabra, pues aquello resultaba impensable, no cabe dudar de que la población de aquella pobre aldea apreció al máximo el desinteresado gesto de la joven marquesa. ¿Qué podía ganar, en efecto, destinando así sus monedas de oro a adornar la tumba de un pobre cura cuyas prédicas, severas con los poderosos y los acomodados, le habían enemistado con todos los notables de la región? Muy al contrario, la muchacha corría el riesgo de ser incluida en el índice, y en su propio medio.

Aunque fueran unos menesterosos, los campesinos del lugar no eran las bestias de carga que se complacían en imaginar los aristócratas y burgueses encerrados en sus prejuicios. Es posible, por lo demás, que el propio y bondadoso cura hubiera subestimado a veces a sus feligreses.

En efecto, en el caso de los más ancianos, hacía ya treinta años que escuchaban a su cura, quien muy a menudo, creyendo hablar en el vacío, entregaba lo que en el fondo pensaba a unas mujeres y unos hombres silenciosos, sí, pero que sin embargo sopesaban cada una de sus palabras.

A ello debe añadirse que, bajo la influencia de su amigo el difunto general Valencey de Adana, el sacerdote se había entregado a una lectura crítica de la *Enciclopedia*. Y aunque rechazara su espíritu, en absoluto cabe dudar de que se sintiera afectado por numerosos artículos, sin tener clara conciencia de ello. De modo que muchas veces, sin que él lo supiera, fue el propagandista del señor Diderot y de sus amigos...

En el velorio, no fue raro que se comentaran las palabras del sacerdote y, aunque los jóvenes participaran poco en la conversación, no por ello dejaban de aguzar el oído.

En el fondo, hubiera sido extremadamente difícil, imposible incluso, hasta para un policía de la dignidad y la clase de Pierre-François Gréville, conocer los pensamientos de los campesinos de la aldea y los de sus vecinos, ganados para las nuevas ideas por el parentesco y los vínculos familiares, aunque fueran muy lejanos.

La cólera aumentaba.

La desigualdad de nacimiento parecía cada vez una cosa menos natural y, confusamente, la sumisión que durante siglos había permitido el dominio de sus señores y de los altos prelados se derrumbaba, mientras crecía la aspiración a un nuevo orden social.

No se trataba todavía, en absoluto, de una revuelta, pero la cólera corroía el prestigio usurpado y la supremacía hereditaria.

Por añadidura, el ejemplo del general Valencey de Adana al renunciar a la casi totalidad de sus privilegios, decisión confirmada por su hijo y único heredero, aquel ejemplo hacía pensar. Y mucho más allá de Ruffec, pues la mano de obra temporera e itinerante, al desperdigarse por las cuatro esquinas del reino de los lises, hacía correr una noticia que hacía soñar a más de uno.

Debido a la proximidad que durante mucho tiempo había existido entre los Valencey de Adana y los La Chesnaie de Flers, el gesto de Victoire no sorprendió realmente. Pero eran tanto más sensibles a él cuanto que sabían que los La Chesnaie de Flers iban, si no escasos, al menos muy apurados. Bastaba con acordarse de la tía Aglaé, a la que siempre se vio en los campos pero nunca en los tocadores de los castellanos de los alrededores o en los de los burgueses que los imitaban con muy poco acierto.

«La pequeña», pues así llamaban los ancianos a Victoire, seguía los pasos de su tía. Todos, hombres y mujeres, pero sobre todo las mujeres, habían advertido las hermosas manos estropeadas por el trabajo, su tez demasiado pálida, su cuerpo y su rostro enflaquecidos, su pelo más corto...

A su generoso gesto se añadía, pues, una simpatía popular tanto más viva cuanto que creían que verían a la joven rechazada por los poderosos y, de no ser Valencey de Adana y Blacfort, ¿quién iba a ayudarla?... Por lo demás, aquellos impresionantes apoyos en realidad no lo eran: el primero, entregado a su loca campaña de las guerras de América, corría el riesgo de morir a cada instante. El segundo, por defender la causa del primero y ganarle algunas simpatías, se pasaba la mayoría de su tiempo en Versalles y París.

El pueblo era consciente de ello: ¿quién se preocupaba de su opinión? ¿Y qué importancia podía tener?

Hoy, ninguna.

Pero si mañana los tiempos cambiaban, entonces...

No tenía ni doce años, se llamaba Jean Aufrédy y efectuaba su primer viaje a bordo de *La Terpsichore* como grumete.

Por la noche, a veces se preguntaba si los acontecimientos insólitos que estaba viviendo eran los habituales entre los marinos o si todas aquellas maravillosas aventuras dependían de *La Terpsichore* y de su extraordinario comandante, el capitán de navío Valencey de Adana.

En cualquier caso, con esa creencia en la buena estrella de uno que muchas veces es privilegio de la más tierna edad, no dudaba de que regresaría vivo y saboreaba de antemano el asombro de sus amigos cuando contase sus aventuras, de nuevo ya a su ciudad natal de La Rochelle.

En aquellos instantes sentía una gran fatiga. Junto con un centenar de soldados y marinos, había estado rascando durante casi seis horas la pintura roja de *La Terpsichore*. Y apenas respiraba un poco cuando otro equipo de cien hombres tomaba el relevo.

Las preguntas habían brotado inmediatamente de todas partes, pero los oficiales, sin evitarlas, no daban el menor detalle:

—¡Órdenes del rey!

Los oficiales ponían en práctica una lógica muy simple: Luis XVI lo había querido así, que él asumiera esa impopularidad.

¡Una más!

De pronto, Aufrédy abrió de par en par sus ojos de niño: *La Terpsichore* se dirigía directamente contra una pared rocosa de unos treinta metros de alto. Aterrorizado, el grumete miró a su alrededor, pero marinos y soldados no mostraban emoción alguna.

Mientras pensaba en tirarse al agua antes del inevitable choque de la fragata, que se estrellaría contra la roca, Aufrédy miró a babor: a una decena de metros, podía verse un banco de arena a escasa profundidad, la de un hombre de mediana estatura. De inmediato, el grumete corrió a estribor y constató algo parecido. Así pues, existía un estrecho canal entre aquellos bajíos y *La Terpsichore* cuyo trazado exacto conocía Valencey de Adana, que guiaba al timonel.

El niño se habría sentido deslumbrado de no ser por aquel acantilado que...

Quedó estupefacto.

En aquel impenetrable muro rocoso había una estrecha abertura: la desembocadura de un río. Pero aquello no podía advertirse desde el mar salvo si te acercabas mucho, a riesgo de embarrancar en los bancos de arena por no conocer su trazado exacto.

El joven grumete comprendió de repente la razón por la que Valencey de Adana había hecho añadir velamen, pues el río fluía con una fuerza que ponía en dificultades a los tres navíos reales.

Divisó, a babor, lo que parecía un puerto natural consolidado por un muelle de



ataque de madera, y algunos cobertizos visiblemente abandonados... Pero su mirada de niño maravillado no se demoró demasiado en ello, tanto le impresionaba la naturaleza, con sus colores, su variedad y su nuevo aspecto.

Sólo fue capaz de murmurar con una sonrisa beatífica:

—El comandante nos ha llevado al paraíso...



Un centenar de hombres habían permanecido a bordo de *La Terpsichore* para hacer desaparecer el menor rastro de pintura roja de la fragata.

Por su parte, la *Betelgeuse* y *L'Argonaute*, amarrados también en el puerto natural, sólo conservaban las habituales tripulaciones de guardia.

Los demás miembros de las tripulaciones, en su mayoría cargados con las mercancías procedentes de Francia o de los navíos ingleses capturados, penetraban como una gigantesca oruga en una densa naturaleza conducidos por Diego Quetzalcóatl y una vanguardia de indios bravos.

Valencey de Adana caminaba justo detrás de Diego: cada vez admiraba más su modo de avanzar, de observar una bandada de pájaros o la dirección del viento, cuyo murmullo parecía hablarle.

Muy pronto, la pista formó una especie de túnel a través de la jungla y, cuando una rama molestaba, uno de los bravos resolvía el problema de un machetazo cuya potencia y precisión impresionaban.

Aunque la selva fuera muy espesa, sin abandonar aquel luminoso sendero podía verse, levantando la cabeza, unos fragmentos de cielo azul y unos rayos de sol dorados por encima de los gigantescos árboles como no se veían en ninguna provincia de Francia.

Aquellos para quienes aquél era su primer viaje a la «guarida» quedaban de vez en cuando tan asombrados que se paraban, provocando la detención de la columna y ganándose una oleada de maldiciones que en algunos despertaban la nostalgia de los barrios bajos de los puertos de Brest, Rochefort o Toulon.

Valencey de Adana dirigía a todo aquello miradas distraídas. Conocía la pista desde hacía mucho tiempo, y también otras, más secretas aún, exploradas en compañía de Diego y de Mahé. Lejos, más al sur, existían selvas lluviosas y húmedas donde la bruma se demoraba mientras las ciénagas chapoteaban al pie de árboles que podían alcanzar los cuarenta y cinco metros de altura.

Tres años antes, cuando unos aliados españoles indicaron el lugar a Valencey de Adana, le indicaron ya que los indios mayas, sin ser francamente hostiles, manifestaban para con ellos una gran frialdad.

Pero Valencey de Adana sabía ya que aquélla sería su base de retaguardia. Allí o

en ninguna otra parte. La breve abertura que permitía pasar entre los acantilados, los bajíos amablemente indicados por los españoles, la desembocadura del río con su puerto natural: unos hipotéticos perseguidores ingleses jamás podrían superar aquellas dificultades.

Valencey de Adana había dado casi por azar con Diego y los suyos, hombres, mujeres y niños. Todos, al ver aquel hermoso y orgulloso bajel rojo del color del «dios del este» llamado también «portador del cielo» y considerado dios de la lluvia y las abejas, habían creído que Valencey de Adana no podía llegar por más que por orden divina. Le hicieron, pues, un buen recibimiento.

El oficial francés, advirtiendo que Diego hablaba español, le había dado calurosamente las gracias y, luego, llevándolo aparte, le había dicho:

—No me perdonaría perturbar vuestra paz. Somos marinos y soldados del rey de Francia. Antaño vencimos, incluso, a ese grandísimo y nobilísimo país que es España.

—¡Conozco esa historia, conozco Francia!... —había respondido Diego.

Valencey de Adana, que tenía el firme convencimiento de que era preciso respetar absolutamente a los naturales del país, prosiguió:

—Nos sentiríamos muy agradecidos si nos permitierais instalarnos en los alrededores, en un lugar que nos designarais para no importunaros. Somos una tripulación militar, la disciplina es estricta, no debéis temer ningún exceso... En señal de amistad, os agradecería que aceptarais algunos modestos regalos...

El indio, rígido por unos instantes y casi ya despectivo, preguntó:

—¿Qué tipo de regalos?

Diego Quetzalcóatl estaba muy equivocado si creía que aquel francés, de maneras sin embargo tan agradables y de asombrosa mirada de sinceridad, iba a intentar, como habían hecho antes algunos españoles, comprarlo con algunas baratijas. Aquello suponía no conocer a Valencey de Adana, partidario del progreso y de la fraternidad entre los pueblos y ferviente propagador de las luces de la *Enciclopedia*.

El capitán francés no respondió de momento, enviando a algunos hombres hasta la fragata. Luego dijo:

—Esos regalos no brillan o, si brillan, es por lo que llevan en sí. El progreso no es en absoluto algo malo, ni forzosamente algo bueno: es lo que los hombres hacen con él.

Aquellas palabras sedujeron a Diego. Heredero de una rica y noble familia maya, había estudiado en colegios españoles antes de decidirse a regresar de forma definitiva a la tierra de sus ancestros.

Miró atentamente lo que los marinos y soldados ponían a sus pies, luego comentó:

—¿Herramientas?

—Ya sé que no desconocéis las herramientas, pero éstas son las más modernas del mundo, ya que éste es un campo en el que nosotros sobresalimos.

El indio esbozó una breve sonrisa.

—Vuestros regalos no son un insulto a la inteligencia; por el contrario, le rinden homenaje. —Luego, mirando a su alrededor, añadió—: No debéis instalaros aquí, la primera crecida del río os arrastraría. Además, apostarí a que no queréis ser descubiertos por los ingleses, ¿no es cierto?

—Habéis ganado la apuesta.

—Seguidme entonces...

A Malvy, alias Pequeño Sin Cuartel, el tiempo se le hacía muy largo. No le juzgaban, ni siquiera se hablaba de ello y nunca lo sacaban de aquella siniestra celda que chorreaba humedad.

Un hueco cerca del techo dejaba entrar un poco de luz, pero, cerrado con barrotes, estaba tan arriba que ni siquiera podía subir hasta allí.

La sopa era clara, a base de col y de puerros y nadaban en ella algunos pedazos de una carne dura como la suela de una bota.

La paja no era fresca y en ella retozaban los piojos. Eso, por otra parte, mantenía distraído a Malvy, que cada día se despiojaba a conciencia. En aquella prisión, los piojos eran menos gordos que los militares, aunque más malignos. Por lo general se alojaban en la base del cuello y en la cintura, pero como Malvy, por orden especial, podía gozar de tres mantas —era evidente que querían que viviese—, llegaba incluso a sudar, lo que ponía a los piojos de muy mal humor.

Cada tres días, el «teniente» de la policía secreta le hacía bajar y le interrogaba largo rato, con inhumana paciencia. Se trataba, parecía, siempre de las mismas preguntas pero Gréville, diabólico, no tenía igual para introducir en ellas otra nueva, y entonces ay de quien no estuviera ojo avizor.

Pierre-François Gréville impresionaba mucho a Malvy. No sólo con su mirada de frío asesino, sino también a causa de aquel espíritu metódico que parecía no tener fallo. El truhán no se atrevía a imaginar las riquezas que semejante cerebro hubiera producido puesto al servicio del crimen, pero tenía sutileza bastante para comprender que sólo la virtud sostenía a aquel ser implacable.

Sentado sobre la paja, Malvy se sobresaltó al oír una llave en la cerradura de su celda.

La hora era insólita y, por tanto, inquietante, hasta tal punto suele ser la prisión un lugar sin sorpresas, un lugar de costumbres.

Un guardia robusto, al que había divisado una o dos veces, entró y cerró la puerta a sus espaldas.

Malvy, que se había incorporado de un brinco, previó el peligro. Retrocedió pero su espalda topó enseguida con una pared fría y húmeda. Iba a aullar cuando un formidable puñetazo en pleno rostro lo hizo callar. Luego sintió que dos enormes manos le apretaban el cuello.

Tuvo la impresión de que unas oleadas rojas invadían su cerebro.

Finalmente, se sumió en un sueño que ninguna pesadilla iba a turbar.

Una muerte bastante dulce después de tan peligrosa vida...



La columna francesa se extendía a lo largo de más de trescientos metros, su cabeza parecía topar con un enorme lago.

Por detrás, los nuevos creyeron que iban a desfallecer cuando vieron que Valencey de Adana y sus indios ni siquiera aflojaban el paso y, algo increíble, caminaban literalmente sobre las aguas.

Un marino bretón cayó de rodillas y se persignó una y otra vez mientras repetía:

—¡Milagro!... ¡Oh, Jesús, milagro!...

Un marino de Dieppe le levantó con una leve patada en las costillas, diciéndole rudamente:

—¡Nuestro comandante no es Jesucristo que caminó sobre las aguas!... No seas bobo, sigue adelante y lo comprenderás...

El bretón, en efecto, iba a entender la situación unos minutos más tarde, cuando caminase también él por una calzada construida bajo el agua del lago y que resultaba invisible incluso durante la estación seca.

El infeliz marino bretón, que esta vez ya no creía en una manifestación sobrenatural, no por ello dejó de asombrarse ante el ingenio de aquel pueblo maya cuya existencia nadie sospechaba en su aldea de Lannilis, cerca de Brest.

El hombre no sabía ya hacia dónde volverse, perdido entre aquellos olores y aquellos colores desconocidos. Aquello era un festival que parecía un conjuro: malvarrosas, begonias blancas, flores coralinas, caoba, vainilla, hibiscos, perfumadas cedrelas, chicozapotes, sobre los que el hombre de Dieppe, para hacerse perdonar el puntapié, explicó:

—Con el machete, se obtiene de ellos la goma líquida.

El bretón inclinó la cabeza con aire de suficiencia, pero pensó: «De acuerdo, y sin embargo: ¿qué es la goma líquida?».

Su atención se fijaba ya en otra cosa, atraída por las lianas a las que se agarraban con habilidad los monos aulladores y los monos araña.

Al salir de la selva, cerca del lago, junto a las buganvillas, se veían tres casas con tejados de hierba, aparentemente desocupadas.

A la cabeza de la columna, Diego sacó de una bolsa de cuero una caracola con la punta cortada y, utilizándola como un cuerno, lanzó una larga llamada. De inmediato, hombres y mujeres salieron de las casas que bordeaban la otra orilla del lago. Entre ellos había algunos soldados de la marina francesa, lo que tranquilizó a quienes descubrían por primera vez aquellos lugares extraños, encantadores y maléficos al mismo tiempo. Pero, ante todo, una pirámide atraía las miradas.

Al principio de su amistosa relación, Diego se la había mostrado a Valencey de Adana, quien al subir por los peldaños sintió cierto malestar. Arquitecto de marina, el capitán de navío francés se interesaba también por los edificios, aficiones que compartía con el extraño señor Ly, que había llegado de China en los baúles, o casi, de Valencey de Adana.

Ante la divertida mirada de Diego, los dos hombres habían hablado largo rato,

subido y bajado decenas de veces los escalones de la pirámide, dibujado planos y croquis. Más tarde, Valencey de Adana le había preguntado al maya:

—¡Ah, Diego, hay aquí alguna trampa!... Sin embargo, para asegurarme de ello, tendría que cometer un acto sacrílego, de modo que me ponéis en una situación imposible.

En un español inseguro, que su acentuado acento chino hacía muy extraño, el señor Ly, especialista en pólvora, añadió:

—Señor Diego, el sabio es siempre un hombre honesto y, si plantea un enigma, facilita los medios para resolverlos.

Diego, disimulando apenas una sonrisa, respondió:

—Haced exactamente lo que os plazca.

Valencey de Adana, Ly, Mahé y algunos marinos, todos provistos de mazas, la habían emprendido prudentemente con la muralla de la pirámide, que cedió sin resistencia. Tomando un fragmento, Valencey de Adana lo había observado con cuidado antes de mostrárselo a sus compañeros diciendo:

—Estaba seguro: ¡estuco!

Todos estuvieron de acuerdo y siguieron golpeando con más decisión, hasta que, poco a poco, hicieron aparecer un muro de una absoluta blancura.

Valencey de Adana y el señor Ly intercambiaron una mirada. Luego el primero sugirió:

—Si las cosas son como creo, hay que empezar por arriba.

—Eso creo yo también, pero empleando en ello cincuenta hombres.

Así se hizo y, dos días más tarde, nada quedaba ya de la pirámide gris devorada por el musgo. Liberada de su vestidura de estuco, que la había protegido durante siglos, apareció una nueva pirámide, encajada hasta entonces en la primera. Su blancura era tal, brillaba tanto bajo el sol, deslumbraba tanto, que nadie podía contemplarla mucho tiempo sin bajar los ojos.

Emergiendo ante las miradas de los hombres tras siglos y siglos de encierro, se trataba de una pura maravilla. Diego, halagado por los cumplidos de los franceses, por su emoción, sintió un verdadero orgullo y una gran estima por aquellos hombres que, descubriendo el secreto de las pirámides mayas, manifestaban sin embargo tanto respeto.

La admiración de los soldados, marinos y oficiales de Luis XVI, en aquel entonces el más poderoso rey del mundo, se dirigía a sus antepasados y el corazón del indio se hinchó de orgullo.

Les hizo visitar, pues, el lugar y respondió con gusto a las preguntas que brotaban de todos lados.

Sí, los dinteles de madera esculpida por encima de las puertas del templo eran una tradición maya. Y, también, en el exterior, las estelas con dioses asimismo esculpidos y los cartuchos que servían, antaño, de calendarios a su pueblo.

Los grandes jarrones de mármol procedían de muy lejos, de una tierra que los

españoles llamaban Honduras. Pero las tierras de los mayas no conocían las fronteras que se dibujaban hoy. Esas tierras iban de México, y más especialmente de Yucatán, a Guatemala y a El Salvador.

Explicó pacientemente el porqué de la muralla de cinco metros de grosor que rodeaba la pirámide. Sólo se había practicado en ella una abertura, de un metro de altura. El invasor que se metía por allí se veía obligado a inclinar la cabeza y, tras aquellos cinco metros oscuros, cuando volvía a incorporarse, era para recibir la cruel luz del sol que le obligaba a parpadear: y en aquel instante le mataban siempre.

Diego, alias Quetzalcóatl, deseoso de que los franceses ávidos de conocimientos comprendieran a su pueblo en su verdad de antaño, hizo vaciar un largo pozo que en tiempos remotos servía para los sacrificios. Sacaron de él cráneos, osamentas, pero también discos de oro, anillos y joyas preciosas.

El maya incluso hizo abrir, pero con respeto, una tumba, la de un jefe. Incrustados en el cráneo, las órbitas y las mejillas sin duda descarnadas después de la muerte, se veían con asombro armoniosos dibujos hechos con oro y jade, metales y piedras preciosas que los mayas seguirían buscando en los arroyos tanto tiempo después.

Sin que aquél fuera su objetivo, Diego, por la confianza que les testimoniaba, se había unido para siempre a los hombres de aquella facción secreta del cuerpo expedicionario francés en América.

Una vez más, en cuanto el cura de Bérégère hubo sido enterrado, Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort, anunció a Victoire que debía regresar a Versalles. Su mala conciencia por abandonar a Victoire casi divertía a ésta, pues el infeliz daba vueltas a su alrededor sin saber cómo presentar, cómo suavizar las cosas para no herirla pareciendo egoísta.

Ella fue, por amistad, quien se le adelantó mientras paseaban por el helado parque del castillo de La Chesnaie de Flers, que embestían por todos lados los vientos polares.

—Nicolaz, ¿habéis conzolidado vueztra pocición en la corte?

Nicolas se había encogido imperceptiblemente de hombros.

—Es que no me esperaron para ocupar los mejores puestos, aunque, desde que fui presentado al rey por mi primo Rohan, he entablado algunas relaciones que todavía no son amistades. Pero he visto muchas otras cosas...

Victoire le tomó afectuosamente del brazo mientras caminaban.

—Y decidme, ¿cómo zon puez ezaz cozaz? ¿Eztáiz por ejemplo obligado a invitar a alguna vieja duqueza a bailar, tenéiz que demoztrar ingenio ante unoz viejor cortezanoz zordoz como tapiaz que no entienden vueztraz zutilezaz o, en plena cacería, antez que acozar a un infeliz ciervo, debéiz dar mueztraz de vueztraz cualidadez como jinete?

El conde se rió con franqueza.

—Ah, Victoire, Victoire, mi querida y pequeña Victoire: ¡qué bien adivináis esa siniestra comedia! ¿Qué deciros?... Hay un poco de todo eso: es preciso parecer lo que no se es, ensalzarse sin el menor decoro, y no resulta fácil. Sobre todo, es necesario hallarse en el lugar conveniente y en el momento adecuado, es el único modo de llamar la atención y, por desgracia, eso depende más del azar que de tus cualidades. Y luego están las camarillas...

—¿Laz capillitaz?

—Sí, los grupos de influencia. Si entráis en una de ellas, os convertís en enemigo de la otra.

—Pero voz mizmo, Nicolaz, oz habéiz hecho del partido norteamericano, ¿verdad?

—Voy a hacerlo, por supuesto, pues a ello se inclinan siempre mi corazón, mis ideas y mis amistades: Joachim y Mahé combaten contra los ingleses. Sin embargo...

—¿Cin embargo?...

—Ah, Victoire, cómo necesito vuestros consejos...

Victoire se detuvo. El desconcierto de Nicolas la conmovía, al igual que su confianza.

—Nicolaz, nada cé de los azuntoz de la corte, pero ci puedo ayudaro, no vaciléiz ni un zolo inztante.



Vaciló sin embargo antes de decidirse de forma repentina:

—He aquí mi dilema, y a veces me ahogo en él. Debería, hubiera debido, deseo desde el primer instante, unirme a quienes vos llamáis «los norteamericanos», a todos esos grandes señores amigos de La Fayette, Benjamin Franklin y el general Washington. A causa de mi amistad por Joachim, que hasta ahora he mantenido en secreto, sería recibido con los brazos abiertos.

—¿Y por qué no lo hacéis ci todo oz impulza a ello?

—Está Joachim y esa horrible acusación, esa *Sweet Princess*, un navío hospital que él habría hundido con cinismo y crueldad.

Victoire casi se sobresaltó.

—¡Precizamente por ezo!... Nicolaz, hay que incorporarce enceguida al bando de loz partidarioz de Joachim.

—Lo sé. Y convertirme en uno entre tantos otros, pues desde luego no le faltan partidarios. El asunto al menos ha revelado que él es el capitán de la terrible *La Terpsichore*: eso ha aumentado considerablemente su fama, del más humilde pescador a los más altos señores.

—Pero voz mizmo zoiz de alta nobleza, Nicolaz, y vueztra ayuda no eztará de maz.

Habían reanudado la marcha. Sus pasos les llevaban hacia el estanque y Nicolas, recordando que en la superficie de éste habían encontrado el cuerpo sin vida de la madre de Victoire, dio otra orientación a su paseo. Pero la muchacha no se dejó engañar y, muy conmovida, su voz se hizo más dulce y amistosa aún.

—Vamoz, Nicolaz, habladme. Vueztroz doz amigoz eztán en alta mar, ¿a quién podéiz abrir vueztro corazón?

—Bueno, ahí va... Con mi ojo... echado a perder, no pude hacer esta guerra porque no me aceptaron en la escuela de guardiamarinas. Al principio sentía cierta reticencia a unirme al partido norteamericano, cuando mi única acción sería la de un hombre de corte. De ahí mi vacilación. Pero ésta fue mal comprendida y el duque de Orleans me asedió. No le dije ni que sí ni que no. Y él me brindó de inmediato algunas prendas. —Se detuvo y tomó las manos de Victoire entre las suyas—. Ya sé lo que todo el mundo sospecha: que Orleans pagó la impresión de ese horrible libro del capitán Milford. Le ayudaron dos o tres grandes señores, eficaces y sin compasión. Sé, en fin, tengo casi la certeza de que Joachim sólo es para ellos un peón, un medio para ensuciar el partido y la causa de los insurrectos norteamericanos. Me he enterado de cosas sobre el señor Necker, que socava la voluntad del rey de proseguir con esa guerra arguyendo que es muy costosa... Comprendedme, Victoire: no ensuciaré mi nombre uniéndome a esa gente abyecta, pero me pregunto... No, os pregunto si no sería más útil y de buena política continuar con esta comedia de duda por algún tiempo más. ¿Quién sabe de qué podría enterarme?... Aquello que se sabe y conoce puede combatirse, pero en cambio la sorpresa acaba a veces con la más justa de las causas. ¿Qué me diría Joachim, que tanto reflexiona antes de emprender

la menor acción?... ¿Y vos, qué decís?

La muchacha reflexionó breves momentos; al ver su agitación, Blacfort adivinó que su decisión estaba tomada y sería inquebrantable:

—Oz digo, Nicolaz, que el azar ha cido muy útil para nueztra cauza.

—Pero...

—Zoy una eztúpida, hubiera debido penzarlo yo mizma... ¿Oz daiz cuenta, Nicolaz, de que oz encontráiz caci en el corazón del nido de víboraz?

—Me dan miedo las picaduras de las víboras —bromeó Blacfort sin demasiada convicción, pues no estaba para risas.

La muchacha se mostró perentoria:

—Nicolaz, ez una zuerte, una zuerte como pocaz vevez ce presenta. Comprometeoz del todo con elloz.

—Pero eso sería ensuciar mi nombre: nunca.

—De ningún modo. La verdad eztallará fatalmente. Conozco lo maz hondo de vuestro corazón: todo, todo por Joachim. ¿Pero cómo ayudarle mejor que encontrádoce junto a zuz enemigoz para ezcuchar todo lo que dicen? ¿Para dezactivar lo que ce urde? ¿Para dezarmar lo que ce maquina?

—El papel me resulta pesado, Victoire. Y el partido del duque de Orleans espera impaciente una respuesta. Pero los veo venir: antes de que pase mucho tiempo, exigirán mi adhesión pública y absoluta, y me cuesta mucho decidirme a ello. Fingir indecisión por algún tiempo, aún. Comprometerme más por el camino de la infamia, es pedirme demasiado, Victoire, ¡demasiado!

—Ez precizo.

—Me gustaría tanto complaceros, hace un rato estaba dispuesto a ello, pero, al verme incitado a hacerlo, sin esperanza de poder retroceder, no me es posible.

—Hacedlo, Nicolaz, y ceré vueztra mujer.

Un silencio absoluto pareció caer sobre el parque.

Luego Nicolas balbuceó:

—Pero amáis a Joachim... Él os ama... No puedo traicionarle así...

—Me amáiz, Nicolaz, y dezde hace mucho tiempo. Laz mujerez zaben ece tipo de cozaz. Zalvadle, reztituirle zu honor, y me convertiré en vueztra ezpoza ante Dioz.

—¡Vos no me amáis de verdad!... ¿Y Joachim?... No, es imposible. En efecto, os amo, apasionadamente y desde siempre, pero... ¡Oh, qué cruel que me propongáis algo así!... ¡Dios mío, qué cruel es!

Ella le dirigió una dura mirada.

—Odio a loz hipócritaz, Nicolaz. Con hábilez términoz, ezo ez lo que zugeríaiz, ezo ez lo que me proponéiz, a ezo deceáiz llevarme. ¡Puez cea, hagámozlo!

Él no respondió. Ella prosiguió:

—Amo a Joachim dezde ciempre y para ciempre. Oz niego mi cuerpo, pero oz ofrezco la apariencia. Una boda a menudo zólo ez un acomodo: lo tenéiz. Pero debéiz reztituir a Joachim zu honor.

Él le besó enfebrecidamente las manos, ella se soltó.

Él se mostró suplicante:

—Os amo lo bastante para arriesgarme a vuestro desprecio y aceptar esa boda que no lo es. Pero por una vez, una sola vez, ofrecedme vuestra boca.

La tomó en sus brazos y la besó. Ella primero experimentó un profundo asco y se sintió helada, como muerta. Luego pensó que hacía ya mucho tiempo que estaba muerta.

Había allí hermosas casitas pero, para hacer frente a la afluencia de tripulaciones, también existían barracones pintados de colores claros y espaciosa tiendas.

Alegres, marinos, soldados y en algunos casos sus esposas hacían los honores a una gran comida. Los cocineros de los tres navíos se habían puesto al servicio de las mujeres de oficiales y marinos para preparar aquel festín. Éste no revelaba ningún origen específico, aunque no hubiera sido excesivo afirmar un predominio hispano-maya. Se servía lo que sin duda era un caldo de maíz y algunas tortitas cocinadas en una parrilla de cerámica, lo que revelaba el origen español de quienes habían tomado también de aquel país la caña de azúcar, el trigo, las patatas, la guindilla y los plátanos. Por el lado indio, predominaba el maíz, pero también las batatas, las habichuelas, las calabazas y el cacao.

Sin embargo, atribuidas esas cosas a cada bando, también podían encontrarse manjares que indicaban que entre aquellas damas había canadienses e incluso estadounidenses...

Los hombres, por su parte, no entraban en aquellas sutilezas y demostraban su gran afición a las carnes: caza, pavos y algunos ciervos.

¡Los ciervos!...

Un día en que Valencey de Adana había acompañado a Diego a cazar, y poco después de que éste le hubiera mostrado una de aquellas extrañas momias sentadas con las piernas y los brazos cruzados, el maya había matado un ciervo. Luego, ante un Valencey de Adana estupefacto y maravillado por semejante comportamiento, Diego había pedido «perdón» al ciervo por haberlo matado, explicándole al cadáver que se veía obligado a ello para comer, pues tenía hambre. Poco después, le dijo al francés que sólo mataba un ciervo cada vez, pues si se malgastaba, si se mataba por placer, el dios de la caza dejaba de enviar las presas. Más tarde, había concluido afirmando que también los animales tenían derechos.

La evocación de aquellos tiempos lejanos y felices hizo que sobre el corazón de Valencey de Adana cayese una gran nostalgia, pero procuró poner buena cara, ya que en absoluto deseaba que sus oficiales sufrieran por sus numerosos problemas.

Aunque supiera que aquello era imposible, comenzó a soñar con otra vida. ¿Por qué no oficial al mando de un arsenal?... Se moriría de tedio. Tal vez, entonces, capitán de navío en una escuadra clásica... Difícil, tan cara le era su independencia y tanto detestaba recibir órdenes.

No, decididamente no: si pudiera volver atrás, navegaría de nuevo con sus tres unidades secretas... Por otra parte, hoy ya muy poco secretas. Al menos, el libro de aquel malvado Milford habría servido para eso: el mundo entero sabía que *La Terpsichore*, la famosa «fragata fantasma» y la terrible «Muerte Roja» eran una sola cosa.

Aunque, desde luego, ya no era roja. El menor rastro de rojo había desaparecido,

gracias a las tripulaciones de marinos que se habían relevado sin cesar. Sin embargo, la fragata destacaba aún por dos cosas.

La primera, por su forma afilada, delgada, fina y de incomparable elegancia.

La segunda, por un largo gallardete rojo que ondeaba junto a las flores de lis.

A Mahé, que le preguntó si aquello era una evocación de la época en que la fragata estaba pintada, Valencey de Adana le había respondido:

—Si tú lo ves así, señor hermano mío... Pero también puede pensarse que ese rojo recuerda la sangre de nuestros hermanos caídos en combate.

Se agitó al darse cuenta que el señor Ly, el especialista en pólvoras explosivas, le estaba hablando.

Respondió cortésmente mientras observaba al sueco Gunnar Nordgren, especialista en metales y aleaciones. Ambos habían participado, cada cual por su parte, en la puesta a punto final de lo que los ingleses habían denominado «tiburones de pólvora». Ambos habían admirado los planos de Valencey de Adana, único responsable del invento. Pero, solos en un lugar de aquella especie, ambos eran mercenarios e hicieron comprender al oficial francés una triste evidencia. En efecto, puesto que la aventura de Valencey de Adana debía terminar forzosamente en prisión, preferían recuperar su libertad, aunque la máquina reclamase todavía algunos perfeccionamientos.

Con bastante frialdad, el capitán de navío les comunicó que no les retenía.

Viendo que la comida tocaba a su fin, Valencey de Adana se levantó. De inmediato, entre los centenares de marinos y soldados de los tres navíos, se hizo el silencio.

—Señores, aprovechad esta jornada, descansad. Mañana, *La Terpsichore* zarpa, sola, para una misión secreta. Pero que los demás no se alegren: os espera aquí un trabajo de titanes.

Tras aquellas palabras, se retiró, seguido como su sombra por Mahé de Campagne-Ampillac.



Estaban alineados, diecisiete, rígidos y muertos de miedo. Tal vez fuera la vigésima vez que, con las manos a la espalda, pasaba ante ellos mirándoles a los ojos. Aquella mirada hacía temblar a los más valientes, que pensaban que de un momento a otro sentirían como les fallaban las piernas.

Soldados, carceleros, oficiales y hasta el viejo conserje de la cárcel pegados al muro, apuntados por unos treinta hombres vestidos de negro de la policía secreta, y aquel Gréville que iba y venía: era un espectáculo que los pocos detenidos que habían subido sobre los hombros de sus compañeros no se habrían perdido por nada del

mundo.

Luego, de pronto, con inaudita violencia, tirando de él por los hombros y haciéndole tropezar, el «teniente» de la policía secreta Pierre-François Gréville sacó a un hombre de la fila.

No se trataba de un soldado, sino de un guardia robusto, conocido por su brutalidad y su depravación y del que se sabía que era muy corrupto: por algunas monedas procedentes del exterior, un detenido veía cómo las condiciones de su detención mejoraban por completo.

—¡De rodillas!... —ordenó Gréville.

Luego, sin apresurarse, sacó una pistola y apoyó el extremo del cañón contra la sien del guardián.

—¡Has sido tú!... ¡Evidentemente, has sido tú!...

La voz no albergaba ni la sombra de una duda, y el guardia pensó: «¡Este hombre es el diablo!».

El «teniente» Gréville no era ciertamente el diablo —sin duda un lejano primo... —, pero si le hubieran propuesto ocupar aquellas luciferinas funciones, sin duda habría aceptado por estética y por afición a las situaciones extremas.

Nada diabólico tenía, pues, pero sí dos cualidades indispensables para el ejercicio de su oficio: inteligencia e instinto.

Pensándolo bien, el guardia no se había traicionado de forma grosera. Sus ojos no habían parpadeado, no había oscilado de un pie a otro ni había vuelto la cabeza, pero... sudaba. Con aquel gélido frío, sudaba. Un detalle que, ante Gréville, no le dejaba posibilidad alguna.

El jefe de la policía secreta despidió a todos los demás y, luego, con el hombre de rodillas aún, le dijo:

—No parece temer que dispare, cerdo.

El otro cacareó:

—¡Eh, me necesitáis demasiado!

—Por tanto, sabes algunas cosas que me interesan, ¿no es cierto?

—Es muy posible.

Un policía se presentó ante Gréville.

—Señor general, ¿debo tomarle las medidas a este hombre para el ataúd?

—Nada de ataúd, se pudrirá en la tierra.

El guardián palideció pero decidió aguantar. Gréville prosiguió:

—Por ejemplo, ¿sabes quién te pagó para estrangular a Malvy, alias Pequeño Sin Cuartel?

—¿Malvy ha sido estrangulado, señor general?

De una patada en la mandíbula, Gréville le hizo saltar varios dientes; luego, en tono cortés, dijo:

—Que no hables..., de momento..., lo acepto. Pero que nunca se te ocurra tomarme el pelo, pues, más allá de mi persona, ridiculizas la función. —Reflexionó y

sonrió—. También yo puedo ridiculizarte... —Y, dirigiéndose a sus tenientes, ordenó —: Que desnuden por completo a ese hombre. Que le pongan luego unas enaguas de mujer. Que le aten fuertemente las manos, pero por delante, para no obstaculizar ciertas empresas, ciertos asaltos que podría sufrir... Que le maquillen cuidadosamente: polvos, carmín, una peca. Quiero encajes, encajes negros: es un color que despierta los sentidos. Preparad una celda y que se encierre en ella a cinco o seis prisioneros conocidos por sus costumbres antisociales. Arrojad a ese crápula afeminado en medio de esos animales y que no se abra la celda antes de mañana por la mañana. Pero, atención, que vuestros invertidos sepan esto: no importa que no pueda sentarse durante ocho días, pero quiero vivo a este hombre.

Pusieron brutalmente de pie al ex guardia. Había empalidecido al imaginar el original castigo que le aguardaba. Gréville lo miró de arriba abajo con desprecio:

—¡Sobre todo, no creas que es por azar! ¡Nunca hago nada por azar!... Me han dicho que te gusta jugar a ese juego del hombre utilizado como una mujer, pero que elegías a prisioneros muy jóvenes, débiles, sin carácter. Es natural pues, si no moral, que sufras a tu vez todo lo que hiciste a decenas de infelices. —Dio media vuelta, cambió de opinión, volvió sobre sus pasos y, con gran cortesía, añadió—: ¡Mis respetos, querida señora!

Con gesto fatigado, el Hombre Jabalí despidió a la niña de trece años que había compartido su lecho y soportado sus abrazos.

Llevaba su máscara. Más por nostalgia, sin duda, que por auténtica necesidad.

Pensó en el rey Luis XV, que en su muy famoso Parque de los Ciervos reservaba sus amores y su capacidad cada vez más declinante a las chiquillas.

¿Habría conocido las mismas desilusiones que él?

A Phébus Monteroux, que le suministraba las amantes, le habían tomado el pelo de nuevo. ¡Ah, maldito cura!... La chiquilla debía de hacer el amor desde hacía años. Nunca, o casi nunca, una niña preservada, en una palabra virgen, habría dado pruebas de semejante «oficio». Lo probaba también que no se había turbado en absoluto ante la máscara de jabalí. ¿Cuántos nobles o cuántos burgueses la habían poseído así, preservando con máscaras su anonimato?

Lo que a él le gustaba era forzar a la bestezuela, oír los gritos y los llantos de las niñas... Eso, al menos, aguzaba su apetito.

Decepcionado, se vistió con extremada lentitud y luego dio unas enérgicas palmadas.

Casi de inmediato, Monteroux entró en la habitación con un aire solícito.

—¿Está satisfecho, monseñor?

—¡En absoluto!... Te la han dado con queso una vez más, la pequeña debe ser del oficio desde hace años. En fin, a Dios gracias tengo otros motivos de satisfacción.

El cura se aproximó, frotándose untuosamente las manos y mostrando una obsequiosa sonrisa.

—¿Y cuáles son, monseñor?

El Hombre Jabalí soltó una aguda risita.

—¡Todo llegará!... El tiempo es, a veces, el mayor dispensador de placeres. —Se arrancó la máscara y la arrojó a un rincón de la habitación—. Creo que ahora ya no la necesitaré. Nunca más. Y algunos desfallecerán cuando por fin lo sepan.

—Ah, monseñor, muy misterioso estáis.

—Vas a saberlo todo, pobre cura. Todo. Pero comencemos por el principio. —Vació una copa de vino y observó a Phébus Monteroux—. ¿Así pues, quién soy yo, abate?

El eclesiástico buscó dónde estaba la trampa, sin saber cómo interpretar el extraño fulgor que animaba el único ojo de su dueño. Se hizo el imbécil.

—Sois, monseñor, Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort.

—¡Tonto!... Eso lo ya sabemos. Soy... ¡Ah, qué agradable es esto!... Imagina que estoy en una misión secreta, para introducirme en casa del duque de Orleans..., algo que he hecho ya hace mucho tiempo. Se esperan de mí algunas revelaciones: llegarán, en efecto, pero para mayor beneficio de los ingleses. ¿No es magnífico?

—Yo diría «suave», monseñor.



Blacfort reflexionó unos instantes, luego añadió:

—Suave, tienes razón. Pero eso no es todo. Vas a caerte de la sorpresa: Victoire de La Chesnaie de Flers, la exquisita marquesa, el gran amor de ese perro de Valencey... ¡me acepta como esposo!

El abate tuvo que agarrarse a un mueble, y el incidente no era fingido. Pero se sobrepuso enseguida, temiendo que su dueño interpretara de un modo hiriente aquella actitud:

—Sorprendente, monseñor, aunque no tanto. Sois en todo superior a Valencey de Adana y, ciertamente, ella se habrá dado cuenta.

Blacfort tiró la copa al suelo con un gesto violento:

—«Ciertamente»... ¡Idiota!... Claro que no. Ella sigue amándole y ni siquiera lo oculta.

—¿Y entonces, monseñor?

—¿Cómo voy a saberlo?... Se cree sublime casándose conmigo si salvo a Joachim. Sola en lo más alejado de la provincia, sin nadie con quien hablar, debe volverse tan loca como su madre. Sospecho, también, que está haciendo una loca apuesta, que piensa... ¿Qué sé yo?... Tal vez espera que Joachim, aterrado, se arroje a sus pies para impedirlo.

—¿Lo hará, monseñor?

Blacfort cogió la botella y se sirvió en otra copa y, sonriendo, dijo:

—De ningún modo, lo conozco muy bien y desde hace demasiado tiempo. ¡Es tan ridículo, ese imbécil!... Una elección de su hermosa dama, de su gran amor, sea cual sea, es algo sagrado, y oponerse a ello sería contrario a sus grotescas concepciones del amor y del honor. —Reflexionó unos instantes y, luego, en voz más baja, añadió —: Es un excelente militar, un espíritu sabio, un ingeniero sin parangón, un excepcional arquitecto de marina, pero como hombre, a fin de cuentas, es a veces bastante previsible.

—Sin embargo, monseñor, me sorprende que no digáis ni una sola palabra de vuestra felicidad, pues deseáis a la marquesa desde la infancia.

Blacfort alzó la copa a la altura de su único ojo. El cristal servía de espejo para las llamas de la chimenea.

—Abate, ahí metes el dedo en la llaga, y eso es lo que me gusta de ti. He deseado a Victoire como un loco, día y noche, mil veces más que a las demás mujeres. Y precisamente cuando ella se ofrece a convertirse en la condesa de Blacfort, es como si se transformase en polvo. Además, piénsalo: sí, es hermosa, su ceceo me excita como no puedes imaginar, pero miremos las cosas de frente: ¿puede, a sus veintitrés años, luchar contra las gracias y el frescor de una niña de doce?

—¿Vais... vais a renunciar, monseñor?

—No digas tonterías. Daría esa puñalada a Valencey diez veces en lugar de una. Pero está la manera...

—¿Y cuál será esa manera, monseñor?

—Victoire, su Victoire... será su derrota. Ella desea una boda que no lo sea, demasiado tarde. Voy a humillarla. Voy a tratarla como a una puta, no, ni siquiera a una puta la trataría de ese modo. Voy a mancillarla para siempre, si no con artimañas, por la fuerza entonces. Y quedará tan aniquilada que de todos modos la llevaré hasta las bodas, para no tocarla nunca más.

—¿Os resulta dulce la ocasión, monseñor?

Blacfort observó al abate. Veía en él a su doble. Y en tono casi amistoso, cosa rarísima, respondió:

—Sírvete bebida, abate, tenemos que celebrar tantas cosas...



En ese mismo momento, aunque en el otro extremo del mundo, el almirante Neville Stillwood, comandante del *Hood*, creyó tener una alucinación. Sin embargo, los oficiales que habían acudido precipitadamente y todos al mismo tiempo, confirmaron aquella impresión: lo que estaba viendo era real.

El segundo oficial dijo con una voz muy excitada, que no era habitual en él:

—¡Ahí está, es *La Terpsichore*!

Otros oficiales tampoco pudieron contener sus comentarios:

—Sí. Los franceses han rascado la pintura roja, pero es ella.

—¡Qué hermosa es!

—Una silueta como ésta es única en el mundo, la pintura no cambia nada.

—Parece dañada...

Probablemente salga de un combate difícil.

—Oh, pero hay algo más grave aún... Mirad: el mar está en calma, el horizonte despejado y, sin embargo, no veo por ninguna parte rastros de la *Betelgeuse* y de *L'Argonaute*.

—Sin duda los nuestros los han hundido...

El almirante, harto de por aquel parloteo, levantó su mano enguantada de blanco.

—Silencio, señores, me impedís pensar con vuestros cacareos de gallinas.

De inmediato se hizo el silencio.

El almirante inglés observó largo rato *La Terpsichore*. No cabía ninguna duda. Salía de un durísimo combate. Uno de los tres mástiles, el de mesana, estaba roto a la altura de un hombre. Efectivamente, habían rascado la pintura roja, sin duda para dejar de presumir e intentar hacerse menos visible. Además, hasta donde alcanzaba la mirada, por ninguna parte se veía a sus dos habituales escoltas.

El almirante Neville Stillwood sintió vértigo al advertir que todo lo designaba a él para ser el vencedor de la «fragata fantasma» que sembraba el terror en el Atlántico desde hacía años. Entrevió durante unos instantes los futuros honores, pero no se

recreó en esas imágenes de felicidad.

Curiosamente, antes de que se hubiera dicho la última palabra, sentía ya algunos remordimientos. Le hubiera gustado, una vez por lo menos, subir a bordo de *La Terpsichore*, pero sabía que nunca se dejaría atrapar, prefiriendo hundirse.

Pensó que todos aquellos hombres que iban a morir habían vivido una muy grande aventura. En el fondo, Francia, en alta mar, casi siempre había sido dominada por Inglaterra, y cuando no fue así, como durante esa guerra, el cambio se debía sobre todo a las nuevas técnicas. Y si Francia hubiera generalizado la construcción de bajeles como *La Terpsichore*, la Royal Navy habría desaparecido por completo y entregado el país a la invasión, pues en tierra Francia era hoy invencible.

Neville Stillwood tomó su decisión con gran tranquilidad. Dañada, *La Terpsichore* esta vez no podría resistir los ataques conjuntos de los bajeles pesados *Hood* y *Hornet*.

Recordó el gesto caballeresco del príncipe de Adana durante el naufragio del *Honey Bee*, pero no se hacía demasiadas ilusiones sobre la posibilidad de un gesto recíproco: vencida, *La Terpsichore* se haría estallar para no revelar el secreto del «tiburón de pólvora» y era seguro que no habría ningún superviviente.

Sin embargo, aunque sólo con dos mástiles, la fragata iba a intentar la huida y la caza no iba a ser tan sencilla, pudiendo requerir, incluso, cierto tiempo.

¡La caza!

Observó a la veintena de jóvenes oficiales que le miraban conteniendo el aliento. Eran la élite y el porvenir de la Royal Navy.

Sólo dijo una frase:

—¡A por ella!

Naturalmente, el jefe de la policía secreta Pierre-François Gréville había dado dos órdenes distintas. Oficialmente, y ante el guardián asesino, debían dejar a éste encerrado en la misma celda que media docena de temibles animales, teniendo estos sus sentidos aguzados por el hombre maquillado y vestido con incitadoras ropas femeninas de seda y encaje. Un hombre que se les ofrecía como una golosina. Además, aquella carne de horca acababa de conocer una larguísima abstinencia, lo que espolearía el deseo de aquéllos.

Pero cuando el guardián caído partió hacia lo que creía un funesto y doloroso destino, se dieron órdenes muy distintas.

Así pues, en cuanto sonaron los primeros gritos, un oficial de policía pegó su ojo a la mirilla. Con las enaguas levantadas hasta la cabeza, las bragas en los tobillos y el cuerpo inmovilizado por una docena de vigorosos brazos, el guardián asesino estaba a punto de sufrir unos masculinísimos asaltos cuando una decena de policías entraron en la celda con las culatas por delante.

Sacado de aquel mal paso, el guardián fue aislado en una celda pero los policías le advirtieron:

—Mañana por la mañana te conviene hablar, pues no tendrás una segunda oportunidad.

Al alba, Pierre-François Gréville recibió en la sala de interrogatorios al antiguo guardián, que seguía vestido con sus enaguas y sus medias de seda. Le ahorró las bromas fáciles para atacar directamente:

—Siéntate. ¿Te llamas de verdad Scipion?

El tono, pasmosamente tranquilo y moderado, sorprendió agradablemente al asesino, que respondió:

—Sí, señor teniente.

—Deja lo de teniente. En primer lugar, no soy teniente sino general. Además, me gustaría que consideraras que somos simplemente dos hombres en esta habitación y que perseguimos objetivos que no son contradictorios. Tú deseas, así, no ser colgado y sueñas, cosa imposible, con salir libre de aquí y absuelto dentro de... digamos una hora.

Prodigiosamente interesado, demasiado sorprendido como para responder, Scipion escuchaba, aguardando con avidez la continuación, que no tardó sino lo necesario:

—Yo persigo otro objetivo, y a otro hombre. Malvy no tiene para mí la menor importancia y además estaba condenado al cadalso, de modo que sencillamente te adelantaste a una decisión de la justicia. Digamos que... Podríamos admitir que te atacó en su celda y que lo mataste para defenderte: son cosas que pasan... ¿No te parece que sería una hermosa historia y que en ella sólo faltan los elfos y las hadas para convertirse en un cuento maravilloso?

—Prescindamos de los elfos y las hadas, señor general.

—De acuerdo. Ignoro lo que habrás oído sobre mí pero corre un rumor, persistente, y que nadie, ni siquiera entre lo más bajo de la truhanería, ha cuestionado nunca: soy un hombre de palabra y, cuando hago un trato, lo respeto siempre.

—Eso es algo bien sabido, señor general. Sois muy duro, sin piedad a veces, pero respetáis vuestra palabra.

—Me alegra que estés de acuerdo. De modo que escucha: tu comanditario me desafía. Este asunto es para mí, ahora, una cuestión de reputación. Necesito a este hombre. Si me ayudas sin más cálculos, sin ocultar nada, serás absuelto inmediatamente del asesinato de Malvy. Y quedarás libre. Si te niegas, te juzgarán dentro de dos días y te colgarán dentro de tres. La oferta sólo es válida en este instante.

Scipion había elegido. Reflexionó con ansiedad, deseando no olvidar nada. Luego se decidió:

—Me recibió en casa de una puta, la Champlévé, en un discreto burdel de la calle Thibault-au-Dè. La había despedido para la ocasión.

—Quiero que lo recuerdes todo, cada detalle. Me han informado de tu excelente memoria, demuéstremelo. —Con un gesto rápido, Gréville derramó sobre una mesa el contenido de una bolsa. Las monedas de oro, procedentes de los fondos secretos, rodaron unos instantes—. Si me ayudas, Scipion, la libertad que recuperes no tendrá sabor de miseria...

Para Scipion, la pesadilla se estaba convirtiendo en un sueño loco: el asesinato de Malvy podía resultar un asunto maravilloso. Había allí lo suficiente para construir una nueva vida, regresar a su región de Aubagne, donde el Hombre Jabalí no le encontraría nunca, tomar mujer y abrir una pequeña posada.

Decidió mostrarse muy preciso:

—Lleva una máscara de jabalí, ¿lo sabíais?

—Lo sé.

—Por sus maneras es, sin duda, un gran señor. ¿Os lo habían dicho?

—Hace ya mucho tiempo.

—Evita siempre miraros de frente, ¿lo sabíais?

—Malvy me lo había dicho.

—¿Y no añadió nada más a eso?

—Nada especial.

Scipion esbozó una sonrisita.

—En mi profesión, veo sólo a hombres que, para saltarse la prohibición de decir una palabra, hablan con la boca de través.

—¿Y...?

—Entonces, para que no les agarren, tienen la mirada huidiza.

—Una vez más: ¿y...?

—Pues que no me gustan las miradas huidizas. Pero para castigar hay que

captarlas y para captarlas hay que ser un buen observador. Soy un buen observador de miradas huidizas.

—¿Lo dirás por fin?

—Vuestro hombre es tuerto, le reventaron un ojo.

A Pierre-François le costó un poco contener un temblor de sus manos, que ocultó bajo la mesa.

Pero Scipion, en efecto, era un buen observador:

—Caramba, las manos que ocultáis bajo la mesa me han hecho pensar en ello: cuando entré, él sostenía un rosario, que escondió. Un rosario muy especial: cada cuenta era una calavera de marfil... Hay algo más: su espada es negra, completamente negra, de la vaina a la empuñadura. Y eso es todo, absolutamente todo. —Scipion consideró la turbación de Gréville y añadió, con una voz que pretendía ser firme—: Creo, señor general de policía, haber cumplido mi parte del trato.

Gréville se sacudió.

—Recoge tu oro, vendrán a buscarte para sacarte de aquí. Un consejo, sin embargo: no te cruces nunca más en mi camino.

Luego se levantó y fue a ver al gobernador de la prision.

Su discurso fue breve:

—Bertrand Scipion, atacado por el asesino Malvy, llamado Pequeño Sin Cuartel, mató a éste para defender su vida. Scipion queda libre en este instante. La acción de la justicia ha terminado.

El gobernador, que no se creía nada de aquello, no pudo ocultar una mirada de desaprobación. Con la palma de la mano, Gréville golpeó la mesa mientras decía en voz alta:

—¡Es así!

Luego salió sin añadir palabra.



Hacía cuatro días que duraba la persecución.

Sin embargo, incluso sin el palo de mesana y habiendo perdido algunas velas secundarias, *La Terpsichore* se lo ponía muy difícil a sus perseguidores.

Estos, dirigidos por el almirante Neville Stillwood, se habían organizado perfectamente. Así, por turnos, cada cuatro horas, el *Hood* y el *Hornet* se ponían a la cabeza, permitiendo que la tripulación del bajel trasero descansara.

Esta notable organización tenía además la ventaja de fatigar a la tripulación de *La Terpsichore*, que, por su parte, no podía contar con ningún relevo y estaba en la brecha las veinticuatro horas.

Stillwood se daba perfecta cuenta de ello, así como también su estado mayor, hallándose todos convencidos de que el tiempo trabajaba a su favor. Por lo demás, a ese ritmo, parecía evidente que el agotamiento iba dominando a los franceses y que iba a provocar que se derrumbaran.

Finalmente, por una suerte añadida que enardecía a los millares de ingleses, las noches eran maravillosamente claras, tachonadas de estrellas, iluminadas por una brillante luna: *La Terpsichore* no podía esperar huir aprovechando las tinieblas.

Puede decirse, pues, que la moral de los oficiales y marinos ingleses estaba en su cenit. Habían olvidado la generosa actitud del capitán Valencey de Adana durante el naufragio de *Honey Bee*. La caza y, tal vez, el sabor de la sangre que a veces le sirve de escolta se imponían.

El quinto día por la mañana estalló el entusiasmo.

Esta vez, *La Terpsichore* estaba lista.

Acorralada, con cualquier posible retirada cortada por los mastodontes, se dirigía directamente a una alta pared rocosa contra la que, era evidente, iba a estrellarse, a menos que no embarrancara en la estrecha playa que precedía a la muralla, una playa de unos diez metros de ancho.

Intentando lo que parecía ser su última maniobra, la hermosa fragata herida viró a estribor.

El almirante Stillwood vaciló unos instantes. Al haber virado de ese modo, *La Terpsichore* navegaba ahora perpendicularmente a sus perseguidores. Si volvía a virar a estribor, efectuaría una media vuelta perfecta y, apuntando con su proa a mar abierto, tendría una muy remota posibilidad de escapar. Todo tendría que volver a empezar entonces...

Sin embargo, acababa de reducir su velocidad... Con el catalejo, el almirante vio a unos diez hombres lanzarse al agua y dirigirse a nado a la estrecha ribera, muy cercana. Otros treinta se habían sentado en cubierta, con aire enojado, y no respondían a las exhortaciones de sus oficiales.

«¡Qué tristeza!...», pensó Stillwood.

Sin embargo, como viejo y astuto hombre de mar que era, el almirante seguía dudando, pues nada conocía del fondo marino de aquella región..., aunque *La Terpsichore* hubiera llegado sin sufrir daños muy cerca de la pequeña playa.

Su segundo oficial adivinó su pensamiento:

—Almirante, no hay ni rastro de roca que emerja. No es una costa rocosa. Además, *La Terpsichore* navega libremente, sin la menor precaución, lo cual demuestra que no hay bajíos.

El almirante, contrariado, movió la cabeza.

—Sin embargo, utilizar las sondas...

—La perderemos, almirante. Hay un motín a bordo de *La Terpsichore*. El príncipe de Adana será derrotado y, antes que dejarse prender, hará saltar su navío. Si lo hunde de ese modo, no obtendremos de ello gloria alguna, nunca.

Stillwood dirigió su mirada a las decenas de oficiales y a los centenares de marinos que aguardaban su decisión, todos ellos pensando en el mismo objetivo, animados por la misma esperanza.

Una vez más observó la cubierta de *La Terpsichore*.

Algunos hombres se peleaban a puñetazos, otros, por su parte, acababan de zambullirse para llegar a la orilla. Unos granaderos calaban la bayoneta para intentar dominar a los amotinados.

—¡Esta vez, todo ha terminado!... —dijo.

—¡Ahora o nunca!... —le susurró el segundo oficial.

El almirante inclinó la cabeza diciendo:

—Comunicad al *Hornet*: «Continuad la persecución. Seguid exactamente la misma ruta que *La Terpsichore*».

Aquello suponía rozar la costa, pero allí por donde pasaba con tanta facilidad una fragata, sin tomar la menor precaución, un tres puentes debía de poder pasar también.

Un minuto más tarde, con una terrible sacudida, el *Hornet* topó con dureza contra un bajío y se empotró en él.

El almirante aulló:

—¡Virad a estribor!

Era precisamente lo que no debía hacerse: el *Hood* embarrancó a su vez, con tanta brutalidad como el *Hornet*.

Luego fue el infierno, mientras *La Terpsichore*, virando con gracia a babor, parecía desvanecerse a través de la muralla rocosa...



Blacfort había llegado a París con una sensación de bienestar absoluto. Todas sus trampas funcionaban, todas sus maquinaciones se desarrollaban del mejor modo y el éxito coronaba el conjunto de sus empresas.

Pragmático, sabía adaptarse perfectamente. Así, pactando con su propia impaciencia, se había convencido de que la boda con Victoire constituía un error. Un único pensamiento dominaba su espíritu: tomarla, deshonrarla y, luego, partir.

Las demás noticias, ésas que se guardaría mucho de comunicar a Victoire, le llenaban de una alegría sin fisuras. No había motivos para perder el tiempo con el asesinato de Malvy, pero aquello, hecho y bien hecho, sin embargo le tranquilizaba.

Además, el duque de Orleans se había quejado al rey, de forma totalmente oficial, por el episodio de la Sweet Princess, añadiendo que «el asesino Valencey de Adana» había deshonrado al reino y exigiendo un castigo ejemplar.

Desagradablemente impresionado, Luis XVI había endurecido sus órdenes. Blacfort sabía ya que el recibimiento en Rochefort sería «gélido» y sin duda «no exento de violencia». Por otra parte, el gobernador de la Bastilla tenía la consigna de someter a Valencey de Adana a un «régimen severísimo».

Cuando hubo llegado a media legua del castillo de los La Chesnaie de Flers, Blacfort lanzó su caballo al galope.

Representando la comedia con cierto talento, había descabalgado, había fingido estar muerto de fatiga y luego se había dirigido titubeando hacia el saloncito, donde bebió, uno tras otro, dos grandes vasos de agua. Finalmente, luciendo una hermosa sonrisa, dijo:

—¡Ah, Victoire, qué feliz me hace ser portador de tan maravillosas noticias!

Retorciéndose las manos, en el colmo de la excitación, Victoire había preguntado:

—¿Cuález zon?... ¡Oz lo ruego, Nicolaz, no me tengáiz en zuzpenzo!

Él sonrió con indulgencia:

—No os escuché, e hice bien.

Ella posó sobre él una mirada donde se mezclaban el temor y la incompreensión, pero Nicolas la apaciguó con un gesto.

—Abandoné la idea de entregarme a un complicado juego ante monseñor el duque de Orleans. Valiéndome de mi nombre, gracias a una loca inspiración, solicité audiencia al rey.

—¿Al rey? —repitió Victoire, incrédula.

—Al rey. Y, habiéndola obtenido, me arrojé a sus pies. —Hizo un eficaz silencio y prosiguió—. Ah, Victoire, ¡qué buen soberano nuestro rey!... Me levantó con infinita bondad y me ordenó, en un tono falsamente enojado, que me explicara.

—¿Le hablazteiz... le hablazteiz de Joachim?

Él le tomó las manos y se las llevó a la boca, cubriéndolas de besos.

—¿De quién, si no?

Sentía violentas ráfagas de deseo. Ciertamente, prefería con mucho a las niñas, pero Victoire se adecuaba muy bien a Valencey de Adana, estaban hechos claramente el uno para el otro. ¿Y poseer a su mujer no era, acaso, poseerlo un poco también a él?

La idea le turbó; la apartó de sí y continuó:

—El rey, apenas si puedo creerlo, me dejó hablar casi una hora. Mis palabras le contrariaron, pero en el mejor sentido, pues dijo para sí, no sin cierta cólera: «Pero bueno, ¿por qué me informan tan mal?».

Como presa de un impulso de entusiasmo, tomó a Victoire en sus brazos y la estrechó contra sí. Sentía los pechos de la muchacha en su torso, sus cabellos perfumados le rozaban el rostro: ¿había soñado con aquel instante?

A modo de prueba, depositó un rápido beso en los labios de Victoire, que se irguió levemente, con una expresión de contrariedad en la cara. Él lo advirtió con despecho, retrocedió un paso sin soltarle las manos, y luego, siempre en el tono de la más exuberante y sincera alegría, añadió:

—Todo se ha arreglado del mejor modo.

—¿Y sólo con oír vuestro dizcurzo, donde tantoz otroz fracasaron?

A Blacfort le pareció oportuno no exagerar en exceso.

—Obtuve lo mejor que podíamos esperar.

—¿Qué queréis decir, Nicolaz?

—Joachim está salvado. El rey exige que se celebre un consejo de guerra en cuanto regrese. Sin embargo, el tribunal marcial recibirá a Joachim no como acusado, sino como testigo. Ya sabéis que es unánimemente admirado en la marina, esos oficiales le absolverán. ¿No es maravilloso? —Se acercó a ella con prudencia—. ¿No merezco, por fin, vuestro agradecimiento?

La tomó en sus brazos, buscó su boca, intentó introducir en ella su lengua, pero fue rechazado con violencia.

—¿Eztáiz loco, Nicolaz?... ¡No zoy una mujerzuela!

Una incontenible cólera se apoderó de él. ¿Qué podía perder?... Valencey estaba condenado a la Bastilla, moriría allí, fuera cual fuese el precio que pagar. Victoire sabría muy pronto la verdad. ¿Y entonces?... Las quejas de una pequeña marquesa de provincias, ¿qué valdrían ante la palabra de un gentilhombre que cenaba en casa del duque de Orleans?

Ella pareció adivinarlo, retrocediendo hasta la pared.

—¡No, Nicolaz, ezo no!

Le miraba, aterrorizada, sintiendo el mayor espanto de su vida.

Él se acercó, con su muerto ojo parpadeando enloquecido.

—Os lo suplico. No lo hagáis. Pensad en Joachim, en vuestra amistad...

Ni siquiera advirtió que, a causa del terror, había perdido su defecto de elocución que, para algunos, constituía parte de su encanto.



Hacía ya tres días.

Tres días, para una agonía, son interminables.

Al pie del acantilado, bien al abrigo en la cavidad de dos metros de alto y otros tantos de profundidad que las olas habían excavado a lo largo de su base, ciento cuarenta piezas de artillería, es decir todas las reservas de cañones de la base secreta, disparaban contra el *Hood* tras haber acabado con el *Hornet*.

Éste, mucho más cerca de la orilla, había recibido en primer lugar la parte más importante de los disparos franceses. Pero a las ciento cuarenta piezas alineadas al pie del acantilado, había que añadir las sesenta piezas de estlibor de *La Terpsichore* y *L'Argonaute*, que habían salido del río y se habían instalado, echando anclas, en una posición de tiro ideal.

Por su parte, el *Hornet* y el *Hood* se encontraban casi en la imposibilidad de responder. En efecto, uno y otro habían encallado violentamente en los bancos de arena, de modo que los dos pesados navíos no estaban ya en esa posición horizontal absolutamente indispensable para un disparo de artillería: los cañones del *Hornet* apuntaban demasiado alto, los del *Hood* apuntaban al mar.

Valerosamente, es cierto, los ingleses habían colocado algunas cuñas, pero cada disparo exigía levantar de nuevo un cañón de 1,838 libras<sup>[3]</sup>, volverlo a colocar en las cuñas que lo equilibraban en la horizontal, disparar, lo que provocaba la caída de las cuñas, y comenzar de nuevo...

A partir del segundo día, los artilleros ingleses, agotados, iban renunciando.

Por lo demás, durante la noche del segundo día la tripulación del *Hornet* había abandonado el navío, agujereado por todas partes, desarbolado a ras de cubierta, irrecuperable. Doscientos marinos habían nadado hasta la ribera para rendirse a los franceses. Los demás se habían refugiado en el *Hood*.

En cuanto al comandante del *Hornet*, que había permanecido en el pecio con tres oficiales, había elegido hacerlo saltar por medio del polvorín, de modo que por la mañana sólo se veía ya una humeante osamenta cuya silueta indicaba que se trataba de los ennegrecidos restos de un tres puentes de gran clase.

Por la tarde del tercer día, y aunque aquello no le entusiasmase, Valencey de Adana, para acabar de una vez, hizo que sacaran de los almacenes dos morteros pesados, de los que suelen estar equipadas las galeotas<sup>[4]</sup>.

Era el arma más terrible que existía: conocida por utilizarse contra murallas de piedra de más de un metro de grosor, es de imaginar cómo actuaba con las paredes de madera, aunque fueran las de un tres puentes.

Los morteros pesados franceses disparaban hasta tres mil metros, si era necesario, bombas de 158 libras<sup>[5]</sup>, llamadas «panzudos» en la marina; bombas cuya mecha se

veía arder por los aires y que estallaban en contacto con el blanco.

Sin embargo, viendo los estragos que causaban los morteros pesados, Valencey de Adana había limitado el tiro a uno cada dos horas. En el fondo, no deseaba provocar una carnicería, muy al contrario. Así, había ordenado que cesara el tiro de sus cañones cuando los marinos del *Hornet* se habían dirigido al *Hood* a nado.

Valencey de Adana aspiraba sólo a una rendición inglesa, aunque el número de prisioneros le asustase. En efecto, antes de caer en la trampa que tan hábilmente les había tendido, casi dos mil ochocientos oficiales, marinos y soldados se hallaban a bordo de los dos navíos pesados.

Ésa era la razón por la que, desde el primer día, Valencey de Adana había enviado la *Betelgeuse* a buscar todos los navíos franceses, norteamericanos y españoles que pudiera encontrar.

La noche del tercer día no había aportado aún solución alguna, aunque el almirante Neville Stillwood se hubiera suicidado en su cabina.

Además, aprovechando la oscuridad, los mayas se habían aproximado a nado a los restos del *Hood* y habían arrojado allí «bombas de abejones». Se trataba de un arma exclusivamente maya, por completo desconocida por los ingleses, cuyo principio consistía en que podían transportarse nidos de abejones con total seguridad gracias a los efluvios de una planta local. Pero en cuanto el nido, la «bomba de abejones», se estrellaba contra la cubierta de un navío, los insectos, furiosos, se ensañaban con los hombres.

Fue, pues, el cuarto día, cuando el sol se levantaba, cuando apareció la *Betelgeuse* escoltada por unos quince navíos de la coalición pronorteamericana. Entre ellos, tres bajeles de guerra.

Valencey de Adana consideró llegado el momento de acercarse con prudencia al *Hood* y, desde la cubierta de *La Terpsichore*, utilizando su bocina, dijo con sequedad:

—Oficiales, marinos y soldados ingleses, habéis sido vencidos. Habéis combatido con valor y honor. El combate no tiene ya sentido. Rendíos, seréis tratados con humanidad.

Desmoralizados, aniquilados, los ingleses capitularon. Se hicieron mil ochocientos prisioneros, que fueron evacuados antes de hacer saltar los restos del *Hood*.

Aquella noche, Valencey de Adana había decidido encerrarse en su cabina. Desde el umbral de la puerta, con voz fatigada, le susurró a Mahé:

—Mañana mismo zarpamos hacia Francia.

—¿Les... les vas a obedecer?

El comandante de *La Terpsichore* evitó la mirada de Mahé:

—Un hombre no puede escapar a su destino.

Mahé empujó con bastante brutalidad al príncipe hacia el interior y cerró rápidamente la puerta a sus espaldas. Eran unos modos que antes Mahé no había utilizado nunca y que dejaron atónito a Valencey de Adana. Menos, sin embargo, que

las palabras que siguieron:

—¡Joachim, no!... Esta vez no.

—¿Qué quieres decir?

—No vas a representar ese nuevo papel, sublime y magnífico, de héroe inocente perseguido por unos enanos envidiosos y malignos. No eres la estatua de la virtud, no eres Roldán en Roncesvalles. Sólo tenemos una vida, Joachim, y los años pasan. Hace más de diez que te equivocas creyendo actuar bien. Es como si... Tengo la impresión de que cabalgas a un lado de tu vida. Eso es. Tú en un caballo, tu vida en otro, y he aquí que ambas monturas se alejan cada vez más la una de la otra.

Valencey de Adana se tomó la cosa sorprendentemente bien, sonriendo incluso.

—Lo más extraño es que, en parte, tienes razón. Pero creo que soy así, soy de los que no tienen derecho a pensar en sí mismos.

—¿Pero quién lo ha dicho, Joachim?... ¿Quién, a fin de cuentas?...

—No lo sé. Lo creo, eso es todo. Y viene de lejos, de tan lejos... Nuestro apellido es demasiado viejo y demasiado glorioso, sin duda. No tendré hijos, Mahé, ¡nunca!... No le impondré a nadie cargar con un apellido tan pesado, un apellido tan insoportable que aplasta mis hombros. Debía de ser demasiado frágil para semejante apellido, de modo que, ya ves, creo que he de ser el último. Por esa razón quisiera dar un espléndido fin al linaje.

—¡Es imposible!... Hubo una época en que amabas la vida.

—Pero la vida no me ama a mí.

—¿Y Victoire?

—Ah no, eso no: es desleal, Mahé, ya sabes cómo la amo. Pero no merece que le ofrezca... eso, lo que soy.

—¿Y qué estamos haciendo en esta guerra, qué hacemos con las luces de tus filósofos, con la república en Francia, con la justicia para todos?

Valencey de Adana hizo un gesto cansado.

—¡También eso, sí, también eso, lamentablemente!... Tú no conoces ese desgarró, y es mucho mejor así. Ciertamente aspiro al cambio, a la República, a derribar el trono y a las ideas nuevas. Pero todo, en mí, permanece vinculado al antiguo mundo, no al de la nobleza actual que está ya en el nuevo siglo, sino al de la caballería, al de las buenas maneras y los viejos castillos. Ah, comprendeme, me siento dividido. Estoy en medio de un río y dejo, en una ribera, todo lo que amaba mientras nado hacia la otra ribera, porque allí están la justicia, la libertad y el porvenir. Pero ya ves, Mahé, hay algo implacable: de todos modos, yo he perdido ya, he perdido vengza quien vengza...

Se hizo un largo silencio.

Luego Mahé habló con más suavidad:

—Lo que me dices es terrible. ¿Por qué nunca me hablaste de ello?

—¿Para verte inquieto como ahora?... Ah, mejor habría hecho callando.

—Joachim, todos estos años has permanecido a solas con todo esto..., pero yo

soy tu hermano, tenía derecho a ayudarte, puedo ayudarte. Nada está decidido si lo queremos.

—Pero yo no quiero nada, Mahé. Ya no quiero nada. Estoy cansado, quisiera que esto terminara por fin, que dijeran: «Ah, el último príncipe de Adana que estuvo a la altura», y sobre todo no estar ya allí para oírlo.

—No te dejaré hacerlo. Y Victoire tampoco. Ni tampoco Nicolas. Lo impediremos.

—Permaneced al margen de todo esto, vosotros tres más que cualquier otro. El correo de Francia llegó con la fragata de mediodía: el Hombre Jabalí ha matado al abate Bérégère, el pobre y viejo cura. Temo ahora por Victoire. Si me entrego, los ingleses que arman el brazo del Hombre Jabalí suspenderán su venganza y la salvaré. Ya ves, es muy sencillo: ¡no tengo elección!

—Los ingleses y su Hombre Jabalí ignoran lo de Victoire y tú, no temas, pues. Y lo de nuestro viejo abate, no es culpa tuya.

—¡Vamos! Ah, el pobre y querido anciano, tan valiente, tan amable, y cuyo solo error fue vincularse a nuestro apellido. Ya ves, lo que voy a decirte es una terrible confesión: no llevo la felicidad a aquellos a quienes amo...

Mahé se sintió conmovido al ver lágrimas en los ojos del príncipe. Se apresuró a tomar a su hermano entre sus brazos para llorar así, abrazándose con fuerza como cuando eran niños. En la época en que Joachim encarnaba la felicidad y la alegría de vivir.

## 50

Habían transcurrido una docena de días desde el hundimiento del *Hornet* y del *Hood*. Éxitos a los que había que vincular el final del *Honey Bee*. A la palabra de los franceses se añadía la de los norteamericanos y los españoles, que combatían el general escepticismo. La confirmación oficial procedió de los propios marinos ingleses. En efecto, y en primer lugar, una goleta francesa cargada de oficiales ingleses había sido capturada por la Royal Navy. Algunos oficiales superiores de la marina de Jorge III, con la cabeza gacha, habían confesado a los suyos la pérdida de los tres bajeles pesados. Luego, en Estados Unidos, tras haberse producido algunos intercambios de oficiales prisioneros por iniciativa del general Washington, la noticia de la existencia y el final de los tres «ogros» fue también confirmada por los ingleses ante consejos de guerra y distintas comisiones. No quedaba ya duda alguna: la fragata

*La Terpsichore* había destruido, en efecto, los tres puentes *Hood*, *Hornet* y *Honey Bee*, armados con trescientos veinte cañones y con cuatro mil hombres de tripulación a bordo. Y si se temblaba al evocar la fatal arma secreta en el *Honey Bee*, cualquier hombre de mar enmudecía de admiración al oír los detalles de la trampa tendida por Valencey de Adana a los otros dos bajeles pesados, pues para un marino la alianza del valor y la inteligencia ha sido venerada en todos los tiempos.

Transmitida por las tripulaciones de los bajeles de guerra, que habían sido relevadas por la de los navíos mercantes y de transporte, la noticia corría por todos los puertos del mundo en aquel mes de marzo de 1781, mientras *La Terpsichore* se acercaba a las costas de Francia.

Una corbeta rápida del almirantazgo había salido al encuentro de la antigua «fragata fantasma». Ya no se trataba de atracar en Rochefort, sino en Brest, por sorpresa.

El mensajero, un oficial con cara de raposa, se había guardado mucho de explicar a Valencey de Adana las razones de semejante cambio, comenzando por el hecho de que, al ser informada de su llegada, la población de Rochefort se disponía a recibir como un héroe al comandante de *La Terpsichore*... y resulta muy difícil detener a un héroe ante millares de personas dispuestas a festejarlo y aclamarlo.

En cambio, en Brest se había cuidado de no avisar a la población...

Con aire sombrío, Valencey de Adana hablaba poco. Ni siquiera su amigo Mahé, a quien llamaba con gran afecto «señor hermano mío», sabía cómo tratarle.



Metódico, como era habitual en él, Pierre-François Gréville había concluido el apartado «Costumbres» del expediente Blacfort. Había hablado con la Champlévé, prostituta que dirigía un burdel en la calle Thibault-au-Dè y que había proporcionado niñas al tuerto. Desde allí, tirando del hilo, siguiendo las pistas y los indicios, el «teniente» de la policía secreta había preparado una abrumadora acta de acusación, que incluía un asesinato, puesto que una niña de once años había sido arrojada desde un primer piso por un Blacfort descontento con su terror y su resistencia.

Satisfecho del rumbo que tomaba su investigación, Gréville se había consagrado entonces al apartado «Hombre Jabalí», el asesino Nicolas de Refroicourt. Tenía ya, por adelantado y debidamente registrado, el testimonio del guardia asesino sobornado por Blacfort para eliminar a Malvy. Complicidad en un crimen, un modesto comienzo. Y apenas una presunción, lamentablemente, nada serio. Pero de todos modos...

Puesto que disponía de nuevos hechos, esperaba dar consistencia a su expediente en Charente. Acompañado por seis policías de élite, se dirigió allí y, apenas llegado,

dirigió un breve mensaje a la población de la aldea que había visto, hacía ya algún tiempo, pasar la horda que se dirigía a casa del general para matarle, a él y a su gente: cualquier información sería pagada en oro, se garantizaba el anonimato. Precisó que aguardaría cuatro horas en el presbiterio a los eventuales visitantes.

Temía no ver a nadie allí, pero los aldeanos se apretujaban. Nada, no sacó nada de todos aquellos encuentros. Ciertamente la gente no mentía, todos habían visto pasar la pandilla de jinetes, al hombre de la máscara de jabalí, el formidable ataque junto al calvario del perro *Mata Sin Miedo*, que degolló a dos de los asaltantes, pero, en resumen, nada que el jefe de la policía secreta no supiera ya.

Entre los últimos se presentó un hombre acompañado por un muchacho de unos diez años, y el policía, como Blacfort mucho antes, se sintió impresionado por la mirada singular y penetrante del niño. Sintió una excitación profesional, en la que el gran cazador de asesinos nota como si le hirviera la sangre y por la que ama más que nunca su oficio.

Fingió sin embargo una voz indiferente:

—¿Cuál de vosotros dos vio algo?

—¡Mi hijo!... —respondió un hombre inquieto e intimidado: ¿acaso no había, en aquel entonces, pegado al niño para que callara?... Pero los tiempos habían cambiado, el Hombre Jabalí no había regresado y el oro prometido daba vueltas en la cabeza de aquel campesino que adivinaba ya sueños de fortuna.

Padre e hijo se mantenían de pie ante Gréville, sentado a una pequeña mesa. En tono seco, se dirigió al padre:

—¡Salid!

Sorprendido unos instantes, el hombre abandonó la habitación a toda prisa para no disgustar.

El jefe de la policía secreta miró largo rato al niño, que no bajó los ojos. Aquella mirada le gustó por el carácter que revelaba, por su firmeza y su tranquila serenidad. Aquél era el tipo de testigo a quien no era posible impresionar, a pesar de su tierna edad.

—Siéntate.

El muchacho obedeció.

—¿Dónde estabas tú?

—Junto al calvario.

—Eso es imposible. Eres un sucio mentiroso, pues allí no había nadie. ¿Dónde estabas?

—Junto al calvario, oculto detrás de los matorrales.

—Admitamos que la mentira sea verdad y...

El muchacho le interrumpió:

—Nunca miento.

El jefe de la policía secreta saboreó aquel instante. En primer lugar, aquel tono no engañaba, era el de la verdad. Y en segundo lugar, nada haría callar al muchacho.



Prosiguió:

—Admitámoslo, entonces. Estabas junto al calvario. De acuerdo. ¿Detrás del calvario?

—Detrás.

—Entre los matorrales, ¿no?

—Entre los matorrales, señor oficial.

—Admitámoslo. ¿Y qué sucedió, entonces?

—El hombre de la máscara de jabalí mató al perro de la aldea, a nuestro *Mata Sin Miedo*, de un pistoletazo. Es un tirador muy bueno.

—¿Por qué crees que es un buen tirador?

—Es un buen tirador. Iba a caballo y la señorita Pauline, que se sacudía puesta de través en su silla, le molestaba. Disparó una sola vez en aquella posición tan incómoda. Es, pues, un buen tirador.

Esta vez, Gréville sabía que tenía ante sí al único testigo de los acontecimientos. Supo, como casi siempre, disimular su excitación y, con voz algo gangosa, continuó:

—De acuerdo. ¿Y qué más?

—Me vio.

Tras un breve silencio, Gréville preguntó sin cambiar de tono:

—Bien. Te vio. ¿Y qué más?

—Pues que también yo lo vi a él: sólo tiene un ojo, el otro se lo reventaron.

«¡Aleluya!», pensó Gréville, y prosiguió:

—¿Algo más?

—Su voz. Habló con sus amigos.

—¿Qué dijo?

—Dijo: «Si esos cobardes tuvieran siquiera una ínfima parte del valor de este perro, nunca habríamos pasado».

—¿Reconocerías esa voz?

—Entre todas.

—Voy a recompensarte, entonces. ¿Algo más, algún detalle especial?

—Su espada.

—¿Y bien?

—Es negra, toda negra. Nunca he visto otra igual.

«¡Qué magnífico momento! —pensó Gréville—. Es ahí, cuando se acumulan las presunciones, cuando se encuentra el verdadero placer... Como la conquista amorosa, como una comida festiva que alguien se dispone a servirte, todo es uno. La gran felicidad es antes, ¡siempre antes!».

Sonrió al niño, buscó en una faltriquera de cuero, sacó una bolsa y puso en la mesa las monedas de oro de los fondos secretos, diciendo:

—Ve a buscar a tu padre.

El hombre entró, intimidado, con su sombrero de fieltro en las manos. Vio luego las monedas de oro. La voz gélida de Gréville le sobresaltó:

—Puedes estar orgulloso de tu hijo. Consagra una parte de ese oro a hacerle estudiar, y ten cuidado, pues voy a vigilarte de lejos pero siempre.

Por lo demás, el hombre cumpliría su palabra y el niño acabaría siendo general y barón del imperio, pero ésa ya es otra historia.

Mientras, tras una señal con la cabeza, el campesino recogía su oro, Gréville pensó que tenía aún mucho tiempo para pasar por la casa de la encantadora marquesa de La Chesnaie de Flers. Soñaba con su ceceo.

En este aspecto, quedaría decepcionado.



El navío se acercaba a Brest cuando tuvo que ceder el paso a una formidable escuadra. El 23 de marzo de 1781, toda una armada se hacía a la mar para intentar acabar con la flota inglesa.

—Decenas y decenas... Nunca había visto tantos bajeles de guerra juntos... —observó Mahé, al que le faltaba entusiasmo. En efecto, no había sabido convencer a su amigo de que escapara de la «justicia» del rey, y con razón: Joachim pensaba que entregándose salvaba a Victoire de la venganza inglesa...

—¡No participaremos en esta expedición!... —respondió Valencey de Adana con una sonrisa triste.

En el navío almirante, el conde de Grasse, que mandaba las fuerzas navales francesas, se volvió hacia su segundo:

—Decidme, aquella elegante fragata que está entrando en Brest, ¿no será por casualidad la famosa *La Terpsichore*?

—La misma, señor almirante.

De navío a navío, se enviaron señales mediante banderas. Luego centenares de cañones dispararon una salva de honor para festejar el regreso al país de la más gloriosa fragata del reino de los lises.

Aquella fiesta en absoluto estaba de más..., pues ya sabemos lo que debía seguir.

—Pero, ¿os violó, señora marquesa?

La muchacha dio un respingo:

—¡Ah, no!... Pero sentí sus manos en mi pecho, bajo mi vestido, y eso ya fue bastante innoble...

—Ah, entonces, ¿cambió tal vez de idea antes de proseguir con sus odiosas empresas?

Aunque su rostro fuese triste, una breve sonrisa iluminó el conmovedor y hermoso rostro de la muchacha.

—Vos ya habíais estado aquí, en esta estancia, señor Gréville. Nosotros la llamamos el saloncito, o el salón azul. Naturalmente, no advertís nada...

El jefe de la policía secreta adivinó el desafío que le lanzaba, pero imaginar que no iba a aceptarlo suponía no conocerle. Evocó la estancia tal como la recordaba, metro a metro y, luego, divertido, contestó:

—Ah, bueno, ¿acaso habéis cambiado de lugar ese jarrón, chino sin duda, donde se veía una cosa extraña, mitad navío mitad dragón verde, que se enfrentaba a toda una armada de galeones?

Ella le miró con admiración, sin aliento; luego, sobreponiéndose, dijo:

—Ha cambiado de lugar, en efecto: acabó roto en la cabeza del conde de Blacfort, y él «cambió de idea», como con tanto acierto decís, gracias al golpe y porque tuve tiempo de ir a buscar la pistola de mi difunto padre.

«¡Qué mujer!», pensó Gréville, admirado a su vez.

Sin embargo, prosiguió:

—¿Pidió excusas?

—¡Oh, claro!... Pero le eché. Ha traicionado mi amistad y también la de Joachim. Y eso nunca voy a perdonárselo.

Gréville la miró con aire preocupado, luego dijo:

—Caramba, señora, ¿es que no tenéis ya amigos con quienes hablar...? ¿Acaso carecéis, vos misma, de ojos para ver?... Blacfort sólo ve en el príncipe de Adana a un rival, pues vos le amáis tanto como él os ama a vos.

—¿Quién os ha dicho que le amo?... —preguntó ella con excesiva vivacidad.

—Es pura evidencia. Os ama tanto como vos le amáis a él. ¡Y cómo os mira! Os estuve observando discretamente cuando él habló tan brevemente con vos. Mi oficio es fijarme en estas cosas.

Ruborizándose pero encantada, ella respondió:

—¿Queréis té?

—Sois demasiado amable, marquesa, y no diré que no, pues hace fuera un frío de mil diablos. Sin embargo, antes, una pregunta más: ¿habéis visto alguna vez al conde de Blacfort vestido enteramente de negro?

—No.

Algo decepcionado, el policía preguntó sin convicción:

—¿Y le habéis visto un rosario?

—Claro, su horrible rosario de marfil.

Con el corazón palpitante, Gréville prosiguió:

—¿Horrible?

—Las cuentas son, en efecto, de marfil, pero en cada una de ellas fueron hábilmente esculpidas unas calaveras. Recuerdo que me reveló que ese antiquísimo rosario procedía de las lejanas tierras de Sicilia y, particularmente, de una ciudad: Siracusa.

Gréville no consideró útil, de momento, hacer más comentarios, y siguió adelante:

—¿Habéis prestado atención alguna vez a su espada?

—¿Cuál?

El jefe de la policía secreta pareció sorprendido:

—La costumbre, para un gentilhombre, es tener sólo una espada y tenerla siempre a su alcance. Hubo un tiempo en el que incluso dormían con ella...

Victoire se encogió brevemente de hombros.

—Su espada me parece bastante hermosa, pero no sabría describirla. Antaño tenía otra, la que por desgracia tenía en sus manos cuando perdió el ojo. Pero hace poco me sorprendió advertir, cuando le encontré justo después del asesinato de nuestro cura, que llevaba de nuevo al costado aquella maldita espada que yo creía rota.

Disimulando su impaciencia, Gréville preguntó:

—¿Tiene esa espada algo digno de mención o, como su otra espada, no se distingue por nada?

Ella le miró con cierta suspicacia, pero explicó:

—Ésta es, por el contrario, muy singular, hasta el punto de que nunca he visto nada semejante, aunque en tiempos de mi padre muchos oficiales pasaban por el castillo. Es negra, señor Gréville, enteramente negra, la guarda, la empuñadura, la vaina e incluso la hoja: todo es negro. ¡Y es... siniestra!

—¿Algo más?

—La empuñadura es una maraña de huesos, y en el extremo del pomo hay una calavera con las órbitas vacías. Todo muy artísticamente forjado. Mahé decía que aquella espada llamaba a la muerte. ¿Pero por qué tantas preguntas?

Gréville supo que no podía retroceder y, por otra parte, tampoco lo deseaba:

—¡Ah, señora!... El hombre con la cabeza de jabalí que llevaba a vuestra hermana atravesada en su silla, antes de emparedarla viva y dirigirse a casa del general Valencey de Adana para matarlo al igual que a su gente, llevaba una espada enteramente negra como la que vos describís. Y le faltaba un ojo. —Hizo una pausa y prosiguió—: El hombre de la máscara de jabalí que sobornó a un guardián para matar a un testigo, precisamente a un hombre implicado en la muerte del general, también era tuerto. Y ese guardián se fijó en el extraño rosario que vos me habéis descrito, con

sus cuentas de marfil en forma de calavera. Estamos hablando todo el rato del mismo asesino...

Victoire, titubeando ante la sorpresa, miraba a Gréville fijamente, mientras éste creía erróneamente que no había sido comprendido:

—El Hombre Jabalí mató a vuestra hermana, al general y a toda su gente. Probablemente mató también al abate Bérégère: cuando vos le encontrasteis llevaba esa espada y cuando fue a visitaros con un pretexto, acababa de cometer aquel crimen. Además, hizo matar al menos a uno de sus cómplices, sin hablar de otros crímenes cometidos contra jovencitas. El Hombre Jabalí, como el conde de Blacfort, es tuerto, tiene una espada negra y un rosario sin duda único en el mundo. Todo eso está probado y tengo testigos, pero vos me habéis permitido establecer el vínculo que me faltaba. ¿Comprendéis, señora? ¡Blacfort es el Hombre Jabalí!

Ella permaneció pensativa unos instantes antes de responder con sorprendente calma:

—Lo comprendo demasiado bien, señor, y demasiadas cosas muy antiguas ya. Dios mío, espero que sea ahorcado.

Gréville sonrió.

—Se ahorca a la gente del pueblo, señora. Los aristócratas tienen derecho a la decapitación, con hacha o espada. Es un privilegio de la nobleza... —Pensó en las nuevas ideas que tanto le seducían y añadió—: De momento... —Se agitó—. He reflexionado sobre todo ello y veo una injusticia: en estos mismos instantes, el infeliz príncipe todavía estará reprochándose haber dejado tuerto al innoble asesino Blacfort.

Victoire se sobresaltó.

—En efecto.

—Al final ha sido el príncipe quien más caro ha pagado este asunto.

—¿Qué queréis decir, señor Gréville?

—Bueno... Antes del «accidente», ¿se consagraba tanto al estudio?

—Sí.

—¡Ah!... ¿Pero era tan serio?

—¡Ah no!... Bromeaba, reía, era muy alegre, divertía a todo el mundo, le encontraban irresistible.

—Cambió, pues..., ¿de pronto?

—Al principio se sentía abrumado. Pensábamos que aquello pasaría. Pero lo teníamos ante los ojos e, insensiblemente, nos fuimos acostumbrando a su nuevo comportamiento. Aunque, pensándolo bien, sí, cambió definitivamente.

—Entonces es, un poco, como esos niños que sufren una caída y cuyo crecimiento cesa de pronto...

—¿Qué queréis decir?

—A sus propios ojos, el príncipe había cometido una falta. Ah, la idea de la falta: no contuvo el golpe, se mostró torpe. Todo estriba en eso. No tuvo conciencia de ello, pero su porvenir estaba trazado. Tanto por el gran apellido que lleva como para

redimir su «torpeza» o su «falta», debía ser perfecto, ejemplar. Por eso os digo que perdió mucho más que Blacfort en este asunto.

—¿Queréis decir que sin eso...?

—Sería otro, la continuidad del alegre niño que vos conocisteis. ¿Imagináis los sufrimientos que ha padecido?... Ocultar sus sentimientos, su sensibilidad, su fragilidad, esconderse tras las apariencias de un glorioso autómatas... ¡Qué castigo se infligió! He visto ya algún caso de este tipo, pero hasta tal grado resulta pasmoso.

Victoire se deshizo en lágrimas, murmurando:

—Pero yo no he visto nada de todo eso...

Gréville, muy molesto, se preguntó por unos instantes si no habría hablado demasiado, aunque más bien se inclinaba a pensar que ya era hora de forzar un poco el destino acercando al príncipe y la marquesa.



Una carroza cerrada y seis jinetes del regimiento de Flandes, muy fieles al rey y que contaban con su confianza, aguardaban en el muelle.

Valencey de Adana bajó por la pasarela de *La Terpsichore* con uniforme de gala, llevando todas sus condecoraciones, y se detuvo ante cada uno de sus oficiales para despedirse.

Entretanto, un capitán del regimiento de Flandes, impaciente, empezó a meter prisas para abreviar aquel acto con tal descortesía y tanta grosería que los oficiales de marina se llevaron la mano a la empuñadura de su sable.

Valencey de Adana tuvo que intervenir para calmarles.

Finalmente, en último lugar, se detuvo ante Mahé:

—¡Adiós pues, señor querido hermano mío!

Con lágrimas en los ojos, Mahé respondió:

—¡No digas adiós, Joachim, sobre todo! Volveremos a vernos dentro de poco.

—No estoy convencido de eso... En cualquier caso, te confío a los hombres y *La Terpsichore*. Intentaré saber qué ocurre con todo eso para que te avisen, pero si no puedo hacerlo, habla con nuestros amigos. Si, por desgracia, nuestra flotilla es dispersada y disuelta, ofrece a los hombres una alternativa: regresar a Francia y a la marina real o permanecer contigo para vivir algo distinto.

—Cuenta conmigo, Joachim. Y... ¿no hay más mensajes, no debo avisar a nadie?

Valencey de Adana dirigió una altiva mirada a los oficiales del regimiento de Flandes, que pifaban de impaciencia, y luego, en tono bastante frío, contestó:

—A nadie.

Desenvainó su sable, lo rompió sobre su muslo, arrojó los dos fragmentos sobre el adoquinado y, sin que nadie se lo pidiera, subió a la carroza de las cortinas

corridas, dejando a algunos de sus hombres, oficiales, soldados y marinos, con los ojos llenos de lágrimas.

Se había refugiado en el silencio, y no manifestó el menor asombro cuando, a pocas leguas de Brest, la carroza se detuvo ante una forja aislada.

El capitán del regimiento de Flandes, con una voz que intentaba en vano ser agradable, explicó:

—He recibido órdenes: debo hacer que os encadenen.

Valencey de Adana le miró con desdeñosa sorpresa. Tenía la cabeza muy erguida, levemente inclinada hacia la izquierda: la más clara postura de desprecio en la antigua nobleza. Le soltó:

—Os he seguido de buen grado, señor, y ciertamente no lo he hecho para luego escaparme.

—Tengo órdenes.

Encadenaron las muñecas y los tobillos del comandante de *La Terpsichore*. Y en cuanto aquello estuvo hecho, el tono cambió, pues el capitán de infantería se volvió hacia sus seis hombres, riéndose.

—Señores, he aquí un príncipe. Descendiente de Carlomagno. Y un héroe. El mundo entero le envidia. Los norteamericanos le veneran, y por norteamericanos entiendo a esos campesinos hediondos y apenas civilizados que se rebelaron contra su rey legítimo. Ya no juran sino por este Adana, renegado cómplice de los La Fayette, los Custine, los Noailles, los Lauzun y demás traidores de alta nobleza.

Valencey de Adana adivinó lo que le aguardaba, sin dejar de sonreír por ello.

—¡Veo, señores, que os han elegido especialmente a vos!

—¡Más de lo que imaginas!... —respondió el oficial golpeándole en el rostro.

—¡Prudente precaución la de haberme encadenado, y hermosa prueba de valor!...

—dijo Valencey de Adana, que sangraba en abundancia.

Le empujaron entonces para que cayera y, cuando estuvo en tierra, los puntapiés llegaron de todos lados.

El comandante de *La Terpsichore*, que había vivido algunos duros asaltos, protegió sus dientes con las manos encadenadas.

Cuando le levantaron, chorreando sangre, estaba irreconocible: el hombro roto, el cuero cabelludo abierto, una ceja y un pómulo reventados, la nariz partida, cuatro costillas rotas.

Iban a robarle sus condecoraciones, pero de todos modos dudaron. A cambio, se vengaron de aquella frustración arrojándolo al suelo de la carroza, donde le dejaron sin sentido a culatazos.

El gobernador de la Bastilla, administrador prudente, había dejado a su adjunto encargado del comité de recepción «de carácter especial» que aguardaba al prisionero.

Pero cuando, detrás de los cristales, divisó al prisionero mientras lo sacaban del fondo de una carroza y vio que dos guardias, dado su estado, se habían visto obligados a sostenerlo por las axilas, arrastrándolo más que llevándolo, decidió sin dilaciones que era mejor quedarse allí. Era porque sabía adaptarse a las circunstancias por lo que el gobernador seguía ocupando su cargo en la Bastilla, aquella ciudadela prisión de ocho grandes torres tan temida por los parisinos.

El hombre ensangrentado vestía de todos modos un uniforme de la marina real de un grado elevado y lucía en su pecho la más alta y rara condecoración del reino. Era príncipe y, algo más importante tal vez, la opinión pública le era decididamente favorable: ¿no le consideraban, acaso, un héroe de la guerra de la Independencia norteamericana?

El gobernador presintió futuras dificultades. Cambiando de planes, asignó a Valencey de Adana una celda no demasiado húmeda, aunque tampoco muy confortable. Una cosa mediana que le pondría, o eso pensaba, al abrigo de los reproches tanto de los enemigos como de los amigos de aquel príncipe.

Satisfecho, alabando su propia prudencia, se fue a cenar y luego a dormir, creyendo haber resuelto el problema.

Cuál no sería pues su sorpresa cuando, en plena noche, fue despertado por el guardián en jefe y, apenas pudo advertir lo que pasaba ante sus ojos, las cosas se aceleraron más aún. A la luz de las antorchas, una decena de hombres de uniforme negro que le eran desconocidos entraron en la habitación golpeando al guardián en jefe y luego le apuntaron con sus fusiles.

Finalmente, un hombre de unos treinta y cinco años y rostro duro entró a su vez. Una mirada de asesino y, en el sombrero, la escarapela roja y violeta que pocos hombres conocían, salvo en la alta administración: la escarapela de la policía secreta en campaña.

¿Estaban en guerra?... Sin duda, aquellos hombres lo estaban. Y contra él.

—¡Quiero ver de inmediato a Valencey de Adana!

El gobernador, en camisón, saltó de su cama.

—Os llevaremos ante él, señor.

El jefe de la policía secreta, pues de él se trataba, hundió el índice en el pecho de su interlocutor.

—Y ante todo, que sepáis esto: respondéis de su vida con vuestra cabeza.

—Pero... las órdenes...

—¿Órdenes? ¿Pero con quién estoy hablando?... Acabáis de recibir una orden, directamente de mí.



—Debo deciros, señor, que el príncipe ha sido algo... maltratado, aunque mucho antes de llegar aquí. El viaje duró dos días, sin duda muy penosos para el prisionero, lo que...

Gréville le abofeteó y dijo:

—Apuesto, señor, que algo semejante no ocurrirá en vuestra prisión. Pero basta ya de hablar, llevadme hasta el príncipe.



Mahé de Campagne-Ampillac rabiaba ante su impotencia.

Apenas se habían llevado a Valencey de Adana cuando las tropas reales, numerosas, habían tomado posiciones en los muelles, muy cerca de *La Terpsichore*.

Casi de inmediato, un oficial de marina, turbado, se había acercado y, a media voz, había dicho:

—Teniente, vais a recibir víveres, agua y municiones. En cuatro horas se resolverá el asunto. Os haréis enseguida a la mar.

—Ni hablar.

El oficial bajó más aún la voz:

—Nadie os es hostil, teniente, y sobre todo no la marina. Si combatís contra esos infantes, venceréis. ¿Y qué sucederá entonces?

—El honor... —comenzó Mahé, que se vio interrumpido enseguida.

—¿Qué honor, teniente?... Otro ocupará vuestro lugar y esa gloriosa tripulación quedará desorientada. Creedme, señor, partid enseguida, demostrad esa intención. Y a fe mía que, si dentro de unos días, a consecuencia de una avería, tenéis que regresar a Brest cuando las cosas se hayan calmado, nadie podrá condenaros.

Mahé pensó que la marina era, decididamente, un gran cuerpo. Esbozó una sonrisa y respondió:

—Zarparemos en cuanto nos deis la señal, capitán.

Ocioso, aguardando que pasaran los días, Mahé había dado esta orden: primero hacia delante y, luego, trazar círculos concéntricos para cortar a los ingleses la ruta de las Américas.

El alba se había levantado, desapacible y gris, cuando el vigía aulló:

—¡Fragata a estribor!

Mahé inició de inmediato la caza con la intención de acercarse a la fragata, sin estar en absoluto seguro, en las actuales condiciones, de desear combatir por los colores del rey de Francia, a quien la tripulación llamaba «el cerdo gordo», sin que los oficiales tuvieran ánimos para castigarla.

Tomó su catalejo y... quedó boquiabierto.

Luego, los acontecimientos le superaron. Y es que a bordo de *La Terpsichore* no

carecía de oficiales y marinos dotados de una vista excepcional. Sin que tuviera que dar siquiera la orden, la campana del castillo de proa, a la que hizo eco la del castillo de popa, llamó a los puestos de combate.

Los hombres subían de las calas ya armados. Granaderos, fusileros, tiradores de élite, secciones negras del sargento Hyppolite, mayas y bravos, todos con la mirada huraña, los labios contrariados por un rictus de odio, todos se disponían a combatir para librar lo que ellos consideraban su combate.

Porque lo que se divisaba a estribor, intentando desesperadamente escapar, era el *Furious* del capitán Dennis Milford...



De pie, con los brazos caídos, estupefacto, el jefe de la policía secreta Pierre-François Gréville observaba a Valencey de Adana desplomado sobre el helado suelo, semiinconsciente, con las muñecas y los tobillos encadenados.

Por muy policía que fuese, es decir hombre de orden, y además francmasón simpatizante de las nuevas ideas, consideraba a aquel aristócrata de altos vuelos una de las cumbres de las virtudes humanas cuando se reúnen, tan pocas veces, en un solo hombre.

Se sentó sobre sus talones, tomó una de sus estropeadas manos y, con una voz dulce que, no obstante, sobresaltó a Valencey de Adana, dijo:

—Veros así a vos, monseñor, traicionado, apaleado, humillado, encadenado, cuando la chusma y los asesinos presumen en la corte, ¡ese corral!... Ah, es demasiado injusto, hay que acabar con todo eso, tirarlo por la borda...

Un hombre de edad, que llevaba una maleta de cuero, entró en la habitación con aires de importancia.

—¿Es él?... ¿Un oficial de marina?...

Gréville inclinó la cabeza y, luego, viendo al guardián en jefe, ladró con voz colérica:

—¿A qué esperas, imbécil?... ¡Quítale las cadenas!

Liberaron a Valencey de Adana de sus ataduras, mientras el hombre que se daba importancia abría su maleta de cuero mascullando en un tono de contenida cólera:

—¿Quién ha hecho este bonito trabajo, vuestra policía?

—No, el regimiento de Flandes. ¡Y os aseguro que van a pagar por ello!... Bueno, señor cirujano, ¿vivirá?

El cirujano, arrodillado, no respondió, examinando cuidadosamente las heridas y otras partes del cuerpo que no parecían lesionadas. Debía de ser excelente en su oficio, pues sus gestos eran seguros y precisos.

Luego, incorporándose, contestó:

—Vivirá. Tiene la piel dura, pues sin duda es a base de patadas como lo han dejado así... ¿Quién es, exactamente?

—Joachim de Niel, conde de Valencey, príncipe de Adana, capitán de navío y comandante de *La Terpsichore*.

El cirujano miró con incredulidad a su desvanecido paciente, luego dijo:

—¿Cómo, ese capitán cubierto de gloria?... ¿Y el rey lo permite?

—Él lo ordenó.

—Entonces hay que cambiar de rey. O podemos prescindir de él, lo que aún sería mejor...

Por mucho que Gréville conociera al cirujano Dumet desde hacía mucho tiempo, no podía evitar admirar su franqueza ni asustarse ante semejante imprudencia.

—¡Que suba mi ayudante!... —Luego, dirigiéndose a Gréville, dijo—: Tiene el hombro izquierdo roto. Es franca y limpia. El rostro... Conservará una cicatriz, ahí, de la ceja al pómulos. La nariz no está del todo rota, el hueso debe de estar fisurado... Tendré que venir todos los días si queréis que esté presentable para el desfile de la victoria.

—¿Qué victoria?... —preguntó Gréville, con aire atónito.

El cirujano le dio una amistosa palmada en el pecho al policía:

—La de América, querido amigo, la de los insurrectos, nuestros hermanos... Pero qué pensábais: sólo están precediéndonos.

Gréville bajó la voz:

—Sí, cuando la razón prevalezca sobre los tiranos.



Con las tropas de asalto armadas hasta los dientes, los artilleros en sus puestos a punto de disparar, nadie a bordo de *La Terpsichore*, sin embargo, comprendía la situación.

La fragata francesa corría hacia el *Furious*, que parecía como abandonado. Oficiales y soldados ingleses permanecían inmóviles, con los brazos cruzados. Ni el menor gesto hostil en aquel navío, nada que justificara una andanada artillera o el fuego a discreción de los fusiles.

Sólo un hombre, un oficial, iba de un lado a otro aullando, sacudiendo a aquellos hombres petrificados...

Lanzaron los garfios.

El primer francés que puso el pie en la cubierta del *Furious*, un granadero, recibió una bala en su «gorro de oso» y se derrumbó, muerto en el acto por el agitado oficial.

Un gaviero francés, el segundo que saltó a la cubierta, murió de un sablazo que le atravesó de parte a parte, pero el hombre, un coloso, rompió la hoja al caer.

Armado con una pistola descargada y un sable roto, secundado por una tripulación tan petrificada como las estatuas de sal, el capitán Dennis Milford vio cómo los franceses invadían su barco y le rodeaban a decenas. Lo que no advirtió en absoluto, dominado por su pavor, fue la gravedad de las miradas que ingleses y franceses intercambiaban.

Luego, el segundo oficial del *Furious* se presentó a Mahé.

—Es vuestro.

—Vamos a juzgarle. Quedaos, os lo ruego.

El inglés inclinó la cabeza.

Aunque aquel papel fuera muy nuevo para él y no le resultara demasiado cómodo, Pierre-François Gréville había mandado a uno de sus hombres, veterano suboficial de «la Secreta», para que avisara a la marquesa de La Chesnaie de Flers de la situación en la que se hallaba Valencey de Adana. El mensajero contaba con toda su confianza.

En cambio, no estaba convencido de que al príncipe le gustara semejante gestión.

Gréville se preguntó por qué razón el amor era algo más complicado aún que la guerra, la política o la policía secreta.

Dirigió una mirada interrogadora al cirujano Dumet, a quien había invitado a cenar en la posada El Ternero que Mama, un lugar muy afamado, y luego le preguntó:

—Bueno, Dumet, ¿qué pensáis del amor?

El otro reflexionó unos instantes, luego apeló a los platos que acababa de devorar:

—Sopa de cerveza, ostras, pescado del Báltico, faisanes y perdices asadas, compota de manzanas del valle del Loira, dulces, café y coñac... —Contuvo un breve hipo y añadió—: ¿Estáis seguro de querer hablar de amor, querido general?

Pierre-François Gréville sonrió.

—Entonces, tal vez en otra ocasión.



El consejo de guerra duró dos horas. Los ingleses, invitados, se habían negado a participar en él, aunque sin embargo habían aceptado presentarse para revelar la verdad.

Además del testimonio del segundo oficial, el del oficial que estaba al mando de la artillería del *Furious* resultó fundamental. Rubio, muy alto, de unos cuarenta años de edad y originario de Folkestone, explicó que se había negado ante sus hombres al disparo ordenado por Milford. Éste, loco de rabia, había bajado entonces hasta la batería para reiterar su orden. Tranquilamente, el oficial le había explicado que semejante andanada dañaría sin duda a *La Terpsichore* pero que con toda seguridad, dada la posición de los navíos, resultaría fatal para el navío hospital *Sweet Princess*.

Conteniéndose con dificultad, Milford había soltado entonces, ante una decena de testigos:

—¡Al diablo la *Sweet Princess*! ¡Por tercera y última vez, disparad o tendréis un consejo de guerra!

Con la muerte en el alma, el oficial ordenó abrir fuego.

Tras haberse establecido formalmente la culpabilidad de Milford en el drama de la *Sweet Princess*, el comandante del consejo de guerra, el barón Florent de Saint-Frégant, cirujano de *La Terpsichore* y superior de los oficiales a bordo, prosiguió:

—No podemos quedarnos aquí. Nuestras marinas tienen sus códigos, reglas y tradiciones, pero la marina, la de todos los países que navegan en todos los mares, más allá de cualquier bandera, esa marina sólo conoce una forma de honor.

Todos asintieron y los ingleses en primer lugar.

Saint-Frégant continuó, poniendo sobre la mesa el libro de Milford:

—No conozco nada más repugnante que querer atribuir a un inocente los propios crímenes. Capitán Milford, al firmar este... esta cosa, os habéis situado al margen de la comunidad de los marinos del mundo entero.

Milford se encogió de hombros.

—¡Vuestro honor! ¡Vuestras tradiciones! ¡Vuestros consejos de guerra!... Cerdos franceses, sabed que entré en la marina para hacer carrera y, a ser posible, fortuna. ¡A cualquier precio!... Y lo estoy logrando. El rey Jorge III me habló, a mí. Pandilla de enanos.

—¡Lleváoslo!... —interrumpió Saint-Frégant, quien anunció que el consejo de guerra se retiraba a deliberar.

Estuvieron con la puerta cerrada unos diez minutos; luego, ante las tripulaciones francesa e inglesa, el barón de Saint-Frégant dio lectura a la sentencia:

—Por haber hundido deliberadamente un navío hospital del que sabía, ya que lo escoltaba, que transportaba, además de heridos y enfermos, a mujeres e hijos de oficiales británicos; considerando además que el capitán Milford rehuyó cobardemente sus abrumadoras responsabilidades en este asunto; considerando por otra parte que, por perfidia y mezquino cálculo, acusó de su crimen a un capitán conocido en toda la Royal Navy por su humanidad, el consejo de guerra hoy reunido condena a Milford Dennis a la pena de muerte por ahorcamiento. La sentencia se ejecutará de inmediato.

Menos de cinco minutos más tarde, el cadáver del capitán Milford se balanceaba en la verga del palo mayor de *La Terpsichore*.

El segundo oficial del *Furious* se acercó a Mahé y Lamorville.

—Mucho me temo que todo esto no baste para rehabilitar a vuestro capitán.

—En efecto. Sólo vuestro testimonio y el de vuestro oficial de artillería ante las autoridades francesas serían irrefutables y acabarían convenciendo a la opinión pública de la inocencia del príncipe.

El inglés hizo un ademán fatalista:

—Para ello sería necesario que fuéramos vuestros prisioneros... Muy bien, sea.

El barón Guillaume de Lamorville intervino:

—Señores, señores... ¿Quién habla de prisioneros? Imaginemos por el contrario que, tras haber testimoniado, nuestros dos amigos ingleses consiguen, lo juraría, escapar. En Rochefort, por ejemplo, no hay un solo oficial o marino que no aceptara mirar hacia otra parte mientras los dos hombres que hubiesen devuelto su honor al príncipe de Adana empujan la puerta de su celda, dejada abierta por descuido. Vestidos de pescadores, estarían en alta mar dos horas más tarde.

—¿Haríais algo así?... —preguntó el inglés.

—La marina francesa es perfectamente capaz de este tipo de operaciones, puesto que, desde el almirante al último de los grumetes, tendríais varios miles de cómplices. Así se decidió y así se hizo.



Sin embargo, el primer golpe llegó por otro lado, en forma de rumor. Circulaba al mismo tiempo por España, Inglaterra, Francia, América y en Italia.

Luego, con los informes de los oficiales a sus respectivos almirantazgos, el rumor se hizo verdad oficial y nada pudo cambiarse de él: la fragata *La Terpsichore* había hundido, uno tras otro, los bajeles pesados de tres puentes *Honey Bee*, *Hornet* y *Hood*.

En los puertos franceses, estalló la alegría.

Luis XVI, muy contrariado, hizo llamar a su ministro de marina, el duque de Castries. El ministro apenas podía disimular su gran cólera, de modo que el rey no acertó al decirle:

—Desde luego, no puedo felicitaros, señor.

—¿Y qué puedo hacer yo, majestad? Tenemos el mejor capitán del mundo. ¿Queréis, sire, que vaya a regañarle por sus victorias? Me han asegurado que esta gloria de Francia se está pudriendo en la Bastilla.

—¡Salid, señor!



El segundo golpe, al día siguiente, lo dio un libro impreso en Holanda y que invadió París. Su autor era un capitán inglés, un tal Peter Nolan que estaba al mando del *Duke of York*. El título, extraño, fascinó al público de la época: Las balas de plata.

Se contaba allí cómo un capitán francés, cuando dominaba al adversario en una relación de cinco contra uno, había aceptado un singular combate. Se explicaba también que aquel capitán, con suprema elegancia, había hecho fundir su vajilla de plata blasonada para fabricar balas de aquel metal precioso como signo de respeto y estima por su adversario. El libro concluía con un episodio en que el capitán francés, teniendo al adversario a su merced bajo el fuego de sus cañones, se había limitado a destruir el gobernalle del *Duke of York*.

La edición inglesa, que apareció simultáneamente, tuvo también un gran éxito, pues todos los corazones románticos y caballerescos, tanto los de los hombres como, sobre todo, los de las mujeres, sí, sin duda, todos palpitaron con fuerza ante aquella

manifestación de nobleza de otros tiempos.

En el libro, aquel capitán francés tenía un nombre: Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana. Su navío se llamaba *La Terpsichore*.

Luis XVI, muy descontento, hizo llamar a su ministro de Policía:

—En absoluto puedo felicitaros, señor: cualquier libro puede entrar en mi reino.

—Lamentablemente, majestad.

—¿Qué podemos hacer?

—Liberar al príncipe de Adana, sire.

—¡Salid, señor!



El tercer golpe llegó de Rochefort, con una noticia asombrosa: *La Terpsichore* había hecho allí una muy notable entrada, puesto que un cadáver que comenzaba a corromperse colgaba de la verga mayor.

Se ordenó, con escasa firmeza, a Mahé de Campagne-Ampillac que descolgara al ahorcado. Por toda respuesta, la borda de la fragata se pobló de fusileros, granaderos y marinos con el fusil amartillado.

Se preguntó entonces a Campagne-Ampillac, con gran cortesía, cuáles eran sus condiciones. Exigió que fueran escuchados por el tribunal militar de Rochefort dos prisioneros ingleses.

Y así se diligenció.

El segundo oficial del *Furious* y el comandante de la artillería de aquel navío juraron que había sido su capitán, en la actualidad colgado de la verga mayor, quien había dado la orden de hundir el navío hospital *Sweet Princess*.

Un almirante presidía el tribunal, otros dos asistían a las sesiones en calidad de testigos. La marina de guerra había llenado la sala con sus mejores juristas, de modo que aquella audiencia, un modelo en su género, fue impecable en derecho.

No sin audacia, el tribunal declaró a Valencey de Adana inocente en el asunto de la *Sweet Princess*, dedicándole cumplidos por haberse expuesto, por el contrario, para no poner en peligro la vida de las mujeres, niños y heridos que se hallaban a bordo del malhadado navío hospital.

Tuvieron que enterrar a Milford por la noche, en una tumba anónima. Era el momento de hacerlo, pues la población, furiosa, se disponía a apedrear al ahorcado.

En la euforia de aquel final feliz que, más allá de Valencey de Adana, lavaba el honor de la marina francesa, tuvieron que lamentar un pequeño incidente: los dos oficiales ingleses consiguieron escapar y regresaron a Inglaterra, donde fueron recibidos como héroes.

Luis XVI, sumamente encolerizado, convocó al almirante que mandaba la plaza



de Rochefort:

—No os puedo felicitar, almirante.

—¿Qué podía hacer yo, sire?... El cadáver de aquel malvado de Milford podía apestar a toda la ciudad.

—¡Salid, señor!



El cuarto golpe fue severísimo.

Tras haber solicitado audiencia pública, el embajador de España fue recibido con mil reverencias. Se había hecho acompañar por un gran señor español, el almirante Juan de Montermoso, duque de Ávila y de Linares. En cuanto el rey le hubo concedido la palabra, el español no se anduvo por las ramas.

—Sire, me hallaba a bordo de *La Terpsichore* cuando se produjo el asunto de la *Sweet Princess*. En aquella fragata francesa, un excelente cirujano me amputó el brazo. Lo vi todo, y vi cómo ese crápula innoble de Milford hizo fuego sin vacilar contra el navío hospital *Sweet Princess*, con la esperanza de alcanzar a *La Terpsichore*. Que quien diga lo contrario y, por tanto, me trate de mentiroso, a mí, Juan de Montermoso, duque de Ávila y de Linares, almirante de la flota de su muy católica majestad, que ése, sea quien sea, tenga... cojones... bastantes para cruzar su espada conmigo.

El rey, pusilánime, se rió.

Diez minutos más tarde, ebrio de rabia, recibía en privado a su ministro de Asuntos Exteriores.

—No os felicito, señor.

—Sire, ¿cómo podía yo adivinar...?

—He aquí que la inocencia de Valencey resplandece por todos lados, y gracias a mil pruebas.

—Es una excelente noticia, sire.

—¡Salid, señor!

Habían transcurrido otros tres largos días en una atmósfera bastante cargada. Las gacetas se asombraban y a veces, en términos moderados, se indignaban de que se mantuviese en la Bastilla a Valencey de Adana. La prensa extranjera, especialmente la ginebrina, expresándose con mayor libertad, no se andaba con chiquitas. Los ingleses, siempre diabólicos, daban carácter oficial a la pérdida de sus tres bajeles pesados, «olvidaban» qué duro adversario era Valencey de Adana para alabar su genio y ponían la guinda denunciando a una Francia que «corría en ayuda de los insurrectos, en nombre de la libertad, pero metía en prisión al mejor de sus hijos».

¡Buen trabajo!

Aquella mañana, el jefe de la policía secreta, Pierre-François Gréville, había tenido que hacer tres visitas.

La primera fue francamente desagradable, aunque el ministro hiciera loables esfuerzos para no herir a su general. Pero fue éste, por el contrario, quien se mostró agresivo.

En efecto, habiendo demostrado ampliamente la culpabilidad en varios crímenes de Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort, Gréville concluyó su perorata con un hiriente:

—Puesto que no se ha tomado medida alguna a pesar de mi informe, presumo, señor ministro, que en lo que se refiere a este asesino, a este innoble crápula, a este loco peligroso, vais a decirme: «Con Blacfort, las manos quietas».

El ministro, desolado, miró a Gréville con simpatía y luego respondió con voz fatigada:

—Gréville, sois el mejor policía del reino, un oficial de una inteligencia superior. Sois general de policía a los treinta y cinco años, creamos el cargo sólo para vos, tenéis una total libertad para vuestras operaciones, no comprobamos nunca la utilización de los fondos secretos y el porvenir es vuestro. ¿Queréis romper una carrera tan prometedora?

—Sólo intento hacer mi oficio, señor ministro.

El ministro sonrió vagamente.

—General, en estos instantes tengo la penosa impresión de que sólo existo para que calméis vuestros nervios.

Gréville, sorprendido, preguntó:

—¿Qué significa eso, señor ministro?

—Bueno, Gréville. Respondedme: ¿quién protege a Blacfort?

—El duque de Orleans.

—¿Cuál es la actitud del rey con respecto al duque de Orleans?

—Está preocupado por el equilibrio entre las facciones, una preocupación permanente de las monarquías; el rey debe soltar lastre del lado del «partido inglés».

—¿Y eso hace intocable a Blacfort?

—En efecto, señor ministro.

—Y naturalmente, sabíais todo lo que acabamos de decir antes incluso de que comenzara esta conversación.

—Por supuesto, señor ministro.

—¿Os ha resultado agradable la cosa, Gréville?

—Muy agradable, señor ministro.

El ministro se levantó con la intención de acompañar al jefe de «la Secreta», un privilegio bastante poco común.

—Me satisface haberos hecho pasar un buen rato de relajación, general... Por cierto, no os enfadéis por lo de Blacfort: prudentemente se ha hecho nombrar embajador de Francia en Suecia y ya está lejos.

—¡El muy malvado! ¡El muy canalla!...

—Buenos días, Gréville.

El general de policía, en el fondo, no se hacía demasiadas ilusiones al visitar a su ministro, pero de no haberlo hecho sin duda hubiera sufrido por ello.

La segunda visita fue más agradable, aunque muy breve.

En efecto, el rey se disponía a recibirle entre dos audiencias, en su pequeño despacho. Nada de sorprendente había en ello: todo París sabía que Luis XVI, irritado, había convertido aquello en un asunto personal y estaba hablando con toda clase de expertos que le permitieran mantener a Valencey de Adana en la Bastilla. El soberano fue lacónico, casi descortés.

—¡Ah, vos, aquí estáis!... Y bien, ¿tenéis en vuestros expedientes algo contra el príncipe de Adana?

—No, majestad, lo siento mucho... Pero, como jefe de la policía secreta, conozco bien el estado de la opinión pública sobre este asunto.

Luis XVI, sorprendido, preguntó:

—¿Cuál es?

—Nadie os comprende ya, majestad. La triple victoria del príncipe sobre los bajeles pesados ingleses, su inocencia incuestionable en el asunto de la *Sweet Princess*, todos se asombran de que se le mantenga en prisión y los arrabales braman contra vos.

—¿Qué braman, decís?

—Y es tanto más lamentable, sire, cuanto que esta guerra os hace popular. Alejar de vos al pueblo en una cuestión como la guerra de América, en la que os admira, constituye una paradoja que encoleriza a vuestros más fieles súbditos.

El rey dirigió a Gréville una penetrante mirada:

—Recordadme vuestro nombre.

—Pierre-François Gréville, majestad.

—Sois demasiado inteligente. La gente de vuestra condición, sin cuna, no debiera ser demasiado inteligente, resulta peligroso y contra natura.

Con aire aprobador, Gréville inclinó la cabeza.

—La naturaleza que distribuye los papeles está a veces mal hecha, sire: es una lamentable evidencia que constato a cada instante.

Muy contento de sí mismo y de aquella insolencia lanzada con suavidad, se dirigió a la Bastilla sólo por placer. En efecto, ya no estaba preocupado por Valencey de Adana, que se restablecía con sorprendente rapidez. Además, uno de sus policías de «la Secreta», un gigante de dos metros, dormía cada noche ante la puerta de la celda del príncipe. Finalmente, como profesional prudente que era, Gréville hacía traer las comidas del príncipe del exterior, de casa de uno de sus amigos, restaurador.

Le sorprendió mucho, al llegar a la Bastilla, encontrar ante la puerta a la marquesa de La Chesnaie de Flers:

—¿Cómo, no os han dejado entrar?... ¡Pero si yo había dado órdenes en este sentido!

Presa de una inesperada rabia, aporreó la puerta, que se abrió enseguida.

Sólo entonces advirtió que la marquesa le hablaba.

—Perdón... ¿Qué estabais diciendo?...

—Lo he pensado bien y no quiero verle en prisión.

—Entrad de todos modos. Me preocupa; me ha confesado que la Torre de las Damiselas fue el lugar de su mayor desgracia, la muerte de su padre, y de su mayor felicidad: estrecharos entre sus brazos. ¡Oh, cómo me preocupa! —La llevó hasta el piso superior, mientras comentaba—: Admito que el lugar no es muy agradable, ¿pero acaso verle no es lo esencial?

—No cautivo. No con cadenas en los pies.

Gréville se detuvo.

—¡Cadenas en los pies!... Pero no hacía ni cinco minutos que yo había entrado en este lugar cuando le quitaron esas cadenas. ¡Pero bueno...!

—No me comprendéis, señor Gréville. Joachim es la libertad misma, no hay ni uno solo de sus movimientos que no sea la expresión de la libertad...

Gréville pareció, al mismo tiempo, conmovido y molesto.

—Es que... sé, por algunas fuentes, que su libertad será acompañada por una orden real de partida inmediata. Él me ha revelado que una vez libre, salvo un pequeño asuntillo que resolver y que no requerirá más de una hora, pensaba dirigirse a Rochefort a toda prisa. Toda la flota francesa se dirige hacia América a las órdenes del almirante de Grasse. Esta batalla naval decidirá el resultado de la guerra y él no querría perdérselo. Pero, sobre todo, quiere huir de París.

—Tal vez pueda verle durante esa hora de la que habláis.

Tras haberse acercado a una ventana, el policía miró maquinalmente al patio y exclamó:

—¡Es él!... ¡Está loco!...

Llevando sólo los calzones blancos de oficial y sus botas, Valencey de Adana, con un hombro vendado, se lavaba el torso, las axilas y el rostro. Y; algo insólito en él, cantaba hasta desgañitarse, aunque desafinando.

Gréville comentó:

—Tenemos suerte, siempre empieza por abajo; se pone los calzones y las botas y luego se ocupa de la parte superior. Con el cuerpo desnudo y este frío: ¡está loco!

Victoire miró al hombre al que amaba con una sonrisa de indulgencia y ternura.

—Ya de niño se lavaba siempre así, incluso cuando nevaba, incluso cuando tenía que romper el hielo con un hacha.

—¡Entonces siempre ha estado loco!

Sin ni siquiera mirar al policía, fascinada ante el espectáculo de Joachim rociándose generosamente con agua helada con la mano sana, respondió:

—No está loco, es distinto de los demás. Y por eso le amamos, ¿no es cierto, señor Gréville?

El general de «la Secreta» masculló:

—Sin duda de eso hay, señora. ¡Sin duda, sin duda!...

Un piso más abajo, un gigante tendió con respeto una toalla al capitán de *La Terpsichore*, que se secó meticulosamente.

Furiosa, Victoire lanzó:

—¡Mirad los animales que le custodian!... Y aquel de la frente baja y aspecto estúpido, el de los ojos de ternera...

Gréville la interrumpió:

—Hum... Es uno de mis mejores hombres, señora. Responde con su cabeza de la seguridad del príncipe.

Victoire soltó una risita, luego comentó:

—De pronto me parece mucho más inteligente.

Valencey de Adana se puso la guerrera azul con ornamentos rojos y dorados, luego se puso el tricornio.

Victoire se alejó rápidamente de la ventana para no ser vista por Valencey de Adana, que acababa de levantar la cabeza. Después dijo:

—Señor Gréville, me he alojado en La Ardilla Dorada. Haced que me avisen, os lo ruego...

Gréville reflexionó unos instantes, luego respondió:

—El rey no puede seguir manteniéndolo en la Bastilla pero, para evitar el alborozo popular, hará que lo liberen al alba. Mañana, por si acaso, levantaos muy pronto.

Apenas se hubo marchado la muchacha, Gréville se dirigió a la celda del capitán de *La Terpsichore*, que, tendido, apartó un libro de matemáticas.

—Será mañana, al alba. La orden de liberación llegará con otra, de propia mano del rey: tendréis que dirigiros de inmediato a vuestro navío, so pena de graves sanciones.

Valencey de Adana dejó el libro y se levantó.

—¿Y nuestro asunto?

—El ministro de la Guerra ha rechinado de dientes, pero la demanda está

justificada. Los siete esperan en un cuartel, al este de París.

—¿Mis hombres?

—Los seis hombres que designasteis han llegado ya.

—Gracias, señor Gréville. De este modo, las cosas están bien hechas.

—Sobre todo porque de todos modos las hubierais hecho, ¿no es cierto?

—Hubiera sido inevitable, señor Gréville. Ah, y gracias también por la carta de Suecia: el pobre Nicolas sigue cometiendo muchas faltas de ortografía...

—¿Hay respuesta?

—Sí, pero oral, pues siento desconfianza de este régimen podrido. Haced que uno de vuestros hombres le diga a Blacfort, en Suecia, que volveremos a vernos. Y que juro que no sobrevivirá.

—Eso es muy poco.

—Es bastante.

—¿Por qué sonreís?

—Es por culpa vuestra, bueno, por la de esta carta.

Blacfort es tan vanidoso que presume de que su venganza acaba de cambiar mi vida: la vida es bella, señor Gréville Leed...

Tendió a Gréville, que se moría de ganas de leerla, la carta de Blacfort.

*Mi muy querido Joachim:*

*Tú eres el más curioso encuentro de mi vida. Sorprendente. ¡Turbador, muy turbador!... Naturalmente, te mataré algún día, sin duda después de esta guerra pero no importa; como todo esto, es extraño. Te quise desde que te vi, y eso es lo único que comparto con Victoire. Te quise y te odié por no ser como tú, tan divertido, tan brillante, tan sencillo. Te odié, sobre todo, por no tenerte sólo para mí.*

*A los catorce años, un asfixiante día de agosto, mientras jugábamos con Mahé, me tiraste al estanque del castillo. Hacía tanto calor que resultó muy agradable y os reunisteis conmigo.*

*Pero, para tirarme al agua, me tomaste en tus brazos. ¡Error fatal!... ¡Oh, cómo lo recuerdo, aunque aquel mejor instante de mi vida fuese tan breve!*

*Desde que me levantaste del suelo, cuando me sentí firmemente sujeto, con mis brazos alrededor de tu cuello y tus manos apretando mis muslos, mis fuerzas me abandonaron por completo y me entregué a un abandono delicioso, suave y estremecido que nunca he encontrado luego, ni con los hombres ni con las mujeres, ni tampoco con esas niñas que tanto me gustan hoy. Naturalmente, no advertiste nada aquel día, me sometiste, y yo sólo deseaba ser tu esclavo.*

*Cómo te he amado. Tu manera de poner el pie en el estribo, de dejar una copa, me gustaban tanto tus gestos, todos tus gestos, violentos y graciosos a la vez. De ti me gustaba todo. Tu sonrisa irresistible, el sudor que me hubiera gustado lamer en tu frente, tus inolvidables ojos verde gris, a veces más grises que verdes cuando estás conmovido: vamos, sin duda soy el único que se ha dado cuenta de eso, pues sólo yo he sabido amarte.*

*Pero me has traicionado, me has traicionado odiosamente. No advertiste mi pasión. Comenzaste a amar a Victoire y, en la amistad, preferiste a ese patán de Mahé que es de baja cuna.*

*Entonces, hace ahora trece años, sintiendo que iba perdiendo pie contigo, acepté hacer un gran sacrificio —una verdadera prueba de amor— para vincularte de forma duradera a mí. La famosa sesión de esgrima... Nunca fuiste responsable de ello. Aquel paso de más, aquel paso que me costó un ojo lo di adrede, con plena conciencia. Cruzábamos nuestros aceros desde hacía ya tanto tiempo que sabía de antemano que, dando aquel paso más, me alcanzarías en el ojo.*

*Y yo sabía que, al actuar así, te ataba a mí para siempre... o casi.*

*Ya está, encendí esa mecha hace trece años y hace ya trece años que te consume. Te he visto cambiar, privarnos de tu hermosa sonrisa, encerrarte en el deber, en el honor, en todas esas palabras estúpidas. ¡Qué felicidad!... Yo, sólo yo, imprimía en ti una marca duradera que tú no podías borrar. Orientando tu vida, tomaba posesión de ella.*

*Nuestra hermosa historia concluirá cuando te arrebate por fin, y definitivamente, esta vida. Así el círculo quedará cerrado y serás mío para siempre, pues, no lo dudes, Joachim, te mataré.*

*Nicolas*

Gréville, de repente muy pálido, dejó la carta con aire perplejo:

—Está loco, completamente loco. Es perverso, ¡repugnante!

—Vanidoso, ya os lo he dicho. Por lo que a mí se refiere, es como si saliera de la cárcel. Oh, no de ésta, no de la Bastilla con sus barrotes y sus gruesos muros: ésta es casi un descanso. Hablo de otra cárcel, mucho más temible. Pero ya basta por hoy, creo.

Gréville se acercó a la puerta y se volvió con viveza.

—La marquesa sólo sueña con veros mañana, antes de vuestra partida.

Valencey de Adana, desamparado por unos instantes, se sobrepuso y sonrió, aunque su voz temblara levemente:

—Por supuesto. Ocupaos de eso, ¿queréis?

Luego, de modo muy inesperado, se inclinó hacia el oído del general de policía.

—Pero ni una palabra de ello a los espías de Nicolas: podría tener un ataque de celos...

Soltaron una carcajada.

Se encontraron al alba, en un calvero, junto a un bosquecillo. Al este podían verse prados y salcedales, al oeste, vanos comunales mientras que al sur los resalvos ocupaban el espacio.

Veinte hombres de la policía secreta en campaña, armados hasta los dientes y con la escarapela roja y violeta en el sombrero, aguardaban ocultos en el bosque, preparados para intervenir en caso de irregularidad. Encabezándolos, Pierre-François Gréville acompañado por Victoire de La Chesnaie de Flers.

En el prado, siete oficiales y suboficiales del regimiento de Flandes y, frente a ellos, siete hombres que vestían el uniforme de la marina real.

Entre ambas facciones, algunos hombres de regimientos neutrales y un almirante velaban por el buen funcionamiento de los duelos.

El capitán del regimiento de Flandes que había golpeado a un Valencey de Adana encadenado se le oponía, algo que todos consideraban muy natural. Para los demás, se decidiría echándolo a suertes.

Lo que tal vez cambiara el curso de los acontecimientos se debió a un detalle que nadie había previsto, y que muy pocos advirtieron.

Liberado de la Bastilla con los primeros fulgores del alba, Valencey de Adana había sido llevado directamente al lugar donde debían realizarse los duelos, de modo que allí se encontró con sus oficiales. Y aquel encuentro fue tan emotivo, tan sincero, y reveló tanta amistad y estima que los oficiales «neutrales» quedaron conmovidos, algunos hasta las lágrimas.

Por su parte, los siete hombres del regimiento de Flandes nada podían oponer a aquello. No había amistad entre ellos, sino sólo accidentales convergencias de intereses, algunos recuerdos de francachelas o de visitas al burdel.

Así, desde el principio, sin saberlo, los marinos tomaron ventaja sobre sus adversarios.

A ello se añadía una cierta extrañeza, el espectáculo de todos aquellos uniformes de marina, allí, tan lejos de cualquier mar, tan insólito, tan raro que uno se sentía tentado a tomar partido por la novedad que representaba.

Valencey de Adana y el capitán del regimiento de Flandes estaban cara a cara, sable contra espada, y ninguna de las partes se quejó por ello, pues cada arma tenía sus ventajas.

Valencey de Adana advirtió la huidiza mirada de su adversario y supo que el duelo no lo sería realmente.

Sin embargo, soltó:

—¡Tendrías que haberme roto el hombro derecho, imbécil!

—Vas a reventar, perro.

Tras la señal, un pañuelo blanco lanzado y que cayó al suelo, el infante se abalanzó sobre el marino, que avanzó al ataque. El sable de Valencey de Adana



atravesó el ojo izquierdo de su adversario y salió por la parte trasera del cráneo.

En el bosquecillo, Gréville le dijo a Victoire:

—Espero, señora, que ni siquiera hayáis tenido tiempo de temer nada.

—No volverá a batirse, eso es lo esencial. Pero está Mahé, y todos los demás...

—Eso, señora, es otra cosa.

Guillaume de Lamorville, barón que estaba al mando de la artillería de *La Terpsichore*, no apartaba los ojos de aquél a quien el azar le había opuesto. Le miraba sin cesar, como si fuera a comérselo. Vieja técnica de los combates de marina de la que su adversario, lleno de terror, nada sabía.

Al segundo enfrentamiento, el brazo del infante recibió tan profunda herida que tuvieron que amputárselo. Al menos, éste salvaba la vida.

Al tercer combate, antes incluso de que empezara, la moral de los marinos estaba por los aires mientras que la de los infantes del regimiento de Flandes estaba por los suelos.

Mahé se enfrentaba con un oficial de unos treinta años que, poco antes, le había visto cruzar el acero con Lamorville, sólo para calentarse. El hombre sabía que no tenía ninguna posibilidad, de modo que, en cuanto el pañuelo cayó al suelo, plantó su espada en la tierra y se cruzó de brazos.

Aquel hombre, expulsado inmediatamente de su regimiento por cobardía, salvaba también la vida.

En el cuarto combate, Jacques Dumesnil, contramaestre, se enfrentó a un coloso que consiguió herirle en el hombro, aunque Dumesnil, haciendo una finta, le hirió a su vez en el costado.

Aquí se planteaba un nuevo problema, pues ambos adversarios estaban igualados. Una dificultad suplementaria procedía del hecho de que ambas partes se habían puesto de acuerdo para que no se decidieran modalidades concretas, ni combate a muerte, ni a primera sangre. Pero, puesto que las cosas se eternizaban, el almirante y el coronel que mandaba el regimiento de Flandes se consultaron, advirtieron el estado de agotamiento de los adversarios y decidieron detener el combate declarando un empate.

El quinto combate oponía a un subteniente empolvado, perfumado y con la peluca del regimiento de Flandes al sargento Hyppolite, ex esclavo liberado y manumitido por Valencey de Adana.

El oficial de infantería puso algunos reparos, exclamando:

—¡Yo no me bato contra esa especie de mono!

Intentaron hacerle entrar en razón; él se empecinó:

—No, pero mirad a ese mostrenco negro como el culo del diablo... Batirme contra ese negro es indigno de mi rango.

El coronel que mandaba el regimiento, bastante molesto, fue a su encuentro:

—Teniente, el príncipe de Adana ha elegido entre los hombres de su tripulación, y éste forma parte de ellos. Si os negáis a combatir, seréis declarado vencido y, por lo

tanto, acusado de cobardía. Y entonces me veré obligado a expulsaros del regimiento. No os oculto que un solo cobarde ya es suficiente para mi vergüenza, esta mañana, y os ordeno pues que combatáis.

—¡De acuerdo!... Me rindo a vuestras razones, pero voy a hacerle pedazos para alimentar a mis perros.

El sargento Hyppolite, que no se había perdido nada de la conversación, soltó:

—Vamos, ya has hablado bastante, culo blanco.

El subteniente, ultrajado, se volvió hacia su coronel:

—¡El moreno me ha tratado de culiblanco!

El coronel se enojó un poco, sobre todo viendo que el almirante mostraba una sonrisa sarcástica.

—Teniente, ese hombre ha enunciado una verdad indiscutible, es decir, que vuestro culo es blanco y no rojo, violeta o de bayadera. Si lo consideráis un insulto, alimentad con él vuestro ardor. ¡Pero combatiendo, Dios santo!

El subteniente suspiró, luego se puso en guardia con aire muy académico, afectado incluso.

Apenas el pañuelo blanco tocó el suelo, el joven sintió algo cálido en el costado izquierdo de su cráneo, luego en el derecho, pero, al no sentir dolor alguno, siguió combatiendo contra un sargento Hyppolite bastante indiferente ya, como si aquel combate no le interesara.

«¡Ese negro lo está haciendo de cualquier modo!...», pensó el joven subteniente.

Luego, casi por azar, vio algo en el suelo y se dijo:

«¡Caramba, una oreja! ¡Y otra allí! Qué extrañas resultan todas esas orejas en la hierba, tendrían que haberlas puesto en otra parte, a fin de cuentas...».

Presa de la duda, se llevó una mano insegura a la oreja izquierda, lanzó un aullido, arrojó su espada y aulló:

—¡Mis orejas!... ¡Mis orejas!...

Y, con los brazos alzados al cielo, huyó hacia el salcedal.

El coronel del regimiento de Flandes, bastante molesto, se acercó a Hyppolite y señaló las orejas blancas en la hierba verde.

—¿Queréis conservarlas, sargento?

—No veo de qué van a servirme, señor.

—Como os convenga, sargento.

Y, con un discreto gesto, el coronel indicó a su ordenanza que recogiera las dos orejas.

El sexto combate enfrentaba a Diego Quetzalcóatl con un caporal de aspecto socarrón pero al que poco antes se había visto calentarse briosamente con la espada.

Entre los marinos se temía lo peor, pero estaban equivocados.

En efecto, fue el combate más breve.

De un sablazo tan rápido que se preguntaron si lo había propinado, Diego Quetzalcóatl rompió la espada de su adversario. Luego, con un gesto de

extraordinaria rapidez, hundió su cuchillo de sílex en el corazón del infante, que murió sin comprender nada, aunque percibiendo el ruido de sus costillas rotas por la piedra. Colocaron su cadáver junto al de su capitán.

El último combate oponía a un macizo teniente y al enclenque Bernardin des Essards, marqués de la Mellerie, joven alférez de navío en *La Terpsichore*.

Valencey de Adana no estaba nada seguro de su elección. Sentía una gran estima por el apuesto muchacho, pero éste creía mucho menos en sí mismo que su jefe.

Como sufría el «alto mal», la Mellerie vivía con el permanente terror de padecer una crisis precisamente durante un combate. Este terror le había hecho perder confianza en sí mismo, y precisamente por esta razón le había elegido Valencey de Adana.

La Mellerie, muy halagado en su fuero interno de haber sido elegido por el príncipe al que veneraba, sabía además que su adversario era uno de los que más prodigios se habían mostrado en sus patadas cuando Valencey de Adana, encadenado, estaba en el suelo.

Mostraba sin embargo una gran tranquilidad. Mientras se dirigía al combate, segó de un sablazo un cardo poco desarrollado aún, y se necesitaba mucha habilidad para ello.

El teniente que se le oponía no se engañó. Holgazán, rehuía el ejercicio, mientras que La Mellerie, a pesar de sus veinticinco años, tenía ya a sus espaldas veintidós combates navales, entre ellos tres abordajes.

El pañuelo tocó el suelo.

El teniente de infantería, especulando con su fuerza, que sabía que era su principal baza, se lanzó hacia delante.

La Mellerie se inclinó, retrocedió y, cuando ya nadie lo esperaba, contraatacó con un sablazo de tal violencia que seccionó la mano que sujetaba la espada.

El coronel del regimiento de Flandes agachó la cabeza, el almirante levantó su empenachado tricornio.

Entonces, Gréville y Victoire, a caballo, salieron del bosque...

Se habían alejado dándose la mano, como antaño la niña y el muchacho cinco años mayor que ella.

Muy lejos, a su espalda, los hombres del regimiento de Flandes abandonaban el terreno llevándose a sus muertos y heridos.

Gréville había despedido a su tropa de policías y aguardaba, junto a los caballos, en compañía de los seis marinos de *La Terpsichore*.

Valencey de Adana avanzaba con la cabeza gacha, incómodo:

—Sé muy bien que no me amaba, que no podía amar a nadie y no era culpa suya. Pobre Pauline...

—¿Y tú la amabas?

Él la miró y sonrió.

—Nunca he amado a nadie más que a ti, ni jamás amaré a otra, y lo sabes muy bien. —Adivinó sus ruegos y se le adelantó—: En el fondo, soy un hombre lento, un hombre de estudio que ha caído por azar en la acción. No se trata de Pauline y de su atroz final, no de la innoble traición de Nicolas y todos sus crímenes; se trata de algo más simple, Victoire, mucho más simple: depende de mí. Tengo miedo, aunque hoy el mundo sea para mí más luminoso que ayer.

Sin soltarle la mano, ella le hizo frente.

—¿Miedo de mí?

—No, de mi amor por ti... Y de cómo hacerlo, pues soy terriblemente torpe.

—¿Pero por qué, Joachim?... Correspondo a tu amor con la misma fuerza con que tú me amas, lo sabes, lo has sabido siempre. ¡Jamás te traicionaré!... ¡Jamás!... ¡Jamás!... Moriría por ti en cualquier instante, sin pensarlo, sin dudar. Eres toda mi vida, todos los instantes de mi vida, todos los cielos de desgarradora belleza, todos los suspiros y las lejanas estrellas, todo lo que me conmueve y me hace soñar. Te lo ruego, Joachim, te lo ruego, no me rechaces. No tengo contigo orgullo alguno: no puedo vivir sin ti, cada día es un horror, cada mañana sin ti regreso a la tumba... Soy como una muerta, Joachim..., sin ti.

—Pero..., por mucho que lo desee, ¡y lo deseo tanto!, está también esta guerra, y el rey que me expulsa de Francia. Pueden matarme mañana mismo, toda la flota inglesa me persigue, los reyes de Francia y de Inglaterra me detestan: es preciso que sepas todo eso...

—Mil, cien mil enemigos: son cien mil razones para amarte si una sola no bastase; Joachim, yo te he elegido y tú me has elegido. Éramos unos niños y nuestros sentimientos nunca han cambiado...

—Te lo ruego, déjame terminar esta guerra. No puedo desertar, no sobreviviría a ello.

Victoire agachó la cabeza.

Él se quitó los guantes gris perla y tomó delicadamente el rostro de la muchacha

entre sus manos.

—Acabará con ese miedo. Además, se está desvaneciendo ya.

Mañana se habrá convertido polvo, pues sólo es una sucia costumbre. Tú eres mi vida, Victoire, quiero estar a tu lado, pero como hombre por fin libre para entregarse a ti. Más que cualquier cosa, no quiero..., no tengo derecho a estropear nuestro amor.

Ella no pudo ocultar sus lágrimas pero, con una señal de cabeza, designó el calvero diciendo:

—Te aguardan. También ellos te aman. Sólo los magos son, como tú, adorados y odiados. Parte, mi hermoso príncipe, y ten cuidado con todo...

—Regresaré, Victoire. No podrán conmigo.

—Vete pronto, me duele tanto...

Él la besó largamente, más aún que aquella otra vez, en la Torre de las Damiselas. Y era tan maravilloso que una tormenta se desencadenó en su espíritu: quedarse, partir, quedarse... No lo sabía ya.

Ella adivinó su vacilación, pero sólo quería tenerlo a su lado floreciente y feliz.

—Vete pronto, Joachim, es demasiado duro para ambos, te lo suplico... ¡Te esperaré toda mi vida!

Él le besó las manos y dio media vuelta, pero si ella le hubiera dicho «quédate» él no se habría marchado y, sabiéndolo aunque sin decirlo, aquello era lo que ella amaba con locura y de un modo sublime.

Se alejaba dando grandes zancadas, con sus altas botas negras húmedas por el rocío de la mañana.

De pronto, dio media vuelta, volvió sobre sus pasos y la besó de nuevo. Luego le dijo:

—Victoire, debo partir, no tengo elección. Pero regresaré vivo, te lo juro. Quiero amarte como lo he soñado, es decir, entregándote todo mi tiempo, todos mis instantes. No quiero compartirme con nada, ni con la guerra ni siquiera con una revolución. Querida mía, ¿comprenderás, por fin, si te digo que en el instante en que seamos el uno del otro no volveré a poner los pies en la cubierta de un navío, en toda mi vida..., salvo si tú estás conmigo?

Ella le creyó. Se besaron de nuevo y ella susurró:

—Ve, amor mío, guárdate de todo. ¡Te amo!

La levantó del suelo, la besó por última vez y murmuró:

—Te amo. Y así será hasta mi último aliento.

Luego se reunió con sus amigos y montó a caballo, siendo imitado al instante, con simultáneos gestos, por los seis oficiales y suboficiales de marina.

En el último momento, miró con simpatía al general de policía:

—Habéis sido muy bueno conmigo, señor Gréville, y os lo agradezco, pero por encima de todo os ruego que cuidéis de ella.

—Velaré por ella. Sabéis, creo, mejor que nadie el valor de mi vigilante amistad... —respondió él sonriendo.

Los jinetes emprendieron la marcha. El camino hasta Rochefort era largo y fatigoso.

Se encaminaban hacia la guerra de la Independencia norteamericana, pero, injustamente proscritos, hacia otras guerras y otros tiempos también. Cuando los tronos de Europa vacilaron, cuando la cabeza del rey cayó en el cesto, cuando la guerra civil y la guerra en las fronteras estallaron mientras la Convención Nacional declaraba que la patria estaba en peligro y decretaba el Terror, regresaron.

*Sans-culottes*, chuanes, *ci-devant*, espías, asesinos, ingleses, reaccionarios, gente de la Vendée, fanáticos de ambos bandos: les esperaban.

Valencey de Adana sabía que iba a encontrarse con Blacfort, pero esta vez ambos estaban al menos de acuerdo en algo: sólo uno sobreviviría.

Sabía, sobre todo, que volvería a ver a Victoire y se había jurado tomar su mano para no soltarla nunca más en su vida.

¿Pero tan fácil iba a ser a la sombra inmensa, terrible y amenazadora de la guillotina y de los pelotones de ejecución de los blancos?

Así pues, hay aquí muchas aventuras más, muy peligrosas y tormentosas, antes de que llegue el final de esta larga historia...

# Notas

[1] Epilepsia. <<



[2] Después de la guerra, el doctor Bancroft regresará sin el menor atisbo de vergüenza a Estados Unidos. Morirá allí, rico, popular y respetado. Su perfidia sólo fue reconocida cuando los ingleses abrieron algunos archivos a finales del siglo XIX, cien años más tarde. Su descendiente directo, deshonorado de la noche a la mañana, se verá empujado hasta el borde del suicidio. <<

[3] 900 kilos. <<

[4] Embarcaciones de asedio que atacaban las murallas; se utilizaron en el sitio de Argel. <<

[5] 78 kilos. <<